SOPHIE JORDAN



LA CICATRIZ EN EL HUESO

LOS DRAGONES VIVEN

MONTENA

SOPHIE JORDAN

LA CICATRIZ EN EL HUESO

Traducción de Elena Macian Masip

MONTENA

Para todos los bibliotecarios y libreros, que,
con cada libro que ponen en las manos de un
ector, reparten amor, enriquecen vidas
y hacen del mundo un lugar mejor. Os veo.
Y para mi primo Chris: siempre nos quedarán
los días de nuestra infancia. Gracias por ser el
mejor compañero de juegos

Giran y giran los vientos de fuego.
Que prendan estas palabras en el cielo:
sigue el resplandor del oro y el sonido de las alas
por profundos túneles y guaridas heladas.
Escucha mi hechizo, dragón, mi enemigo:
que tu reinado llegue a su final,
que tus madres no engendren nunca más.
No más crías.
No más crías.
No más crías verán el sol despertar.

MALDICIÓN DE VALA, BRUJA DE LAS SOMBRAS.
AÑO 400 DE LA TRILLA

La magia no puede morir.

Si se la persigue, se esconde.

Si se la aplasta, se transforma.

La magia, resbaladiza como una anguila, se pone a cubierto, escapa, corre a toda velocidad entre las sombras, y la luz, y la oscuridad, y cambia y se cobija en los lugares más inesperados hasta que llega la hora.

Hasta que se despereza, despierta y se revela.

Y entonces alarga sus alas, encuentra sus vientos y se eleva.

Como una plántula, al principio es diminuta y está sola. No es más que un destello de vida, un brote que crece, que avanza, que lucha y batalla, tratando de alcanzar el sol.

Primero una.

Luego otra.

Y otra.

Hasta que forma un ejército.

La magia no está muerta: solo dormía.

Y ahora se despierta. Renace. Más fuerte que nunca.

Preparada para empezar de nuevo.



PARTE 1

LA MANADA

Prólogo
ASHILD

Los Riscos
Setenta y siete años antes del Lamento

El cielo estaba rojo.

Rojo como la sangre. Mientras atravesaba volando su vasta inmensidad, batiendo las alas oscuras en el aire rojizo y formando así fuertes ráfagas de viento, sintió que pareciéndose tanto a la sangre se mofaba de ella, porque eso la hacía pensar en comida. Se le hacía la boca agua pensando en carne gruesa, jugosa y blanda bajo sus colmillos… Lo que ansiaría desesperadamente cuando regresara a casa con las manos vacías de nuevo. Por segundo día consecutivo. Nada que comer. Nada con lo que alimentar sus estómagos famélicos.

Nada.

La neblina era fina como el agua, en absoluto lo bastante opaca. En circunstancias normales, jamás habría abandonado el refugio de su guarida cuando el cielo la ocultaba tan poco, y jamás antes de que cayera la noche, pero qué hambrientos estaban… El hambre era demasiado demandante, era más imperiosa que la voz en su cabeza que le recordaba que fuese cauta. Era un hambre que exigía ser

aliviada, así que había decidido arriesgarse. Arriesgarse a revelar su existencia ante ojos enemigos.

A veces, los riesgos no podían evitarse. Ashild no podía más que seguir adelante con el aliento contenido, más que volar y desplazarse por los aires más rápido que el viento, y conservar la esperanza. La esperanza de que todo terminase bien.

Aterrizó, notando la roca fresca bajo sus patas. Plegó un poco las alas correosas, pegándolas bien al cuerpo, y descendió por el túnel serpenteante, sumergiéndose más y más y más en las cavidades de la tierra, en la oscuridad susurrante y perpetua. Sus ojos centellearon al dilatársele las pupilas, que se aclimataron a la repentina ausencia de luz.

Bajó y bajó por las tripas de la montaña, en las que el aire húmedo y dulce parecía escarcha en su piel que se contraía. Un beso gélido. Una mano helada. Un aliento glacial.

Se movía tan fluida y rápidamente como un ovillo desenrollándose en el suelo. Ansiosa por ver, por tocar, por abrazar, por inhalar esa carne que olía tan parecida a la suya a pesar de sus muchas diferencias.

Era eso, y solo eso, lo que la hacía seguir adelante cuando todo lo demás le pedía a gritos que se rindiera. Que parase, que se uniera a los muertos, a sus hermanos, a su compañero, a la legión de dragones perdidos.

El túnel se estrechó hasta ser casi demasiado angosto para su cuerpo, pero se las arregló para atravesarlo, a pesar de que se arañaba con las paredes; era más fácil ahora que estaba tan flaca, ahora que no era más que piel y tendones hambrientos, endebles como las velas de un barco por encima de los huesos. Siguió adelante hasta que emergió en su guarida y pudo hundir los pies en un suave lecho de musgo.

Su hogar.

Una carita le dio la bienvenida. Cuando se acercó a ella con sus piececitos tambaleantes, sintió que se le aligeraba el corazón, que flotaba tan liviano como una burbuja de aire en su pecho. Aquella sonrisa hacía que todo mereciera la pena: cada riesgo, cada comida a la que renunciaba para que fuera su estómago el único que rugía de hambre.

Ver aquella alegre sonrisa era lo que le daba las fuerzas para seguir a pesar de todo lo que había perdido: su manada, su compañero, un futuro en el que los dragones vivieran en prosperidad, yendo y viniendo a voluntad. A pesar del dolor atroz y persistente de su vínculo perdido con Sigurd…, aún le quedaba eso.

El pequeño llegó hasta Ashild y lanzó sus bracitos hacia ella. La cabeza no le llegaba ni siquiera a sus rodillas. Ella se inclinó y acarició con el morro los brillantes bucles negros, tan parecidos a su piel de color ónice.

Y, a pesar de lo grande que era ella, y a pesar de lo pequeño que era él, se daba cuenta de que aquel no era un niño menudo y enclenque que fuese a doblegarse como una ramita ante el viento. Sintió que se le henchía el pecho de amor de madre. Los niños humanos no eran, ni por asomo, tan robustos, fuertes ni, en su opinión, hermosos como el suyo.

Había visto niños humanos desde lejos. Tan frágiles como conchas en la orilla del mar. Había sido hacía años, demasiadas décadas atrás como para contarlas, cuando aún era seguro ir donde gustase, alzar el rostro hacia los rayos del sol, sobrevolar sus pueblos, ser vista y ver todo lo que el mundo podía ofrecerle en toda su vastedad, porque nada podía tocarla. Nada podía acabar con ella. Los días en los que su vínculo con Sigurd era fuerte, cuando también lo era ella, antes de convertirse en esa versión debilitada de sí

misma.

Echó un vistazo al cesto en el que guardaba a buen recaudo la comida: no quedaban más que dos peras y unas cuantas bayas. El niño que tenía delante tal vez tuviera aspecto de humano, pero poseía el voraz apetito de una cría de dragón. Cazar, encontrar y hurtar comida era un trabajo constante; aquel cesto debía rellenarse continuamente.

Se miró las garras vacías y sintió una fuerte punzada en el corazón. «Mañana». No podía volver a fallar. Al día siguiente iría una vez más de caza y, esta vez, traería comida. Algo más sustancioso que la fruta. Traería carne. Frutos secos.

O…

O quizá hubiese llegado el momento.

Tragó saliva con el corazón encogido. Quizá hubiese llegado la hora de hacer aquello que se había jurado no hacer jamás. Quizá ya no le quedase otro remedio.

Quizá hubiese llegado la hora de unirse a una de las pocas manadas que quedaban, enterradas en lo más profundo de los Riscos. Sabía que había al menos dos grupos que se iban reduciendo en número, sí, pero se aferraban a la vida igual que las últimas hojas de un árbol a las ramas de invierno. Aún sobrevivían. Albergaba la esperanza de que hubiera también otras manadas, tan bien escondidas que ignoraba su existencia.

Al comienzo de su exilio autoimpuesto, la comida que podía hurtar y cazar era abundante, pero ya cada vez había menos presas: lo único que quedaba era el paisaje duro y arrasado por la nieve, que, baldío, no hacía sino devolverle la mirada. Había ido de cacería por toda la zona que los rodeaba, y no podía permitirse alejarse más. Ya salía demasiado. Ya se arriesgaba demasiado.

Pero el cuerpecito que en ese momento se apretujaba contra ella

la consolaba, la motivaba a seguir sobreviviendo, existiendo. Tenía los mismos ojos que su padre: unos iris gris plateado, reflejo de la niebla que rodeaba las cimas de los Riscos. Se le encogió el corazón al recordar a Sigurd, que ya no estaba a su lado. Habían pasado ya dos años desde que lo había perdido, poco después de dar a luz, pero su pena era todavía un desgarro sangrante y en carne viva, una enorme herida abierta en el lugar en el que antaño había estado su vínculo.

Se había ido a cazar una mañana. Ashild aún sentía el eco del cálido soplo de su aliento cuando le había acariciado la mejilla con el morro para despedirse. Todavía veía el brillo de sus ojos de color escarcha y el parpadeo que emitió su piel iridiscente cuando se volvió y se marchó de la guarida que compartían.

Aquella había sido la última vez que lo había visto. Como la niebla que se disipa, nunca había regresado.

Sabía que ya no existía. Que estaba muerto. Nada más lo habría apartado de ella, y, además, había notado el momento en el que su vínculo se había roto, el lazo que se cercenaba para siempre. Cuando lo había sentido, de pie, en su guarida, el dolor se le había clavado en el centro del pecho, le había robado el aliento y la había derribado.

Y sin embargo…

Unirse a las filas de una manada, acogerse a su protección y hacer uso de sus recursos implicaría aceptar a otro compañero, pues de ella se esperaría que se uniera a alguien y se reprodujera para ayudar a repoblar el mundo de dragones, que eran cada vez más escasos. No podía ni pensarlo.

Se le hizo un nudo en la garganta. Durante aquellos dos últimos años, no había estado dispuesta a pagar tan alto precio. Prefería arreglárselas sola, vivir con el dolor del vínculo perdido con Sigurd y

no confiar sus vidas a nadie más.

Y, además, había otra razón: bajó la vista hacia el pequeño que se balanceaba alegremente, agarrado de su pata. ¿Podía confiar en que los dragones lo aceptasen? Algunos lo verían como una aberración, una afrenta a la especie y a las viejas costumbres.

Mientras su hijo le tiraba de la pata, reclamando su atención, recorrió la guarida con la mirada, contemplando las gemas brillantes y los montones de oro acumulados en la pared del fondo, que brillaban como la luz del fuego en la oscuridad. Eran un sustento para su alma. Al menos le quedaba eso. Cuando la falta de comida la hacía sentir débil, se aferraba a la energía que sus tesoros imbuían en su interior.

Continuó buscando, vigilando, explorando…

De repente, oyó el eco sordo de un ruido tras ella. Venía de las profundidades de la montaña. Lo oyó otra vez.

Y otra.

Eran una serie de golpes rítmicos, un martilleo cadencioso, un ruido tras otro, idéntico… Como de unas botas avanzando hacia ella, acompasándose con los latidos acelerados de su corazón.

Se volvió despacio hacia la boca de la guarida. Abrió las alas de golpe y las hizo temblar, preparada para defenderse, a pesar de que se le había caído el alma al suelo. Contuvo el aliento, todavía aferrada a la esperanza de que no fuera nada. Y, sin embargo, el golpeteo continuaba, aumentando su volumen y su intensidad. Un martilleo… Unos fuertes pasos que avanzaban.

Iban a por ella. Estaban ya cerca de la boca de su guarida y emergerían de un momento a otro en la oscuridad.

Las alas le vibraban y se estremecían. Se elevó ligeramente en el aire para parecer más grande, para resultar más intimidante.

Era evidente que la habían descubierto durante aquella última

salida. La habían seguido y le estaban dando caza. Su gran miedo, que le dejaba un sabor fétido y constante en la boca, se iba a cumplir por fin. No perdió el tiempo enfadándose consigo misma, ni llamándose estúpida, débil o descuidada. Aquello era inevitable.

La gola de pinchos, afilada como la obsidiana, que le rodeaba el rostro se desplegó de un golpe y vibró, armándola y protegiéndola, preparándola para la batalla, mientras esperaba a la amenaza a la que habría de enfrentarse.

La última batalla. El final.

Llegaron al fin: un grupo de guerreros se abalanzó en la boca de su guarida. Una docena de humanos acompañados de su hedor, con armas en los puños sudados y crueles ojos como dagas que le arañaban la piel, que se clavaban en su madriguera, en su hogar, donde estaba su botín y tesoro. Unas bestias avariciosas y asesinas.

Llamaban a los dragones monstruos, pero los monstruos eran ellos. Eran ellos quienes les daban caza, quienes los derribaban de los cielos, decididos a borrarlos de la faz de la tierra, una gesta que creían haber logrado. Y ella lo sabía: sabía que eso era lo único que mantenía a salvo a los dragones que todavía estaban vivos. Era lo que la había ayudado a mantenerse a salvo a sí misma durante los años previos.

Aquellos humanos, henchidos de victoria, de triunfo, como garrapatas saciadas de sangre, habían dejado de buscarlos. Cuando se aventuraban a adentrarse en los Riscos era para buscar tesoros, reliquias de los dragones pasados. Haberla descubierto, haberla encontrado…, había sido solo una cuestión de suerte.

De mala suerte para ella.

Una oleada de amargura le heló hasta los huesos. Abrió las fauces y emitió un rugido cuya potencia hizo temblar la montaña misma, alertando a cualquier dragón que hubiera cerca de que uno

de los suyos estaba en apuros. Aunque tampoco es que pudieran ayudarla. O quisieran. E incluso si hubiesen estado lo bastante cerca, incluso si hubiesen decidido investigar lo que ocurría, no habrían llegado a tiempo.

El niño, encogido a sus pies, gimoteó y se hizo un ovillo tembloroso. Nunca había visto esta faceta de su madre, nunca había oído sus rugidos estruendosos ni había visto sus colmillos.

Uno de los hombres se antepuso a los demás guerreros. Era mayor que los que lo flanqueaban: en su barba había más pelo gris que castaño. Además, era grande para ser un humano: corpulento, de pecho ancho y fuerte, con unas piernas como troncos de árboles. Los demás estaba inmóviles tras él, con la perplejidad por la inesperada presencia de Ashild escrita en el rostro.

Sin embargo, el de la barba canosa no parecía sorprendido, ni tampoco alarmado. Parecía… complacido. Como si acabase de encontrarse con un tesoro, una mina rebosante de gemas en las profundidades de los Riscos, lo que, Ashild supuso, no dejaba de ser cierto: tras ella había montones y montones de piedras preciosas que habían pertenecido a su familia durante generaciones. Sin embargo, no creía que fuese solo su tesoro lo que le provocaba ese brillo en los ojos, porque la recorría con la mirada como si ella misma fuera la recompensa. Un dragón, cuando ya no debería existir ninguno. Cuando no deberían ser más que recuerdos borrosos, cuentos, fantasmas y rumores que ya nadie se tomaba en serio.

—Me alegro de seguir llevando esto conmigo —gruñó el hombre.

Flexionó las manos gruesas como garras sobre la empuñadura de su hacha de guerra y blandió la hoja de hueso en el aire, como si la estuviera probando. Hacía mucho tiempo que ella no se encontraba con una hoja de esa clase, forjada con huesos de dragón. No veía una desde el Lamento, la batalla final de la Trilla, en

la que habían perdido la vida muchos miembros de su estirpe. Su padre, su madre, sus abuelos… Casi todos los miembros de su manada habían perecido ese día, y ella había albergado la esperanza de no volver a ver jamás un arma así.

Ese día, Ashild había huido con un pequeño grupo de supervivientes, entre los que se encontraba Sigurd. Y después se habían escondido, y habían evitado tanto a los humanos como a sus lobos insaciables… para hacerles creer que habían dejado de existir. Que estaban extintos. Muertos.

Se habían enterrado en lo más profundo de los Riscos. Habían enterrado su magia.

Habían permitido que los humanos creyesen que habían ganado.

Bajó la mirada, que se le endulzó unos instantes al ver al niño encogidito a sus pies. Su hijo.

Sabía lo que aquel hombre veía, lo que todos ellos veían. Y, lo más importante, también sabía lo que no veían.

Ellos no veían una cría de dragón.

No veían lo que era en lo más profundo de su ser: un dragón, igual que Ashild.

Lo que veían era un niño. Un humano.

Y comprendía que aquello, en sí, no era malo. Pasara lo que pasase, su hijo estaría a salvo siempre que no reconociesen su verdad. No matarían a alguien que identificaban como uno de su propia especie, uno de los suyos.

—¡Tiene un niño, mi señor! —exclamó uno de los guerreros.

El de la barba canosa asintió. Era un hombre importante, con poder y autoridad.

—Sí. Tened cuidado. No le hagáis daño.

Olvidó su alivio momentáneo, presa de un ramalazo de ardiente furia. ¿Pensaban que haría daño a su propio hijo? ¡Como si ella fuese

la amenaza para él! ¡Como si ella fuese el peligro, la enfermedad infecciosa!

Aunque, lógicamente sabía que esa creencia mantendría a salvo a su pequeño, no podía evitar que la enfureciera. No hacía sino aumentar la sed de sangre contra ellos: volvió a rugir, alargando el cuello, desgarrándoles los oídos con un estruendo que rebotó en las paredes de la caverna y más allá, pues su eco siguió serpenteando a través de los túneles de la montaña.

Su hijo corrió hacia la pared del fondo de la guarida con unos ojos como platos. El pecho pálido le subía y le bajaba con violencia, y se le notaban las costillas bajo la piel mientras se contraía en sollozos mudos.

Ashild se alegró de que se hubiese apartado de su lado. Se alegró de que no estuviera por medio cuando uno de los guerreros se abalanzó contra ella, seguido de cerca por otro. Que no quisieran hacerle daño al pequeño no significaba que estuviese a salvo. Nadie estaba a salvo de un accidente, sobre todo en mitad de una batalla.

Se volvió trazando un ancho arco con la cola y lanzó al primer humano contra la pared, contra la que se estampó con un satisfactorio crujido, soltando un chorro de sangre caliente. Al otro, al que había derribado con el mismo movimiento, lo pisó con su gigantesca zarpa, aplastándole el cráneo tan fácilmente como habría machacado un melón.

Uno ya estaba muerto, y otro probablemente inconsciente e incapacitado tras su colisión contra la pared, tal vez incluso muerto… Y, si no, no tardaría en estarlo, a juzgar por sus ojos vidriosos.

Pero todavía quedaban diez.

Diez de más.

No volvieron a cometer el error de avanzar contra ella uno por uno o en parejas.

Se lanzaron todos a la vez, profiriendo sus gritos de batalla. Eran demasiados, incluso para su fuerza y su gran tamaño, pero Ashild no pensaba rendirse sin luchar. Sin causar todo el daño posible. En el pasado quizá hubiese podido con todos ellos, cuando era más joven y fuerte. Cuando no estaba debilitada por la falta de comida. Cuando no estaba debilitada por la pérdida de su vínculo.

Pero la abrumaron con una gran acometida, cargando contra ella, trepando por su cuerpo y apuñalándola; le clavaban las espadas allá donde alcanzaban sus hojas de acero. Pero ninguna la hirió gravemente. Ninguna herida era mortal. Nada que no se curase con un poco de tiempo.

Sin dejar de rugir, se retorció y giró con violencia para quitárselos de encima, hasta que se volvió justo hacia la acometida de un arma que ya la estaba esperando. De una hoja que no era de acero, una hoja que sí podía causarle una herida mortal.

Y lo hizo.

No era de acero. Ni siquiera era una espada: se trataba de un hacha de hueso de dragón, como las que habían usado para matar a los dragones durante la Trilla. La muerte la había alcanzado al fin, tras todos esos años. El hacha se le clavó hondo, hasta alcanzarle el esternón. Hueso tocando hueso.

Se quedó paralizada. Clavó la mirada en quien la blandía: era el líder, que tenía unos ojos hondos e insondables en los que sintió que se ahogaba, que se hundía, como si fuesen un pantano que la apresaba, arrastrándola hacia él. Arrastrándola hacia ese hombre, su ejecutor.

Bajó la vista hacia el hacha que tenía clavada, hacia la sangre que manaba de la profunda herida. El líquido púrpura resplandecía alrededor de la hoja blanco tiza, humedeciéndola.

Él sonrió con regocijo, con la saliva burbujeando alrededor de

sus labios y salpicándole la barba, y se aferró mejor a la empuñadura del hacha. Con un gruñido exultante, le hundió aún más la hoja en el pecho y, ensanchando el corte que la partía, la abrió en dos y le rompió el esternón.

El sonido del chorro de sangre le llenó los oídos, como un río distante. Bajó la vista y vio el líquido púrpura y brillante que manaba como el agua de un arroyo… de su propio cuerpo. De repente, sintió frío, más frío del que había sentido nunca en cualquier invierno al que hubiera tenido que enfrentarse. Trató de buscar otro rugido en su garganta, pero esta vez solo consiguió emitir un maullido quejumbroso, tan débil y patético como el de un ratón asustado. Jadeó débilmente, tratando de respirar entre los balbuceos que se le escapaban.

Las líneas que rodeaban los ojos del guerrero se marcaron más, arrugándose a medida que se ensanchaba su sonrisa.

—Tu tiempo ha terminado. Adelante…, déjate ir. Muere.

Le cedieron las piernas y se desplomó en el suelo: su cuerpo era demasiado grande, demasiado fornido, como para seguir soportando su propio peso… Y cayó donde estaba con un fuerte golpe, mientras la sangre que manaba de su interior humedecía el suelo, tornándolo blando y esponjoso.

Él se abalanzó entonces sobre ella: saltó sobre su espalda en un movimiento sorprendentemente ágil para un hombre que ya había dejado muy atrás la juventud. Ella se quedó sin aire; las pausas que había entre sus respiraciones eran cada vez más largas, más superficiales.

No podía moverse. No podía luchar, ni tampoco resistirse.

El cuerpo se le tornó fláccido. Roto, acabado.

Hasta sus párpados se le antojaban como pesas de plomo. Le costaba mantener los ojos abiertos, incluso cuando él bajó una

mano hacia su cabeza y se inclinó para agarrarla de uno de los pinchos de su gola. Tiró de él con fuerza, obligándola a echar la cabeza hacia atrás y a dejar expuesta su carne más vulnerable. Expuesta ante él. Notó un tirón en el cuello: le había arrancado la cadena. Atisbó el ópalo negro que Sigurd le había regalado. Otra reliquia más, perdida para siempre.

Mantuvo los ojos abiertos, consciente de que aquel era el final. Como él había dicho…, su tiempo había terminado.

Pero no el de los dragones.

Ellos habían encontrado una forma de seguir adelante. Una forma de sobrevivir.

Una paz repentina se adueñó por completo de ella. Se sentía más ligera, boyante, casi como si estuviese flotando sobre sí misma, mientras buscaba con la mirada entre los rostros ávidos de los guerreros, que le parecían todos iguales, todos con mirada enloquecida y manos ansiosas flexionadas sobre las empuñaduras de sus armas.

Por fin encontró lo que buscaba: a su hijo. Lo miró a los ojos atónitos y trató de transmitirle que no tuviera miedo. Trató de contagiarle fuerza, de asegurarle que todo iría bien. Que él estaría bien.

Aunque ella le faltase, prosperaría, crecería fuerte.

La paz se propagó por su cuerpo, hundiéndose en él, hallando cada grieta, cada resquicio, cada punto vacío y dolorido.

Él sería lo último que viese, la imagen que se llevaría consigo. Y aquello la llenaba de alegría, a pesar de que él tuviera que presenciar su asesinato. Con suerte, el tiempo sería amable y le borraría ese recuerdo, lo limpiaría de su mente como la lluvia. Era joven. Lo olvidaría. La olvidaría.

Un bálsamo que la aliviaba tanto como daño le hacía.

Exhaló profundamente un aliento entrecortado.

Su pequeño clavó en ella la mirada de escarcha, moviendo los labios con palabras que no había formado todavía.

Ella miró hacia atrás, al viejo guerrero sentado sobre ella, para quien Ashild no era más que una bestia sin razón, carente de corazón, de amor, de sueños, de una conciencia profunda. No podía verlo del todo bien, pero atisbó un destello de su hacha, y su resplandor en el aire nebuloso cuando la sostuvo sobre ella, preparado para asestarle el golpe final.

Aquello era el final.

Volvió a mirar a su hijo. Apenas unos segundos la separaban del fin, y no tenía miedo. No se arrepentía de nada. No deseaba haber vivido de un modo distinto. Al menos, se iría con ese consuelo.

Sus únicos pensamientos fueron para ellos. No para sí misma. No para su propia vida.

Para sus hijos.

Apartó la mirada del primero, buscando… al otro. Nunca andaba demasiado lejos. Necesitaba verlos a los dos una última vez.

Allí. Ahí estaba, su pequeño escalador. Vetr. Estaba en lo alto de la guarida, en un saliente que llevaba a otra caverna que a él le gustaba explorar. Era su pequeño aventurero, el más salvaje de los dos, más atrevido que su gemelo, al que le gustaba más quedarse cerca de su madre.

Pero allí estaba, escondido, apartado de la vista de todos, con los ojos muy abiertos y fijos en ella.

Miró al uno y luego al otro, sus hijos, sus crías de dragón que eran dragón y no lo eran. Pero, fueran lo que fuesen, eran suyos. Y lo serían para siempre.

Ignoró todo lo demás. Ignoró a aquellos malditos guerreros. Ignoró la inminencia de su muerte. Nada de eso importaba.

Y, cuando el hacha cayó sobre su cuello silbando en el aire, se permitió mirarlos con libertad, dejar que su amor por ellos la consumiera y la cegara ante todo lo demás, que se quedase grabado en ella…, en lo que fuese que iba a convertirse. «Ellos sobrevivirán. Seguirán adelante».

Fue lo último que pensó antes de que le cercenaran la cabeza, separándosela del cuerpo.

1

TAMSYN

Tras un año en los Riscos…

La acometida me alcanzó en la sien.

La fuerza del golpe se irradió por toda mi cabeza, amenazando con derribarme. La violencia no era una ocurrencia extraña para mí y, sin embargo, mi vida como muchacha de los azotes no me había preparado para aquel último año, para aquel ciclo interminable y penoso de dolor, sangre, pérdida y soledad.

Apreté los dientes de golpe, clavándomelos en la lengua. El sabor metálico me inundó la boca y el líquido me empapó los dientes y la lengua. Giré la cabeza para escupir sangre, y la sustancia resplandeciente aterrizó en el suelo. Ni me inmuté al verla. Ya no. Solo me afectó que fuese púrpura. Maldita fuera mi sangre. Quizá nadie más se hubiese dado cuenta. Aún me quedaba esa esperanza.

Traté por todos los medios de no perder el equilibrio, a pesar de lo mucho que me pitaban los oídos. Si me derrumbaba, se abalanzarían sobre mí al instante como una manada de lobos, y entonces todo terminaría.

Y eso no podía pasar.

Soplé para apartarme los mechones de pelo de la cara y seguí

adelante. Si me detenía tan solo un segundo a recomponerme o a recuperar el resuello, sería mi final. El momento en el que me atraparían.

Así que sacudí la cabeza una única vez, con fuerza, decidida a seguir en pie. Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula y me mantuve recta, a pesar del malestar, frente a mis atacantes.

Eran dos. El muchacho era más joven que yo, pero también más grande, con el rostro ancho y la frente y la barbilla como los bordes toscos de una roca. Era tan fuerte e inamovible como los más viejos árboles de los Riscos, aquellos con gruesas raíces que se hundían hacia los lados, profundamente, en las laderas serradas de las montañas. El dolor palpitante de mi cabeza no era sino una prueba de su fuerza: todavía notaba los ecos que había dejado su grueso puño al estampárseme en el rostro.

Se lanzó contra mí, serpenteando tan rápidamente que me costaba seguirlo con la mirada mientras se enrollaba como el viento a mi alrededor. Maldito fuera, qué rápido era. En general, mi velocidad me daba ventaja, pero él corría de izquierda a derecha casi sin tocar el suelo con los pies.

Mi otra atacante se acercó poco a poco, con una actitud aparentemente dócil y poco agresiva… Inocente, inofensiva, con un tamaño mucho más reducido y unos encantadores ojos entre bronce y avellana que ofrecían una gentileza de mentira.

Pero ya sabía que no debía permitir que me desarmara.

Las cosas más brutales y despiadadas venían siempre en el paquete más pequeño. Eso era lo que había aprendido: a no subestimar jamás a un oponente.

En ese mundo, nada era lo que parecía. Había toda clase de dragones, pero, a veces, los más pequeños, los más hermosos, con sus hipnóticos ojos de unos colores que ni siquiera sabía que

existían, eran los más letales.

La seguridad no estaba nunca garantizada. Un enemigo era siempre un enemigo, pero un amigo no era siempre un amigo. Eso me lo había demostrado mi experiencia con Stig. Había cometido un error al confiar en él y había estado a punto de pagar por ello con mi vida. Y lo habría hecho de no haber sido por Fell.

Fell…

Se me hizo un nudo en la garganta, como me pasaba siempre que mis pensamientos se detenían en él. De repente, me escocían los ojos, sentía la nariz congestionada y taponada y un dolor sordo en el pecho.

Fell me había salvado. Fue entonces cuando se mostró verdaderamente ante mí, cuando me enseñó quién era en realidad, en el fondo. Cuando me enseñó su corazón. A él también lo habían educado para creer que los dragones eran los monstruos —sin que él mismo supiera que era uno de ellos—, pero me había salvado la vida de todos modos.

Solo que nada de eso importaba ya.

Yo no sabría nunca lo que podría haber sido.

No tendría nunca un futuro con él. No estaríamos juntos. Y esa pérdida era una herida más, un dolor profundo más poderoso que el daño que me infligían día tras día.

Y, aun así, continué. Porque Fell no lo habría querido de otro modo.

No podía parar. No podía rendirme.

Allí, cada día era una lucha. Una batalla constante para entrenar, para prepararme. Lo había aceptado. Había aceptado que debía aprender a ser aquello que era.

Cumplía con lo estipulado, con las rutinas diarias de la manada, con una determinación vigorosa e indoblegable. Cumplía con las

tareas que se me asignaban, me presentaba voluntaria para hacer otras, entrenaba y luchaba hasta sangrar. Trabajaba hasta que me ardían y temblaban músculos que ni siquiera era consciente de poseer. Era necesario. Era lo que debía hacer para demostrar mi valía.

Cada noche, me derrumbaba en mis pieles y me rendía a un sueño tan profundo y arrollador que bordeaba la muerte. Por las mañanas, me despertaba y empezaba de nuevo todo el proceso, luchando junto a aquellos que me miraban con recelo y desconfianza, por ser la muchacha que se había criado entre humanos. Junto a hermanos que no parecían hermanos.

Y, sin embargo, mi lugar no podía hallarse en ninguna otra parte. Estaba allí, a pesar de que Fell no estuviera. A pesar de que la «x» de la palma de mi mano palpitara constantemente con el recuerdo de él.

Olvidé la punzada de mi mano en el momento en que ella se abalanzó sobre mí.

La esquivé al instante, girando en un círculo.

Y fue entonces cuando él aprovechó la oportunidad. Trabajaban juntos, unidos en un tándem brutal, para tratar de vencerme. Me sacaban toda una vida de entrenamiento como ventaja y, en algún momento, habían decidido aliarse contra mí.

Allí era yo la forastera. La que estaba en los márgenes, mirando hacia dentro. Dudaba que aquello fuese a cambiar nunca: a sus ojos, jamás podría despojarme de mis comienzos.

Su alianza funcionó, como de costumbre. Yo era capaz de aguantar el tipo en un combate uno contra uno, pero, si eran dos contra uno, la suerte no estaba a mi favor. De todos modos, allí no aplicaban cuestiones como la justicia. La desigualdad no era nunca una excusa, no en la arena, pues en la vida real tampoco importaría.

Aprovechándose de mi atención dividida, el chico se lanzó contra mí, derribándome de golpe, y me inmovilizó contra el suelo con su cuerpo, más grande que el mío. Esbozó una triunfal sonrisa, enseñándome los dientes un poco demasiado puntiagudos: los bordes romos de sus dientes humanos empezaban a revelar sus colmillos.

—Pues no eres tan dura, ¿no, piroexhaladora? —me jadeó en la cara, con la piel sonrosada en una mezcla entre agotamiento y placer. Y algo más… Su carne parpadeaba: un instante era la piel de un dragón, entre roja y dorada y brillante, y al siguiente… no. Solo la carne corriente de un muchacho, como si no fuese capaz de decidir lo que era, si humano o dragón.

Pensaba que ya me tenía. Que había vencido.

Tragué saliva con fuerza, luchando contra el fuego que amenazaba con escapar de mí. Siempre era así, siempre. El fuego estaba vivo, se movía en mi interior a su propia voluntad.

Me resistí, retorciéndome bajo él para quitármelo de encima. Él se enrolló en la mano mi gruesa trenza, sinuosa como una serpiente sobre la tierra en la que estaba postrada. Tirando fuerte de ella, como si de una cuerda se tratara, me golpeó la cabeza contra el suelo, una, dos veces.

Se me nubló la vista, tiñéndose de manchas de distintos colores. Y, por un instante, el mundo se tornó completamente negro, y dejé de ver su rostro. Parpadeé para aclararme la visión, luchando porque recuperase su nitidez.

Estaba convencido de haberme vencido. Lo vi en el orgulloso fulgor de sus ojos, en la mueca de satisfacción de sus labios. Pero se equivocaba.

Yo ya no era la misma muchacha de los azotes que se había unido a ellos.

Era muchas cosas que no había sido hacía un año.

Era más dura. Más lista. El dolor tenía ese efecto, igual que la pérdida. Te enseñaba cosas. O bien te marchitabas y morías, o bien sobrevivías, crecías, mejorabas, te fortalecías. Te volvías dura donde antes habías sido blanda e indefensa.

Me quedé fláccida, dejando los brazos muertos a los lados, los dedos abiertos como pétalos desplegándose. Delicados. Vulnerables. Dejé un cuello tierno expuesto a una espada certera.

Y la rigidez se esfumó de su cuerpo. De repente, la presión que ejercía con el peso de su cuerpo disminuyó, y dejó de agarrarme tan fuerte del pelo: sus dedos ya no me atenazaban.

—¡Ya la tienes! —gritó la chica, que no andaba muy lejos.

Él resopló encantado, triunfal, y se sentó. Seguía encima de mí, pero ya no me aplastaba tanto.

Así que di un brinco y me puse de pie al tiempo que me lo quitaba de encima.

La chica se había quedado boquiabierta. La lancé contra el suelo de una patada en la cara antes de que le diera tiempo siquiera a reaccionar. Los espectadores soltaron una exclamación al unísono.

Me volví para terminar con el chico, pero ya se había puesto de pie, y tenía los puños cerrados, vibrando de furia. Puro fuego llameaba en sus ojos; las pupilas se le estrecharon hasta convertirse en dos rayas verticales, y eso fue toda la señal que yo necesitaba. Sabía lo que me esperaba.

Me aparté justo cuando él exhaló un chorro de fuego que siseó por encima de mi cabeza, prendiendo fuego a los mechones sueltos de mi trenza, que ondeaban en el aire.

Me tiré al suelo y rodé. El fuego seguía viniendo a por mí, como una serpiente hambrienta, devoradora, como una ráfaga abrasadora sin fin que tenía el firme objetivo de calcinar mi carne. Me dolía la

cara; me ardía la oreja.

De repente, un nuevo cuerpo se interpuso y una ráfaga de viento atravesó la arena.

Ahogué un grito y me detuve. El fuego había desaparecido; ya no ardía en el aire… Ni tampoco en mí.

Observé entonces cómo un cuerpo aún más grande colisionaba contra mi atacante, derribándolo y apagando su fuego con una ráfaga de neblina gélida que emanaba de él a oleadas. Luego se inclinó sobre el chico, que estaba en el suelo. Los largos mechones de su pelo del color de los rayos de la luna estaban recogidos con una banda de cuero, ofreciendo una vista sin trabas de su rostro brutalmente hermoso, de la línea dura de su mandíbula y sus ojos grises de escarcha, fríos como un puñal.

Maldito fuese, todo él. Ese rostro. El rostro de Fell… y a la vez no. Eran tan parecidos… Su semejanza cayó sobre mí como una losa, como un puñetazo en el estómago. Cada vez que lo miraba, me robaba el aliento. Lo odiaba. Lo odiaba. ¡Lo odiaba!

No era Fell.

Era Vetr.

—Ya basta —proclamó, una frase como un grito estruendoso que reverberó en las cavernas que nos rodeaban.

Vetr era formidable, y lo habría sido aun sin el título de alfa. Era un ocultador. Igual que Fell, aunque este no lo hubiera sabido nunca. No había tenido la oportunidad de explorar esa parte de sí mismo, de conocer que poseía la habilidad de ocultar con sus sombras tanto lo que había en el aire como en las mentes.

Aquella niebla que parecía rodear siempre a Fell y a sus guerreros en el Borg —que incluso nos había rodeado a nosotros en aquella cámara en la que había tenido lugar la ceremonia de la consumación— venía de Fell mismo. Había sido siempre él. Era su

poder, su talento de dragón. La magia habitaba en nuestra sangre. Cada dragón la poseía, algunos más que otros.

Encogido a la sombra del alfa de la manada, el chico que estaba en el suelo ya no parecía tan grande y amenazador.

—¿Qué…, qué he hecho, Vetr?

Vetr lo agarró del cuello y se inclinó sobre él hasta que sus narices casi se tocaron.

—He dicho que nada de fuego. ¿Es que no has entendido mis instrucciones? ¿Es que no lo he dejado claro, Nayden? —Vetr deslizó la feroz mirada sobre todos los demás: una docena de espectadores que contemplaban con ojos ávidos la dramática situación que estaba teniendo lugar.

Habían estado esperando a que terminase el combate para que llegase su turno de luchar en la arena, pero aquel alarde de fuerza había captado su atención. Todos asintieron como respuesta a la pregunta que el alfa le había hecho a Nayden. Incluso Kerstin, que todavía jadeaba del esfuerzo, y que ahora estaba sentada en el suelo, en el lugar donde yo la había derribado. Se tocó la nariz, como si quisiera comprobar que todavía seguía en su rostro, y luego me guiñó un ojo con descaro, como diciendo: «Me has dado bien».

Nayden miró a su alrededor con los ojos como platos y la piel, normalmente de un tono cobrizo, teñida de rojo brillante, casi del mismo tono que su pelo: un rojo con tintes dorados no muy distinto al color de mi melena. Saltaba a la vista que la falta de apoyo del resto de la manada lo avergonzaba.

—No es justo —protestó, y entonces me pareció el muchacho de quince años que era. Tal vez fuese incluso más joven; no estaba segura. La manada tenía veintinueve miembros, pero no me había aprendido sus biografías de memoria—. ¿Por qué no podemos usar nuestros talentos? En una batalla, ¿no deberíamos utilizar cualquier

cosa que tengamos a mano? ¿Todas nuestras habilidades?

—Llegados a este punto, ya deberías haberlo entendido. —La mirada gélida de Vetr se detuvo sobre el grupo al completo—. Todos deberíamos entenderlo. Debemos saber cómo luchar en forma humana. No siempre podemos revelar nuestro dragón.

Vetr se puso recto. Rotó el enorme cuerpo, desnudo de cintura para arriba tras sus batallas anteriores en la arena, para mirar a todos los presentes a los ojos.

Tenía una figura imponente. Igual que Fell, debía de medir más de un metro noventa, y tenía una espalda muy ancha y el cuerpo musculoso. Un cuerpo de guerrero, o eso habría pensado en el pasado. Fue lo que pensé sobre Fell la primera vez que lo vi, pero ya era consciente de mi error. El cuerpo de Fell —igual que el de Vetr— era un cuerpo de dragón, camuflado bajo la piel de un humano.

Pasábamos casi todo nuestro tiempo caminando y existiendo como humanos. Era nuestro estado base, nuestro punto de partida, la forma en la que habíamos venido al mundo. Sin embargo, el dragón siempre estaba ahí, incluso cuando no era visible. Nadaba bajo la superficie, como una víbora bajo el agua, preparado para emerger en cuanto se le invocaba.

Todo el mundo asintió y murmuró que entendía lo que había dicho Vetr, plegándose ante su autoridad. Todo el mundo excepto Nayden.

—¿Por qué no estás enfadado con ella? ¡Ni siquiera controla su sangre! ¿No es eso igual de importante? ¿Permanecer en nuestra forma humana no significa que jamás podemos revelar nuestra sangre de dragón? ¿No es eso lo que nos has enseñado? —Nayden señaló las pruebas que me condenaban: la sangre púrpura que había escupido en la arena. Sabía que me reprenderían por ese error, pero no imaginaba que sería ese niñato quien lo hiciera.

Tragué saliva. Me sentía muy desdichada. Por muchas ganas que tuviera de darle un puñetazo a Nayden en el cuello por señalar mi debilidad, mi fracaso, delante de mis narices —y de las de Vetr—, no le faltaba razón. Por mucho que me esforzase, el arte de la byta, controlar la sangre propia y mantener su color rojo cuando estuviéramos en forma humana, se me resistía. Todos los demás lo dominaban porque tenían un dominio absoluto sobre sí mismos, sobre sus dragones. Yo había llegado muy lejos, pero este aprendizaje todavía se me resistía. Como tantas otras cosas.

—¡Hasta que no sepa cómo hacerlo, es una inútil! —Nayden se puso de pie; los fieros ojos le llameaban, desafiantes. Se acercó a mí y me escupió a los pies, no acertando por muy poco en la punta de mi bota.

No debió haberlo hecho.

Vetr soltó un gruñido, lo agarró del cuello de nuevo y lo lanzó por los aires, hacia el otro lado de la arena. Nayden gritó al estamparse directamente en el borde hecho de rocas.

—Vamos, Nay —lo regañó Kerstin—. Solo estás resentido porque no has podido ganarla sin recurrir al fuego. —Se encogió de hombros—. Por suerte para ti, ella no ha hecho lo mismo y no ha usado el suyo contra ti.

—¡A ella no le tengo ningún miedo! —Nayden me miró con tanto odio que los ojos le echaban chispas. Se puso de pie y dio un paso al frente, pero se le deformó el rostro en una mueca de dolor. Era evidente que el trato al que lo acababa de someter Vetr no lo había dejado ileso.

El alfa avanzó amenazante hacia él.

—¿No? ¿Y qué hay de mí? ¿A mí me tienes miedo, cachorrito?

Nayden se estremeció y dio un paso atrás, y no fue necesaria más respuesta que esa. No tenía nada que hacer frente a Vetr, y lo

sabía. Todos lo sabíamos. Su desobediencia no iría tan lejos. No se enfrentaría al alfa de la manada.

—No es como nosotros —se quejó Nayden con voz más débil. Claramente, todavía pensaba que podría persuadir a Vetr—. Se crio con ellos. —Señaló con la mano la enorme abertura que salía de la arena donde entrenábamos, indicando así el otro mundo, el mundo que había más allá de ellos, lejos de la manada, lejos de los Riscos… El mundo de los humanos, que se hallaba al sur. Mi antiguo hogar. Penterra.

Y, una vez más, no se equivocaba. Era cierto que había crecido allí. En mis recuerdos, seguía siendo mi hogar, un lugar que antaño me había parecido correcto y natural, el lugar en el que antes tenía a mi familia y mis amigos… y a Stig. Aparté el recuerdo de él, enterrándolo en lo más profundo de mí. Él era otra más de las cosas que había perdido y con las que no pensaba obcecarme.

—Ahora es una de nosotros. —La tensión se le notaba a Vetr en el rostro.

Me sobresalté al oírlo. «Ahora es una de nosotros».

¿Era posible que lo dijera en serio? Había estado esforzándome por serlo desde que había terminado allí; había intentado desesperadamente labrarme un lugar para mí entre ellos.

—Hacedme caso —dijo Vetr, dirigiendo a todos los presentes una mirada amenazante—. Ella nos necesita a nosotros tanto como nosotros a ella. Todos nos necesitamos. No pienso tolerar divisiones en la manada. Ya tenemos bastante oposición fuera de aquí, ya hay bastante gente que querría vernos caer. —Señaló hacia fuera con un gesto, refiriéndose al mundo que esperaba fuera de nuestras cuevas.

«Ella nos necesita a nosotros tanto como nosotros a ella».

Desde mi llegada, era la primera vez que oía decir a alguien que se me necesitaba. En general, todos me trataban con reservas y

cierta frialdad en el mejor de los casos, o con un odio silencioso, casi siempre.

Había sobrevivido, pero no estaba en mi mejor momento. Por mucho que lo intentara, construirme una vida allí no era una tarea fácil. La mayoría de los días sentía que me moría por dentro, como un pez fuera del agua, boqueando y sacudiéndose, tratando de sobrevivir y muriéndose sin que a nadie le importase… porque no había nadie a quien le pudiera importar.

Nayden apretó los labios con rebeldía hasta convertirlos en una fina línea, como si no confiara en ser capaz de morderse la lengua.

—Vete —ordenó Vetr, que, de repente, parecía cansado. Señaló el túnel que salía la arena—. Espérame en la guarida de mando. Ahí decidiré cuál es el castigo que te corresponde.

Nayden se dio la vuelta, no sin antes dirigirme una mirada llena de odio y reproche. «Estupendo», pensé. Inhalé; el olor del fuego todavía permeaba el aire, todavía me invadía la nariz.

Con un suspiro, me puse de pie y me sacudí el polvo de las manos en los pantalones. Tragué saliva, inhalé, exhalé y me aparté los mechones del rostro que se me habían escapado de la ya despeinada trenza.

Me toqué la frente con los dedos. La tenía empapada en sudor, a pesar del aire gélido de la cueva. Todavía estaba caliente, febril, recalentada por el esfuerzo y por haber danzado con el peligro. El fuego burbujeaba en mi interior. Yo había seguido las instrucciones y lo había mantenido a raya durante la pelea… Sin embargo, acechaba bajo mi piel, deseoso de estallar, escapar y ser libre.

Vetr me miró y su expresión cambió al hacerlo. No sé qué vio en mí, pero se le ensombreció el rostro. Cruzó la arena y se detuvo ante mí, donde me miró durante un rato, recorriéndome de arriba abajo con los ojos plateados, evaluándome. Sí, eran los ojos de Fell. Y, aun

así, no lo eran. Los ojos de Fell eran más cálidos. No como esta telaraña congelada.

—¿Estás herida? —preguntó.

—N… No. —Odiaba el sonido trémulo de mi voz, así que volví a intentarlo, y conseguí pronunciar la palabra con más firmeza—. No.

Le sostuve la mirada, sin apartar los ojos de él. «No apartes nunca la vista. No vaciles nunca. Jamás muestres tu miedo…, como ante cualquier depredador».

No pasaba nada por sentir miedo, pero jamás podías mostrarlo. Y todos eran depredadores. Todos y cada uno de ellos.

Incluida yo.

Alargó una mano hacia mí, claramente insatisfecho con mi respuesta. Sus dedos fríos se detuvieron sobre mi barbilla para inclinarme el rostro hacia arriba, y yo luché por mantenerme firme, por ser más valiente de lo que era en realidad. Soltó un gruñido de desaprobación al examinarme, pero yo no perdí la compostura.

Eso fue lo que hice. Fingir ser valiente para, tal vez, ganarme su aceptación. «Finge y no te derrumbes». Estaba obligada a vivir con extraños, a depender de ellos para todo. No había nada más que pudiera hacer.

Nunca dejaba ver lo mucho que me había roto perder a Fell, porque las cosas rotas estaban…, en fin, rotas. Nadie las apreciaba. Nadie las valoraba. Nadie las respetaba. Las cosas rotas se desechaban, se tiraban como basura, y, a pesar de todo lo ocurrido, yo estaba decidida a sobrevivir en la manada. Era lo que Fell habría querido. No se habría arriesgado tanto por mí de no ser así.

Vetr acarició los mechones rebeldes que enmarcaban el lado derecho de mi rostro, o, más bien, el lugar en el que antes habían estado esos mechones rebeldes. Antes de que Nayden los incinerase. Rozó con cuidado la pelusa corta que quedaba. Fruncí el

ceño y alargué una mano para explorarlo yo misma, evitando por poco tocar los dedos de Vetr.

Frotaba los resquicios quemados con las yemas de los dedos y el sonido áspero me inundaba los oídos. Y entonces sus movimientos cambiaron y sentí la caricia de su pulgar, deslizándose suavemente por un lado de mi sien. Me estremecí al darme cuenta de que la piel estaba quemada. Si reaccioné así no fue por ninguna otra razón.

Vetr se apartó. Tenía el pulgar manchado de ceniza negra.

—Te ha quemado. —Fulminó con la mirada la dirección en la que Nayden se había marchado, mientras los comienzos de un rugido empezaban a resonar en su pecho. Los ojos le temblaron durante un breve instante en el que las pupilas se convirtieron en dos rayas verticales. Nayden tenía suerte de haberse ido ya, porque no me cabía duda de que, de haber estado allí en ese momento, Vetr habría vuelto su ira contra él.

Los castigos que el alfa pudiera imponerle al muchacho escalaron rápidamente en mi mente. No era lo que yo quería: eso no mejoraría mi relación con los más jóvenes. Además, Nayden también era un piroexhalador. El único que había en la manada, además de mí. Debíamos llevarnos bien: si llegaban tiempos convulsos, tendríamos que trabajar juntos.

Di un paso atrás, apartándome de las caricias de Vetr.

—No es grave. Se curará. Mañana volveré a estar como siempre —le recordé a toda prisa, pues no quería darle más importancia de la necesaria, ni a la herida ni, sobre todo, al papel que Nayden había desempeñado en ella.

Yo ya destacaba entre ellos por razones obvias. No necesitaba que el alfa de la manada armase un lío por mí —sobre lo que no sería más que una herida insignificante— y abriera un camino de represalias en mi nombre.

Sostuve la mirada gélida de Vetr, deseosa de convencerlo de que me encontraba bien.

Al final, cedió con un gesto, un único y firme asentimiento. Y yo exhalé, aliviada de que lo dejara estar. Tampoco era la primera vez que resultaba herida en un entrenamiento. No era poca la sangre de mi cuerpo que había manchado el suelo de aquella arena.

Los demás también parecieron relajarse.

—Ya es suficiente por hoy —proclamó Vetr. Echó otro vistazo a su alrededor antes de clavar de nuevo sus ojos de escarcha en mí. Tras una larga e impertérrita mirada, se dio la vuelta y se marchó, presumiblemente para lidiar con Nayden.

Al quedarme sola con los demás, sentí todo el peso de sus miradas resentidas.

Inhalé y curvé los dedos para acariciarme la palma de la mano, buscando el consuelo familiar que siempre encontraba ahí, la sensación de que no estaba sola, de que seguía conectada a alguien, aunque no fuese real.

2

TAMSYN

Me sentía agradecida por tener mi propia guarida. Era el único lugar de toda la manada, el único, que era mío y solo mío. Un lugar al que podía escapar, donde podía disfrutar de mi intimidad y donde no tenía que fingir ni ser fuerte. Allí, podía respirar y derrumbarme, y no tenía que ser nada ante nadie. No tenía que ser un dragón, ni tampoco una humana. Podía ser, simplemente, yo.

Había una cama a ras de suelo cubierta con suntuosas pieles y mantas, y un baúl de madera en el que guardaba mis pocas pertenencias, las que me habían dado desde mi llegada. Nada era mío de verdad. Lo único que poseía era el collar que me adornaba el cuello, un regalo de Fell, cuyo peso era algo muy presente y bienvenido. Era lo único que me quedaba. Eso y su recuerdo, su corazón palpitante en la palma de mi mano… Que ahí seguía, aún. Quizá para siempre. Un bálsamo a la vez que un tormento.

Mi guarida tenía las mismas comodidades que cualquier alcoba; lo único que le faltaba era una ventana con vistas al mundo exterior. Sin embargo, las vistas eran otras, y eran espectaculares: hermosas piedras preciosas de todas las formas y colores incrustadas en las paredes de piedra de la cueva que trazaban diversos patrones y arrojaban un caleidoscopio de colores por toda la estancia.

Noche tras noche, una sutil danza de luces arcoíris salpicaba la oscuridad, como partículas vivas. Fascinada, alzaba una mano y movía los dedos en la oscuridad como si pretendiera atrapar con ellos la luz, y absorbía la energía que arrojaban esas gemas, disfrutando de ella y de la magia que se vertía en mi interior y me arrullaba, acercándome al sueño con la misma suavidad con la que las olas mecen un barco, mientras restauraba todos los pedacitos heridos y en carne viva de mí.

Bueno…, casi todos.

Porque la ausencia de Fell era un dolor constante, una herida que nunca terminaría de sanar, un miembro cercenado que jamás volvería a crecer. Y, sin embargo, no habría querido librarme del dolor ni aunque pudiera.

Seguía ahí, dentro de mí, y su corazón palpitaba rápido y firme en la palma de mi mano, donde habíamos unido nuestra sangre. Un vínculo que ni la muerte podía cortar, que no podía partir de forma limpia.

Al principio, hacía un año, había pensado que significaba que seguía con vida, y la esperanza había florecido en mi pecho como la luz del sol ilumina la oscuridad, penetrando a través del manto de tristeza que su muerte había arrojado sobre mí. La esperanza me había hallado donde me derrumbé: estaba desplomada en el suelo tras recibir la noticia, olvidada, congelada tras haber visto que Vetr volvía solo del desafortunado viaje que él y Fell habían emprendido a la cueva de su nacimiento, al lugar en el que había muerto su madre. Me quedé congelada al mirar a Vetr, tan ensangrentado y roto que tardé en reconocerlo. Congelada, salvo por mis ojos enloquecidos, que miraban hacia todas partes, casi de forma dolorosa, buscando señales de Fell detrás de Vetr, alrededor de Vetr, en cualquier parte…

Pero no había ni rastro de Fell.

Solo un montón de desconocidos de rostros ansiosos porque Vetr estuviera bien, porque Vetr hubiera sobrevivido. Vetr.

Y las palabras que este pronunció, entre jadeos —«Lo… han… cogido…»—, se retorcieron en mis entrañas.

En ese momento, me caí fuera de mi cuerpo. «Lo han cogido».

Vetr había vuelto sin Fell porque ya no había un Fell.

Ya no estaba.

Estaba muerto.

Aquellos pensamientos se enredaron en mi interior, girando como canicas en círculos interminables, rodando y rodando y rodando, buscando un final, un hogar, un lugar donde detenerse y descansar.

Ese día, me dejé caer en el frío suelo de piedra. El enorme espacio en el que estábamos reunidos bullía de actividad, lo que me recordaba al Gran Salón de mi antiguo hogar, Penterra. Solo que era una caverna. Una red de cavernas, en realidad, un laberinto. Y en el centro de ese espacio, con sus mesas y sus sillas y sus bancos con cojines llenos de borlas, estaba yo, inerte, silenciosa, quieta como un cadáver. Me mordí el interior de la mejilla y el sabor metálico de la sangre que manó de ella me llenó la boca. Lo supe porque la saboreé, ya que no sentía el dolor que ejercía la presión implacable de mis dientes.

Había una chimenea en la que el fuego crepitaba, con su conducto de piedra, que llevaba a un techo de roca lejano, por el que el humo salía a través de una de las aberturas que habían tallado como ventilación. El calor llegaba hasta mí y me lamía el rostro, pero tenía frío de todos modos. Mucho frío. Un frío que nacía en lo más profundo de mis huesos, ante la extraña ausencia del calor que me caracterizaba.

Entonces, saliendo de mi estupor de conmoción y pena, parpadeé como despertándome de un sueño, una pesadilla… Un hechizo, una maldición en vida, salvo porque no había ninguna bruja a la que culpar por haber conjurado una aflicción semejante contra mí. Se me descongelaron los brazos y las piernas, me puse recta y me levanté de mi sitio, para luego avanzar a tumbos por las cavernas en las que la manada tenía su hogar.

En aquel entonces no sabía gran cosa sobre los dragones, ni tampoco sobre la manada. No sabía cuántos eran, ni tampoco los nombres que se asociaban a las caras y los cuerpos entre los que me abría paso. El único rostro y el único nombre que conocía era el de Vetr, porque su rostro era igual al de Fell, porque era el hermano de Fell, y porque nos había encontrado y nos había traído hasta allí. Porque él tendría las respuestas que yo necesitaba.

Así que debía llegar hasta él, debía encontrarlo, donde fuera que lo hubiesen llevado tras su regreso, cargado de heridas y tragedias.

Nadie me ayudó. Nadie me señaló la dirección correcta. Nadie pareció ni siquiera verme hasta que no llegué allí, a la entrada de su guarida, y me abrí paso entre los ansiosos rostros que se apelotonaban en la puerta para irrumpir en su cámara mientras Brenna curaba las heridas que había sufrido luchando contra los dragones que habían matado a Fell y que habían tratado de matarlo a él también. Los dragones que habían matado a Fell…

Ese pensamiento rebotó a través de mí, golpeando y masacrando a su paso todo lo que encontraba, dejándome el cuerpo tan dolorido y magullado que no logré aunar ni una pizca de instinto de supervivencia entre aquellos seres que tenían más de animal que de humano, más de mágico que no, y en cuya compañía debí haber hecho gala de más cautela.

Deslicé la mirada sobre su cuerpo destrozado y en carne viva, y

sentí que la bilis me trepaba por la garganta. Más adelante, aprendería que las heridas infligidas por un dragón eran más difíciles de sanar que aquellas causadas de otro modo. Las garras de un dragón —igual que las armas fabricadas con sus huesos— eran mucho más peligrosas, mortales, incluso, si el golpe era lo bastante grave. Me bastó con una sola mirada a Brenna para saber que las heridas de Vetr podían ser fatales. Quizá tendría que haberlo respetado y haberlo dejado en paz, pero necesitaba saber lo que había ocurrido.

Así que, mientras Vetr se retorcía y se agitaba de dolor bajo las manos de la curandera, le pregunté:

—¿Dónde está Fell? ¿Qué le ha pasado?

Brenna acercó una botella a los labios para que diera un trago de vino de bayas verda —otra cosa sobre la que aprendería más adelante—, que poseía propiedades tanto curativas como embriagadoras.

—¡Sacadla de aquí! —gritó una voz entre los presentes.

Hubo otras voces que secundaron el reclamo, y unas manos me cogieron bruscamente para sacarme de la habitación. Oí más palabras de odio a mi alrededor, como espinas clavadas en mi carne.

«Jamás tendríamos que haber acogido a ninguno de los dos. No son como nosotros».

«Claro, tenía que ir… ¡Estaba empeñado en verlo con sus propios ojos! ¡Él ha tenido la culpa!».

«Tanta paz lleve como descanso deja… Él mismo se lo ha buscado».

Hice caso omiso de aquellas venenosas palabras y logré zafarme de los brazos que tiraban de mí. Blandí mi mano hacia ellos, con su «x», que estaría grabada para siempre sobre mi piel.

—¡Todavía lo siento! ¡Lo siento aquí! ¡No puede estar muerto!

A nadie le importó. Alguien me rodeó por la cintura con un brazo y me levantó en volandas, dispuesto a sacarme a la fuerza de la guarida.

—¡Dejadla!

La orden resonó como un látigo cortando el aire. Me soltaron de inmediato.

Me tambaleé hacia delante; me sentía tan salvaje y desesperada como lo parecía el hombre que yacía en aquel lecho. Mi mirada colisionó contra la suya, contra sus dos pupilas vibrantes rodeadas de hielo y escarcha.

Vetr se incorporó hasta sentarse, no sin sufrimiento, y fijó su atención en mi mano. Su corpulencia me impactó a pesar de lo débil que se encontraba. La losa que era su musculoso pecho estaba manchada de sangre púrpura. La poca piel que no se encontraba cubierta de sangre parpadeaba, encendiéndose y apagándose, contrayéndose hasta convertirse en un tono entre plateado y perla cuando respiraba una vez y volviendo a ser piel humana en la siguiente.

—Es el vínculo —explicó con dientes apretados, negando con la cabeza, como si detestase tener que confirmar esa certeza—. Yo… lo siento.

Se dejó caer de nuevo en la cama mientras soltaba una tos húmeda, y exhaló de forma temblorosa.

Oí el pesar que le teñía la voz —en el esfuerzo que le había llevado hablarme— con tanta claridad como la autoridad implacable que había emanado de ella cuando ordenó a los demás que me dejasen en paz. Aquel desconocido idéntico a Fell sentía mi dolor, a pesar de estar batallando contra el suyo.

Sentía haber perdido al hermano que acababa de encontrar.

Todo estaba mal, todo estaba terrible, terriblemente mal.

Aún desesperada, aún negándome a creer lo que decía, me acerqué a él y le tendí la mano para mostrarle la «x», como si necesitase verla de cerca. Las palabras escaparon dando tumbos de mis labios, afirmando que si todavía podía sentir a Fell era porque tenía que estar vivo.

Él levantó la vista para mirarme. Tenía cuatro cortes frescos en la cara, un zarpazo cortesía de una garra de dragón. La sangre púrpura coloreaba los bordes de la carne hecha jirones, ya cosida limpiamente tras las artes con hilo y aguja de una mano habilidosa. Si le hubieran acertado un poco más arriba, habría perdido un ojo, y dudaba que nadie pudiera recuperarse de algo así, por dragón que fuera.

En un hombro tenía una quemadura con muy mal aspecto que era imposible cerrar con puntos. La herida era tan grande y profunda que vislumbré el hueso a través del amasijo de carne y tejidos. Se me puso el estómago del revés al verla, pero me quedé donde estaba con testarudez y le acerqué más la mano, poniéndole mi palma delante, como si solo necesitase ver la marca en la que Fell y yo nos habíamos unido por la sangre para entenderlo todo.

Apenas se molestó en mirarla. En lugar de eso, observó el brebaje de hierbas que Brenna estaba preparando. Luego volvió la vista hacia mí.

—El vínculo es fuerte —murmuró, como si con esa explicación bastara.

—Puede seguir vivo una vez que el cuerpo ya no esté —añadió Brenna distraídamente mientras llevaba un poco de la mezcla verde al rostro de Vetr.

Yo los miré al uno y a la otra como enloquecida. Era como si estuviesen hablando en otro idioma.

Cuando Brenna empezó a aplicarle el menjunje verde en la cara,

él siseó. Arqueó su enorme cuerpo de la cama mientras ella extendía generosamente el remedio sobre su piel. Se le tornaron salvajes los ojos; el gris plateado se estremeció mientras, en el centro, las pupilas se transformaban en dos rayas verticales.

Ella chasqueó la lengua.

—Estos cortes tienen que curar como es debido. No querrás cicatrices en esa cara tan bonita que tienes, ¿no?

Él se apartó de sus manos, huyendo de sus cuidados, y soltó una exclamación parecida a un rugido.

—Me importa un bledo mi cara, Bren.

—¿Ah, sí? Pues a mí no. Prefiero no tener que verte la cara desfigurada y saber que podría haberlo remediado, así que deja de resistirte.

Recorrí su cuerpo destrozado con la mirada y sentí que me mareaba al pensar en Fell y en cómo debía de haber sufrido, en lo que los otros dragones debían de haberle hecho si así era como habían dejado a Vetr.

—Eh —dijo una voz ronca. Lo miré a la cara de golpe. Sus ojos se habían calmado; las pupilas se redondearon, tornándose más humanas, mientras me observaba—. No ha sufrido.

Lo dijo casi con amabilidad y con mucha seriedad, como si quisiera convencerme de aceptar aquella afirmación como cierta.

Yo inhalé de forma entrecortada; no estaba segura de creerlo. Si Fell hubiera sufrido, ¿acaso me habría contado la verdad? ¿Habría querido que conociese la horrible realidad?

Froté la carne protuberante y palpitante de la palma de mi mano con las puntas de los dedos, como si estuviese tocando a Fell, como si lo estuviese reconfortando. Un acto que a Vetr no se le pasó por alto.

—Incluso después de la muerte —prosiguió—, el eco de un

compañero perdido puede… perdurar. —Hablaba a trompicones, interrumpiéndose con jadeos y muecas de dolor mientras Brenna se ocupaba de los cortes y las quemaduras que salpicaban su ancho pecho. Las iba limpiando con un trapo húmedo que luego escurría en un cuenco, hasta que el agua se tiñó de púrpura con tanta sangre.

Un compañero.

¿Eso era lo que había sido Fell? ¿Mi compañero?

Aquella idea viajó por mis pensamientos, asentándose poco a poco hasta echar raíces. Fue una revelación vacilante y sobrecogedora, un hecho que nunca había sido tal para mí hasta aquel momento.

Fell, mi compañero.

Aquello se me antojó mucho más importante, mucho más significativo, que ser marido y mujer.

Nuestra unión siempre había parecido más bien una farsa, un matrimonio de conveniencia que nos habían impuesto a los dos. Un matrimonio nacido de mentiras y engaños.

Pero ¿ser compañeros?

Sí, aquello tenía un aura de verdad. Y, con él ardiéndome en la palma de la mano, la certeza de aquella afirmación penetró mi conciencia. Demasiado poco y demasiado tarde.

Me quedé mirando las líneas cortantes de la «x» que me marcaba la palma de la mano, que brillaban y latían.

—¿Estás seguro? —susurré, con una voz tan débil y temblorosa como la hoja más frágil.

Quería que Vetr estuviese equivocado. La esperanza era así: cruel y amable a la vez. Te contaba mentiras para que pudieras aferrarte a algo que se asemejase a la paz. Era como si una persona estuviese muriendo de sed y tragase agua de mar ansiosamente

para disfrutar de un alivio momentáneo que no haría sino acelerar la llegada de la muerte.

—¿Y tú viste…, viste a esos otros dragones…? —Me resultaba difícil pronunciar esa palabra—. ¿Los viste matar a Fell?

Al fin y al cabo, no teníamos el cuerpo. Vetr era afortunado de haber regresado con vida. Quizá Fell estuviera vivo todavía, ahí fuera, destrozado, pero no muerto.

Contemplé todo tipo de posibilidades allí, de pie en aquella guarida. Dentro de mi corazón, la esperanza luchaba con uñas y dientes por no extinguirse. Quizá aquellos otros dragones lo hubieran capturado. No era una posibilidad muy alentadora, pero era mejor eso que la muerte.

—Sí, lo vi. —Sus ojos grises como el hielo estaban colmados de pena y remordimientos. Me recorrió con ellos y me dejó desnuda, sin piel, toda hecha de huesos y vacío. Yo misma me había convertido en un fantasma.

—Es un milagro que hayas conseguido volver —murmuró Brenna, negando con la cabeza con tristeza mientras seguía curando sus heridas. Se apartó un mechón de pelo de las cejas oscuras.

—No sin pagar un precio. —Cambió ligeramente de postura y el dolor afloró de nuevo a su rostro.

Poco a poco me di cuenta de que sus palabras, aquellas palabras, provocaron un cambio en el ambiente. Un revuelo palpable entre los cuerpos que lo rodeaban.

—¿Qué precio? —preguntó alguien.

Me mordí la lengua para no dar la respuesta airada que palpitaba en mi lengua. Fell. Fell era el precio, pero él no se refería a Fell, y todos lo sabían.

—Les he dado la mina que hay al oeste de la Gran Catarata. —El anuncio de Fell atravesó a los presentes como un rayo. Todo el

mundo se quedó inmóvil.

Al cabo de unos instantes, Brenna se aclaró la garganta.

—Esa mina tiene la mayor reserva de gemas de todos los Riscos. ¿Por qué…?

—Por la paz —la interrumpió con rabia—. He negociado una tregua para que dejemos de luchar contra los de nuestra propia especie, para que dejen de ir al sur a saquear y nos pongan a todos en peligro. —Suspiró con el aliento entrecortado—. Y por mi vida.

Todo el mundo empezó a hablar a la vez.

«¿Una tregua? ¿Con ellos?».

«¡No se puede confiar en el skelm!».

«¡Esa mina era nuestro botín!».

«¡Kaldr es despiadado! ¡Es un monstruo! ¡No podemos esperar paz de él!».

El dolor le atenazaba a Vetr la garganta, de lo contrario habría hablado, habría tratado de explicar o defender lo que había hecho. Sin embargo, fue la voz de Brenna la que se elevó por encima del bullicio.

—¡Ya basta! Vetr es nuestro alfa. De no ser por él, no tendríamos nada. Fue él quien nos unió a todos, es el corazón de esta manada, y yo lo seguiré. —Sus ojos verdes resplandecían como el musgo tocado por el sol. Desafiantes, se clavaron en cada uno de los rostros presentes, hasta que estos apartaron la vista—. Si ha negociado una tregua con Kaldr para poder volver con nosotros, que así sea.

Las expresiones de los demás se relajaron. Sus miradas se suavizaron. Sus voces se calmaron hasta convertirse en murmullos de aceptación que se fueron propagando por toda la estancia.

Yo miré a mi alrededor, confundida. Nada de lo que estaba ocurriendo me reconfortaba.

Tenían a su alfa, sí. Y una tregua con su enemigo. Solo les había costado no sé qué mina repleta de gemas. ¿Y qué pasaba con Fell?

Nada de aquello me parecía bien.

Me sentía el interior de las orejas grueso y aislado, el oído amortiguado. Las palabras de todos los que me rodeaban eran cada vez más inteligibles y, al mismo tiempo, sus rostros se distorsionaban, sus rasgos se emborronaban. A diferencia de ellos, yo no era capaz de sentir ningún alivio, a mí no me había invadido ninguna sensación de paz.

—Lo siento. No pude salvarlo —susurró Vetr al reparar en mi mirada, al verme, al percibir mi dolor a pesar de que él estuviese sufriendo el suyo. Echó un vistazo a mi mano, cerrada en un puño, y añadió—: Ya no está. Lo que sientes no es más que un eco de vuestro vínculo.

—Un eco. —Fruncí el ceño mientras trataba de digerir aquella información, una de las muchas lecciones sobre los dragones que aprendería a partir de ese momento.

Lo que sentí entonces no era más que un eco de Fell. Y lo seguía siendo.

Porque aún lo sentía.

Era su fantasma, que seguía vivo en mí. No era él. No era… real.

Me había costado mucho aceptar aquella decepcionante verdad.

A medida que los días se convirtieron en semanas, las semanas en meses, los meses en un año, el frágil hilo de esperanza al que me aferraba, el que me decía que tal vez Vetr estuviera equivocado, se fue deshilachando y desvaneciendo hasta quebrarse por completo.

Fell no podía seguir vivo después de tanto tiempo. Era consciente de ello.

Sumergí un trapo en la jofaina de agua de mi lavamanos y luego lo pasé con cuidado por un lado de mi rostro, al tiempo que

estudiaba mi imagen en el espejo que colgaba sobre la palangana, mirando a una muchacha que ya apenas reconocía. Ni siquiera era una muchacha: era una mujer. Una mujer a la que ya no conocía. Hice una mueca. Eso tampoco era exacto. No era una muchacha ni una mujer. No era humana.

Desvié entonces la mirada hacia los daños que me había causado Nayden, inspeccionando la carne quemada con frialdad. El fuego era menos peligroso para mí que para los demás, ya fueran dragones o humanos. Con el fuego suficiente se me podría destruir, sí, pero, al ser una piroexhaladora, mi tolerancia era más alta. Haría falta más que una mera escaramuza con las llamas para herirme. Para acabar conmigo, sería necesaria una exposición al fuego prolongada.

Ladeé el rostro y me di cuenta de que la piel ya se estaba curando; ya se veía menos chamuscada. Estaba de un color ligeramente rosado, como la piel fresca de un recién nacido, y el tono rosado y brillante se parecía bastante a mi piel natural. ¿Natural? Hice otra mueca. Mi piel humana, pues. Supuse que eso era lo que quería decir.

Ya no estaba segura de qué podía considerarse natural en aquel mundo, y «normal» no era una palabra en la que me gustase pensar en absoluto. Me daba la sensación de que era… errónea. Palabras como «normal» o «natural» solo te reprimían. Alimentaban las inseguridades y el desprecio por uno mismo.

Me quité los zapatos y la ropa sucia, hasta quedarme solo con la combinación, para entonces lavarme el resto del cuerpo: el cuello, los brazos, el pecho, las piernas… Me limpié la mugre del día lo mejor que pude. Si quería darme un baño, cerca de allí había unas aguas termales. La intimidad no estaba asegurada, pero siempre era reconfortante tras un duro día de entrenamiento.

Recorrí con la mirada la pared de gemas incrustadas mientras me llevaba el trapo húmedo y fresco al cuello. El patrón de piedras preciosas ya estaba grabado en mi memoria, pero eso no me disuadió de examinar todas y cada una de ellas, buscando fútilmente un ópalo negro como el que Fell había llevado colgado del cuello.

Desde que había llegado a aquel lugar, había estado tratando de atisbar alguno en las superficies a la vista de las cuevas de la manada, no solo de mi guarida, sino en todas partes. Al menos, en las zonas comunes. Había guaridas privadas, por descontado, donde dormían los demás, pero nadie me había invitado a entrar en su santuario. Aunque ya hubiera pasado un año, no tenía con nadie una relación tan cercana como para eso.

Sabía que el collar ya no estaba, que se había perdido junto a Fell, pero eso no impedía que deseara volver a ver otro igual. Solo para rememorar, solo para recordar cómo era. Aquel ópalo negro era especial. Tan grande como la mitad de mi mano y de un negro intenso, salpicado de vetas rojas, verdes y azules.

Terminé de limpiarme y me sequé con una toalla bajo el resplandor de las gemas. Era indignante pensar en cuántos humanos habrían sido capaces de matar por una sola de ellas. En cuántos de ellos, es más, lo habrían hecho. Solo uno de esos rubíes, esmeraldas, diamantes o zafiros serían motivación suficiente para cortarle a alguien el cuello.

Durante la Trilla —e incluso después—, tropas enteras de soldados se habían adentrado en los Riscos para apoderarse de cuanto pudieran de los tesoros de los dragones. Como humana, jamás se me había ocurrido que los dragones hicieran acopio de aquellos tesoros por ninguna razón que no fuese la avaricia: esa era la creencia que perpetuaban los humanos. Aquello era lo que se recogía en las crónicas de la historia. Era lo que me habían

enseñado.

Jamás se les había ocurrido a los humanos, ni a mí, que la razón, la verdad, podía ser algo tan fundamental, tan necesario, como que los dragones necesitaban gemas para vivir. Que extraían las piedras preciosas de las profundidades de las montañas para subsistir, que para ellos eran tan vitales como el aire. Como el agua para el sediento. Como la comida para el muerto de hambre. Como la sangre para el cuerpo.

Yo ya lo había entendido, porque también sentía esa necesidad, que era tan profunda como los huesos. La sentía desde que me había convertido durante la travesía hacia el norte y lo que yo era en realidad había despertado.

Alargué la mano hacia el collar que colgaba de mi cuello. Hacia las gemas rojas como frambuesas en la pesada cadena que Fell me había regalado en el Borg… para compensarme por el collar que había tenido que entregar a unos bandidos.

Las piedras susurraron contra mi piel. Se filtraban en mi interior, se fundían con mi carne y se cobijaban en mis huesos. Alimentaban mi alma, y no sabía si lo hacían simplemente porque eran joyas y yo era yo, y era eso lo que ocurría con los dragones, o si se debía a algo más, algo más profundo, más excepcional, porque eran joyas que me había regalado Fell.

Me volví hacia mi reflejo para admirar las gemas que descansaban sobre mi cuello, para apreciar su calor y regodearme en el flujo de energía que emitían. Y, justo entonces, las pieles que cubrían el umbral de mi guarida se abrieron de par en par.

Y, sin más preámbulos, entró Vetr.

Sin anunciar su llegada. Sin pedir permiso.

Ahogué un grito y me di la vuelta, apartando las manos del collar que canturreaba contra mi clavícula como si me hubieran

descubierto haciendo algo que no debía hacer.

Las cortinas de cuero o de piel eran lo único que hacía de puerta en aquel lugar y, sin embargo, hasta entonces no me había sentido vulnerable. Siempre había dispuesto de mi intimidad. Nadie había invadido antes mi espacio.

Hasta ese momento.

3

TAMSYN

Comprendí en ese momento que si nadie había irrumpido en mi guarida hasta entonces era porque nadie se había interesado en mí lo suficiente para hacerlo. Yo no le importaba a nadie. Lo único que despertaba en los miembros de la manada era indiferencia, en el mejor de los casos. Para ellos, siempre sería la que había vivido entre los humanos, la que se había creído humana durante veintiún años, la que se había tragado todas las mentiras sobre los dragones que le habían contado y habría estado dispuesta a seguir creyéndoselas.

Ellos se habían criado juntos. Eran una familia. Hermanos.

La forastera era yo.

Irónico, teniendo en cuenta que había sido una forastera desde mi nacimiento. Ese había sido mi papel en mi vieja vida y volvía a serlo en este nuevo mundo. Un papel que siempre acababa encontrándome.

Sin embargo, no era la indiferencia lo que había traído a Vetr hasta mi guarida. Me miró a la cara, tensando los tendones de su cuello, y dijo de malos modos:

—¿Se puede saber qué ha sido eso?

Tragué saliva con dificultad, concentrándome en visualizar los

movimientos de mi cuello, en tratar de hallar las palabras, y no en qué aspecto debía de tener ante él, vestida solo con una combinación. Recordé a Fell y lo mucho que se parecían, del mismo tamaño imposiblemente grande. Fuera de lo común.

—No sé a qué te refieres. —Y entonces, recordando que nadie le había dado la bienvenida a mi espacio, que no había sido invitado, me puse recta y busqué mi dignidad, esforzándome por hacer caso omiso de mi semidesnudez, de que nada cubría mis piernas desde la mitad de los muslos hasta los pies—. Y ¿cómo te atreves a entrar aquí sin llamar antes?

Él parpadeó.

—¿Llamar? —Pronunció la palabra con tanta incomprensión que incluso me pregunté si comprendía el concepto mismo… Al fin y al cabo, en aquel lugar no había puertas.

Hice un gesto con la mano, tratando de explicar.

—Ya sabes a qué me refiero. A llamar, a avisar, a pedir permiso para entrar…

Se señaló el centro del pecho.

—¿Que cómo me atrevo… yo?

Y pronunció «yo» con tanta incredulidad, como si fuera imposible que yo me refiriese a él, a un hombre —o dragón— que no estaba acostumbrado a nada que no fuese una total deferencia, y a despertar puro asombro en los demás.

Era el soberano de aquella comunidad. Tal vez no fueran más de treinta, pero eran dragones. Eran poderosos, destructivos. En conjunto, eran capaces de acabar con todo un ejército, y él, su líder, capaz de inspirar un gran temor. A no ser, por supuesto, que fueses un miembro del skelm. En ese caso, el mismo Vetr tendría que enfrentarse a sus garras, a sus colmillos, al fuego, a la amenaza de una hoja de hueso en la garganta. O, al menos, eso era lo que cabía

esperar antes de que se hubiese acordado la tregua.

—Sí. Tú. Me da igual quién seas. Yo no soy como los demás, que te siguen a ciegas. —Señalé con desdén las guaridas que nos rodeaban, consciente de que era muy probable que fuese esa actitud lo que me separaba de la manada, lo que me impedía encajar. Sin embargo, no podía evitarlo. Por mucho que lo intentase, no era una de ellos—. Yo no respondo ante ti.

Pero, ya mientras pronunciaba tan audaces palabras, me daba cuenta de que no habría nadie en esa manada que estuviese de acuerdo conmigo.

Día tras día, seguía sus reglas. Cumplía con las tareas que se me asignaban sin proferir queja alguna. Solo que, en realidad, esa no era yo. Era una versión de mí misma, un autómata que representaba un papel mientras yo —mi verdadero yo— se escondía, aprendía, se transformaba… Me estaba convirtiendo poco a poco en lo que fuera que debía ser para sobrevivir y encontrar mi lugar.

Pero eso de aceptarlo todo a ciegas simplemente porque así lo establecían las reglas, o la costumbre, se había terminado. Ya me había inclinado una vez ante un rey, y ¿adónde me había llevado mi lealtad? A la punta de un látigo. A un matrimonio forzoso con una reputada bestia.

Stig me había convencido de que ser una muchacha de los azotes constituía un honor, y yo me lo había creído. De niña, había recorrido la galería del palacio y había contemplado los retratos de aquellos que habían desempeñado mi papel antes que yo con admiración y reverencia, pero lo único que había hecho era engañarme para poder seguir viviendo, para ser capaz de respirar en aquel espacio, para continuar existiendo con mi dignidad intacta.

Pero eso de existir sin más se había terminado.

Lo de mentirme a mí misma se había terminado.

A veces, oía a Fell en mis pensamientos, escuchaba sus palabras hinchiéndose dentro de mí, buscando una vía de escape. «Eres alguien… Algo».

Se había terminado eso de inclinarme ante nadie, por mucho que ahora viviera allí. Quizá la manada funcionase como un pequeño reino en el que Vetr estaba al mando, pero yo no pensaba seguir poniéndome por debajo de otros. Tenía que haber un modo de sobrevivir, de labrarme un lugar en esa vida sin perderme a mí misma por completo.

Seguí hablando, haciéndome valer.

—Puedo marcharme cuando yo quiera.

—¿Y adónde irías? —resopló. Los planos de su rostro empezaron a teñirse de un rojo furioso, y fue en ese momento cuando me di cuenta de que yo lo había provocado. Él, al entrar en mi espacio sin aviso previo, sin invitación, había cruzado un límite invisible y, de algún modo, había sido yo quien lo había empujado a hacerlo.

Tendí los brazos hacia los lados y luego los dejé caer en un gesto dramático.

—A cualquier parte.

—O sea, que no tienes ni idea de adónde irías. Solo estás hablando… por hablar. —Ahora se estaba burlando.

—No soy ninguna prisionera.

Ajeno o indiferente a la tormenta que se estaba gestando en mi interior, señaló hacia el exterior de mi guarida.

—Cuando estés en esa arena, tienes que luchar como si no fuese un entrenamiento.

Parpadeé, desconcertada, mientras mis pensamientos se realineaban. Se refería al entrenamiento de ese día. Había venido por lo ocurrido en la arena.

—Pero es un entrenamiento —repuse despacio—. Es para

practicar. Por eso lo llamamos así —le recordé con aspereza.

—Cuando estás bajo una amenaza, luchas. —Escupió la última palabra como si fuese una cosa dura, un pedazo de carne seca que estuviera cortando con los dientes—. Respondes de igual modo. Nayden te atacó con fuego y tú te contuviste.

Apreté los labios y negué con la cabeza. Me confundía. Él me estaba confundiendo. Arriba era abajo; abajo era arriba. En ese lugar, todo me hacía sentir como si estuviera sobre terreno inestable, sobre la cubierta de un barco que se agitara violentamente en las aguas del Canal Oscuro, con monstruos acechando bajo las aguas turbulentas, esperando para devorarme.

—Recibimos la instrucción de entrenar en forma humana —repuse—. Fuiste tú quien nos la dio.

—Y aun así has fracasado —me espetó—. Sigues sin dominar la byta.

Me ruboricé.

—Estoy trabajando en ello.

—Ha pasado un año.

—Bueno, vosotros habéis tenido toda una vida para dominarla.

Por irónico que parezca, fue él quien apartó la vista, como si verme, oírme, fuese demasiado para él, demasiado frustrante, fuera del alcance de su comprensión. Que era justo como yo me sentía siempre en ese mundo tan lejos del mundo.

Era una variable extraña y desconocida. No era del todo un dragón. No era del todo una humana. No era como los demás. Y era incapaz de comprender las costumbres de los dragones con la rapidez suficiente.

Me miró entonces como si pensase que fuese a derrumbarme, a partirme, a romperme en pedacitos que jamás podrían volver a recomponerse.

Y más que eso. En sus ojos, vi que no solo le preocupaba perderme a mí… Le preocupaba perderlos a todos, a la manada entera, por mi culpa. Lo leí en la escarcha de su mirada. Era tan impredecible y poco digna de confianza como una ventisca formándose y creciendo en la entrada de las cavernas.

No importaba todo lo que había entrenado ese último año. No estaban impresionados conmigo. Tanto Vetr como todos los demás pensaban que lo estaba haciendo mal.

Y «lo» hacía referencia a todo.

Mi adoctrinamiento había sido inmediato. No había habido tiempo para llorar a Fell. Me habían zambullido en las costumbres de la manada de golpe: en su funcionamiento interno, en su jerarquía, en sus hábitos. Por no hablar de que había tenido que aprender a luchar, a trabajar en las minas, a dominar el arte de la byta, a patrullar, a explorar, a buscar alimento, a cazar. Ah, y a volar como era debido. Maniobras de evasión tanto por aire como por tierra.

Lo único que no me habían enseñado era a participar en las rekons, cuando partían a reunir información entre los humanos. De esas expediciones se me excluía. Su confianza en mí no era tan profunda como para devolverme al mundo que habitaba su mayor enemigo.

Sin embargo, los humanos no eran la única amenaza. Había también otros dragones que consideraban que su especie estaba maldita de verdad. El skelm: los dragones que no estaban satisfechos con su —nuestra— evolución. Preferían el viejo mundo, cuando los dragones eran dragones y no esta versión diluida de lo que antaño habían sido. Para ellos, el enemigo era todo aquel que estuviera en su contra.

A pesar de la tregua, los evitábamos. Tal vez no nos atacasen con el asesinato en mente, pero estaban ansiosos por aumentar su

población, así que nada les impediría llevarse a cualquier hembra o cualquier joven que descubriesen merodeando cerca de los Riscos. Años antes, habían encontrado sola a la hermana de Brenna y se la habían llevado, un relato aleccionador que me habían contado en susurros poco después de mi llegada. Nadie se atrevía a salir solo, y cada incursión debía ser aprobada por Vetr o uno de sus skeppars.

Vetr me clavó una mirada penetrante.

—La supervivencia y la continuación de nuestra especie lo son todo.

«Nuestra especie». Aquellas palabras resonaron en mi interior.

No sabía qué me sorprendía más, si que me considerase uno más de ellos o que creyera que había hecho algo que iba contra ese principio. Me gustara o no, yo también era un dragón. Yo también quería que todos sobreviviéramos, por supuesto que quería. No deseaba nuestra extinción.

—Este mundo es un lugar peligroso —prosiguió Vetr—. La vida aquí no es fácil. —Exhalé con impaciencia. ¿Acaso se pensaba que de donde yo venía era todo de color de rosa?—. Si Nayden te ataca con fuego, tú contraatacas con fuego. —El destello blanco de sus dientes destacaba en la oscuridad de mi guarida—. Es el único modo de enseñarle que no te puede hacer eso a ti. No dejes que te pisotee. Protégete, cueste lo que cueste.

—¿Es que Nayden no es también… valioso? —¿Estaría Vetr ante Nayden ahora, de haber ocurrido los hechos a la inversa?—. ¿Es que su vida no se debe proteger?

No vaciló antes de responder.

—No a expensas de la tuya.

Fruncí el ceño, preguntándome por qué. ¿Por qué debería yo ser más importante? Nayden también era un piroexhalador. Sería fundamental en una batalla, en la defensa. Y suponía que yo

también lo sería. Llegado el momento.

Solo que, entonces, comparada con Nayden, a mí no se me había puesto a prueba. Él, en cambio, ya había demostrado su utilidad en escaramuzas con el skelm y las manadas de lobos que merodeaban por los Riscos, todavía espoleados por su hambre de carne de dragón.

Cuando Vetr nos encontró a Fell y a mí juntos en aquella cueva, su atención se dirigió a él, por supuesto. Era su hermano. ¿Yo? Yo no era más que un añadido.

Y, desde entonces, la cosa no había cambiado mucho.

A veces, su mirada se deslizaba sobre mí como si yo ni siquiera estuviera, razón por la cual no comprendía qué hacía en ese momento en mi guarida, insistiendo en que era valiosa.

Vetr ladeó la cabeza y me examinó de un modo que me sacó de quicio, que se me antojó más animalesco que humano. Me contuve para no moverme, nerviosa, presa de su escrutinio.

—¿Fuiste a la escuela en Penterra? —preguntó al cabo de unos instantes.

—¿A la escuela? —repetí, perpleja ante la inesperada pregunta.

—Sí. ¿No es eso lo que hacen los humanos con sus hijos? ¿Mandarlos a escuelas para que los eduquen como es debido aquellos que son considerados cualificados para hacerlo?

No se me pasó por alto el desprecio de su voz. Me puse tensa, preguntándome qué motivo se escondería tras aquella clase de preguntas.

Yo nunca le había contado mi historia, ni a él ni a ningún otro miembro de la manada. A no ser que Fell le hubiese revelado mi pasado en el breve tiempo que habían estado juntos, Vetr ignoraba que yo hubiese crecido en palacio como una falsa princesa. Y no se me ocurría ninguna razón por la que Fell hubiera podido contárselo.

—Tuve maestras —respondí—. Institutrices.

—Entonces supongo que aprendiste sobre números. ¿Aritmética básica?

—Pues claro —repliqué, irritada—. Las matemáticas eran una de las asignaturas que mejor se me daba.

—Pues haz los cálculos —me espetó—. Somos veintinueve, y solo nueve son hembras. Diez, ahora que tú estás aquí. Cinco de esas hembras ya tienen vínculos con dragones de la manada. Eso nos deja con cinco hembras que aún no se han unido a nadie. —Alzó una mano y contó con los dedos para dar énfasis—. Estrid, Gudru, Erling, Kerstin… y tú.

Me lo quedé mirando. ¿Me contaba a mí entre ellas? ¿Me contaba como una de las que no tenían vínculos?

Me acaricié la palma de la mano. Un calor parpadeante me lamió los dedos, refutando lo que él había dicho.

Yo no me sentía así. No me sentía libre ni dispuesta a formar un vínculo con nadie.

Me humedecí los labios y tragué saliva, notándome la garganta seca y áspera, como la corteza de un árbol.

—¿Estás diciendo que si soy tan valiosa es porque soy…? —No pude terminar la frase.

Sin embargo, él no se había quedado sin palabras.

—Contamos con muchos machos fuertes. Capaces y dispuestos. Quieren compañeras. —«Capaces y dispuestos». Capaces y dispuestos a unirse a mí; eso quería decir. Como si yo no fuera más que un cuerpo con el que aparearse, un instrumento para aportar crías de dragón a la gran manada—. Te necesitamos, Tamsyn. Necesitamos criadoras. Los dragones fuimos casi destruidos. Nosotros somos los únicos que quedamos. No pienso permanecer de brazos cruzados mientras nos extinguimos. —Alargó una mano y

acarició los mechones quemados junto a mi rostro—. Tu obligación es muy sencilla.

La palabra «obligación» despertó en mí un torbellino de sensaciones desagradables. Eran como piedras que caían en mi estómago, hundiéndome cada vez más bajo su peso. No había pensado que, después de haber abandonado mi antigua vida, alguien volvería a blandir esa palabra contra mí.

Le sostuve la mirada y esperé.

—Mantente con vida —declaró.

Le di vueltas en mis pensamientos.

—Mantenerme con vida —repetí, moviendo los labios alrededor de la orden, como anestesiada.

—Sí —respondió él, con la voz como un suave rugido—. Protégete cueste lo que cueste. Incluso de cachorritos estúpidos como Nayden. Dale una lección si es necesario. Eres una piroexhaladora. Utiliza tu poder.

Pero aquello no era todo. No lo era. Estaba diciendo mucho más que eso: debía mantenerme con vida para criar. Aquella era mi obligación. Me esforcé por tragar saliva a pesar del mal sabor que me había inundado la boca.

Vetr esperaba que me reprodujese con algún miembro de la manada, que formase un vínculo con alguno de los otros que me despreciaban y me miraban con desconfianza, los que disfrutaban rompiéndome y haciéndome morder el polvo cada vez que ponía un pie en la arena. Esperaba que hiciese de uno de ellos mi compañero.

No. No. No. ¡No!

De repente, ya no podía respirar.

—¿Tamsyn? —Vetr me miró—. ¿Te encuentras bien?

No. No me encontraba bien. Acababa de revelarme cuál era mi horrible destino sin paños calientes, y no creía que el aire pudiera

volver a pasar fácil o libremente por mis labios nunca más.

Y, sin embargo, lo miré y le mentí, porque era lo que la superviviente, la guerrera que vivía en mí, me pedía que hiciera.

Había momentos para luchar y momentos para morderse la lengua. Que Vetr no me conociera, que no viese mi verdadero yo… Parecía la estrategia más segura y sabia por el momento.

—Estoy bien. —Un segundo después, añadí—: ¿No es ya la hora de la cena?

Vetr dejó pasar un largo momento antes de asentir. Por primera vez desde que había entrado en mi guarida, su mirada gélida se deslizó sobre mí, reparando en mi parcial desnudez. Me ruboricé.

—Sí. Te dejo para que te prepares.

Me quedé muy quieta mientras la furia me lamía las entrañas, mientras prendía fuego a cada uno de mis nervios. Hasta que se fue. Una vez que me quedé sola, la tensión desapareció de mis hombros.

Cuando le había dicho que podía marcharme de allí cuando quisiese, lo había hecho sin pensar; sin embargo, mis atrevidas palabras no me parecían ya tan disparatadas. No después de que me contara los planes que tenía con cruel detalle, no después de que mi libertad se convirtiera en algo fugaz, en una bandera arrancada de su asta, perdida en el viento, imposible de atrapar.

Al fin y al cabo, yo era una criatura de magia y leyenda. El poder irradiaba de mi piel.

Podía ir a cualquier parte y hacer cualquier cosa.

4

TAMSYN

Cada noche, nos reuníamos para cenar en una gigantesca mesa en forma de V a la que se sentaba la manada entera. Todo era de lo más civilizado. En el centro de la mesa colocaban candelabros con gemas incrustadas, y los platos y los cubiertos eran de oro resplandeciente. El menú ofrecía comida en abundancia: suculentas carnes asadas y verduras que nadaban en sabrosas hierbas, quesos y bayas, pan recién hecho, crujiente por los bordes y con un centro tierno, que se servía con mantequilla recién elaborada, budines dulces, pastas… La mesa real de Penterra habría estado orgullosa.

Los dragones se tomaban sus comidas muy muy en serio. Gozaban —gozábamos— de un inmenso apetito. Desde que mi dragón se había manifestado, comía de verdad: consumía alimentos como nunca lo había hecho, como si cada bocado fuese tan necesario para mi cuerpo como el aire que respiraba.

Todos teníamos nuestros asientos asignados, decididos de ese modo hacía mucho tiempo, desde antes de que yo llegara. Había una jerarquía establecida. Allí, en aquel lugar, existía una sociedad compleja, rodeada siempre por aquella neblina perpetua que abrazaba cada cima y cada despeñadero, que llenaba cada hueco y recorría cada túnel profundo y antiguo, que nos alcanzaba en

nuestras cavernas… Los hilos de vapor se nos enroscaban en los tobillos y las pantorrillas incluso entonces, sentados a la mesa.

Vetr se sentaba en la cabecera de la mesa en forma de V, una ubicación estratégica que le permitía ver a todos y cada uno de los miembros de la manada sin moverse del sitio. Incluso a mí, que estaba mucho más lejos, casi en un extremo, en el asiento que se me había asignado.

Se me había hecho sitio a mi llegada, pero ni por asomo ocupaba una posición de honor. Era evidente que la creencia compartida era que mi lugar se encontraba en los estratos más bajos de la jerarquía.

Si Fell no se hubiera empeñado en irse aquella primera noche y hubiese acabado muerto, ¿se habría sentado cerca de su hermano, al frente del grupo?

Podía imaginarlo con una claridad cristalina. Habrían recibido a Fell con los brazos abiertos y lo habrían acogido en su círculo de confianza; quizá, incluso lo habrían nombrado skeppar. A él sí que le habrían hecho sitio. Era familia de Vetr. De su misma sangre. La pieza que faltaba. El hermano perdido hacía tantos años, en casa, por fin. Quizá, si Fell hubiera seguido allí, a mí no se me habría relegado a aquel asiento. Quizá también habría estado allí, en la cabecera de la mesa, junto a Fell y Vetr.

Quizá, quizá, quizá. Especulaciones inútiles.

Incluso el sitio que ocupaba, casi en lo más más bajo de la jerarquía, se me antojaba como una cortesía hacia el recuerdo de Fell, más que nada que tuviera que ver conmigo, personalmente.

Al menos, no me sentaba en los extremos mismos de la mesa. Trataba de aferrarme a ese pequeño consuelo. Esos últimos asientos estaban reservados para los más jóvenes de la manada. Al menos, mi posición era más alta que la de los niños.

Si quería subir escalones, tendría que ganarme mi lugar, y empezaba a sospechar que eso no ocurriría nunca. Porque, tras mi conversación con Vetr, sabía lo que me costaría.

«Necesitamos criadoras».

Alargué una mano hacia mi vino de bayas verda y bebí.

A mi lado se sentaba Bodin, un dragón de ónice de trece años que, a pesar de su juventud, era una montaña de fuerza y músculo rebosante de vigor. Me ignoraba mientras hablaba con su amigo, Mats, otro ónice, que estaba sentado a mi otro lado. Ambos adolescentes hablaban por encima de mí, a través de mí, de forma incansable. De forma crónica. Lo hacían en cada comida, como si yo no existiera. Sin embargo, su indiferencia no era lo peor a lo que debía enfrentarme: eso era mejor que la ocasional pregunta cargada de desdén que me dirigían, que siempre se me antojaba un truco, una trampa que me tendían para diversión de los demás. Preguntas destinadas a cerrar las fauces e inmovilizarme… porque no podría darles nunca una respuesta correcta. Y yo lo sabía.

A menudo, los demás intercambiaban miradas con ojos burlones cuando yo no sabía algo que ellos consideraban fundamental. Cualquier cosa que dijera me dejaba desprotegida ante la vergüenza y el ridículo, pero yo intentaba resolver mis dudas de todos modos. ¿De qué otra forma iba a aprender?

«¿Qué son bayas verda?».

«¿Qué es un dragón anunciador? ¿Y uno de ónice? ¿Y un visiocriptor? ¿Y un dragón hipnos?».

«¿Cuántas minas hay?».

Yo no sabía nada, y ellos querían que fuera muy consciente de ello. Que me cociera en mi propia ignorancia y sintiera mis carencias como un moratón doloroso.

Me sentía agradecida de contar con Kerstin. Por mucho que me

colmara los oídos con su parloteo intrascendente, era una distracción… y también una bienvenida fuente de información, debía reconocerlo. Mucho mejor que el malencarado de Bodin, que se comportaba como si le hubiesen tirado algo contaminado en la silla de al lado.

Con Kerstin nunca tenía que hablar mucho. Podía limitarme a escuchar, a comer, a beber y a mirar al frente para observar a los demás, para vigilarlos, para registrar todas sus actividades, palabras y movimientos. Eso era lo que resultaba de hallarme sola en un mundo en el que los monstruos eran reales. En el que yo misma había resultado ser uno de los monstruos.

—Puaj. Mira cómo babean por él —gimió Kerstin, como si sintiera dolor físico.

Yo cogí la comida de mi plato, me la puse en la boca y mastiqué sin mi apetito habitual. Todos comían con gusto, tras haberse llenado los platos hasta los topes, pero después de mi conversación con Vetr yo tenía el estómago lleno de bilis.

No necesitaba mirar a qué se refería Kerstin, ni pedirle que me explicase el comentario. Era un tema habitual de las comidas. Estrid y Gudru se desvivían por las atenciones de Vetr, como hacían todos los días. No eran muy sutiles: se daban codazos la una a la otra y se siseaban, rabiosas, como un par de serpientes.

Era una cosa realmente extraña. Contaban con todo un abanico de posibles parejas para elegir —era evidente que los números iban a su favor—, pero solo tenían ojos para Vetr, como si él fuese el único merecedor de caer en sus redes. El segundo al mando de Vetr, Anders, estaba sentado a su derecha junto a su compañero, Harald, que se hallaba a su lado, lo que obligaba a Estrid y a Gudru a estirarse para esquivar a Harald y poder hablar con Vetr. No hacían más que acribillarle con preguntas, compitiendo constantemente

entre ellas para ver quién conseguía que se enfrascara en una conversación.

Yo observaba la escena mientras las palabras de Vetr resonaban en mis oídos. Estrid y Gudru eran dos de las cinco hembras de la manada que no se habían unido a nadie. También estaba Kerstin, pero, a sus dieciséis años, era demasiado joven. Y, por último, quedaba Erling, que ya tenía una relación muy cercana con Arvid. No me cabía duda de que esos dos no tardarían en formalizar su unión en una ceremonia oficial.

—Son patéticas, ¿verdad? —dijo Kerstin—. Creo que serían capaces de matarse la una a la otra por la oportunidad de compartir con él sus pieles. Adiós a la solidaridad femenina, supongo. —Me dio un golpecito en el hombro y bajó la voz para añadir—: Nayden me ha contado que anoche vio a Gudru colarse en la guarida de Vetr, y que salió escopeteada menos de dos minutos después con la cara como un tomate. —Soltó una risita casi con demasiada alegría—. Él no quiere nada que ella pueda ofrecerle.

Observé a Gudru, evaluándola. No pude evitarlo. Me parecía encantadora: era una dragona térrea con el pelo brillante del color de la caoba pulida y un rostro de pestañas largas, ojos luminiscentes y unos labios carnosos y gruesos. ¿Por qué no querría Vetr unirse a ella? Sobre todo en un entorno en el que se propiciaba que nos emparejáramos, en el que incluso se esperaba eso de nosotros. Levanté la vista hacia el otro lado de la mesa, juzgándolo en silencio. Me acababa de soltar un sermón sobre la perpetuación de la especie. ¿No pensaba seguir su propio consejo? ¿No debería aceptar a Gudru o a Estrid como compañeras? ¿Ponerse él mismo a trabajar en la tarea de aumentar la población de la manada?

Como si sintiera el peso de mi mirada, Vetr desvió la vista hacia mí, y sus ojos de color escarcha se encontraron con los míos.

Parpadeé y aparté la vista a toda prisa.

Kerstin se echó los salvajes rizos castaños con reflejos dorados por detrás de los hombros. No parecía capaz nunca de domar su melena, ni aunque solo fuera un poco: era una maraña indomable que necesitaba desesperadamente un cepillo. Cuando luchaba en la arena, suponía, sin duda alguna, una desventaja para ella: más de un oponente la había agarrado del cabello para subyugarla o vencerla. Más de una vez había oído a los demás sugerirle que se la cortase, pero ella no hacía caso. Kerstin era encantadora y estaba llena de vida, y hacía solo lo que a ella le daba la gana, aunque eso significara que Vetr o sus skeppars la regañaran constantemente.

La chica siguió hablando, sin amilanarse ante mi continuado silencio.

—Me siento humillada solo de mirarlas. En serio. —Hizo una pausa para dar un mordisco a un pastelito de miel relleno de bayas y nueces que nunca había probado antes de llegar allí. Siguió hablando con la boca llena, lanzando migas por todas partes—. Que se traten así la una a la otra cuando él no tiene ningún interés en formar un vínculo con ninguna de las dos… —Me dirigió una mirada interrogante—. ¿Entiendes?

Asentí despacio, porque parecía necesitar algún tipo de respuesta.

Y entonces, de repente, plantó las manos pegajosas sobre la mesa y, con una total falta de decoro, gritó:

—¡Dejadlo ya! ¡No os quiere a ninguna de las dos! ¡Elegid a otro!

Tanto Gudru como Estrid la oyeron. Todos la oyeron. Debieron de oírla hasta en el Borg. Se oyeron gritos ahogados, risas nerviosas, murmullos y algunas carcajadas.

Los ojos marrón oscuro de Gudru se tornaron tan duros como el pedernal. Fulminó con la mirada a Kerstin… y a mí. Como si ambas

fuésemos cómplices en el drama que se había montado. Como si yo fuese culpable por asociación.

Estrid, por su parte, hizo un gesto maleducado que reconocí perfectamente. «Que te den» tenía una traducción universal.

Kerstin se rio un poco, y yo sentí que se me escapaba una sonrisa, muy a mi pesar, mientras daba un bocado al pan calentito y crujiente infusionado con hierbas y untado con mantequilla fresca.

—¿Kerstin? —la llamó una voz, tensa y desaprobadora—. ¿Ocurre algo? —Eran palabras educadas, pero estaban envueltas en una capa de acero. Desvié la mirada hacia la propietaria de la voz: Brenna, una skeppar y la única dragona verda que había entre nosotros.

Los skeppars eran los miembros más antiguos de la manada, lo que no significaba que fuesen viejos. Brenna solo era unos años mayor que yo, pero tenía mucho más mundo. En efecto, era una veterana, mientras que yo era poco más que una novata.

Había una cadena de mando, y quienes transmitían las órdenes eran normalmente los skeppars de Vetr: Anders, Brenna o Aksel. Brenna era, tal vez, la más formidable de los tres. Entornó los ojos verdes con una expresión perspicaz. Era evidente que la conversación no se le había pasado por alto.

La pálida piel de Kerstin se tiñó de rosa. Se puso recta, aún sentada a mi lado, y adoptó una expresión inocente, con los ojos muy abiertos.

—Está todo bien, Brenna. —Inclinó el plato casi vacío como demostrando lo que decía—. La cena de hoy estaba deliciosa.

Al ser una verda, Brenna era una maestra en todo lo relacionado con las plantas y las hierbas, desde la preparación de las comidas hasta el cuidado de los jardines y los cultivos, pasando por crear remedios herbales y tinturas para los enfermos y los heridos. Gozaba

de un amplio abanico de talentos.

Era ella quien supervisaba varias de las tareas que se me habían asignado. Me dedicaba al jardín varias veces por semana, y me habían llamado más de una vez para ayudar en la enfermería cuando era necesario otro par de manos, como en la primavera anterior, cuando tanto Brynhild como Vestar habían sido corneados repetidas veces por una piara de jabalíes de guerra y habían estado a punto de morir.

Domados gracias a los hechizos de las brujas, los jabalíes de guerra se habían usado durante la Trilla. Soldados de todos los reinos habían cabalgado hacia el Lamento a lomos de las enormes bestias con grandes colmillos. Tras el final de la Trilla, después de que las brujas perdieran el favor de los humanos, los hechizos que los domaban se habían disipado y los jabalíes, de nuevo salvajes, se habían refugiado en las tierras pantanosas y los Riscos, igual que habían hecho los dragones. Eran especialmente agresivos, sobre todo cuando estaban en celo.

Brenna asintió secamente. Aparentemente complacida de que el arrebato de Kerstin hubiera terminado, volvió su atención de nuevo hacia su compañero, Nils, que estaba sentado a su lado.

Kerstin se relajó un poco y cogió dos bollos más de pan aromatizado. Me dejó uno en el plato.

Gudru y Estrid ya no nos miraban.

Me metí el pan salado en la boca. Tenía ganas de irme, pero sabía que no podía. Vetr y sus skeppars eran siempre los primeros en marcharse. Nadie podía hacerlo antes que ellos, y no parecían listos para partir: sus platos seguían rebosantes de comida.

Por fortuna, esa noche no me tocaba trabajar en las cocinas. Podría retirarme a mi guarida en cuanto la cena llegase a su fin. Suspiré y miré a mi alrededor, hasta que mis ojos se toparon con los

de Nayden, que me estaba fulminando con la mirada. Le devolví el gesto, decidida a no acobardarme. Comía con la cara pegada al plato, metiéndose las verduras y el cordero asado en la boca con la ayuda de un pedazo de pan a modo de pala, todo ello sin despegar su feroz mirada de mí.

—Ese chico… —Kerstin chasqueó la lengua, como si él fuese mucho más joven que ella—. No está bien desde que llegaste tú.

—¿Ah, sí? —pregunté, todavía sosteniendo la mirada del muchacho—. Tal vez entonces debería irme.

No tenía pensado decir tal cosa, pero las palabras salieron de mi boca por voluntad propia. Mi encuentro con Vetr me había dejado fracturada, inestable… y un poco desesperada. No debería haberle dicho eso a Kerstin, pero ya era demasiado tarde. Las palabras flotaban libres, pendían del aire mientras esperaban a que alguien las atrapara, y ella lo hizo.

Sentí el peso de su mirada en un lado de mi rostro.

—¿Por qué querrías hacer eso? No tenemos adónde ir. —Había perplejidad en su voz, pero también algo más. ¿Curiosidad, tal vez? Como si, en caso de existir otras posibilidades, quisiera que yo las compartiera con ella enseguida—. Tu sitio está aquí. Este es nuestro hogar. Es lo que querían los Antiguos… Por eso nos trajeron aquí, junto a Vetr. Para construir una vida.

«Antiguos», en este caso, sí que significaba viejos.

Después de la maldición de Vala, cuando los dragones empezaron a dar a luz a humanos en lugar de a crías de dragón, algunos de ellos no mataron o abandonaron a sus bebés humanos. Poco a poco, se fue formando una nueva generación de dragones.

Durante aquellos primeros años, Vetr vivió solo: era un niño salvaje que se las arreglaba sin nadie en los Riscos, con la ayuda ocasional de algunos Antiguos que empatizaban con sus dificultades.

Y no solo sobrevivió, sino que salió fortalecido.

A medida que maduraba, cada vez más Antiguos empezaron a dejar a sus retoños humanos junto a él, al menos, aquellos que no eran capaces de asesinar a sus hijos. Vetr fue formando una manada. Esa manada.

Yo pensaba a menudo en mi madre dragona. Si hubiera sabido de la existencia de Vetr, ¿me habría dejado con él en lugar de hacerlo en el patio del palacio? Qué diferente habría sido mi vida.

Desde que había llegado allí, y desde que me había enterado de la verdad sobre mi pasado y sobre lo que mi madre debía de haber afrontado cuando yo había nacido, cada vez pensaba más en ella. Había dejado de ser una tenue sombra para mí. Aún sin nombre, sí, pero ya no era solo una sombra. Había empezado a sentir que la conocía. Me había salvado la vida. Habría podido matarme, pero había decidido enfrentarse a los otros, tan dispuestos como estaban a matar humanos, y había volado hacia el sur para dejarme en la Ciudad. Debía de haber pensado que aquella era mi mejor oportunidad de tener una vida.

Me preguntaba si seguiría viva. Me habían contado que algunos de los Antiguos seguían entre nosotros. Vivían más hacia el norte, adentrados en los Riscos, donde el aire era escaso, casi inexistente. Habitaban en túneles que se interrumpían para caer hacia el abismo, desplomándose en las mismísimas tripas de la tierra, mucho más abajo, donde ningún humano podría aventurarse jamás. Era evidente que era justo eso lo que los Antiguos buscaban. No querían tener nada que ver con la humanidad… Ni siquiera con nosotros, esta nueva generación de dragones. Llegarían al final de sus vidas sin que este mundo los rozase siquiera.

Las palabras de Kerstin reverberaron en mi mente. «No tenemos adónde ir».

No le faltaba razón. Era precisamente eso lo que me mantenía allí, atrapada en esa extraña piel intercambiable, en la que el dragón siempre bullía bajo la superficie. ¿Adónde más podría ir? Había albergado la esperanza de que aquel lugar se convirtiera en algo más que un simple refugio al que había acudido por necesidad. Había pensado que quizá, un día, cuando hubiera aprendido todo lo que hiciera falta sobre mi dragona, cuando hubiera aprendido a encajar en la manada, me sentiría en casa.

—Nuestro lugar está en los Riscos —prosiguió Kerstin. Sus palabras brotaban con suavidad, como si ni siquiera ella estuviera muy segura. Hizo una pausa y respiró hondo, afianzándose lo suficiente para decir con más convicción—: Este es nuestro hogar.

Tragué saliva. Deseaba que fuera cierto, pero ¿cómo iba a sentir que aquel era mi hogar si yo no era como ellos? No era una dragona ni una humana. No era nada.

Al menos, la cena terminó por fin y pude volver a mi guarida y desvestirme para meterme en la cama. Me cepillé el pelo vigorosamente, casi con rabia, con un cepillo con gemas incrustadas en el mango que habría sido la envidia de cualquier princesa, pero que era mío. Allí no era más que un objeto ordinario. Un cepillo con gemas incrustadas, como cualquier otro cepillo que se encontrase allí.

Me peiné los bucles de fuego en una trenza suelta, para que no se me enredaran mucho mientras dormía, y luego estudié mi reflejo, mi rostro, que parecía más delgado, de algún modo, con los pómulos más marcados… Había gastado la juventud; había perdido la inocencia.

Ya no era una muchacha. Tenía aspecto de viuda de pies a cabeza, con esos ojos cansados que parecían pertenecer a alguien mucho mayor de mis veintidós años. Me detuve un instante al

pensarlo. Tenía ya veintidós años. Mi cumpleaños había sido hacía meses sin que nadie lo notase. Nadie lo sabía, y no vi razón alguna para señalarlo. El día llegó y pasó, como cualquier otro.

En todos mis cumpleaños anteriores se me había agasajado con tarta y regalos. A mis hermanas les encantaban las celebraciones, fuera cual fuese la excusa. Ya habrían celebrado también los suyos. Me pregunté si Feena y Sybilia se habrían comprometido ya, y con quién. Quizá alguna de ellas se hubiese incluso casado, formando una importante alianza para Penterra. Alise era aún demasiado joven, pero sabía que no debía dar por hecho que el rey y la reina no rompiesen la costumbre de esperar hasta que cumpliera los dieciocho si eso les beneficiaba. Muchas cosas podían cambiar en tan poco tiempo. Me miré la mano con la que sostenía el mango incrustado de gemas de mi cepillo. Yo lo había comprobado de primera mano.

Con un suspiro, terminé de examinarme y me puse de pie.

Por las noches no descansaba. Por cómodo que fuese mi lecho, con sus lujosas pieles, nunca encontraba una postura del todo cómoda. Era como si ya no supiese dormir sola.

La ausencia de Fell, a mi lado, era un vacío doloroso. Solo habíamos dormido el uno al lado del otro durante un par de meses, pero aún sentía su ausencia, sobre todo cuando estaba sola, en la oscuridad.

Me deslicé entre mis pieles y me ovillé hacia un lado, colocando la mano bajo la mejilla. Las líneas de los cortes de mi palma vibraban, calientes. La sensación traspasaba la piel, se hundía más allá de la carne, las venas y los tejidos, hasta llegar al hueso.

Cerré los ojos e imaginé que era su mano la que me acariciaba el rostro.

Y luego, sin pensarlo, sin darle un sentido, exhalé y susurré…,

liberando su nombre, lanzándolo al éter:

—Fell…

De la nada, una ráfaga de viento se coló en mi guarida, acariciándome, moviendo algunos mechones de mi pelo. Se me puso toda la carne de gallina.

Casi me pareció una respuesta.

5

TAMSYN

Durante el desayuno, Aksel anunció que debíamos reunirnos en la arena.

La mirada ámbar oscuro del skeppar se deslizó sobre la manada, como buscando signos de desobediencia, aunque tampoco los iba a encontrar. Todo el mundo estaba bien entrenado y hacía gala de una lealtad inquebrantable, a pesar de que algunos de los dragones más jóvenes de la manada mostraban algún que otro signo de terquedad.

Pero no era una terquedad incorregible. Nadie vacilaba ante anuncios como ese, ni siquiera yo. Me puse al lado de Kerstin mientras nos dirigíamos a la arena.

Vetr no había estado presente durante el desayuno, otra comida que iba mucho más allá de nada que yo hubiese experimentado en Penterra. Mis hermanas y yo solíamos tomar gachas con miel en el salón adyacente al aula. Nunca nos atiborrábamos de dulces ni de incontables lonchas de beicon, pero para la manada eso era una mañana como otra cualquiera.

A veces, Vetr —y aquellos a los que se les hubiera asignado la tarea de vigilancia— se saltaba el desayuno. Ese día, sus obligaciones habían requerido de su presencia en otra parte. Sin

embargo, sí que estaba en la arena, cuando todos entramos y nos sentamos en los bancos de piedra que formaban un semicírculo alrededor de la pista. Una vez que nos hubimos sentado, fijamos la mirada sobre él.

Aksel asintió una vez para indicarle que todo el que debía estar presente ya lo estaba.

—He decidido que nos conviene partir hacia el sur en una rekon antes de que llegue el invierno —empezó Vetr.

El anuncio provocó gran revuelo en la manada. Miré a mi alrededor y me fijé en los rostros de los demás, radiantes de expectación. Desde mi llegada, habían partido dos expediciones en dirección sur, a Penterra, y otra en dirección norte, a Veturlandia. Rekons, las llamaban. Su propósito era obtener información de las poblaciones de humanos que nos rodeaban por ambos lados, hacia el norte y hacia el sur… Y abastecerse de provisiones que no se encontraban en los Riscos. Sin embargo, el objetivo principal de las rekons era conseguir información. Las expediciones las lideraba siempre Vetr o alguno de sus skeppars. Siempre.

—Y me llevo conmigo a… —examinó a la manada con la mirada — Harald y…

Todo el mundo se inclinó hacia delante, esperando con expectación, con la esperanza de que el siguiente nombre que anunciara fuese el suyo. Al fin y al cabo, oír el nombre de Harald no había sido ninguna sorpresa: a menudo era seleccionado para participar en aquellas incursiones. Tenía un vínculo con Anders, un skeppar, y era capaz, digno de confianza y uno de los más fuertes de la manada, quizá el que más, ya que era un dragón de ónice.

Ser seleccionado era un privilegio. Aquellas rekons no eran simples patrullas por los Riscos para cazar y recolectar alimento, no eran un paseo por los territorios circundantes. Duraban días, y a

veces incluso más, semanas. Partir a una rekon significaba que Vetr consideraba que ya estabas preparado, que tenías las habilidades y la agudeza necesarias para desenvolverte entre los humanos en situaciones de muy alto riesgo, en las que con un solo error podías exponerte y ponernos a todos en peligro.

Sin embargo, como Vetr lideraría la expedición, ninguno de los skeppars formaría parte del grupo. Las incursiones las guiaba o bien él, o bien uno de los otros dragones de la cadena de mando, porque era importante dejar una autoridad competente en el seno de la manada. Esta debía estar siempre bien protegida y fortificada, y ser capaz de seguir funcionando si algo le ocurría a Vetr o al skeppar que liderase la expedición.

—Arran. —El alfa detuvo la mirada sobre el único dragón hipnos de la manada. Igual que Harald, Arran era elegido a menudo, pues su talento complementaba bien al de Vetr. Arran era capaz de rellenar los huecos que dejaban atrás en las mentes borradas de los infelices humanos a los que Vetr ensombrecía con su talento de ocultador. Era capaz de persuadirlos para que creyeran cualquier relato que deseara proporcionar a sus mentes. Cuando trabajaban juntos, Vetr y Arran hacían gala de un poder formidable a la hora de aventurarse en tierras peligrosas.

Vetr, Harald y Arran. Eran los mejores de todos nosotros. Bueno, algunos de los mejores, pues en la manada abundaban dragones que eran muy buenos en lo que hacían. Y luego estaba yo, que avanzaba a trompicones para conseguir seguirles el ritmo, tratando de alcanzarles como una joven desgarbada. Me sacaba de quicio. Todavía me quedaba mucho que aprender, y yo no tenía la excusa de la juventud.

Los más jóvenes de la manada carecían de la experiencia y el refinamiento que les conferiría el tiempo. A mi edad, yo ya tendría

que haber tenido todo eso. Tendría que haber sido eso.

Pero me juré que lo sería.

—Tamsyn.

Al principio, el sonido de mi nombre no pareció llegar a mis oídos. Estaba demasiado ocupada dando vueltas a cómo me labraría un camino para seguir avanzando.

Así pues, no reaccioné: me limité a seguir mirando a Vetr con el rostro inexpresivo. Pero no tardé en comprender que el nombre que había pronunciado era el mío, aunque no entendía por qué.

Kerstin me dio un fuerte codazo, sobresaltándome. Parpadeé y miré a mi alrededor hasta detenerme en los ojos de escarcha de Vetr, tan calmos, tan firmes como mares sin vientos. Distintos de los de los demás, que me miraban sorprendidos y, en el caso de Nayden, también resentidos.

—¿Ella? ¿Quieres llevártela a ella a una rekon? —Nayden negó con la cabeza, claramente contrariado. Se negaba a aceptarlo—. No. ¡No está preparada! ¡Llévame a mí! ¡Yo sí lo estoy!

«¿Yo?».

Anders emitió un áspero rugido alojado en su garganta y dio un paso hacia Nayden con aire amenazador. Vetr, en cambio, parecía más relajado. Alzó dos dedos en el aire de un modo sutil y poco apresurado para detener los avances del imponente Anders, que murmuró:

—Diciendo eso ya demuestras que no estás preparado.

«¿Y yo sí lo estoy?». Tragué saliva con fuerza.

A Nayden le ardía el rostro; se le tiñó de un rojo bastante más llamativo que el de su colorido cabello. Cerró las manazas en sendos puños que mantuvo fijos a los lados de su cuerpo, como si estuviese luchando contra el impulso de emprenderla a golpes.

A Vetr no le pasó desapercibido. Ladeó la cabeza con

brusquedad.

—Doy por hecho que tú y yo no necesitamos tener otra charla en privado, ¿no es así, cachorrito?

Por un instante, me dio la sensación de que tal vez Nayden aceptase el desafío, pero entonces Mats le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo y le susurró algo al oído.

Fuera lo que fuese, debió de ser un buen consejo, y sirvió para recordarle a Nayden que más le valía morderse la lengua. Bajó la vista y asintió dócilmente, como un niño al que acabasen de regañar. No habría más protestas ni críticas, al menos no en ese momento.

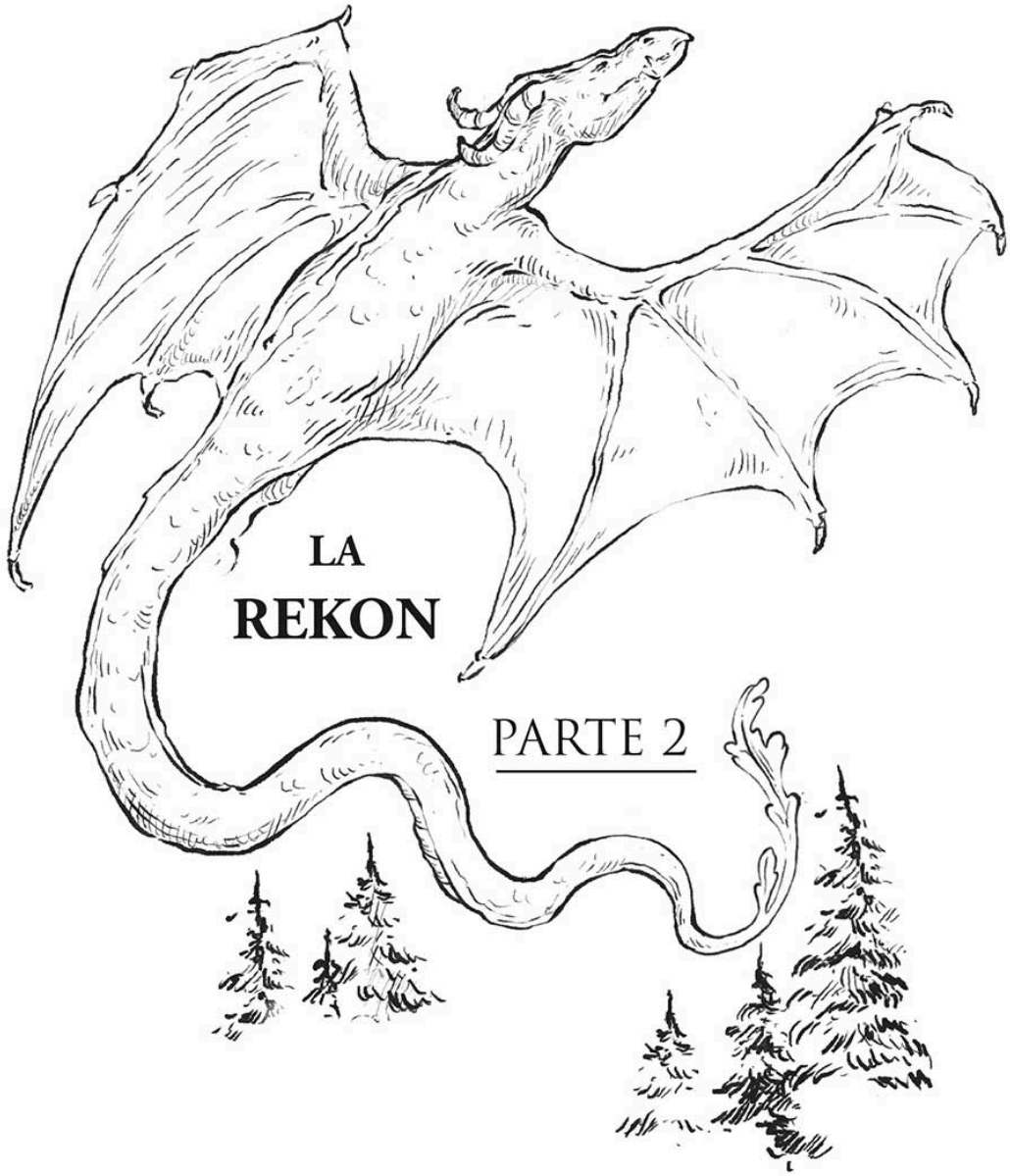
Vetr detuvo entonces los ojos sobre mí, clavándome la mirada penetrante, fija, lo que fue una acometida en sí misma, porque temí que viese lo poco preparada que estaba. Había llegado a mis oídos lo peligrosas que podían llegar a ser esas rekons, y, aunque yo no era ninguna debilucha, tenía ante mí una larga hilera de dragones mejor entrenados que yo.

—Tamsyn. —Pronunció mi nombre sin inflexión alguna—. ¿Estás preparada?

Sentí sobre mí el peso de todas las miradas, a pesar de que yo solo tenía ojos para él, para Vetr, el alfa que consideraba que estaba lista para volar hacia el sur. Hacia el lugar de donde venía, hacia el lugar que había creído mi hogar.

Vuelta al principio.

Despacio, asentí.



LA REKON

PARTE 2

6

TAMSYN

Antes, solía soñar siempre con fuego. Nunca comprendí por qué.

Pero ya lo entendía.

Ahora soñaba con lo de antes… Con Penterra, donde moraban los humanos. El único hogar que había conocido. Era un lugar que ya no me pertenecía, pero, aun así, Penterra protagonizaba todos mis sueños…, junto con otras cosas. Cosas que habían sido. Cosas que yacían bajo la superficie, bajo la piel, escondidas en mis recovecos más profundos, que en mis sueños resurgían y acudían a mi encuentro.

Volamos escondidos por el manto de la noche, surcando aires fríos y húmedos llenos de partículas de hielo que se clavaban en mi piel de dragona como agujas afiladas. Supe que nos dirigíamos hacia el sur de los Riscos, en dirección a las Tierras Fronterizas, por el sudeste, por la costa, porque paladeaba el aire salobre con mi lengua de fuego.

Mientras el cielo se iluminaba, pasando de una oscuridad tenebrosa a un púrpura oscuro más suave, aterrizamos en unos matorrales. No era un sitio cualquiera, sino una ubicación que habían elegido de forma deliberada. Allí, entre los árboles y la hierba dorada que se mecía, había una pequeña cabaña apartada cuyos tablones

de madera estaban desvaídos y resecos por el paso del tiempo, y que se mezclaba con los colores marrones y dorados del bosque.

Yo estaba desnuda. Las plantas de mis pies descalzos se hundían en el barro y las hojas, que crujían con suavidad bajo mi peso mientras giraba, oteando mis alrededores.

Siempre nos desnudábamos antes de manifestarnos —de lo contrario destrozábamos una muda entera de ropa— y también de pie, cuando nos transformábamos de nuevo en humanos. Hacía tiempo me había sentido cohibida en esos momentos, expuesta, demasiado a la vista, tan vulnerable como una frágil mariposa en mitad de una tormenta.

Sin embargo, todos los miembros de la manada me habían visto ya desnuda, incluidos mis tres acompañantes. Mis reservas se habían esfumado…, en su mayoría. Pero me sentía cohibida solo de forma superficial, y me resultaba más fácil fingir que la desnudez era totalmente corriente, tan corriente como cambiar de forma, o volar, o exhalar fuego. Tan corriente como ser algo que los humanos consideraban una abominación que no merecía más que ser destruida.

Harald y Arran se dirigieron hacia la cabaña, abrieron la puerta y entraron. Sabían perfectamente qué hacer. Era evidente que habían hecho aquella rekon y habían visitado aquella cabaña incontables veces.

Vetr me indicó con un gesto que los siguiera y yo obedecí. Entré en la cabaña, con su madera reseca y avejentada y el suelo que crujía. Una vez dentro, nos vestimos con ropa que parecía haberse dejado allí para nosotros, todo un surtido de prendas guardadas en una cómoda. Una cómoda, nada menos. También había una mesa con sillas, unas camas pulcramente hechas y un suelo de madera cubierto de alfombras de yute. Desde fuera, daba la sensación de

que con una fuerte ráfaga de viento habría bastado para tumbarla, pero por dentro casi parecía un hogar, con sus muebles y sus efectos personales, como si hubiese estado aguardando nuestra llegada con el aliento contenido.

Así vestida, con unos pantalones de cuero, una sobretúnica gruesa y acolchada, una daga envainada en un costado y un manto de pelo sobre los hombros para mantener el frío a raya —como si lo necesitara—, me di cuenta de que tenía el aspecto de cualquier habitante de las Tierras Fronterizas, tan común como la niebla que…

Me detuve de golpe y corrí a la ventana. Abrí las contraventanas y contemplé el exterior, desde donde los árboles y la hierba dorada que se mecían suavemente con el viento me devolvían la mirada. No había niebla. Estábamos en las Tierras Fronterizas y no había niebla. Ambas cosas habían ido siempre de la mano, tan unidas como el día y la noche. Una mezcla indisociable. Y, sin embargo, no había ni rastro de la niebla que cubría perpetuamente aquellas tierras. Miré hacia abajo, hacia arriba, hacia todas partes. El cielo estaba brillante y claro bajo la luz del alba, salpicado de rayos de sol y motas de polvo.

Di un paso atrás y miré a Vetr.

—La niebla… ya no está.

Él asintió.

—Fell ya no está.

Asentí despacio al comprender la sucinta explicación. La verdad que encerraba, el significado que albergaba, resonaba en mi interior como una campana, tañendo a través de mí, reverberando profundo, hasta en el tuétano de mis huesos.

—Tú podrías proporcionar la niebla, ¿no? —pregunté, titubeante. Él también era un ocultador. Ese era su talento.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

Parpadeé. Su cortante réplica me había hecho sentir estúpida. En efecto, ¿por qué? ¿Para qué proporcionaría una capa protectora en las Tierras Fronterizas que ayudase a frustrar las acciones de los bandidos y los saqueadores de Veturlandia?

¿Para qué haría nada por ayudar a la humanidad?

Desalentada, me aparté de la ventana. Harald y Arran se movían a través de la estancia a toda prisa sin prestarme la menor atención. Arran levantó una de las piedras de la chimenea, cogió un saquito del interior de la cavidad oscura y lo lanzó arriba y abajo con la mano, sopesándolo.

—Debería bastar.

Vetr asintió, lo que no hizo sino aumentar mi malestar. Tenían sus tareas. Sabían lo que hacían. Yo, en cambio, no tenía nada que hacer, más que quedarme a su lado y observarlos.

Harald y Arran se marcharon sin mediar palabra y yo me quedé sola con Vetr.

—¿Adónde han ido?

—Hay un pueblo a pocas horas de aquí. Han ido a comprar monturas para todos y algo de comida. —Claro. Comida. En la cabaña no había nada de comer. Ni nada vivo, como un caballo, que poder montar para salir de allí.

Miré de nuevo a nuestro alrededor. Todo estaba cubierto de una fina capa de polvo. Hacía tiempo que nadie pisaba aquella cabaña. Vetr se puso manos a la obra enseguida, amontonando leña para la chimenea. Allí agachado, se volvió hacia mí y me apremió con un gesto.

Tardé unos segundos en entender a qué se refería. Parpadeé y me puse en marcha, soplando una llama rizada sobre los troncos hasta que se prendieron.

Le dediqué una sonrisa burlona.

—¿Para esto me has traído? ¿Para que os encienda el fuego?

Él no me la devolvió. Vetr no sonreía nunca.

—Te he traído para que aprendas un par de cosas.

—Yo pensaba que a las rekons solo iban aquellos a los que se les considera preparados. —No los que todavía necesitan entrenar y aprender «un par de cosas».

En la penumbra de la cabaña, sus ojos brillaban como dos orbes iluminados desde dentro, y me pregunté si eso era porque simplemente él era así o si tendría que ver con la magia que lo definía… La que nos definía a todos nosotros, los dragones.

—Estás más preparada de lo que piensas.

Cambié el peso de un pie a otro. Esa mirada sobre mí, esa voz grave que vibraba a través de mí, el aire que parecía parpadear a nuestro alrededor… Todo aquello no hacía sino enfatizar que estábamos completamente a solas.

—¿Ah, sí?

—Hay una primera rekon para todo el mundo.

—Supongo —murmuré. Solo que en la manada había varios miembros que nunca habían salido de los Riscos. Nayden, Kerstin… y muchos otros. ¿Pensaba que estaba más preparada que todos ellos? Era halagador…, pero poco probable.

—Lo harás bien. Hay fuerza dentro de ti. Vi las pruebas de ello desde el momento en que llegaste.

Ladeé la cabeza con brusquedad, algo sobresaltada por sus alabanzas. Había dado por hecho que lo único que veía en mí era debilidad. Dolor y dificultades. Las cosas que veía reflejadas en los ojos de los demás cuando me miraban.

Aunque sabía que yo era más que eso, por supuesto.

Me habían educado para resistir, para soportar el dolor y el malestar. Y, sin embargo, me reforzaba el ánimo que otro, el alfa de

la manada, el hermano de Fell, reconociera que no era débil ni insignificante.

Señaló una de las camas.

—Tardarán en volver. Descansa un poco.

Asentí, me acerqué a la cama y aparté el cubrecama polvoriento. Las sábanas que había debajo parecían limpias, así que me metí entre ellas, deslizando la palma de la mano bajo mi mejilla. Antes nunca dormía así, con la mano acunándome el rostro, pero se había convertido en una costumbre. Me reconfortaba sentir la carne protuberante de la «x» contra la mejilla.

Desde la cama, eché un vistazo a la cabaña. Cuatro paredes. Un techo. Una única ventana, con contraventanas. Y una puerta. Una puerta maciza, con su pestillo y su cerrojo de hierro. Todos los artificios del mundo humano. Tan familiares… y a la vez no. Era como algo salido de un sueño. Como una ilusión. Como un recuerdo nublado por el tiempo, un viejo libro leído hasta desgastar sus páginas, hasta que se le rompiera el lomo.

Deslicé los pies descalzos sobre las sábanas, inquieta.

Oí su voz desde el otro lado de la habitación, como una caricia profunda sobre mi carne más sensible.

—Duerme.

No iba a dormir. Ya lo sabía.

Había vuelto a Penterra. Al lugar que destruía a aquellos que eran como yo.

Su voz me encontró de nuevo.

—Todo irá bien, Tamsyn. Ya lo verás. Tú te criaste aquí…, entre ellos. Se te dará bien.

—¿El qué?

—Encajar. Moverte entre ellos, interactuar…, reunir información.

Ah. ¿Por eso me había traído con ellos? ¿Porque pensaba que se

me daría bien espiar a los humanos?

«Todo irá bien».

Eso no te lo podía prometer nadie. Lo único que se podía hacer era intentarlo.

Intentar sobrevivir. Intentar no morir. Intentar dar con un lugar seguro. Con un hogar, en esa vida.

—Espero que tengas razón.

Aquel mundo era como un viejo abrigo que, tras ponértelo después de haberlo descartado durante otra estación, ya no quedaba igual que antes, que había cambiado, a pesar de seguir teniendo el mismo corte.

Harald volvió con unos caballos. Arran había continuado el camino hacia un pueblo más grande, Porthavn, más lejos en dirección sur a lo largo de la costa, que era donde nos reuniríamos con él. Allí buscaría alojamiento en una posada para pasar la noche y reuniría el resto de las cosas que fuesen necesarias. Vetr no se dignaba a explicarme nada. Su plan para aquella rekon era un misterio, lo que me resultaba frustrante, por descontado. ¿Cómo iba a aprender nada si no me enseñaban? ¿Si no me consideraban digna de recibir instrucciones? Era casi como si me culpasen a mí por mi falta de conocimientos, por mi ignorancia sobre las costumbres de los dragones. Y, sin embargo, me había traído con ellos. ¿Por qué? Me confundía. Él me confundía.

Me esforcé todo lo posible por observar y prestar atención, por absorber no solo lo que se decía, sino todo lo que me rodeaba. Los gestos casi imperceptibles entre Vetr y Harald, las miradas que intercambiaban, los hombros que se tensaban y los ceños que se fruncían. Descifraba todo lo que podía.

Los tres viajábamos por un camino por el que habían hecho lo mismo muchos antes que nosotros, una senda muy transitada, plagada de profundos surcos y marcas, como la corteza de un árbol viejo y nudoso. Había llovido hacía poco, lo que volvía complicado e incómodo maniobrar a lomos del caballo.

De vez en cuando, nos cruzábamos con otros viajeros. Algunos iban a pie, y otros, en carromatos, pero todos ellos tenían ojos sombríos y nerviosos, tensión en los rostros adustos y tirantes que nos escrutaban sobre nuestras monturas. Aquellas personas, las gentes de Penterra, no presentaban buen aspecto. Parecían necesitar un plato caliente y ropas mejores y más abrigadas. Algunos no llevaban los pies cubiertos más que de unos harapos.

Y, más que eso, lo que me preocupaba era cómo nos miraban, casi con temor. ¿Acaso se olían algo? ¿Sentían la magia que habitaba en nuestro interior?

Pero enseguida comprendí que no era posible que sospecharan lo que éramos. No, simplemente, estaban tan oprimidos que cualquiera que pareciera más fuerte o más próspero representaba una amenaza. Aquellas gentes parecían perseguidas porque lo estaban, y no por la amenaza de la magia. Eran los pertenecientes a su propia especie quienes los pisoteaban.

Recordé mi travesía hacia el norte, las pruebas de la pobreza y la hambruna que había visto por todas partes. Recordé los bandidos que habíamos encontrado en el camino. En aquel entonces, las cosas ya iban mal, y aún habían empeorado más desde entonces. Sin Fell liderando el norte, tenían que ir peor. Lo sabía. Lo sentía en el aire carente de niebla. Lo saboreaba sobre mi piel. Lo respiraba por los poros.

Sentí el peso de una inmensa culpa sobre mis hombros, porque no se me había ocurrido que aquello pudiera estar pasando. Había

pensado solo en mí, en mi dolor y en mi supervivencia…, en mis necesidades.

Cuando estábamos ya más cerca de Porthavn, pude comprender del todo la verdadera degradación de aquel mundo. El camino se dobló en una curva que luego se ensanchaba al acercarse al pueblo. Allí había varias picas alineadas en la vía principal, y verlas fue como una bofetada en la cara.

—Por los putos infiernos —maldijo Harald, que estaba a mi lado.

Nos detuvimos en seco.

Me quedé helada, con la piel pegajosa del sudor que me humedecía las axilas. Respiraba acelerada y bruscamente; y mi yegua tampoco estaba muy contenta. No hacía más que menearse donde estaba y patalear contra el suelo, agitada por el aroma de la sangre, por los gritos de agonía. Cogí las riendas con fuerza y tiré de ellas para tratar de controlarla.

—Y nos llaman monstruos a nosotros —masculló Vetr con gran disgusto—. Mira lo que se hacen los unos a los otros. A los de su propia especie.

Y yo miré.

No podía no mirar.

Miré y respiré pesadamente, con el estómago del revés. La comida que había engullido amenazaba con volver a salir por donde había entrado.

Las picas estaban profundamente enterradas en la tierra, a lado y lado del camino, y en las barras de madera había cuerpos clavados. Humanos. Personas. Hombres y mujeres empalados. Eran más de una docena, tal vez veinte. La mayoría eran cadáveres, pero no todos estaban muertos. Algunos seguían con vida, retorciéndose y gimiendo, rogando por que sus vidas terminasen de una vez. Gorgoteaban palabras ininteligibles mojadas de sangre y de mocos,

impedidos por las picas de punta redonda que asomaban por sus bocas.

—Sádicos. Usan puntas redondas para que los pobres desgraciados no mueran de inmediato —explicó Harald—. Así no se atraviesa ningún órgano vital y viven más tiempo. Se desangran poco a poco.

Ya no pude seguir conteniendo las arcadas que se agitaban en mi estómago. Me incliné sobre mi yegua y vomité el desayuno en el suelo. Luego, tapándome la boca con el dorso de la mano, volví a mirar a los cuerpos clavados en las picas.

Me tragué la bilis, y espoleé a mi montura para que se acercase a una mujer empalada. Era joven. De mi edad.

Nadie merecía un destino tan horrible. Iba más allá de lo imaginable. Observé a Vetr, cuya expresión era fría, impasible. No se desprendía absolutamente nada de su mirada de escarcha.

Señalé a la mujer con la cabeza.

—Bajémosla.

—Ya está muerta —replicó Harald con voz inexpresiva, instando a su caballo a continuar, sin mirar ya a ninguno de ellos—. Están todos muertos. No hay nada que podamos hacer.

—Ella sigue viva. ¡Y está sufriendo!

Harald me ignoró y siguió adelante, evitando mirar a la izquierda o a la derecha, montando por el centro del camino que llevaba al pueblo. Tal vez para él era más fácil no mirarlos, fingir que no estaban allí.

Pero, por espantosa que fuera la imagen, yo no era capaz de hacer lo mismo que él. No era capaz de apartar la vista del horror, del amasijo de carne y de sangre que antes había sido una vida humana. Contemplé sus ojos fuera de las órbitas, esos pozos profundos y colmados de dolor, una mezcla de gris y verde que no

parpadeaba. De algún modo, sentía que si apartaba la vista la estaría abandonando. Estaría desertando a esa mujer que no conocía y en la que, sin embargo, me veía a mí misma. Perdida, aterrorizada y sola, aun rodeada de gente.

Yo era lo único que le quedaba en ese momento, que a ella debía de antojársele una eternidad. No pensaba marcharme. No la dejaría sola. No podía.

Fuera yo lo que fuese, me convirtiera en lo que me convirtiese, no podía hacer eso.

De repente, Vetr estaba a mi lado, moviéndose montado en su caballo entre la mujer y yo y tapándomela con su enorme cuerpo. Blandió su espada con fuerza, haciéndola silbar en el aire.

Me incliné hacia delante y miré.

Los ojos de la mujer se abrieron más durante un instante con un destello de sorpresa… y también de gratitud. Luego se apagaron, se encogieron; la desgracia empezó a desvanecerse junto con su luz interior, hasta que nada de ella quedó atrás. Una pátina apagada cayó sobre aquellas esferas que ya no veían nada.

Exhalé. Había perecido.

—Ya está —declaró Vetr—. Está hecho.

Me estremecí y contuve un sollozo entrecortado, aunque tampoco se habría oído por encima de los patéticos gemidos de quienes todavía se aferraban a la vida.

Vetr siguió adelante y terminó con los demás. Fue un acto de piedad, y no supe si lo había hecho por mí o por ellos, aunque se lo agradecí de igual modo. Fuera como fuese, su sufrimiento había terminado por fin.

Yo avancé tras Harald, que me contempló con extrañeza y luego miró a su alrededor con cierto recelo, como si tal vez pudiera haber alguien observándonos.

—No creo que a quienes los han puesto ahí les parezca bien lo que hemos hecho —dijo.

—¿Debería importarnos lo que quieran los monstruos responsables de esto? —le espeté. Por lo que a mí respectaba, solo la escoria de la humanidad sería capaz de algo semejante. Lo más bajo, lo más despreciable. Seres desalmados. Sentí que se me erizaba la piel, que las brasas ardientes se reunían en el fondo de mi garganta, como una tormenta gestándose—. ¡Espero que estén mirando! ¡Que lo vean! —solté con insolencia, deseando hacerles probar mi fuego.

—¡Estúpida! ¡Claro que debería importarte! —gruñó Vetr al alcanzarme, fulminándome con una mirada censuradora mientras limpiaba su espada con movimientos duros y enfurecidos. Era evidente que estaba resentido por haberse visto obligado a usarla. Que estaba resentido conmigo. Con ese colosal fracaso como dragona. Demasiado tonta, demasiado lenta, demasiado débil—. Estamos aquí para observar y aprender lo que piensan y cómo se comportan, para conocerlos. Para que nunca nos ataquen por sorpresa, para no ser nunca víctimas de otra Trilla. No estamos aquí para llamar la atención del régimen actual. Lo que se hagan los unos a los otros no nos concierne —me abroncó con rabia, y sus palabras me golpearon como lo hacían los látigos que en otra vida me habían desollado la piel.

Y, sin embargo, había hecho algo al respecto. Había dado un paso al frente y había sido piadoso.

Me lo quedé mirando, desafiante.

—Entonces ¿por qué poner fin a su sufrimiento?

Harald le dirigió una mirada penetrante, como si también él se estuviese preguntando lo mismo.

—Ya basta. Dejemos atrás esta macabra escena. —Arrugó la

nariz—. El hedor de la sangre humana me ofende.

Vetr espoleó su montura y nos adelantó para entrar al pueblo. Yo lo observé alejarse preguntándome si de verdad tenía tan poco corazón.

Aceleré para alcanzarlo y lo miré de reojo, apenas molestándome en echar un vistazo al pueblo costero que había aparecido ante nosotros.

—¿Quién haría algo así?

—¿Quién si no? —Se encogió de hombros—. Los humanos.

«Los humanos». Lo había dicho con una mezcla de odio y burla. Nos odiaba de verdad. Los odiaba, a ellos. Algún día no tendría que corregirme. Algún día me sentiría más dragona y menos humana. Ya estaba ocurriendo. Con cada día que pasaba en los Riscos, otro pedacito de mi viejo yo desaparecía, se descascarillaba, para abrirle el paso al nuevo.

Para Vetr, los humanos eran todos iguales. Él no hacía diferencias entre los residentes de las Tierras Fronterizas y quienes habitaban en el sur. De hecho, era probable que ni siquiera supiera la diferencia. No le importaban lo suficiente para saberla.

Los penterranos más prósperos vivían en el sur, con sus ciudades bulliciosas y llenas de vida, con sus escuelas y sus bibliotecas, su cultura y su alta sociedad. Allí, el palacio se erigía con sus torres blancas y besadas por el sol que resplandecían bajo la luz del día. Mi hogar. O lo que solía ser mi hogar. Los bárbaros vivían en el norte, la parte más inhóspita y agreste del país.

Ningún humano era igual que otro, pero, para él, un humano era un humano. Todos eran lo mismo. Todos eran malvados. Y eso, justo eso, era lo que lo hacía un dragón, más que sus alas o su carne cubierta de escamas: su incapacidad de ver a un humano como otra cosa…, como algo bueno.

—Por lo que he observado, la brutalidad no es un rasgo exclusivamente humano. Vosotros también lucháis contra… otros. —No me atreví a pronunciar la palabra en voz alta. No pondría nombre a lo que éramos. Me parecía demasiado arriesgado pronunciarlo allí, en voz alta—. No estáis por encima del conflicto con los de vuestra propia naturaleza.

—¿Los defiendes? —Me miró con una expresión desdeñosa.

Tragué saliva. Aquello había sido un paso en falso. Entre ellos, no se toleraba nada que pudiera interpretarse como simpatía hacia la humanidad.

—Solo hablo de lo que veo. Toda moneda tiene dos caras.

—Hablas como toda una diplomática.

—Quizá lo sea. —Lancé aquella respuesta con atrevimiento, y luego me arriesgué a añadir—: Quizá eso sea lo que puedo ofrecer. Un puente entre dos mundos.

Me miró de hito en hito un largo momento, y luego arrugó la nariz y resopló con fuerza. Sabía que eso era más de lo que quería de mí. Más de lo que me estaba pidiendo.

Lo que quería eran mis conocimientos. Me había llevado con ellos porque yo había habitado aquel mundo como humana, y había pensado que tal vez se me diera bien sonsacar información al enemigo. No quería que fuese una especie de embajadora entre nuestros dos mundos.

—Yo no quiero un puente —respondió al fin, recorriendo mi rostro con la mirada, contemplándolo en su totalidad—. Lo que quiero es un muro entre nosotros y ellos. Tu trabajo —añadió, señalándome con el dedo—, para que te quede claro, es proporcionarme los ladrillos para construir ese muro. No hay nada que pueda interponerse ante eso. Nada puede impedirnos proteger a la manada. ¿Entendido?

Asentí bruscamente, a pesar de que sentía que cada pedacito de mí quería rebelarse contra sus palabras, contra su tono autoritario. ¿Por qué la seguridad de uno debía significar la perdición del otro? ¿Por qué tenía que ser o los dragones o la humanidad?

¿Por qué no podían ambos, simplemente, ser?

Quise decirle que no. Negarme a ayudarlo a construir ese muro. Negarme a aceptar que me diera órdenes, por mucho que fuese mi alfa. Negarme a darle información sobre un mundo en el que aún vivían personas que a mí me importaban, pocas, pero las suficientes para hacerme vacilar ante cualquier cosa que tal vez les hiciera daño.

No, no y no.

Ya no era una muchacha de los azotes a la que se la pudiera mangonear y controlar. Ya no.

Pero me mordí la lengua. A veces, lo más inteligente era no decir absolutamente nada.

Él miró al frente y siguió adelante.

7

TAMSYN

El olor salobre del mar me inundó la nariz cuando por fin llegamos a Porthavn y, a pesar de que no llovía, sentía el océano sobre la piel como el peso de una manta. En la distancia se veían los mástiles de los barcos, dibujados sobre el aire gris como grandes agujas en el suelo. Las olas rompían contra la pared rocosa del puerto con un ritmo idéntico al de los fuertes latidos de mi corazón.

Recordé cuando Stig me había propuesto que huyéramos, que embarcáramos en un navío rumbo a Acton, sin temor alguno de las aguas llenas de monstruos del Canal Oscuro. Una sugerencia indefendible por parte de un muchacho que había resultado ser tan imposible e irreal como sus fantasiosos sueños de escapar.

A los lados de la calle principal había tiendas y escaparates. Éramos un trío formidable, lo que nos hacía ganarnos más de unas pocas miradas mientras recorríamos la calle. Era comprensible: no es que pasáramos precisamente desapercibidos. Eso no sería posible para un hombre con el aspecto de Vetr o Harald, gigantes entre hormigas. Eran como pedruscos encima de sus caballos, sobre todo Harald, que debía de medir más de dos metros. Era un dragón de ónice, así que estaba hecho para la guerra, hecho para la batalla. Sentía pena por su caballo. La pobre criatura parecía bastante más

cansada que el mío.

Había ajetreo en las calles, llenas del polvo y la arenisca que levantaban los cascos de los caballos y las ruedas de los carromatos. Los vendedores ambulantes ofrecían su género a gritos, y un denso olor a pescado permeaba el aire. Las gaviotas sobrevolaban en lo alto, llamándose las unas a las otras con sus largos y agudos graznidos. Caac, caac, caac.

A la luz de la tarde, percibí el destello de cotas de malla entre la gente. También había soldados caminando por las calles, ante las tiendas, apropiándose de mercancías a placer sin pagar por ellas y diciendo ordinarieces a las mujeres que pasaban. No eran guerreros de las Tierras Fronterizas: tanto las cotas de malla como las capas rojas pertenecían al uniforme de los soldados del sur, los soldados con los que yo había crecido: los mismos que poblaban la Ciudad y las provincias al sur de las Tierras Fronterizas. Fruncí el ceño al preguntarme por qué no se habrían quedado más cerca del Borg.

Seguimos hacia la posada donde Arran nos estaba esperando. Un mozo de cuadra se llevó nuestros caballos tras recibir una moneda como recompensa e instrucciones por parte de Vetr.

Ver al alfa allí, en el mundo humano, comportándose y desenvolviéndose como si fuera un hombre, me descolocaba. Nunca me había recordado a su hermano tanto como entonces, caminando, hablando y moviéndose con autoridad, como si fuese un soldado de sangre roja que estuviera en el lugar que le correspondía.

La conversación se detuvo en cuanto entramos en la posada. Los ojos de hielo y plata de Vetr otearon la taberna como una gélida ráfaga de viento. Harald no lo hizo mucho mejor con sus ojos negros de brillo iridiscente. El mensaje que ambos transmitían estaba muy claro: prometían dolor a cualquiera que los contrariase.

Eran gigantescos como verdaderos árboles… y se disponían a

unirse al tercero de esos árboles, Arran, que nos estaba esperando en una mesa. Sus botas resonaron contra el suelo cuando cruzaron la estancia. Varias miradas se deslizaron hacia ellos con recelo, observando aquellos cuerpos altos, de pecho amplio y anchos hombros que se extendían bajo los mantos de pelo. Tenían brazos musculosos y piernas como los troncos de robles viejos; hasta sus cuellos eran gruesos y fuertes. Por mucho que se hicieran pasar por humanos, nada podía esconder su naturaleza animal. Todo en ellos gritaba que eran algo más que meros hombres, que eran guerreros… asesinos.

Por eso Fell se había ganado una reputación tan formidable. No había sido una coincidencia que se le pusiera el sobrenombre de la Bestia, porque era igual que ellos. O había sido igual que ellos. Tragué saliva con dificultad. Salvaje, en el fondo.

Me quedé un poco atrás, pues no me sentía inclinada a destacar, aunque sabía que a mí también se me percibía con cierta aprensión. En parte porque iba con ellos, pero también por mi tamaño. Mis ojos quedaban a la altura de los de cualquier hombre que hubiera en aquella estancia, si no por encima, y a las mujeres les sacaba como mínimo una cabeza. Siempre había sido más alta que la media, pero, por imposible que pareciera, había crecido desde que me había convertido. No sabía cómo, pero me había hecho más alta y mucho más fuerte, y los músculos de mi cuerpo se habían vuelto más tonificados, más esbeltos.

Arran se hallaba encorvado ante una jarra de hidromiel de la que no parecía estar disfrutando mucho, a juzgar por cómo arrugaba el labio cada vez que daba un trago. Cuando nos unimos a él, alzó una comisura de la boca en una sonrisa carente de alegría.

—Bienvenidos. —Alzó la jarra a modo de saludo—. ¿Qué os ha parecido ese pequeño espectáculo en la entrada del pueblo?

—¿Quién haría algo así? —pregunté. Aún buscaba una explicación más allá de que era algo propio de los humanos.

—Es un producto del nuevo régimen.

—¿El nuevo régimen? —insistí, con el estómago en un puño—. ¿Es que le ha pasado algo al rey?

Por mucho que ya hubiese comprendido que mi infancia no había sido tan encantadora como pensaba antes, por mucho que ya me hubiese dado cuenta de que no había sido un verdadero y valorado miembro de la familia real, el rey Hamlin seguía siendo lo más parecido que había tenido a un padre, y el único que conocería nunca. No me gustaba la idea de que le hubiera pasado algo malo, ni a él, ni a la reina, ni a las princesas.

Arran miró a su alrededor y respondió en susurros:

—El rey está bien…, pero el señor Dryhten ya no gobierna en el norte. —Enarcó una gruesa ceja en un gesto cargado de significado. Todos sabíamos lo que le había ocurrido a Fell—. Ahora hay un nuevo señor de las Tierras Fronterizas.

Se me secó la garganta. Un nuevo señor de las Tierras Fronterizas.

Negué con la cabeza y me quedé mirando la superficie agitada de mi bebida. Por supuesto. Por supuesto que habría alguien nuevo al frente de las Tierras Fronterizas.

No había pensado en quién asumiría el mando después de Fell. Había dado por hecho que el rey habría nombrado a uno de los otros señores de la frontera en los que Fell confiaba, y que la vida continuaría igual que siempre, solo que sin Fell.

—¿Y quién gobierna el norte ahora? —pregunté, un poco avergonzada por no haberme preocupado de plantearlo antes. Había estado demasiado ensimismada conmigo misma, con mis dificultades, con mis esfuerzos por acostumbrarme y encajar en la

manada. La supervivencia era, en esencia, egoísmo. Encontraba el modo de eclipsar todo lo demás, de anular el resto de las preocupaciones.

—Nombraron al hijo del señor regente. —Escuché las palabras, pero no las comprendí. Me quedé mirando a Arran sin entender—. Era el capitán de la guardia del rey —añadió, encogiéndose de hombros con indiferencia. Igual que a Vetr, a él no le importaba quién hubiese asumido el mando después de Fell. Los humanos eran todos iguales. No había ni uno bueno.

Sin embargo, lo último que yo sentí fue indiferencia.

—¿El hijo del señor regente? —repetí con una voz que sonaba extraña y aguda a mis oídos, pues ya no podía seguir escapando de la terrible realidad de sus palabras. Stig estaba vivo. ¿Cómo había sobrevivido?

Un gélido frío me atenazó la piel. El pensamiento se repetía en bucle en mi mente, se me hundió en la boca del estómago como una cosa sólida y perniciosa, se propagó como veneno por mi interior.

Stig estaba vivo.

Vetr me dirigió una mirada larga y dura antes de asentir, y me di cuenta de que debía de haber revelado algo con mi voz, con la expresión de mi rostro. Le había dado alguna pista de que aquella noticia me había afectado, porque así era. Me había perturbado. Había hecho que me temblaran hasta los huesos.

Stig estaba al mando. El rey lo había nombrado señor de las Tierras Fronterizas. Reprimí una amarga carcajada. Su padre, siempre sediento de poder, debía de estar satisfecho. Que el norte pasara de encontrarse bajo el dominio de la Bestia a hallarse controlado por su queridísimo hijo… Todo un golpe de Estado.

Sentí de nuevo ganas de vomitar. Stig era el responsable de los cuerpos empalados que había en la entrada del pueblo. De repente,

todo daba vueltas a mi alrededor.

Ese día, en el bosque, me había equivocado al detener a Fell cuando se había dirigido a asestarle a Stig el golpe final. Si yo no me hubiese interpuesto entre ellos, Stig estaría muerto, y no torturando a personas inocentes. Me había equivocado. Había errado en tantas cosas… Para empezar, en haberle confiado a Stig la verdad sobre mí misma.

Me quedé allí sentada, inmóvil ante aquella jarra, apretujando con los dedos la áspera arcilla, mientras trataba de hacer que la estancia dejase de girar y girar.

Quizá Stig no fuese el responsable. Era una esperanza desesperada, y me aferré a ella con todo mi empeño. Quizá desconocía los malvados actos de sus soldados.

Arran oteaba la taberna mientras hablaba, con mucha cautela, para que nadie nos oyese.

—La hambruna y los bandidos ya no son las más terribles amenazas que asolan el norte. —Se calló unos segundos—. Ahora lo es él. Lo llaman el Terror de las Tierras Fronterizas, ¿sabéis?

No. No lo sabía, y deseé no haberlo sabido.

Deseé seguir viviendo en la más dichosa ignorancia, sin conocer el desarrollo de los acontecimientos. Deseé poder darle la espalda a esta nueva verdad, al amanecer de una realidad más que me hacía jirones, que me dejaba magullada y en carne viva.

—No suena igual de bien que la Bestia, ¿no? —continuó.

Mis labios entumecidos dieron forma a una palabra:

—No.

Prefería, por mucho, a la Bestia de las Tierras Fronterizas.

—Ese espectáculo que había en la entrada del pueblo… Ninguna sorpresa, viniendo del Terror.

Parpadeé, tratando de calmar el escozor de las lágrimas. «¿En

qué te has convertido, Stig?».

Me humedecí los labios.

—¿Por qué habrá hecho una cosa así? —murmuré, más para mí misma que para los otros.

—Porque puede —respondió Vetr enseguida, evidentemente, sin pensarlo antes, porque para él era una cuestión muy sencilla. Los humanos hacían cosas terribles. Era la misma historia de siempre. No había más que hablar.

—Dicen que está loco —añadió Arran—. Que ha soltado a sus soldados por el norte para que arrasen con todo como un incendio, que exige cada vez más tributos y que castiga a todo el que no puede pagarlos y a todo el que se atreve a oponerse. Dicen que condena a la pira a cualquiera sobre el que exista la más mínima sospecha de brujería.

Un nudo se me formó en la garganta ardiente cuando lo vi todo con claridad. Esto lo había hecho yo. Era mi culpa. Yo había encendido ese fuego que lo estaba devorando.

Cuando Stig se había encontrado frente a frente con un dragón —una criatura que, según le habían enseñado, era una plaga para la humanidad, un dragón que resultaba ser alguien que él había creído una amiga de toda la vida—, se había precipitado hacia la locura. Era eso lo que lo había convertido en el Terror de las Tierras Fronterizas.

—Cualquier persona que se atreva a alzar la voz en su contra, o en contra de sus soldados, recibe el tratamiento del que habéis sido testigos al llegar al pueblo…

—¿Quieres decir que eso no ha sido un acontecimiento único? —pregunté afligida.

Arran lucía una expresión sombría.

—El empalamiento se ha convertido en una práctica común. —Volvió a mirar tras ellos con cautela—. Se dice que el grupo que

hemos visto se estaba reuniendo en secreto, reclutando y fomentando una rebelión. —Se encogió de hombros—. Alguien los delató.

La gente del norte estaba sufriendo. ¡Muriendo! Por culpa de Stig.

«Por culpa mía».

Sentía ganas de vomitar. Unos ojos entre grises y verdes afloraron fugazmente en mi mente.

Si no le hubiese revelado mi dragona a Stig, Fell y él nunca se hubieran enzarzado en una batalla. Fell seguiría ostentando cómodamente su papel de señor de las Tierras Fronterizas. Esas personas aún estarían vivas.

Cuánta muerte, cuánta miseria y cuánta sangre… Y toda ella estaba en mis manos.

Vetr suspiró con pesadez, como si ya estuviese cansado de la conversación.

—¿Has oído algo sobre los asuntos que de verdad nos interesan?

Le dirigí una mirada de reproche. Era como si hubiera dicho que los asuntos de los humanos no nos importaban en absoluto. Al menos, si no nos afectaban directamente.

—Solo que el ejército se está adentrando en los Riscos más de lo que lo habían hecho nunca.

Vetr asintió con el ceño fruncido.

—Nuestras patrullas ya lo habían detectado. ¿Alguna idea de por qué?

Arran negó con la cabeza con una expresión de impotencia. No sabía la razón.

Pero yo, presa de la desolación, sí la sabía. Yo sí sabía por qué.

Me estaban buscando a mí.

Stig me estaba buscando a mí.

Nos quedamos en silencio cuando llegó la tabernera y nos colocó delante unos platos llenos de comida con pesados golpes. Tenía largos y sudados mechones de pelo que le caían desordenados ante el rostro sonrosado del esfuerzo. Nos miró con los ojos cansados.

—¿Queréis algo más?

Harald señaló nuestras jarras.

—Otra ronda, por favor.

Me sorprendí al darme cuenta de que ya casi me había terminado el hidromiel. Tras un año bebiendo zumo o vino de bayas verda, el sabor de la bebida me resultaba desagradable.

La tabernera asintió y se alejó, y nosotros empezamos a comer. Mordisqueé la carne grasienta dudando, en aquellos tiempos de tanta escasez, de que fuera verdaderamente el cerdo asado que habíamos pedido. Traté de no pensar en qué animal podía ser.

Mientras masticaba la carne correosa, observé con atención las expresiones tensas de mis acompañantes, preguntándome cómo podía explicarles que la razón de que los Riscos se estuviesen llenando de soldados era yo, ni más ni menos. No me parecía que fuese ese el momento. No en mitad de aquella taberna, rodeados por los humanos a los que consideraban enemigos.

La taberna estaba llena de gente y se oía el murmullo constante de las conversaciones, pero todas se detuvieron de repente cuando la puerta se abrió y entraron un grupo de soldados, vestidos con el uniforme del sur. Se oía el ruido de las cotas de malla mientras caminaban, y las capas de color escarlata que tan bien conocía ondeaban a sus espaldas.

Yo dejé de respirar y agaché la mirada. El corazón me latía con tanta fuerza que estaba segura de que todo el que me rodeaba podía oír su clamor. Fingí sentir un gran interés por mi plato, mientras casi notaba la sombra de Stig cayendo sobre mí y su voz

resonando en mi oído como una oscura caricia.

Pero no. Me arriesgué a echar un vistazo y confirmé que no era más que un grupo de soldados. De sus soldados, que estaban allí sin él. Por supuesto: el señor de las Tierras Fronterizas no iba a rebajarse a ir a una taberna cualquiera.

Sus fuertes pisotones resonaban sobre el suelo de madera, mucho más estruendosos ahora que nadie en la estancia pronunciaba palabra.

—¿Qué pasa? ¡Qué calladitos estáis todos! Desde fuera parecía una fiesta —exclamó uno de los soldados—. No dejéis de divertiros por nosotros. —Echó un vistazo a su alrededor; su capa era una mancha escarlata que se me antojaba similar a un chorro de sangre esparciéndose en el aire. Miró a sus camaradas buscando su aprobación—. Con lo que nos gusta a nosotros una buena fiesta. Hace que el duro trabajo del día merezca la pena, ¿no os parece, muchachos?

«¿El duro trabajo del día?».

Me atreví a mirarlos de nuevo y me fijé en las manchas de sangre de su cota de malla, y entonces lo supe. Hasta mis huesos lo supieron: eran esos hombres quienes habían empalado a los desgraciados que agonizaban en la entrada del pueblo, y el «duro trabajo» mencionado era ni más ni menos eso. Sentí la acometida de las náuseas. La sensación empezaba a ser algo que formaba parte de mí, una constante.

Los clientes de la taberna permanecían en silencio, mirando a su alrededor con ojos rápidos y temerosos, con los hombros hundidos en un intento de empequeñecerse, de hacerse invisibles. Motitas de polvo entre gigantes. Las taberneras habían desaparecido en el interior de la cocina. Aquellas gentes estaban muy versadas en la lucha por la supervivencia.

¿Así eran ahora las cosas en las Tierras Fronterizas? ¿Vivía toda la gente acobardada, tratando de no ser vista, aferrándose a cualquier cosa que los ayudase a no ser devorados por ese fuego infernal?

«Lo llaman el Terror de las Tierras Fronterizas, ¿sabéis?».

Cuando había empezado mi travesía hacia el norte, después de mi boda, me impactó ver cuál era la realidad más allá de las puertas que protegían la Ciudad, ver a las gentes cansadas y macilentas, con el hambre grabada en sus rostros demacrados y en los huesos que les sobresalían de la piel como cuchillos. En sus ojos, había visto una desesperación que me había reconcomido la conciencia. Mientras yo había vivido en palacio cómodamente, las gentes de Penterra habían sufrido, malviviendo con lo justo. Fell era su única esperanza. Si había ido a la Ciudad a pedir la mano de una princesa era para asegurarse de tener voz en la toma de decisiones gracias a un matrimonio real. Para tener voz y voto, para poder llevar un cambio real a sus tierras.

Y, en lugar de una princesa, le había tocado yo.

Le había tocado yo, y eso había sellado su destino y, con él, el de las Tierras Fronterizas. Y también el mío, pero me parecía insignificante en comparación con todo lo demás.

Me reconcomían la vergüenza y la culpa por mi responsabilidad en todo lo ocurrido, porque Stig tuviera ahora al norte bajo su yugo. Mi destino era menos importante al lado del de un pueblo entero.

Me permití imaginar cómo sería la vida si Fell se hubiera casado con Alise, Feena o Sybilia. Si yo me hubiera negado a participar en el ardid de engañarlo para que acabara casándose conmigo.

Todo sería distinto. Mejor.

Para empezar, Fell no estaría muerto. Él y una de mis hermanas se encontrarían cómodamente instalados en el Borg, y los moradores

de las Tierras Fronterizas no estarían viviendo este horror. Ni acabarían empalados en picas.

El arrepentimiento se propagó a través de mí, clavándoseme como un tornillo. Si yo no hubiera revelado mi dragona, si no me hubiera llevado a Fell conmigo tan egoístamente, él todavía lideraría el norte y podría proteger a esta gente. Su gente. Era una luz que iluminaba con firmeza, que luchaba contra la oscuridad, y yo me la había llevado y la había apagado.

El tornillo dio otra dolorosa vuelta, clavándose en mi carne.

Todo aquello era culpa mía. Todo aquello lo había hecho yo, y saberlo era como tener una roca aplastándome el pecho.

Las botas se detuvieron cerca de nuestra mesa, y yo me obligué a no levantar la vista, a dejar la mirada fija en la carne grasienta de origen misterioso y los rostros de mis acompañantes, que, a diferencia de todos los presentes, se mostraban tranquilos e impertérritos, sin revelar ni una gota de la violencia que tenían guardada debajo de la piel, ni una gota de la magia que nadaba bajo la superficie, dispuesta a salir a borbotones en cuanto se la invocara.

Pasaron los segundos, y las botas quietas junto a nuestra mesa no se movieron. Por fin levanté la vista.

Uno de los soldados me miró de un modo tan expectante que me indicó que llevaba ya un tiempo observándome, que era yo la razón por la que se habían detenido junto a nuestra mesa. Se frotó el labio, llamando la atención sobre unos huecos oscuros de su boca donde deberían haber estado los dientes.

—Tú me resultas familiar.

Se me cayó el alma a los pies. Resistí el impulso de tocarme el pelo. Era un problema: el rojo fuego no me ayudaba precisamente a pasar inadvertida. Aunque el pelo rojo no hubiera sido una característica de las brujas —de las brujas de sangre, para ser

exactos—, me habría diferenciado de los demás de todos modos.

Me evaluó con la mirada, no con lujuria, sino con algo distinto. Con algo profundo, inquisitivo y cargado de sospechas. Y mi sospecha, la de que eran esos mismos hombres los que habían empalado a aquella pobre gente, no me abandonó. No quería su atención, y sin embargo la tenía.

Le ofrecí una débil sonrisa.

—Lo siento, pero no nos conocemos.

Él ladeó la cabeza. Su sonrisa desdentada le confería un aspecto extraño, como si su boca fuese unas fauces abiertas y huecas.

—¿Eso que detecto es un ligero acento del sur?

Tragué saliva con dificultad. Sí, por supuesto que lo era.

Miré a Vetr con aire indefenso.

Él no sabía quién era yo. Me estremecí para mis adentros. No sabía quién había sido yo, mejor dicho. Nunca le había hablado de mis orígenes. Me había dicho a mí misma que ya no importaba, y que olvidar el pasado formaba parte de seguir adelante. Lo único que sabía era que había sido la esposa de Fell. No es que yo no le importase; tenía un gran interés en mí como miembro de la manada. Eso no lo dudaba. Al fin y al cabo, era una piroexhaladora. Lo que ocurría era que mi vida humana no tenía ningún interés para él. Cuando me había elegido para participar en aquella rekon, no se le había ocurrido que era posible que alguien me reconociese. Si se lo hubiera contado, habría sido muy probable que no estuviese allí sentada.

—De niña pasé un tiempo en el sur —respondí a toda prisa. No tenía sentido negar la verdad que había oído en mi voz.

—Es agradable oír en tu lengua el sonido del sur —musitó complacido—. ¿Y ahora vives aquí? —Movió los dedos gruesos como salchichas para señalar a su alrededor—. ¿En este agujero?

Volví a mirar a Vetr, buscando algún tipo de consejo. Sin embargo, él me devolvió la mirada con los rasgos asentados en una expresión neutral, y comprendí que no interferiría a mi favor. Por el destello glacial de sus ojos, me di cuenta de que no estaba muy contento con la atención que yo había atraído hacia nuestro pequeño grupo, pero parecía expectante ante lo que yo fuese a hacer… y decir.

En fin, a mí tampoco me gustaba, pero no podía hacer nada al respecto, salvo ser lo más cordial posible con ese soldado hasta que se fuese con sus camaradas a otra parte.

—Por aquí cerca —respondí—. En esta zona.

Acercó un dedo para señalar mi rostro.

—Te pareces mucho a la señorita Tamsyn. ¿Verdad que sí, muchachos?

Al oír mi nombre, una losa cayó dentro de mi estómago.

Los soldados asintieron, mientras el autoproclamado portavoz del grupo chasqueaba los dedos y añadía:

—O, mejor dicho, a la señora Dryhten, porque te casaste con la Bestia.

«Porque te casaste con la Bestia».

Hablaba como si ya estuviera convencido de cuál era mi identidad y no hubiese forma de persuadirlo de lo contrario. El terror me trepó por la garganta, mezclándose con el vapor caliente que ya había empezado a acumularse. Apreté los labios, tratando de extinguirlos a los dos.

Negué con la cabeza, fingiendo que no sentía la mirada gélida de Vetr clavándose en mí.

—Lo siento. No…

—El parecido es asombroso. —Se agachó para acercar más la cabeza a mí, y me atacó una bocanada de aliento que apestaba a

pescado y a cerveza rancia.

Separé los labios con cautela e intenté hablar de nuevo.

—Esto es un error, señor.

Me estaba mirando tan de cerca que estaba segura de que podría contar hasta el último poro de mi piel.

—Vaya, ya lo creo que eres ella. —Asintió con un convencimiento cada vez mayor—. Serví en palacio durante un tiempo, tenía turno de guardia en las puertas del patio de armas. Te veía siempre correteando por el patio con las otras princesas, y a veces os ibais de pícnic, ¿te acuerdas?

Estuve a punto de asentir, asaltada de repente por aquel recuerdo dulce que se estaba desvaneciendo. «Las otras princesas».

Me arriesgué a mirar a Vetr para ver cómo reaccionaba ante aquella revelación, pero sus ojos del color de la escarcha seguían fijos al frente. Las líneas de su nariz, labios y ojos eran tan brutales como siempre, como talladas en granito, las mismas montañas en las que había nacido, y sin embargo atisbé un destello aún más frío en su mirada gélida, más cruel en la severidad de sus rasgos, y se me hizo un nudo en el estómago.

—A veces me mandaban junto a otros soldados a vigilaros cuando salíais —prosiguió el soldado, señalando a su alrededor en un gesto casi juguetón—. Entonces tenías el pelo rizado.

Recordaba bien aquellos días: Nos íbamos de pícnic con nuestras institutrices, seguidas por los ojos vigilantes de los soldados de palacio. Después de comer algo, a veces colocábamos unos lienzos en unos caballetes y dibujábamos el campo, repleto de flores salvajes. Un pasatiempo refinado propio de jovencitas de alta cuna. Todo aquello había ocurrido hacía una vida entera.

—Mi hermana no es la princesa de la que hablas. Nosotros crecimos al oeste de aquí —intervino Vetr con voz calmada, dando

solo un poco de énfasis a la palabra «princesa». Un énfasis demasiado sutil para que los soldados se ofendieran, pero yo sí que noté el tono cortante con el que pronunciaba el término.

El soldado se puso recto y miró a Vetr con desprecio.

—¿Y a ti quién coño te ha invitado a hablar? —Miró a los otros soldados y preguntó—: ¿Alguno de vosotros lo ha invitado a hablar?

Yo me estremecí mientras los otros confirmaban que no, en efecto, no le habían dirigido invitación alguna.

En ese momento, Vetr se puso de pie, arrastrando las patas de su silla de madera contra el suelo al apartarla.

La actitud frívola de los soldados se desvaneció en cuanto tuvieron que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo. A pesar de llevar sus cotas de malla, parecían diminutos al lado de él. Uno de ellos soltó un suave silbido y llevó la mano hacia la empuñadura de su espada.

—Este es grande.

Por suerte, nadie confundió a Vetr con Fell. Si aquellos soldados eran de la Ciudad, debían de haber visto a Fell cuando había llegado, pero, afortunadamente, el pelo plateado bastaba para diferenciarlos. Quien conociera a Fell detectaría su semejanza con Vetr enseguida, pero aquellos hombres no lo habían visto nunca.

El líder señaló la silla de Vetr.

—No hace falta que te pongas de pie. No estamos hablando contigo.

Vetr me señaló con la cabeza.

—Mi hermana me concierne.

—Ya te diremos nosotros lo que te concierne. —El soldado volvió a señalar la silla con brusquedad—. Y ahora siéntate, hermanito.

Vetr no se movió, y yo empecé a sentirme inquieta. La tensión crepitaba en el aire, y me fijé en que algunos de los demás clientes

empezaban a salir disimuladamente de la taberna, cerrando la puerta tras ellos. Los soldados ni se molestaron en mirarlos; toda su atención se hallaba en ese momento sobre Vetr.

Arran alzó una mano para tirarle de la manga. El tiempo se alargó mientras Vetr miraba primero a los soldados, luego a mí, luego a Arran… y entonces, por fin, volvió a sentarse.

El soldado que tenía la boca como un agujero negro y hueco volvió de nuevo su atención hacia mí y prosiguió:

—Dime, princesa. ¿Cómo has terminado aquí?

Era implacable, y yo ya no sabía qué hacer para demostrarle que no era quién él creía que era. Sobre todo porque tenía razón.

Escruté los rostros de Vetr, Arran y Harald, y me pregunté si se me vería tan asustada y acorralada como yo me sentía. Como una liebre en una trampa.

A medida que el miedo que había en mí crecía y crecía, lo hacía también el vapor caliente que se henchía dentro de mis pulmones, buscando un lugar adonde ir. No me atrevía a abrir la boca para hablar, por temor a que escapase humo de ella. Inhalé por la nariz y contuve el aliento. Vetr me dirigió una mirada penetrante para decirme lo que ya sabía: «No reveles tu dragón».

—¿Princesa? —me apremió el soldado.

El título formal me erizaba la piel, desencadenaba en mí un sinfín de emociones, sobre todo la aversión por un pasado que no podía cambiar. Yo nunca había sido una princesa. No del todo. Aquello era simplemente algo que me habían llamado para justificar los azotes, un título vacío. Ahora ya lo sabía. Una parte de mí lo sabía también entonces, pero era demasiado joven, demasiado ingenua, y estaba demasiado ciega para verlo.

Me atreví a separar los labios, con cuidado de que de ellos no salieran más que palabras, absolutamente nada más, ni vapor, ni

humo, ni fuego.

—No me llames así. —Él entornó la mirada, y me di cuenta de que me había equivocado, ya fuera con el tono o con las palabras; probablemente, ambos. No debería haberle dicho lo que tenía que hacer—. No soy quien crees que soy —traté de arreglarlo, con una actitud más dócil.

Su expresión de escepticismo me indicó que no lo había convencido de nada.

—La verdad es que entiendo por qué no querías que nadie te encontrase. El nuevo señor de las Tierras Fronterizas no te tiene mucho aprecio.

Tragué saliva con dificultad, luchando contra el nudo que tenía en la garganta y que descendió como si fuese carbón ardiendo.

—Va diciendo todo tipo de cosas sobre ti —añadió—. Unas cosas muy raras.

De repente, me sentí aturdida y mareada, como si el mundo se estuviese desvaneciendo a mi alrededor, tan insustancial como si fuese agua resbalando por entre mis dedos. Traté de asimilar esa información, sabedora, al instante, de qué «cosas raras» debía de andar diciendo Stig.

Uno de los soldados se inclinó hacia mí y, mirándome con desconfianza, preguntó:

—Jorgen, ¿y si esas cosas que dice fueran verdad?

Jorgen puso los ojos en blanco y reprendió a su compañero con una mirada.

—¿Es que eres tonto, Ari? ¿A ti te parece que tiene pinta de dragón?

«Dragón».

La palabra cayó como una losa, con un sonido estruendoso y metálico cuyas ondas se propagaron violentamente en todas

dimensiones.

Me quedé sin aire. Por supuesto que Stig le había contado a todo el mundo que había visto cómo yo me transformaba en dragón.

No me atreví a mirar ni a Vetr ni a los demás. Sentí su estupefacción igual que si me hubieran tirado encima un jarro de agua fría. Sentí el pánico que se elevaba como las mareas en mi interior, mientras la palabra «dragón» rebotaba a nuestro alrededor.

Contemplé a los soldados con más cautela que antes. Si sabían de las aseveraciones de Stig, no parecían darles ningún crédito. Y si de verdad hubieran creído que yo era esa temible criatura aborrecida por los humanos, no habrían estado allí hablando conmigo tan tranquilamente.

En realidad, me miraban más bien por encima del hombro, con arrogancia, como si supieran lo que era yo y que de ningún modo podía ser algo tan terrible y poderoso como una de esas criaturas que tanto tiempo llevaban extintas. Yo no era más que la muchacha de los azotes que habían entregado a la Bestia de las Tierras Fronterizas, las sobras de la mesa del rey Hamlin que se habían usado para saciar a un pretendiente que no era digno de comer en ella.

No me conocían. Nadie me conocía. Ni ellos, ni ningún miembro de la manada. Tampoco Vetr, aunque quizá tras un año sí que debería haberlo hecho. Si yo se lo hubiera permitido. Si él hubiera querido conocerme, pero tenía que admitirlo: no quería. No había movido ni un dedo para conocerme mejor. No me había presionado haciéndome preguntas. No se había inmiscuido ni había indagado en mi pasado. No le interesaba. No le importaba.

Quizá hubiera habido una persona que me conociera. Fell.

Pero ya no.

El soldado llamado Ari me miró con vacilación.

—En fin, podemos estar de acuerdo en que un dragón no es, pero ¿qué hacemos con ella? Nuestro señor no querría…

—Se la llevaremos, naturalmente. Que vea con sus propios ojos que no es más que una mujer. Tenga o no tenga el pelo maldito, tiene tetas y un coñito como cualquier otra. —Se carcajeó con su propio chiste, abriendo de par en par aquel agujero negro y desdentado.

Yo hice una mueca al oír tan groseras palabras y me puse ambas manos sobre las piernas, apretujándolas la una contra la otra al tiempo que contenía un gemido de angustia.

Jorgen me agarró del brazo y me obligó a ponerme de pie. Medíamos más o menos lo mismo y nuestros ojos quedaban a la misma altura, así que me golpeaba la cara con su aliento fétido.

—Estás cometiendo un grave error. —Fue lo único que se me ocurrió decir—. No soy quien tú piensas.

Él ladeó la cabeza, como si se lo estuviera pensando.

—Te ha estado buscando. Seguro que me asciende si te llevo ante él.

Aquellas palabras se me hundieron en la carne como dos colmillos, rasgándola, y supe entonces que aquello se había convertido en una situación desesperada para mí. Me hallaba en un foso, hundiéndome a toda prisa en el barrizal.

—Quizá, ahora que la hemos encontrado, se le pase esa perra que le ha cogido con ir al norte —masculló el soldado llamado Ari poniendo los ojos en blanco—. Mi hermano perdió un pie por congelación en una de esas putas expediciones. Ahora va por ahí cojeando con una muleta.

—Pues sí —opinó el más joven. Como casi todos los hombres humanos, era un muchacho más bajo que yo; solo me llegaba al hombro, y me miraba con aprensión—. Igual hasta nos manda a

casa. Ya estoy harto de las Tierras Fronterizas. Estoy cansado de congelarme hasta la polla; aquí hace demasiado frío. Quiero volver a sentir el calor del sol en la cara.

Jorgen empezó a tirar de mí hacia la puerta.

Yo miré atrás, a Vetr, Harald y Arran.

Me observaban, cada uno con una expresión distinta. Harald estaba perplejo; Arran, preocupado. Y Vetr…

Vetr parecía dispuesto a matar. Se veía en el hielo de sus ojos, en la tensión de sus hombros, en cómo flexionaba y estiraba sus largos y afilados dedos a los lados del cuerpo, como si sintiera sus garras, esas espadas ocultas a punto de emerger. Parecía más animal que hombre, que aquellos hombres, con esos ojos como puñales y los rasgos tan afilados que habrían cortado hasta el cristal. Y, a pesar de eso…, no hizo ademán alguno de venir a por mí mientras se me llevaban.

Estaba furioso y preparado para causar graves daños, y era más que capaz de hacerlo, pero aun así se contuvo, sereno y estoico, mientras los humanos a los que juraba odiar se me llevaban por la puerta.

8

TAMSYN

Podía matarlos.

Era una idea que se había abierto paso en mi mente y se había instalado allí como la seda de una telaraña. Un susurro oscuro que se iba tejiendo en mi pensamiento cuanto más me acercaba a mi reencuentro con Stig.

Matar a aquellos soldados era la estrategia más obvia, y estaba, sin duda, al alcance de mi mano. A pesar de que llevasen armas de hueso de dragón, podía cogerlos desprevenidos y acabar con ellos. Además, matarlos iba en consonancia con todo lo que me habían enseñado en la manada durante aquellos largos meses.

«Sálvate tú.

Salva la especie.

No dejes testigos».

De acuerdo con eso, matarlos era una decisión honorable. Mi obligación, incluso. Si lo hacía, sería libre de ir a buscar a Vetr y a los demás y seguir con la rekon hasta que concluyera.

No podía permitirme llegar hasta Stig y su regimiento. Tenía que escapar antes de que se produjera ese momento, porque no habría forma alguna de escapar después.

Me recordé que no era la primera vez que lo hacía. Que Arkin me

había obligado a matarlo. Estaba en mí, enterrada en lo más hondo: la habilidad de desatar la ruina y la devastación, mi talento secreto, que había servido para calcinar, aniquilar y poner fin a una vida. Ya había aprendido a cambiar de forma a mi antojo; tenía más práctica y más control. Sabía cómo transformarme en mi dragona con muy poco esfuerzo. Si me lo proponía, ocurriría, no me cabía duda.

Me quedé mirando a los tres hombres que cabalgaban a mi lado y al camino que se extendía ante nosotros. Y tras nosotros. Bueno, en realidad eran dos hombres y un niño.

El tercer soldado, Frode, acababa de cumplir los dieciocho años. Lo habían reclutado inmediatamente después de cumplirlos, otro de los cambios recientes bajo el régimen de Stig. Cada familia penterrana estaba obligada a ofrecer a uno de sus hijos para el ejército norteño de Stig, y no importaba si la familia en cuestión solo tenía un vástago, como era el caso de Frode. Era la primera vez que estaba tan lejos de su casa, y yo no lograba sacarme a sus padres de la cabeza. Me había enterado de que eran propietarios de una panadería de la Ciudad, y me los imaginaba con las mejillas sudorosas y sonrosadas, trabajando al calor de su cocina, esperando a que su muchacho volviese a casa.

Frode tenía siempre los ojos como platos y una perpetua expresión de angustia. Dudaba hasta de que fuese capaz de manejar su propia espada. Matarlo sería fácil. En realidad, ni los tres juntos supondrían un desafío. Podía hacerlo en ese preciso momento y terminar con ese asunto.

Ay, si matar me hubiese resultado fácil…

Ni siquiera con la sospecha de lo que aquellos hombres habían hecho, ni siquiera con la imagen de aquellos ojos entre grises y verdes que me perseguiría durante el resto de vida, me resultaba tan fácil matarlos así, sin más.

Así pues, me guardé mi fuego para mí y seguimos viajando hacia el este, dejando atrás la costa y el aire salobre del mar.

Cuando echaba un vistazo al camino tanto por delante como por detrás, lo que hacía con frecuencia, casi esperaba ver a Vetr y a los demás, siguiéndonos, o atisbarlos escondidos tras los arbustos que bordeaban el camino. Pero no los vi.

Comprendía por qué me habían abandonado. Y, aun así, qué poco les había costado. No se habían inmutado, ni una sola chispa de emoción había asomado a sus rostros mientras se me llevaban.

Sabía muy bien por qué.

No era una de ellos. En realidad, no. Lo había intentado, y ellos también. Todos nosotros habíamos pasado un año intentándolo.

Y no había funcionado.

Recordé sus expresiones de sorpresa cuando me habían reconocido y la verdad de mi pasado había quedado al descubierto. Quizá habían creído que les traería demasiados problemas como para merecer la pena, y habían pensado que lo mejor sería librarse de mí.

Mis nuevos acompañantes iban armados con los instrumentos apropiados para combatir a los dragones. Tenía sentido. Tras nuestro encuentro, Stig debía de haber decretado que sus soldados llevasen ese tipo de armas. Su nuevo ejército estaba armado con las espadas de antaño, las armas que habían recogido y guardado después de que Balor el Carnicero hubiera asesinado al último dragón —o eso creían los humanos—. En palacio, había una parte entera de las mazmorras en las que se almacenaban esas armas, que pasaron a considerarse anticuadas y demasiado pesadas para darles un uso rutinario.

Pero eso ya no era así. Esas armas se habían exhumado, se habían traído de regreso a la superficie, se habían devuelto a la luz

del día… Un hecho que no complacía a mis acompañantes. En el día que había pasado desde que habíamos abandonado Porthavn, la pesada carga de las espadas de dragón había sido motivo de queja en un sinfín de ocasiones, igual que los escudos de escamas de dragón que llevaban sujetos a las alforjas.

Mis acompañantes eran muy parlanchines. No les importaba matar el tiempo hablando conmigo, contándome cosas y respondiendo a mis preguntas, y yo aproveché la oportunidad para descubrir todo lo posible sobre este nuevo mundo en el que mi viejo mundo se había convertido.

Frode había admitido que le ponía nervioso trasladarse a un lugar «de bárbaros» como las Tierras Fronterizas, un comentario cuya ironía no se me había escapado, teniendo en cuenta las medidas que había adoptado Stig. Fell nunca había torturado y masacrado a inocentes, más bien al contrario. Él se había preocupado por el bienestar de las gentes del norte, había tratado de suavizar las dificultades a las que se enfrentaban.

Stig estaba en algún lugar al oeste de la costa con un regimiento de casi un millar de soldados. Me quedé anonadada al enterarme de cuál era la magnitud de las fuerzas que comandaba. Cuando había ido al norte, hacía ya un año, lo había hecho con un ejército muy numeroso, y luego había vuelto al sur a por más. Aquello no auguraba nada bueno. ¿Para qué necesitaba tantos soldados? ¿Qué pensaba hacer con ellos?

Mucho me temía que ya sabía la respuesta a esas preguntas. Stig pensaba seguir imponiendo su particular terror en las Tierras Fronterizas al tiempo que se adentraba en los Riscos para encontrarme a mí y a los demás dragones. Aquella era su misión: demostrar que él estaba en lo cierto y que no se había dejado llevar por teorías absurdas.

Volver a prender la mecha de la Trilla.

Cuanta más información reunía, más comprendía que era esa su misión, y mayor era la sensación de condena que se cernía sobre mí, y que se me expandía hasta el tuétano.

—Tiene mucha imaginación, eso hay que reconocérselo —dijo Ari, que era el que montaba más cerca de mí. De los tres soldados, era él quien me miraba con más recelo, como si aún tuviera cierto temor a que de repente me salieran escamas y una cola—. Nuestro señor insiste en que cambias de forma. —Me miró a los ojos y me sostuvo la mirada.

Los tres se me quedaron mirando como si se estuvieran dando permiso para contemplar esa posibilidad.

—Mucha imaginación, sí —contesté—. Solo soy una mujer —insistí, pintándome en la cara una sonrisa de indulgencia—. Aunque no la que vosotros pensáis. —Seguía aferrándome al argumento de que no era la señorita Tamsyn. Era una verdad que ciertamente no podía confesar, porque tal vez les hiciera preguntarse en qué otras cosas les había mentido.

Jorgen se encogió de hombros.

—Si me he equivocado, te pido disculpas —dijo, pero la expresión en su mirada oscura indicaba que no creía haberse equivocado. Sabía quién era yo. Lo había visto en sus ojos la primera vez que me había mirado, por mucho que yo me hubiese empeñado en negarlo. Por fortuna, esa era la única verdad que sabía.

Ari, sin embargo, no hacía más que lanzarme miraditas cargadas de agitación. Tenía un sano respeto por la magia y no estaba tan convencido de que no fuera posible que yo fuese una dragona.

Le dediqué una sonrisa con la esperanza de tranquilizarlo, pero él parpadeó, aparentemente aún más nervioso. Se me borró la sonrisa.

No fui yo la única que se percató de su inquietud.

—Ari —dijo Jorgen con voz seca y con cierto cansancio, como si ya hubiese soportado suficientes recelos de su compañero y estuviese harto—. Piensa, hombre. Si fuese un dragón, ¿habría dejado que nos la llevásemos tan fácilmente? —Señaló con la mano el camino que se extendía ante nosotros—. ¿Permitiría que la llevásemos ante el señor Sader y lo que sin duda va a ser su final como si nada?

Ari asintió en señal de acuerdo, con el semblante muy serio y, de repente, una expresión mucho más astuta que la de sus camaradas.

—Qué razón tienes, Jorgen —respondió mirándome a los ojos—. Qué razón tienes.

En el sueño no encontraba descanso.

No había paz, no había calma; no se me relajaban los huesos, no se me destensaban los músculos, ni la mente, ni el espíritu. Esta clase de sueño, esta clase de oscuridad, me encerraba como una cárcel.

Una caja sellada.

Era implacable.

Absoluta.

Era completa e invasiva y se acumulaba a mi alrededor como un manto de sangre viscosa en el que no podía penetrar la luz, ni el aire, en la que no había espacio, en la que no había respiro.

Solo había terror. Un pánico que me trepaba por la garganta, que se me clavaba como un cuchillo en una piel que se me antojaba demasiado pequeña para mi envergadura, como si mi carne se hubiese contraído y chillase de dolor sobre mis huesos.

Sabía que estaba dormida. Sabía que estaba atrapada en un

sueño. En una pesadilla.

Me lo decía, pero saberlo no me ofreció ningún consuelo.

Me urgí a despertarme, me deshice en súplicas a mí misma para abrir los ojos, incorporarme y acabar con ese tormento, pero no era capaz. Estaba atrapada, aprisionada en aquella negrura asfixiante y pegajosa, fría y pesada como una manta empapada, amarga como los vientos, como agujas clavadas en mi carne. Era un tipo de helor distinto que nunca antes había sentido, de la clase que solo se sentía en la muerte, cuando la vida se esfumaba, se extinguía. Cuando se desvanecía como la nieve al derretirse, como las nubes de humo al dispersarse lentamente. Lo supe, a pesar de no haber estado nunca muerta.

Lo sabía igual que una sabe cómo respirar, cómo parpadear o cómo tragar. Era involuntario. Innato. Lo sabía igual que una sabe las cosas en los sueños.

No debería haber sentido un sueño tan intensamente, pero así había sido.

No debería haber estado tan atrapada, tan incapaz de despertarme, pero lo estaba.

Un cadáver gélido. El frío penetraba tan profundo, de un modo tan minucioso, que traspasaba la piel, los tendones y los músculos hasta enterrarse en lo más hondo, en lo más profundo del hueso, donde se hundía, donde me marcaba…, donde me dejaba cicatriz.

Aquello era la muerte. Una muerte en vida. Lo sabía. Lo reconocía a un nivel primario.

Estaba encerrada en una caja donde no tenía ni siquiera suficiente espacio para mover las piernas. Una tumba sin lugar para estirar los brazos.

Un silencio oscuro me empujaba por todas partes, como manos cerrándose y agarrándome con fuerza, apretando, estrujando,

exprimiéndome el aire de dentro, aplastándome las costillas y dejando solo dolor… El latido de mi corazón, la necesidad áspera de mi aliento.

Y la palabra «vida» estaba demasiado lejos, fuera de mi alcance. Ya no me pertenecía, ni tampoco yo a ella. Ahora, mi lugar era ese. Un vacío implacable.

Los dedos de mi mente se estiraban, ansiosos, haciendo crujir los huesos mientras yo los tensaba tratando de alcanzar la salvación, de llegar a alguien, a cualquiera. Estaba, simplemente…, ahí. Un hilo resbaladizo. Un pulso débil. Un murmullo casi dormido. Lejano pero presente. Un eco. Un enlace que parpadeaba.

El anhelo me asfixiaba. El anhelo… y el arrepentimiento.

Cuánto arrepentimiento. Pesaba incluso más que la oscuridad que me aplastaba.

Abrí y cerré los dedos, desesperada.

Y no rocé nada.

No había aire. No había luz. No había espacio para moverse. No había forma de escapar. No había rescate posible. Estaba enterrada. Existía, pero no vivía.

Me desperté con un grito alojado en la garganta.

Lo atrapé y lo contuve ahí, evitando que el sonido encontrase aire, como si así solo fuese a conseguir darle fuerza.

Bajo la luz parpadeante del fuego, me apoyé en el codo para incorporarme. Me temblaba el cuerpo entero bajo la manta de lana deshilachada mientras miraba a mi alrededor, hacia todas partes. Al cabo de unos segundos, recordé dónde estaba y exhalé poco a poco.

Estaba en Penterra. En las Tierras Fronterizas, prisionera de los soldados de Stig. El Terror de las Tierras Fronterizas.

Dormíamos en un semicírculo alrededor de las brasas encendidas, a varias yardas del camino, donde habíamos acampado para pasar la noche. Las ramas del bosque se movían, murmurando a nuestro alrededor, y Frode roncaba con suavidad. El cielo estaba salpicado de incontables estrellas. No había nubes, ni niebla que tapara las vistas. Aquello ya no existía. Era algo que se había perdido con Fell.

Me volví a estirar en mi camastro y, mientras le pedía a mi corazón desbocado que se calmase, apoyé la mejilla en la palma de mi mano para sentir la marca, la carne ligeramente protuberante de la «x» que me recordaba todo lo que había perdido, y ganado, y vuelto a perder. Solo había sido una pesadilla. No era la primera que había tenido que soportar durante aquellos muchos meses, ni tampoco sería la última.

Deslicé la mirada por las sombras danzantes, hasta detenerla y cambiar de dirección abruptamente para volver a un par de ojos que me observaban desde el otro lado del fuego… Un par de ojos que me vigilaban, igual que me habían vigilado durante toda la noche.

Estirado en su camastro, el soldado Ari me miraba fijamente, y en su penetrante mirada sentí sospecha y recelos palpables, el modo en el que una presa observaría a un depredador. Bajé la mirada. Se había acostado con su espada de hueso de dragón en la mano, por debajo de las mantas, y rodeaba firmemente la empuñadura con los dedos.

Le sostuve la mirada unos largos instantes antes de darme la vuelta. Exhalé un suspiro, cerré los ojos y traté de volver a lo que esperaba que fuese un sueño libre de pesadillas.

El regimiento de Stig se extendía sobre una pequeña colina, como

una ciudad de mil hombres recién erigida. Con su posición estratégicamente elevada, con vistas panorámicas en todas direcciones para que ningún atacante los cogiera desprevenidos, nos vieron llegar mucho antes de que empezásemos a subir la cuesta, cuando yo me enfrenté por primera vez a aquel hervidero de actividad.

Me asaltó de inmediato el olor del cuero, de la carne de caballo y del sudor humano. Se estaba poniendo el sol, que se escondía poco a poco tras las copas de los árboles. El cielo no tardaría en oscurecerse. Por el momento, tenía unas vistas perfectas de cientos de tiendas de campaña de forma triangular que salpicaban el altiplano. El olor de la carne cocinándose me inundó la nariz; el humo de las hogueras se alzaba en el aire del crepúsculo en nubes largas y retorcidas como serpientes grises. Se me encogió el estómago de hambre, lo que me recordó que no había comido nada desde aquella mañana, tras despertarme, y que incluso entonces había sido un desayuno irrisorio y apresurado. Habíamos comido un poco de pan y una loncha de carne seca por el camino, en absoluto suficiente para mi voraz apetito.

«No debería estar aquí».

Ralenticé la marcha y me volví para lanzar una mirada de anhelo, de arrepentimiento, a mi espalda, como si pudiera dar media vuelta y hacer entonces lo que no había logrado en los tres días que nos había tomado llegar hasta aquel campamento.

Pero era demasiado tarde. Ya no podía dar media vuelta. No podía rehacer lo que ya estaba hecho.

La luz tenue del día que se apagaba suavizaba los rasgos de los soldados que nos observaban mientras nos adentrábamos en la red del ejército de Stig. Tendría que haber hecho algo, cualquier cosa, que me hubiese evitado terminar allí, aunque hubiera sido convertir

a los tres hombres que me habían capturado en cenizas. Ahora eran demasiados. Ahora era verdaderamente prisionera. Peor que eso: una vez que estuviera cara a cara con Stig, sería algo mucho peor que prisionera, porque él haría cuanto fuera necesario para invocar a mi dragón.

Al no haber escapado, le había fallado a la manada.

Le había fallado a todos los dragones.

Podría haber hecho algo la noche anterior, cuando todos dormían. Habría podido atacar primero a Ari, que era quien aguantaba despierto para vigilarme, con la mano preparada en la empuñadura de la espada para acabar conmigo. Pero no lo había hecho. Solo de pensarlo se me revolvía el estómago.

Caminamos por entre las tiendas, sorteando los pequeños grupos reunidos alrededor de hogueras y preparándose la cena. Jorgen encabezaba el camino con decisión hacia el centro del campamento, el corazón de aquel hervidero. Sentí el peso de las miradas de interés que se volvían hacia mí a mi paso, y me pregunté si habría más gente que me reconociera de mis días en palacio.

A lo lejos se veía una tienda señorial, regia, y supe que pertenecía a Stig. Dentro habrían cabido varias de las tiendas de los soldados. La tela de un vivo azul cerúleo se sostenía con numerosos postes, y deduje que dentro habría una cámara totalmente amueblada. Stig no viajaría de forma humilde, no como viajaban sus soldados. Lo haría con lujos y extravagancias, con todas las comodidades que tenía en casa. Era el señor de las Tierras Fronterizas, pero no tenía nada que ver con Fell, que compartía las mismas duras condiciones que sus tropas.

A Stig le gustaban las cosas bonitas. Se vestía bien, olía bien y se rodeaba solo de lo más refinado. Aceptaría de mil amores todas las indulgencias y las atenciones que le correspondieran a una

persona de su posición, posición que al parecer había ascendido en el pasado año. Una diferencia más entre el Terror y la Bestia.

Nos detuvimos ante la tienda. Un par de soldados, de aspecto mucho menos fatigado que nosotros, con capas impolutas, montaban guardia ante la tienda cerrada.

—Estamos aquí para ver a nuestro señor.

—Está ausente.

Jorgen frunció el ceño.

—¿Ausente? Es casi la hora de cenar.

—Reunió una partida y se marchó de cacería. Avistaron un grupo de jabalíes de guerra en la zona.

No me sorprendía que quisieran tratar de abatir a una de esas bestias. Con esos animales gigantescos alimentarían a una buena parte de su ejército.

—Cuando vuelva, lo que querrá será la cena y un buen baño —añadió el otro guardia—. Tendréis que esperar para verlo. No tendrá tiempo para vosotros hasta mañana.

Jorgen negó con la cabeza y me señaló.

—No esperaremos. Le hemos traído algo que va a querer ver.

Yo. «Algo». Como si la mía no fuese una vida que importase.

El guardia me miró y, con una mueca, añadió:

—Llevaos a esta furcia. No lo tentará. Tiene una excelente esposa que lo acompaña en sus días y en sus noches. Lo más probable es que le ofendáis con este ofrecimiento y acabéis azotados.

«¿Una esposa?».

Jorgen escupió y me empujó hacia el frente.

—Estúpido. Créeme, a esta la va a querer ver.

Me tropecé, ya que todavía estaba tratando de asimilar la sorpresa de que Stig tuviera una esposa. Una esposa que se había

traído al norte con él.

Tenía una esposa. Y estaba allí.

Uno de los guardias se adelantó para sujetarme y que no me cayera y soltó una maldición, pero enseguida me empujó lejos de él como si yo fuese un gusano contaminado que no se quería arriesgar a tocar.

—¡Ay! —Me froté el hombro tras caer al suelo y fulminé al hombre con la mirada.

—¡No hace falta que la tires al suelo! —protestó Jorgen, haciendo ademán de ayudarme.

Pero entonces el guardia lo empujó también a él. Claramente no tenía ninguna intención de hacerle caso.

—¡Largo!

En ese momento, se abrió la tienda y de ella emergió una figura.

—Caballeros —dijo una voz dulce en tono reprobador—. ¿Qué es este jaleo? ¿Ocurre algo?

Unas voces graves se apresuraron a explicárselo, pero yo no oí ninguna de ellas.

Mientras Jorgen me ayudaba a ponerme de pie, un clamor me inundó los oídos. Me había quedado sin palabras al ver a aquella joven, vestida con hermosos ropajes. No podía dejar de mirarla. Unos mechones elegantemente trenzados de su cabello le rodeaban la cabeza en una elegante coronita que resplandecía como una corona de oro en la luz tenue del atardecer.

Cuando su mirada se detuvo sobre mí, sus delicados rasgos se iluminaron como si los hubieran tocado los rayos de un millar de soles.

—¡Tamsyn! —exclamó, lanzándose a mis brazos con toda la fuerza de su pequeño cuerpo, que, sin embargo, no era tan pequeño como yo recordaba. No era tan pequeño como había sido. Apreté los

dedos, acariciando los suaves pliegues del terciopelo forrado de pelo. Bajo la lujosa tela, había más carne de la que yo recordaba. Ya no era un cuerpo de niña, sino de mujer, lleno de sutiles curvas.

Me inundó el dolorosamente familiar aroma a fresas frescas. Cerré los ojos, embargada por una sensación agridulce, dolorosa. Incluso allí, en mitad de un campamento, se las arreglaba para oler a su fruta preferida.

Jorgen me miraba tras ella, con una sonrisa de arrogancia y satisfacción. Oí las palabras a pesar de que no las pronunciara: «Yo tenía razón».

Temblando de alegría, se apartó de mis brazos para contemplarme con enorme dicha.

—Creía que no volvería a verte nunca. ¡Oh, lo esperaba con fervor, pero jamás creí que fuese a pasar! No después de todo lo que… Oh, en fin, ¡no me hagas caso! ¡Estoy hablando sin parar! ¡¡Tamsyn!! ¡Eres tú! —Me apretujó las manos sin esconder su alegría —. ¡Tam, dime algo!

Y mi voz emergió, oxidada, como si llevase mucho tiempo sin usarla.

—Hola, Alise.

9

TAMSYN

Stig se había casado con una verdadera princesa de Penterra. El rey Hamlin y el señor regente le habían dado a la esposa que habían tratado por todos los medios de negarle a Fell. Stig era lo bastante bueno para una princesa, pero Fell no. Aquellos hechos fueron colocándose en mi mente uno tras otro, y la ironía de estos me dejó impactada.

¡Stig! El Terror de las Tierras Fronterizas, responsable de tanto sufrimiento, compartía lecho con mi hermana.

Me pellizqué en un brazo, retorciéndome la piel con saña, tratando de despertar de aquella pesadilla. No me sirvió de nada. Estaba despierta y ella estaba allí.

Alise. La dulce y pura Alise… La esposa de Stig.

¿Cómo podía estar atada a un hombre semejante? Era una broma cruel, absurda. No podía ser cierto. Y, sin embargo, ahí la tenía, frente a mí, sorbiendo vino de una copa y cortando y masticando con delicadeza el faisán asado que había en su plato, con los dedos llenos de anillos que resplandecían a la luz de las velas y unos pendientes que se mecían con suavidad en sus orejas. Las pruebas eran irrefutables.

—Cuánto me alegro de verte, Tamsyn. Estaba fuera de mí de la

preocupación. Todos lo estábamos.

Tardé varios instantes en responder y, cuando lo hice, lo único que pude hacer fue repetir:

—¿Todos?

Pensé en esa idea con curiosidad. ¿Mi padre? ¿Mi madre? Dudaba mucho que hubieran estado tan fuera de sí de preocupación. Sabían lo que hacían cuando me habían entregado a la Bestia. Sabían que podría hacerme todo lo que quisiera, y, tras el engaño del que lo habían hecho víctima, era razonable pensar que lo que quisiera incluiría todo tipo de horrores. Incluso la muerte.

Y, aun así, lo habían hecho. Me habían sacrificado. Me habían puesto ante él en bandeja. Me habían utilizado, como habían hecho siempre. Yo había estado en sus vidas para servirles, igual que un mulo sirve a un granjero tirando del arado. Tal vez me hubiesen rascado detrás de las orejas, y me hubiesen dado cobijo, pero, al final, para ellos no había sido más que una herramienta que explotar en el negocio de sus vidas.

Alise no comprendió lo que yo quería decir.

—Sí. —Asintió mientras cortaba otro trozo—. Estábamos enfermos de preocupación pensando que habías muerto. Cuando nos llegó la noticia de lo ocurrido, me pasé semanas postrada en la cama. —Reprimí el impulso de preguntarle qué historia le habían contado—. Ya estaba bastante enfadada con nuestros padres por haber permitido que te casaras con Dryhten y te hubieran mandado al norte con esos bárbaros.

Aquello sí que podía creerlo de ella, y de nuevo me golpeó la ironía. Habían sido muchas las cosas que me habían reconcomido desde que había partido de la Ciudad. Mi vida había sido una prueba tras otra y, entre todo aquello, ni una sola vez había sentido preocupación por ella. La había imaginado tan segura, cuidada y

mimada como siempre, centrada en su cómoda vida en palacio, lejos de la magia y de toda sombra amenazante. No la había imaginado allí, atada a alguien que era más demonio que hombre.

Señaló mi plato con el tenedor.

—¿No quieres comer?

La comida no me sentaría bien. Tenía el estómago del revés.

La criada entró en la tienda con un cesto lleno de aromáticos bollos de mantequilla en las manos y la colocó entre nosotras dos. Alargué la mano para coger uno y obligarme a comer un poco.

Alise asintió, satisfecha, y se cortó otro pedacito de faisán.

—Estás muy cambiada, Tam —comentó entre bocados.

—¿Ah, sí? —pregunté, tensa. No sabía qué esperaba que dijera. ¿Que tenía más pinta de… dragona?

—Pareces mayor.

—Lo soy. Un año mayor. Igual que tú.

Una esposa, a la edad de diecisiete años. Una edad perfectamente común para casarse. Muchas chicas eran aún más jóvenes cuando se desposaban, sobre todo en las familias reales decididas a forjar alianzas mediante sus hijos. Y, sin embargo, a mí me seguía pareciendo joven. Demasiado joven.

Desvié la mirada hacia la enorme cama cubierta con un edredón brocado. Era absurdo. Estaba ahí puesta como si aquella fuese una cámara bien provista y amueblada, y no una tienda en mitad de las Tierras Fronterizas. Me obligué a apartar la vista de la cama y a dejar de imaginar a Alise y a Stig juntos dentro de ella.

A ella no se le pasó por alto hacia dónde se había dirigido mi mirada. Se le tiñeron las mejillas de un bonito color rosado.

—Quería decir que pareces más… madura —se corrigió.

Tragué saliva. El pan dulce se me había pegado en algún lugar del pecho, negándose a seguir bajando.

—El matrimonio tiene ese efecto en una. Te hace pasar de la niñez a la adultez en un abrir y cerrar de ojos. ¿Cuánto tiempo lleváis tú y…? —Me interrumpí, incapaz de pronunciar el nombre de él unido al suyo.

Ella sonrió con indulgencia, con gesto comprensivo.

—Nos casamos hace un mes. Fue una boda muy bonita. Me supo mal que tú no estuvieras.

Me la imaginé. Alise, una novia etérea, recorriendo el mismo camino hacia la capilla por el que había caminado yo hacia mi destino, entre los ensordecedores vítores de la gente y las flores que le habrían lanzado a modo de tributo y celebración. Lo veía todo con nitidez, como si fuesen imágenes de un sueño… Porque yo también lo había vivido. Solo que a ella era Stig quien la esperaba en el altar. En esa parte de mi visión era cuando el sueño se convertía en una pesadilla.

—Me hubiera gustado estar allí —repuse. «Para detener la boda»—. ¿Y eres feliz?

Parpadeó como si la pregunta la incomodara, una reacción muy reveladora. Como también lo fue ver cómo se desvanecía su sonrisa.

—Se habló de que me desposara con el rey de Meru. —Hizo una mueca—. Pero es tan viejo como papá. Y la Isla de Meru está tan lejos…

—¿Eres feliz? —insistí.

Cogió un bollo de pan y partió la corteza crujiente por la mitad con una fuerza casi desafiante.

—Stig es joven, guapo y solícito. Y ahora es el rey de las Tierras Fronterizas. Esto le da una posición excelente. Es probable que papá lo nombre su sucesor. Es muy bueno. —Stig, el rey de Penterra. Reprimí un escalofrío.

Y ella seguía sin responder a mi pregunta.

Lo único que sabía de Stig con certeza era que trataría a una princesa con todo el respeto y la deferencia que debía. Trataría a Alise como la mujer de la realeza que era, con la delicadeza con la que manejaría cristal hilado. No traicionaría esa costumbre. En calidad de su señora esposa, se le extenderían todas las cortesías apropiadas. Se comportaría con ella como se había comportado conmigo…, antes de que me convirtiera en una abominación a sus ojos.

—Y así será siempre contigo —contesté, dócil, con cuidado de no mostrarme en desacuerdo con ella. No quería que nuestra breve reunión quedase mancillada con cuestiones desagradables. Porque nuestro tiempo juntas sería fugaz: Stig no tardaría en regresar.

Inhalé con fuerza al pensar en lo que me esperaba. En la tormenta que se estaba gestando, amenazante, sobre mí, ante la crueldad y brutalidad de sus vientos, preparados para acabar conmigo.

—Es encantador, ya lo sabes. Me siento muy afortunada. —Le tembló un poco la voz al pronunciar la última palabra.

—Todavía no me has dicho que seas feliz.

Se apoyó en el respaldo de la silla. Vi una chispa en sus ojos azules, una expresión de exasperación en su rostro, la clase de expresión que solía poner con Feena o Sybilia, pero no conmigo.

—¿Y tú eres feliz, Tam? ¿Qué haces aquí? —Señaló a nuestro alrededor moviendo los elegantes dedos—. ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde has estado durante todo este tiempo? ¿Dónde está tu marido? ¡Pensaba que estabas muerta! —Dio sendos manotazos en los reposabrazos de la silla—. Me había resignado ante la certeza de tu muerte. —Se detuvo y tragó saliva; su cuello delicado se movió como si le costase hacerlo—. Una conclusión mucho más lógica que la que Stig nos quiere hacer creer, sin duda. Stig tiene la idea

disparatada de que…

—Lo sé, lo sé —dije, interrumpiendo su arrebato. No habría soportado que lo dijera, no me veía capaz de ver la expresión de su rostro cuando pronunciara la palabra «dragón».

No quería mentirle. Aunque lo haría si fuera necesario, por supuesto. No tenía otra opción.

Nunca le había escondido nada a Alise. «Pero nunca habías tenido un secreto que guardar», pensé. No de este tipo. No un secreto que afectase a tantos.

—¿Lo sabes? —Negó con la cabeza, con la mirada escrutadora clavada en mí—. ¿Por qué desapareciste? ¿Has estado… escondiéndote? —Su voz estaba embargada de confusión. Estaba tratando de comprenderlo con desesperación y jamás podría. Jamás lo haría. Necesitaba asegurarme de que eso fuera así. Ya había confiado antes, ya había revelado lo que era en realidad. Un grave error que no pensaba repetir.

Ladeé ligeramente la cabeza.

—En cierto modo, sí.

—Quiero entenderlo. Estoy segura de que Stig solo está confundido. Estaba gravemente herido y eso puede… Puede alterar a una persona. Quizá le nubló los sentidos y…

—No, dulce mía. —Una voz grave resonó en la tienda, súbita como un trueno—. No estoy confundido. No cometí ningún error. Eso que hay sentado frente a ti es un dragón. Apártate con cuidado de ella, Alise.

La tormenta había empezado.

Miré hacia la puerta de la tienda. Ahí estaba Stig con la espada lista, como si estuviese ya preparado para blandirla contra mí.

No lo había oído entrar, a pesar de estar atenta a su regreso. Alise se había adueñado de toda mi atención. Tras él había varios

soldados que me miraban con los ojos muy abiertos.

Lo evalué, impresionada, a pesar de todo. No había ni rastro de las heridas que había sufrido en nuestro último encuentro, en el bosque, tanto tiempo atrás. Una persona no podía sobrevivir a una herida como la que Fell le había infligido, pero, de algún modo, él lo había logrado. Es más, se le veía sano y fuerte mientras me miraba fijamente, con los ojos muy abiertos. Sano, aunque un poco desquiciado.

—Yo jamás le haría daño a mi hermana —le espeté indignada.

—Oh, Stig, ¿es esto necesario? —le rogó Alise con voz temblorosa. De repente, se le habían llenado los ojos de lágrimas—. Baja la espada.

—No te angusties, dulce mía —respondió él, tratando de calmarla, mientras se adentraba en la tienda, sin apartar ni la mirada ni la espada. Los soldados lo siguieron, también apuntándome con sus espadas de hueso de dragón.

Stig acudió al lado de Alise y yo resistí al impulso de interponerme. Llevaban ya un mes casados; yo no era ninguna barrera. Deseé haber podido serlo, pero ya era demasiado tarde. Alise era su esposa, lo que yo sentía como un fracaso propio.

Stig la cogió de la mano para ayudarla a levantarse de la silla y la colocó tras él, interponiéndose entre ella y yo, como si yo fuese el peligro, el Terror. Como si ella necesitara que la protegieran de mí.

—Lleváosla fuera —ordenó Stig a sus hombres señalándome con la cabeza.

Me agarraron de ambos brazos y me levantaron de la silla de un tirón.

Alice se dio la vuelta para enfrentarse a Stig y le puso las manos sobre el pecho.

—¿Qué le vas a hacer?

Él la arrulló y le tapó las manos con la que tenía libre, al tiempo que movía su espada de hueso hacia mí. Ante aquella imagen de ellos dos, tan íntimos y cómplices, se me hizo un nudo en el estómago.

—No te disgustes así —le dijo con dulzura—. Solo vamos a hablar.

«Solo vamos a hablar».

Nos miramos fijamente a los ojos, comunicándonos en silencio, recordando la última vez que nos habíamos visto. La verdad cobraba vida entre los dos. No, lo que íbamos a hacer en el exterior de su tienda no sería solo hablar. Haríamos mucho más que eso.

Clavé los talones en el suelo para evitar que me sacaran a rastras. Los soldados que me tenían agarrada de los brazos gruñeron al descubrir que no era tan fácil mangonearme.

—Puedes hablar conmigo aquí dentro —sugerí.

Stig me miró con dureza.

—Nuestra charla se presta más para el exterior.

Me reí con amargura.

—¿Ah, sí? ¿Y es el mismo tipo de charla que mantuviste con esa gente a la entrada de Porthavn? He visto tu obra.

Alise nos miró al uno y luego a la otra.

—¿Qué le ha pasado a la gente de Porthavn?

—Nada, absolutamente nada, dulce mía —respondió para apaciguarla mientras le daba unas suaves palmaditas en las manos —. Solo está tratando de distraernos. No dejes que desvíe tu atención. Es una impostora muy astuta. —Miró de nuevo a sus soldados y gritó—: ¡He dicho que os la llevéis fuera!

Esta vez, cuando me sacaron a rastras de la tienda, no me resistí. Dejé atrás el ambiente cálido, iluminado por la luz de las velas. De haberme opuesto más, habría revelado la magnitud de mi

fuerza y mi poder.

Oí la vibración de la grave voz de Stig, que consolaba a Alise dentro de la tienda mientras yo esperaba en la fría noche junto a los soldados. La luz era escasa; solo nos iluminaban las llamas de algunas hogueras, o la antorcha con la que ocasionalmente pasaba algún soldado, que nos miraba boquiabierto.

Mi agudo oído captaba los susurros de los hombres, sus respiraciones rápidas y entrecortadas. Sus corazones latían veloces y trepidantes en la oscuridad: estaban impacientes, ávidos por el comienzo inminente del espectáculo.

Stig no tardó en salir. Se detuvo delante de mí.

—Tamsyn, querida. ¿Dónde has estado todo este tiempo? —Había un matiz peligroso en su tono burlón, una frialdad afilada que se clavaba en lo más profundo y abrasador de mí.

Le sostuve la mirada, estudiando ese rostro ensombrecido que tan bien conocía. Había cambiado poco desde la última vez que lo había visto. Llevaba el pelo algo más largo y los mechones de color caoba le rozaban el cuello, pero lucía la misma barba bien recortada y los mismos profundos ojos marrones. Y en esos ojos se hallaba la diferencia: estaban inexpresivos, muertos. Ni una sola chispa de emoción se revolvía en ellos cuando me miraban.

—Por ahí.

Siguió con el rostro imperturbable. No reaccionó de modo visible a esa respuesta que no le decía nada.

—¿Qué le ha pasado a Dryhten?

Para entonces, ya se había reunido una multitud junto a nosotros. Los soldados habían abandonado sus juegos de cartas, sus cenas y sus hogueras, y habían formado un círculo a nuestro alrededor, tapando la luz y sumiéndonos en una noche aún más oscura.

—¿Te refieres al señor de las Tierras Fronterizas? —repliqué, incapaz de contenerme.

Él retrocedió ligeramente.

—El señor de las Tierras Fronterizas soy yo.

—Ya lo veo —contesté calmadamente.

Él entornó los ojos con recelo.

—¿Lo ves? —Era evidente que le molestaba que no tuviera miedo. Yo no suplicaba ni lloraba, y sabía que era eso lo que él esperaba. Lo más probable era que hubiese imaginado ese momento incontables veces durante el último año, y yo no estaba representando como era debido el papel que me había asignado.

Asentí.

—Sí, veo que viene bien ser el hijo del señor regente.

Entre la multitud, se oyeron las risitas y burlas de algunos soldados.

Stig arrugó la nariz con furia.

Y yo reprimí una sonrisa.

Dirigió a sus soldados una mirada llena de veneno y todos se quedaron en silencio. Se volvió de nuevo hacia mí.

—Dime, dragón, ¿mataste tú a Dryhten?

Yo solté un resoplido, sin molestarme siquiera en responder a cómo se había dirigido a mí.

—Yo no lo maté —respondí sucintamente, como si fuese una sugerencia de lo más absurda—. Era mi esposo.

—¿Era? —Se aferró a la palabra—. Así que está muerto. —Oí un matiz de satisfacción cuando pronunció la palabra, y comprendí que había existido para él un miedo real a que Fell volviera algún día a reclamar su título y todos los derechos asociados a él. Fell era muy querido en el norte. Sus seguidores eran legión.

Alcé la barbilla.

—Muy conveniente para ti, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—No supondría una amenaza ni aunque estuviera vivo.

No me molesté en recordarle que Fell le había vencido una vez, y que lo habría matado de no haber intervenido yo.

Stig prosiguió:

—Las Tierras Fronterizas están mejor sin él.

—¿Y mejor contigo? ¿Es esa la historia que te cuentas? —Resoplé con desdén—. ¿Cómo pude pensar que eras bueno y noble?

—¿Y cómo pude yo no ver nunca que eras un monstruo haciéndote pasar por una chica? —replicó él, mirándome como si yo fuera una cosa repugnante y no una persona a la que él había besado, por la que él había bebido los vientos.

Apreté los labios y lo miré fijamente, desafiante, evaluando su hermoso rostro, los ojos marrones que tan cálidos y tiernos me habían parecido siempre.

—Esta noche conseguiré sonsacarte la verdad —continuó con voz dura, lo bastante alto para que todos lo oyesen—. Y todos verán por fin lo que a mí ya me mostraste. ¡Adelante! —Alzó de nuevo su espada de hueso, extendiéndola entre los dos, dejando la punta a apenas centímetros de mi clavícula—. Enséñale a todos lo que eres y dinos cuántos más quedan como tú, y dónde podemos encontrar a los otros.

—Pero ¿tú te oyes? —Forcé una carcajada, orgullosa de que mi voz sonase fuerte y segura, sobre todo porque por dentro estaba temblando como una hoja—. Es una pena que no pueda hacer lo que me pides… ¡porque sería imposible!

A pesar de que ya hubiese caído la noche, el rubor que floreció sobre su barba era visible.

—No te creas que sigo siendo el mismo hombre bueno que…

—Oh, no creo que seas bueno, no —lo interrumpí—. No creo que hayas sido nunca bueno. Creo que este es tu verdadero yo. Cruel y despiadado. —«Intolerante. Lleno de odio hacia los que son distintos a ti»—. ¿Qué curioso, no?

Al cabo de unos segundos, con cierta cautela en la voz, preguntó:

—¿El qué?

—Que tú seas el monstruo que crees que soy yo. —Miré a los soldados que observaban la escena y grité—: ¡Lo rechacé y me casé con otro! ¡Por eso hace esto! ¡Por eso inventa historias disparatadas insistiendo en que soy un dragón! Los dragones están muertos, la magia ya no existe; lo que quiere es desatar la histeria y engrandecer su reputación. —Me llevé una mano al pecho—. Soy una mujer. ¡Dos brazos! ¡Dos piernas! No tengo ni escamas ni alas. ¡Está desquiciado, solo busca una justificación para hacerme daño!

Él se quedó unos instantes en silencio, contemplándome con detenimiento, sin parpadear siquiera. Luego se inclinó, dejando que la punta de su espada me rozara en el centro de la clavícula. Qué fácil sería. Solo habría tenido que aplicar una ligerísima presión para atravesarme, para causarme una herida de la que jamás me recuperaría. Estaría muerta en un instante.

Y, sin embargo, no lo hizo.

—Lo que no logras comprender, Tamsyn…, es que no necesito ninguna justificación. Puedo hacerte lo que me dé la puta gana.

Tragué saliva. La punta de la espada me hizo cosquillas en la piel.

—¿Y qué tienes intención de hacerme? —le pregunté.

—Nada que no te hayan hecho antes.

Enarqué una ceja.

—Te voy a azotar —aclaró.

Casi se me escapó una sonrisa.

Al parecer, no era la reacción que esperaba. Se inclinó hacia mí y me siseó en la cabeza.

—Esta vez, tengo intención de sacarte el dragón de dentro a latigazos, para que nadie tenga dudas acerca de lo que eres. Para que todos lo vean. Todos estos ojos que ahora me miran y creen que estoy loco y que tú eres la desgraciada víctima de mi ira… Pronto sabrán la verdad.

Dio un paso atrás.

Sin apartar la mirada de mí, chasqueó los dedos y ordenó:

—Encontrad un árbol.

La multitud se apartó para abrirnos un camino y dos soldados tiraron de mí y me arrastraron hasta encontrar lo que buscaban: un árbol solitario en mitad del campamento.

Me quitaron la gruesa túnica por la cabeza. Alguien trajo unas cuerdas. Fruncí el ceño al verlas. No tenían el mismo aspecto que las cuerdas corrientes: el cordel era más pálido, pero resplandecía mucho, casi emitiendo luz, como si fuera una perla iluminada por el sol.

—Ah, te preguntarás qué es esto… —Stig meneó la cuerda enrollada—. Esta no es una cuerda corriente. Es cuerda de dragón, hecha con los tendones de los de tu estirpe. No podrás deshacerte de ellas. Nunca.

La bilis me trepó por la garganta. Me ataron las muñecas por separado, utilizando contra mí los tendones de mis ancestros asesinados, sin preocuparse de lo mucho que me las apretaron. Luego, unas manos bruscas me agarraron por la espalda de la combinación que llevaba bajo la túnica y tiraron de la tela con fuerza, desgarrándola y dejándome desnuda de cintura para arriba.

Llevé las manos a la parte delantera de la combinación para

protegerme con ella. Al parecer todavía conservaba un cierto sentido del pudor.

La situación era un eco de otros tiempos, de otro lugar. Me devolvía a todos aquellos momentos en los que me había sujetado el vestido caído contra el pecho, con la espalda expuesta al aire y a las miradas y a los golpes. Casi podía oír los jadeos de Kelby. Parpadeé despacio y aparté el recuerdo.

Los soldados miraron a Stig, a la espera de sus últimas instrucciones.

—Atadla —ordenó, señalando el árbol.

Me empujaron contra el árbol, con el pecho por delante, y me obligaron a rodear el ancho tronco y abrazarlo. Tenía una circunferencia tan ancha que mis dedos no se encontraban al otro lado, así que me inmovilizaron las manos utilizando más cuerda de dragón que ataron a las cuerdas que me habían sujetado en las muñecas.

Presioné la mejilla contra la corteza rugosa, agradecida porque fuese sólida, por tener algo sobre lo que apoyarme.

Y así, sin más, volví al punto de partida.

Se cerró el círculo.

Era otra vez la muchacha de los azotes.

10

TAMSYN

Stig apareció a mi lado.

—¿Estás cómoda?

No le di la satisfacción de responderle, pero eso no evitó que una bocanada de aliento tembloroso escapase de mis labios y se rozara contra el árbol en el que tenía apoyada la mejilla.

—Vamos, Tamsyn —continuó, en un tono demasiado despreocupado—. No tienes por qué pasar por esto. Admite la verdad. Muéstrate —trató de persuadirme con lengua de seda—. Dime si hay otros como tú y te ahorraré el dolor. Lo haré rápido. No sufrirás.

«Lo haré rápido. No sufrirás». Pero no había duda de lo que quería decir. «Morirás». Ese mismo día. Era inevitable: me mataría.

El único interrogante era cuánto sufriría antes.

—No estás desquiciado —le contesté con una media sonrisa, contradiciendo lo que había dicho antes—. Eres, simplemente, malvado. —No sabía cómo no me había dado cuenta antes, pero ahora lo veía con claridad.

—Lo único malvado aquí eres tú. —Me señaló con la cabeza; una luz febril le había inundado los ojos—. Tú y los de tu especie. —Dio un paso atrás y gritó—: ¡Traedme el látigo!

Un murmullo colectivo se propagó entre la muchedumbre, cada vez más numerosa. Los cuerpos se iban apretujando en torno a nosotros, tapando toda la luz que arrojaban las hogueras encendidas a nuestro alrededor.

La oscuridad nos cubrió como un manto y el aire se tornó más frío. Mi aliento caliente se deslizaba por entre mis labios.

De repente, la voz estridente de Alise se alzó en mitad de la noche. Era evidente que no había obedecido la orden de quedarse en la tienda.

—¡Stig! ¡No! —No pude girarme para verla, pero el sonido de su voz se iba acercando—. ¡No puedes hacerle esto! ¡A Tamsyn no!

Se oyó el ruido de unos pasos apresurados y luego un sollozo de Alise, y deduje que Stig se había interpuesto en su camino, impidiéndole llegar hasta mí.

—Es una abominación. Soy tu marido, Alise. Te entregaron a mí. Tienes que confiar en mí. Sé lo que hago.

Se hizo un silencio tenso y cargado. Me incliné hacia delante, esperando, atenta a lo que viniera después.

Giré el cuello y traté de mirar atrás.

—¡Vete! Vete, Alise —le pedí. Se me rompió la voz, pero no por ello soné menos decidida.

—No, Tamsyn, no puedo permitir que…

La fuerte voz de Stig se elevó sobre la suya, más brusca de lo que la había oído nunca cuando se dirigía a ella.

—Ya basta, Alise. Soy tu señor esposo. ¡Me obedecerás! Vete a la tienda y no vuelvas a salir hasta que no se haya hecho de día.

Una vez más, el silencio descendió sobre la noche como un manto. Escuché el aire, frío y ligero, y oí las cosas que palpitaban bajo su superficie. Oí las respiraciones rápidas y entrecortadas, los todavía más rápidos latidos. Los latidos del corazón de Alise. Los

detecté entre todos los demás, pues el suyo era el que más desbocado latía de todos, tan veloz como las alas de un colibrí, aterrorizado, presa del pánico. Por mí.

Stig se dirigió a la criada y le ordenó que Alise permaneciera en la tienda, a la fuerza si era necesario. Oí nuevamente el crujido de unos pasos mezclado con suaves sollozos, y supe que se estaba marchando.

Pasaron unos instantes. Supuse que Stig estaba esperando para asegurarse de que se encontrara lo bastante lejos como para no oír nada. Y entonces ordenó de nuevo:

—¿El látigo?

En ese momento comprendí que estaba a punto de sufrir una flagelación peor que ninguna que me hubieran infligido antes. ¿Qué ocurriría entonces? Sentía un miedo desconocido por mí. ¿Se manifestaría mi dragón involuntariamente, como el día que Arkin había intentado matarme? No podía permitir que ocurriera algo así.

«Pero ¿y si no puedes contenerlo?».

Me volví, torciendo el cuello en un ángulo incómodo, y atisbé a un soldado entregándole un látigo a Stig. Entorné los ojos para ver mejor. Había algo… distinto en él, y eso que yo había visto, en mis tiempos, todo tipo de látigos. Pero la forma, el color que tenía… No se parecía a nada que hubieran usado conmigo en palacio, lo que me indicaba que sería aún peor. Que me causaría más daños. Al fin y al cabo, el objetivo de la noche era hacerme sufrir. Era provocarme dolor.

Era matarme.

Un sollozo empezó a abrasarme la garganta.

Stig sopesó el látigo en la mano, examinándolo. El mango de cuero trenzado se dividía en media docena de colas. Se golpeó la palma de la mano suavemente con ellas, como probándolas.

—¿Habías visto alguna vez un látigo como este?

Negué con la cabeza al tiempo que tiraba para librarme de las ataduras. Era imposible. Tenía los brazos amarrados al árbol con unas cuerdas imposibles de romper. Y esa misma atadura estaba clavada en mis muñecas hasta que los dedos me habían empezado a doler y a dormirse, incapaces de moverse.

—Se llama pisk —continuó—. Lo encontré en las mazmorras de palacio. —Por supuesto. Entre todas las demás reliquias que se habían empleado para derrotar y destruir a los dragones durante la Trilla. El horror que se había apoderado de mí creció todavía más, enredándose en mis entrañas. Aquello significaba que era un látigo diseñado especialmente para herir a los dragones. No me curaría rápido. No gozaría de la veloz recuperación habitual—. Causan bastantes daños a los de tu especie. —Por una vez, sus mortecinos ojos marrones resplandecieron de vida.

Tragué saliva. Era evidente que lo estaba disfrutando.

—Pero ¿quién eres tú? —susurré, preguntándome cómo era posible que me hubiera equivocado tanto. Respecto a todo.

Él me miró desde arriba y, bajo la furia oscura que emanaba de su expresión, bajo la tormenta que se había desatado en sus ojos desde el momento en el que nos habíamos reencontrado, me espetó con rabia:

—¿Y tú? ¿Quién eres tú?

Y entonces lo entendí. Entonces me di cuenta de que él se sentía igual que yo. Agraviado. Traicionado. Y no había nada que yo pudiera hacer para cambiar eso…, para que dejase de mirarme con odio, para apaciguar la tormenta de sus ojos.

Había mentes y corazones que jamás en la vida podían cambiarse, por mucho que otros dijeran o hiciesen.

Él volvió a mirar el látigo que tenía en la mano. Dejó que las

muchas colas de la lustrosa piel de dragón se deslizaran lentamente sobre la palma de su mano, hasta que llegó a las puntas y las agarró. Fue entonces cuando me di cuenta de que en ellas había algo que resplandecía.

—¿Ves esto? —Cogió uno de los discos en forma de punta de flecha que había en las puntas y me lo acercó—. Están hechas de escamas de dragón.

Exhalé un aliento tembloroso.

—Te va a despedazar —proclamó con inmensa satisfacción.

No me recuperaría fácilmente de aquello. Tal vez, nunca lo hiciera… Pero, claro, eso era justo lo que él pretendía.

Inspiré con brusquedad. Una cosa era segura… Me iba a hacer sangrar. Y mi sangre de dragón quedaría al descubierto ante todos, ya que no había logrado perfeccionar el arte de la byta.

Oteé el aire de la noche, calibrando su oscuridad, su capacidad de ocultar la verdad. ¿Se distinguiría el vivo color púrpura en la negra noche?

Quizá esta vez sería capaz de controlar mi sangre.

Quizá lograría estar a la altura de lo que ese pasado año había supuesto para mí el mayor desafío. Contuve un sollozo… ¿A quién quería engañar?

La voz de Stig me arañó la piel.

—Tu sangre manará como el agua en un río.

Y supe que tenía razón.

Le brillaban los ojos de puro regocijo. Se acordaba.

Se acordaba de que ese día, en el bosque, le había mostrado mi sangre púrpura para demostrarle que era un dragón. Por supuesto que se acordaba. Contaba con que mi sangre fuese la prueba definitiva, la evidencia que necesitaba para redimirse ante su regimiento al completo.

Se apartó del árbol, de mí, para ordenar a sus soldados.

—¡Tened las armas listas! ¡Arqueros, vosotros también! Podría transformarse en cualquier momento. ¡Estad preparados!

Mi mente trabajaba a toda velocidad, tan rápida como la sangre derretida que palpitaba en mis venas. La sangre de dragón. Cerré los ojos con fuerza y me ordené a mí misma calmarme, tranquilizarme, resistir contra la dragona enterrada en mi interior. Durante mi entrenamiento, me habían dicho que la forma más fácil de controlar la sangre era controlar a tu dragón, refrenar todas tus tendencias dragonianas para que tu sangre siguiera siendo tan roja como la de cualquier humano.

Miré a mi alrededor, desesperada, forzando la vista para percibir todo lo posible en lo poco que me alcanzaba.

Tenía que escapar. Me inundó una oleada de desesperación. De repente, las vidas de tres soldados me parecían un sacrificio irrisorio. Eso era lo que Vetr había estado tratando de que entendiera desde el principio.

«Sálvate tú.

Salva la especie.

No dejes testigos».

Por fin lo comprendía. Lo comprendía más que nunca. No me había salvado a mí misma y ahora todos los dragones estaban en peligro. Me pasara lo que me pasase, no debía transformarme.

O mi sangre se quedaba oculta en mis venas, a salvo bajo mi piel, o no podía derramar ni una gota de ella. Y no creía que lo segundo fuese una posibilidad.

Stig dio un latigazo de práctica contra el suelo y me estremecí con violencia.

Contemplé la posibilidad de aceptar mi muerte, de hacer algo drástico. Decir algo que provocase que un soldado cargara contra

mí, buscar que me clavaran un arma de hueso de dragón en lo más profundo de mi cuerpo.

Pero, aun si se me ocurriera algo que desencadenase un ataque semejante, entonces estaría muerta. Yo habría perdido la vida, pero mi cuerpo seguiría presente. ¿Qué impediría que Stig me abriera y buscara las pruebas en mi cadáver? Unas pruebas que a buen seguro encontraría.

«Piensa, piensa, piensa».

Lo imaginaba perfectamente. Los acontecimientos que se sucederían se desplegaban ante mí tan claros como un día despejado. Descubrirme a mí, descubrir mi verdad, tendría como consecuencia la invasión de los Riscos. Los ejércitos de Penterra, Veturlandia y Acton, al otro lado del Canal Oscuro, marcharían en las montañas congeladas, se adentrarían en la niebla, en las antiguas cavernas y los túneles serpenteantes para encontrar a mis hermanos. No dejarían ninguna guarida ni ninguna madriguera sin explorar. Darían con la manada y aniquilarían a los dragones. Sería una nueva Trilla, solo que esta vez sí que sería nuestro final definitivo.

Los dragones se extinguirían. No habría una salvación milagrosa, un truco evolutivo resultado del hechizo de una bruja.

El exterminio total. El comienzo de una era de oscuridad, de una sombra ineludible.

Y ¿qué pasaría con los humanos a los que se sospechase dragones? Sería una nueva caza de brujas. Cualquiera sobre el que pendiera la más ligera duda sería ejecutado.

Parpadeé y la visión se desvaneció como si hubiera explotado una burbuja, pero no por ello se me antojó menos certera, menos inminente. Era eso lo que ocurriría, lo sabía muy bien… A no ser que lo impidiera.

Un soplo de viento me movió el pelo junto a la mejilla, como una caricia con las puntas de los dedos, casi imperceptible. Me di cuenta de que mi gruesa trenza, hasta entonces ceñida sobre mi cabeza como una corona, se había desprendido y había caído sobre mi espalda con torpeza. Los tres días de viaje no me habían permitido acicalarme como lo hacía normalmente. Por las mañanas, solía cepillarme el pelo, trenzármelo de nuevo y recogérmelo. Pero nada había sido habitual desde que me había marchado de la manada.

Seguía con la melena trenzada, pero a duras penas. De repente, me vino la inspiración: sacudí la cabeza a un lado y al otro, para deshacerme más la trenza, en un esfuerzo porque la melena se me soltara y me tapara la espalda. ¿Funcionaría? ¿Sería suficiente? «Por favor, por favor, por favor…».

¡Zas!

Oí el latigazo del pisk antes de que mi cuerpo le trasladase el dolor a mi cerebro. Debió de ser apenas una fracción de segundo, pero en instancias así, en las que la vida estaba en la cuerda floja, el tiempo encontraba el modo de detenerse, de contener el aliento, atrapado entre la anticipación del dolor y el dolor en sí mismo.

Y entonces me encontró. La espera terminó.

Y el dolor me engulló, implacable. Se me rompió la piel, se me hizo jirones, separándose de mis músculos y mis tejidos. De mi carne.

Aquello era dolor. Crudo, descarnado. Reducido a su forma más pura.

Abrí la boca de par en par, profiriendo un grito mudo. Me sentí estúpida. Toda una vida azotada y aún no conocía el verdadero dolor. Las molestias que notaba cuando estaba herida, las flagelaciones, aquella vez que me caí por las escaleras, cuando había estado tan dolorida e irritada de las rozaduras de montar durante la

travesía hacia el norte… Todo aquello no había sido nada. Todo aquello era un pálido eco del dolor que me asoló en ese momento, de la agonía cegadora que se me propagó por la espalda, tan ardiente, tan incapacitante, que no me dejaba moverme ni respirar. No me dejaba ni siquiera gritar.

Casi se me salieron los ojos de las órbitas mientras mi cerebro ralentizado digería el dolor poco a poco, a trompicones.

«Oh. Espera. Espera. Qué daño. Sigue doliendo. Duele mucho. No para de doler. Duele. Duele. Duele».

Luché contra él, tratando de superarlo, decidida a abrirme paso hasta el final del sufrimiento con uñas y dientes.

Apreté la mandíbula, jadeé, contuve el vapor; le pedí a mi dragona que se calmara, le ordené a mi sangre que se plegara a mi voluntad.

Eché la cabeza hacia atrás y luego la sacudí de nuevo hacia los lados, soltándome más la trenza, con la esperanza de ocultar mi espalda, por imposible e improbable que me pareciera.

¡Zas!

Mi dragona rugió en mi interior cuando se me partió la piel. Estaba demasiado caliente, siseaba como el aceite en una sartén al fuego. No me hacía falta verme para saber qué aspecto tenía. Era consciente de que mi carne parpadeaba, de que emitía un resplandor entre rojo y dorado. Una transformación, por fortuna, demasiado sutil para que se percibiera con tanta oscuridad.

«Por favor, que sea la única transformación».

Tenía la nariz llena de vapor. Inhalé profundo con todas mis fuerzas, arrastrando el calor de nuevo a mi interior, empujándolo a lo más hondo. Mi dragona se revolvía dentro de mí, buscando una salida, arañando las paredes. Quería devorar lo que fuera —a quien fuera— que me estuviera infligiendo tanto dolor.

Lo reprimí. Temblaba de dolor, de contención.

Moví el pelo por la espalda, por encima de las heridas supurantes, hasta que sentí que los mechones se humedecían, cada vez más pesados. Sentí el líquido caliente, deslizándose por la curva de mi espalda. Sangre…, sangre que goteaba, que se acumulaba en la base de mi espalda. Me embargó de nuevo la desolación. No podría esconderla. No con Stig al otro lado del látigo, buscando precisamente eso.

«Por favor, que sea roja. Por favor, que sea roja».

¡Zas!

Me arqueé contra la implacable pared que suponía el árbol, restregando piel y hueso en la corteza, como si así pudiera huir de los golpes. Pero no había adónde ir.

Sin las cuerdas, me habría derrumbado. Aborrecí mi debilidad. Me cayó la cabeza hacia atrás, como si mi cuello no tuviera hueso, como si fuese incapaz de sostener su peso.

Se me pusieron los ojos en blanco mientras me resistía; observé las caras borrosas que me rodeaban, los soldados que contemplaban el espectáculo que Stig estaba dando conmigo. Sin embargo, no vi satisfacción en sus rostros. Varios de ellos apartaban la vista para no mirar, como si lo que me estaba pasando fuese demasiado para ellos.

Tal vez siguieran las órdenes del Terror de las Tierras Fronterizas, pero eran seres humanos, tenían conciencia. No estaban de acuerdo con lo que me estaba haciendo.

El olor metálico de la sangre me llegó a la nariz. Traté de mirar por encima de mi hombro para ver las pruebas de mi debilidad, de mi fracaso. Para ver la traición de mi propio cuerpo.

¡Zas!

Manó la sangre. Las gotas me salpicaron en la cara, en el tronco

del árbol, en los brazos, hasta en las pestañas. Parpadeé. Era roja.

«Lo he logrado».

Sentí que el orgullo me atravesaba como una lanza, tan agudo y puro como el dolor. Solté un grito ahogado de alivio. No sabía cuánto podría soportar, pero de momento había controlado mi sangre, y durante más tiempo del que había aguantado al entrenar en la manada. Ya no era la misma chica a la que Arkin había atacado, a la que había pillado desprevenida en el bosque. Estaba preparada. Tenía el control sobre mí misma.

¡Zas!

Esta vez, sentí como las puntas afiladas de las escamas de dragón me rasgaban el músculo y los tendones y me golpeaban el hueso.

Se me nubló la vista, plagada de puntos negros que danzaban ante mis ojos. La negrura empezaba a ganarle terreno a mi campo de visión, avanzando hacia dentro desde los lados. Me estaba resbalando; cada vez me costaba más seguir aferrada al árbol. Traté de aguantar.

Y entonces apareció Stig a mi lado, acariciándome la oreja con el aliento húmedo.

—¿Me tomas por tonto? ¿Te crees que no me acuerdo? ¿Por qué tienes la sangre roja? ¿Cómo es posible? ¿Más puta magia de la tuya?

No sé qué pensé en contestar, pero me salió un murmullo ininteligible.

Cambió de táctica. Con voz más suave, añadió:

—Tamsyn… —Me apartó el pelo del rostro sudado con los dedos fríos, casi con delicadeza—. Hubo un tiempo en el que te habría dado cualquier cosa. En el que habría hecho cualquier cosa por ti. —Su tono acusador pesaba en cada palabra. Por lo que a él

respectaba, todo aquello era culpa mía. Él me había amado… y yo lo había traicionado convirtiéndome en la cosa más vil e imperdonable del mundo—. Dime la verdad y todo terminará.

Me humedecí los labios y lo miré, una figura borrosa ante mis ojos.

—Deberías seguir entonces.

Sus ojos marrones se tornaron inexpresivos. Dio un paso atrás y chasqueó el látigo en el aire, como si estuviese calentando para algo grande, para algo inmenso.

Apreté los dedos en las cuerdas, preparándome, adivinando ya de qué se trataba.

¡ZAS!

Se me partió una costilla y ya no pude seguir en silencio: chillé. Me estaba rompiendo hueso a hueso. No habría forma de aguantar mucho más. No podría seguir escondiendo mi sangre mucho más tiempo. Mi farsa no tardaría en llegar a su fin.

Saboreé la muerte en la boca.

En mi garganta crepitaban y estallaban chispas. Olí el humo y la sangre, gruesa como brea en el aire. Y, a pesar de que sentía cómo me prendía fuego por dentro, a pesar de que no podía escapar de mis ataduras, luché por reprimir el instinto de defenderme, de atacar, de soltar todo mi fuego.

Tenía la piel abrasadora cubierta de sudor, y temblaba, azotada por dentro y por fuera.

Las llamas me lamían por dentro, luchando por liberarse, abrasando mis paredes. Me pregunté si tal vez moriría así, por combustión interna, o si sería Stig quien me asestaría el golpe definitivo.

Me aferré al árbol. Tenía el cuerpo tan caliente que olía la madera que se quemaba, que saboreaba las brasas en los labios. Me

llené los pulmones de aire frío, desesperada por extinguir las ascuas enfurecidas.

Traté de respirar a través del fuego…, a través del dolor. Tenía el rostro cubierto de lágrimas y de mi boca se elevaban pequeños hilos de vapor. Enterré la cara en el tronco del árbol.

De repente, me golpearon desde atrás y me engulló el aroma a fresas. Sin embargo, esta vez no fue el pisk lo que me había embestido, sino un cuerpo que se había abalanzado sobre mí. Unos sollozos convulsos que no eran míos me inundaron los oídos, derramándose sobre mi cuello. Unos dedos me apretaron los hombros, aferrándose a ellos con fuerza.

—¡Para! ¡Para! ¡Déjala en paz!

Todo sucedió en un instante: Alise se había lanzado sobre mí y el látigo, que ya estaba en el aire, aterrizó.

¡Zas!

11

TAMSYN

Sentí la fuerza de la acometida del pisk, la presión, pero no el dolor lacerante. Fue Alise quien lo recibió, quien lo absorbió con su delicado cuerpo. Su grito me atravesó los oídos y me reverberó en los huesos. Los dedos que se aferraban a mis hombros se me clavaron en la piel, como si agarrarse a mí fuese una cuestión de vida o muerte.

—¡Alise! —gritó Stig, y enseguida me la quitó de encima.

Me giré para mirar y vi cómo se derrumbaba entre sus brazos, llorando desconsoladamente, profiriendo sollozos rápidos y descontrolados. Y, de repente, se detuvo. Se quedó inmóvil, como muerta.

—¡Se ha desmayado! —gritó un soldado.

Era la primera vez que la azotaban. Durante toda su vida, había sido yo quien había recibido los azotes por ella.

Y esa vez lo había hecho ella por mí.

Stig la dio la vuelta y le examinó la espalda con el rostro desencajado. Los profundos cortes ensangrentados que mancillaban su piel de porcelana asomaban del vestido hecho jirones. Su perfecta piel de princesa había dejado de existir. Aquello le dejaría cicatrices.

Stig había marcado la piel de una verdadera princesa, nacida en el seno de la familia real. Había quebrantado la ley divina. Me habría regodeado en su expresión de horror de no ser por el dolor de Alise. Cuando la noticia llegase a la Ciudad, no importaría que hubiera sido un accidente. Stig era el responsable de la seguridad de Alise, y mi padre no estaría complacido. Stig lo sabía, y por eso había aflorado el miedo en su rostro, mezclado con el horror. Alise había sido su camino hacia el poder, y acababa de herirla —no, de azotarla hasta hacerla sangrar— delante de todo su regimiento. Aquella historia no se podría contener. Ni siquiera el regente podría hacer nada por mitigar las consecuencias.

Soltando una burda maldición, Stig cogió a Alise en brazos y se fue a toda prisa, llamando a gritos al médico del campamento.

Y yo quedé olvidada.

Los capitanes de Stig se fueron corriendo tras él. Algunos soldados me miraron de reojo, pero la multitud se dispersó y todos volvieron en silencio a sus tiendas, dejándome allí, atada al árbol. Sola en mitad de la noche.

Mi respiración jadeante me llenaba los oídos. Al final se acompasó, y el vapor que emanaba de mi nariz y mis labios se fue disolviendo poco a poco. Se hizo el silencio sobre el campamento.

Esperé hasta bien entrada la noche, olvidada, ignorando el frío acuciante que no hacía sino aumentar. El mundo contenía el aliento y se mecía, mudo.

Aún apretujada contra el árbol, me obligué a ponerme de pie, a pesar de que me temblaban las piernas. Mi cuerpo roto retumbaba de dolor, latiendo como un corazón palpitante. Tenía el pelo pegado a la espalda cubierta de sangre, mezclándose con mi carne

machacada.

Lo único que se había acercado a aquella agonía, lo único que había sido así de atroz, que me había aplastado y consumido de esta forma, había sido perder a Fell. Aquello había sido peor incluso; me había robado el aire, me había hecho perder el equilibrio. Y, sin embargo, había sobrevivido. Al cabo de un tiempo, había conseguido volver a levantarme.

Así que sobreviviría a eso también.

Era tarde; el alba no estaba lejos. En unas horas, los soldados estarían levantados, atendiendo sus menesteres. Debía marcharme antes de que eso ocurriera.

No podía quedarme atada a ese árbol. Stig volvería para terminar conmigo, más furioso aún debido a lo ocurrido con Alise. Me culparía a mí por lo que había pasado; de ningún modo asumiría su responsabilidad.

Gimoteando, frustrada, luché contra mis ataduras, a pesar de saber que era un esfuerzo inútil. Las cuerdas de dragón eran irrompibles.

Suspiré, derrotada, febril; mi mente trabajaba a toda velocidad. La desesperación y la necesidad de huir me distraían del dolor. Al menos me quedaba eso. Una vez que hubiese escapado, podría arrastrarme a un agujero y regodearme en el sufrimiento. Morir, tal vez. Probablemente.

Pero, si era eso lo que había de ocurrir, que así fuera. No podía quedarme allí, poniendo en peligro a todos los dragones. A Kerstin, a Brenna, Harald, Arran y los demás. A todos. Incluso a Vetr. No merecían ser asesinados por culpa de mi fracaso. No podía permitir que ganara Stig. No podía permitir que la oscuridad que había en él acabara con todos nosotros.

Exhalé otro aliento abrasador y me llegó el olor a madera

quemada, como había ocurrido antes, cuando mi cuerpo se había calentado en exceso. El recuerdo de ese momento me atrapó para no soltarse, y sentí la amarga esperanza de una idea.

¿Sería capaz? ¿Conseguiría quemar el árbol y escapar sin ser interceptada?

Ladeé la cabeza para otear el campamento. Había soldados despiertos en el turno de guardia, pero estaban lejos, en el perímetro. La mayoría de las hogueras ya se habían apagado, y unos suaves ronquidos se elevaban en el aire sobre el océano de tiendas.

Aparté la cabeza del árbol todo lo que pude y lo miré, a centímetros de mi cara, hasta casi bizquear.

Abrí la boca y con cuidado, con cautela, soplé, aumentando el calor poco a poco, permitiendo que mi aliento se transformase en una llamita muy fina, serpenteante y controlada.

La corteza marrón empezó a oscurecerse, ennegreciéndose poco a poco por el efecto del intenso calor. La mancha negra empezó a extenderse y a devorar el árbol, la madera se volvió roja… y luego de un amarillo anaranjado, y violeta donde estaba más caliente.

Lo hice por partes: calcinaba una parte y luego me concentraba en otra con mi llamita aireada, haciendo que el árbol ardiese a un ritmo pausado y firme.

Poco después, estaba atrapada, prisionera contra el tronco ardiente y crepitante. La ropa se me calcinó, dejando mi cuerpo cubierto de ceniza negra.

Miré a mi alrededor desesperada para asegurarme de que no apareciera ningún soldado, atraído por el crujido de la madera y el sonido del tronco al astillarse, o por el olor del humo. Por suerte, el aroma a madera quemada no era nada que llamara la atención en un campamento.

Las llamas treparon por el árbol y se retorcieron entre las ramas

y las hojas, devorándolo como bestias hambrientas. Me valí de mi propio peso para empujar y tirar del tronco hasta que estuvo lo bastante debilitado, lo bastante quemado, para derrumbarse y caer, lanzando multitud de pedazos, astillas y partículas ardientes.

Todavía estaba maniatada, pero era libre. Me sacudí los pedazos de árbol carbonizado y me quedé congelada, mirando a mi alrededor para ver si alguien había detectado el débil sonido. Nada —ni nadie — se movió. Con las manos atadas delante de mí, di media vuelta y salí huyendo. Crucé el campamento a toda prisa hasta llegar al perímetro. Allí, me detuve a escuchar, jadeando con fuerza, y miré a la izquierda y la derecha por si avistaba a algún soldado.

Al vislumbrar uno, me tiré al suelo un instante antes de que se volviera. Justo a tiempo. Me apretujé contra la tierra fría y esperé, vigilándolo desde la distancia.

Por fin, se dio la vuelta bostezando y se fue en la dirección contraria. Aproveché la oportunidad: me puse de pie y eché a correr colina abajo a una velocidad enloquecedora, rogando en silencio porque ninguno de los otros guardias me viese. Corrí y corrí, levantando las piernas, a pesar de que los repetitivos movimientos me causaban un daño atroz, de que enviaban latigazos de agonía por todo mi cuerpo, y no me detuve hasta que no llegué al bosque que me ocultaría.

Una vez bajo el cobijo de los árboles, me detuve, temblando, tambaleándome sobre mis pies. Estaba a punto de derrumbarme, pero no podía hacerlo allí. Todavía no.

Volví a mirar hacia la colina, donde el campamento aún dormía, donde seguía mi hermana, sufriendo sus propias heridas. Esperaba que el médico pudiese ayudarla con el dolor. Respecto a su agonía, respecto a su incierto futuro como la esposa de Stig, yo no podía hacer nada.

Una emoción se prendió en mi pecho, asfixiándome: si sobrevivía a aquello, jamás volvería a verla. Porque hacerlo significaría mi propia muerte. Significaría que me habrían vuelto a capturar, y la próxima vez escapar no sería posible. Stig se aseguraría de que así fuera.

Me llevé las manos a la boca y traté de desatar los nudos con los dientes, pero no pude aflojarlos ni una pizca. No hubo manera. Resoplé, derrotada, y bajé las manos.

Respiré hondo un momento y seguí adelante, levantando unas piernas que parecían de plomo, una después de la otra. El sol no tardaría en aparecer, y, con él, saldría un regimiento entero en mi busca.

Tenía que largarme de allí.

Mis ojos se estaban acostumbrando poco a poco al tenebroso aire nocturno, y evitaba por poco chocar con los árboles mientras corría como intoxicada, como una borracha que estuviera tratando de no caerse redonda. Estar maniatada me desorientaba, hacía que fuese difícil no perder el equilibrio.

Todo mi cuerpo era una herida abierta y palpitante. Al final, la energía que me había ayudado a escapar se agotó. Todo fuego se apagaba tarde o temprano. Las llamas se extinguían y aquello que las alimentaba se convertía en nada. Yo era eso: un fuego que se extinguía. Ascuas en el viento.

Me detuve, caí de rodillas y me resbalé torpemente, deslizándome sobre la tierra áspera y cubierta de hojas. Solté un sollozo cuando el dolor clavó en mí de nuevo sus colmillos, sacudiéndome entre sus fauces de hierro.

Respiré hondo varias veces, como si así fuese a lograr, de algún modo, volver a mí misma y ahuyentar ese dolor.

No funcionó.

Me chillaba la carne, aullaba en los lugares en los que la habían abierto y desgarrado con escamas de dragón. Tenía la espalda en llamas, convertida en un incendio que no podía controlar, uno que me heriría de verdad, que me dejaría tullida. Un fuego totalmente distinto. No el bueno, no ese que me alimentaba y me daba fuerzas.

No podía hacer nada para reparar mi carne. La magia de la que dependía, la que habitaba en mí —la que yo era—, no podría curarme de esto.

Quizá en la manada, con los cuidados de Brenna, mi carne podría repararse. Sí. Sí, por supuesto. Tenía que llegar a los Riscos.

Exhalé y me dejé ir, entregándome a mi dragona, invitándola a que se apoderara de mí. Esperé el estallido brillante y el hormigueo que acompañaban siempre a mi transformación. Esperé.

Y esperé.

Me giré hacia atrás para mirarme la espalda y ver cómo aparecían las alas, cómo se desplegaban…, como debían hacer.

Nada.

Nada más que dolor, nada más que esas agujas que despertaban mis heridas y hacían que la sangre volviese a manar por mi espalda como si me hubieran lanzado agua con un cubo. No podía haber tanta sangre en un solo cuerpo. Me sentía vacía…, hueca, una cáscara de desgracia.

Respiré hondo, tratando de calmarme, y reprimí el pánico que empezaba a embargarme. Muy bien. Si mi dragona no podía manifestarse en esas condiciones, tendría que hacerlo como humana. Desnuda, sangrando, rota y cubierta de cenizas, pero lo haría. Primer paso: ponerme de pie.

Respiré hondo otra vez, puse una bota en el suelo y traté de levantarme. Gruñí del esfuerzo; me temblaban los muslos, débiles como los de un recién nacido. Y de nuevo me fallaron las piernas y

me desplomé, convertida en unos escombros rotos en el frío lecho del bosque.

Incliné la cabeza, llorando, y le pegué un puñetazo al suelo con furia. Me aplasté los nudillos al hacerlo, pero ni lo noté. Ese dolor no era nada. Ese dolor era insignificante, una gota de agua en una cascada.

Las lágrimas me rodaban por las mejillas, y supe que mi dragona estaba conmigo aunque no pudiera transformarme. Me recompuse y respiré. Inhalé y exhalé. Inhalé y exhalé. Necesitaría unos instantes. Descansaría y lo volvería a intentar. Me concedería un poco más de tiempo.

De repente, unas manos me cogieron de los brazos y me alzaron.

Levanté la cabeza de golpe con un grito de rabia, convencida de que me habían encontrado, segura de que era Stig o uno de sus hombres. Abrí la boca y solté una llamarada repentina y estruendosa.

Las manos me soltaron de golpe, y alguien profirió una maldición.

Caí al suelo con un fuerte golpe. Me puse de rodillas, tensa, preparada, para escupir fuego de nuevo.

Pero no me hizo falta.

Vetr me miraba, ileso. Al parecer, se había apartado a tiempo.

El cuerpo se me quedó fláccido al verlo, alto y viril, con el pecho y los anchos hombros llenando la sobretúnica de cuero, que le quedaba tan tirante que casi se le saltaban las costuras. Me relajé, aliviada, y la energía para luchar me abandonó del todo.

Alargó las manos hacia mí, con las palmas de las manos extendidas, como si se estuviese acercando a un animal salvaje, y comprendí que debía de parecerle justo eso. Un animal herido

atrapado en la espesura, a la defensiva, dispuesto a arrancar de un mordisco la primera mano que se atreviera a tocarlo.

—Soy yo. —Miró hacia atrás, donde esperaban Harald y Arran, que me observaban con expresiones de angustia y unos ojos como platos—. Somos nosotros.

Respiré hondo, contuve mi fuego y me las arreglé para asentir una única vez.

Me cogió de los hombros con cuidado, y fue como si se abriera una presa. Empecé a temblar con violencia; no podía parar. Él me intentó calmar con un arrullo, y me habló con una voz más suave de la que nunca le había oído.

—Ya pasó. Estás a salvo. Puedes relajarte. Estoy aquí. Estoy aquí contigo.

«Estoy aquí. Estoy aquí contigo».

Sus palabras me envolvieron como la más suave manta.

—Vetr… —El sonido fue un susurro entrecortado, ininteligible, pero él pareció entenderme.

Me levantó y me acarició una mejilla.

—Estás muy pálida.

—Es un puto fantasma —observó Harald con gesto sombrío.

Vetr lo fulminó con la mirada.

Un fantasma. Me pareció adecuado.

Intenté hablar de nuevo. Conseguí que mi garganta funcionara, que pronunciara las palabras.

—Me has encontrado.

—No te había perdido.

Parpadeé con los ojos cansados e irritados. «No te había perdido». Pero eso no podía ser verdad. Cuando luchaba por mi vida en ese campamento, atacada por Stig y su ejército, cuando ese pisk me abría la carne y me convertía en este cuerpo roto y hueco…

Estaba perdida. Perdida y sola.

Me humedecí los labios resecos, confundida.

—¿Qué quieres decir?

Me recogió el pelo con cuidado, apartando la maraña enredada y pegajosa de mi hombro para examinar mi espalda con una expresión compasiva.

—Te seguimos.

Puse unos ojos como platos. Lo miré primero a él y luego a los rostros solemnes de Arran y Harald, buscando una confirmación en ellos.

—¿Qué quieres decir? Me seguisteis… ¿Habéis estado aquí todo este tiempo? —Mientras a mí me torturaban…

Él asintió.

Una serpiente venenosa e implacable cobró vida en mi interior.

—¿Y no hicisteis nada? ¿No os pareció necesario ayudarme? —le espeté. Era un ocultador, y Arran un hipnos. Harald, un ónice. Los tres juntos eran formidables, poderosos. Combinando sus fuerzas, eran capaces de cualquier cosa. Podrían haber utilizado sus talentos para ayudarme, para evitarme todo aquello.

Cuando me habían apresado, en Porthavn, me había convencido de que me habían dejado marchar y me habían abandonado ante el destino. Me había dicho que todo se había arruinado cuando habían descubierto quién era, que eso había hecho que me dieran la espalda. Que la confianza se había perdido y que debía aceptarlo.

Había renunciado a la esperanza de que me siguieran, y, sin duda, tampoco se me había ocurrido que les importase lo suficiente para seguirme y que no me hubiesen ayudado. ¿A qué coño se debía eso? Aquel era un nivel de crueldad del que no los creía capaces.

—¿Oísteis el restallido del látigo? ¿Del pisk? ¿Seis veces, sobre mi cuerpo? —pregunté con rabia, con una voz mucho más fuerte de

lo que yo me sentía—. ¿Me oísteis gritar?

Vetr guardó silencio unos instantes. Se limitó a mirarme con aquellos ojos de plata, los ojos de su hermano. Su hermano, que me había hecho sentir segura casi desde el principio. Que me había protegido cuando no me lo debía. Tenían los mismos ojos, pero no el mismo corazón. Este que tenía delante, el dueño de las manos que me sostenían como si yo le importase, como si yo fuera algo frágil que debía defender, no tenía corazón. Me había abandonado a mi muerte. Y, si no hubiera logrado escapar de allí por mis propios medios, mi destino habría sido precisamente ese.

Por fin, asintió con gesto sombrío, reconociendo que sí, que sí me había oído gritar.

Inhalé con fuerza y me señalé la espalda con la cabeza.

—¿Ves lo que me han hecho?

—Teníamos que saberlo —me interrumpió.

Me puse rígida, tiesa, aunque no conseguí más que agravar mi dolor.

—Teníamos que saberlo —repitió.

—¿Saber el qué? —Negué con la cabeza con fuerza, y el movimiento me dio náuseas.

—Teníamos que saber lo que hacías en ese campamento. Lo que hacías en manos del enemigo.

Lo miré de hito en hito, comprendiendo poco a poco lo que quería decir.

—Pensabais que os traicionaría.

Su expresión era implacable como una roca.

—No lo sabía.

—No lo sabías, pero querías averiguarlo. Necesitabas la confirmación de que no valgo lo suficiente para ser uno de vosotros —repliqué con amargura—. Después de un año.

—No —me interrumpió con voz inexpresiva—. Eres una de nosotros. Tu nacimiento lo decidió. Eres una dragona. —Guardó silencio un segundo—. Teníamos que saber si se podía confiar en que hicieras lo correcto.

—Claro, porque no he logrado estar a la altura desde que me encontrasteis. —Me reí con amargura y el movimiento estremeció mi cuerpo destrozado. El sonido se convirtió abruptamente en algo áspero y brusco. De repente, me fallaron las piernas.

Él me cogió como si no pesara nada en absoluto. Me sujetó bien de los brazos, clavándome cada uno de los dedos al evitar que me desplomara en el suelo.

—Eres una estúpida —masculló con los labios pegados a mi pelo, con un tono recriminatorio tan atroz como mi espalda desollada—. ¿Por qué permitiste que te llevaran hasta ese campamento? ¿Por qué no los aniquilaste por el camino?

Había estado allí, vigilándome durante tres días. ¡Tres días! Era ese el escollo que no lograba superar. Podría haberme rescatado en cualquier momento, podría haber utilizado su poder para confundir a aquellos tres soldados sin esfuerzo, para que ni siquiera recordasen el encuentro. Podría haberme rescatado antes incluso de que tuviera que encontrarme cara a cara con Stig.

«No dejes testigos».

Podría haber hecho eso. Podría haberme ayudado.

Pero no lo había hecho. No había movido un solo dedo.

Mi mirada colisionó con la suya; nuestras narices casi se tocaban.

—¿Por qué no lo hiciste tú? —le espeté, hirviendo en mi propio dolor, en mi rabia—. Eres el alfa de la manada. El más fuerte de todos nosotros, ¿o no? No tienes ninguna estima por los humanos. ¿Qué es un simple humano, al fin y al cabo? ¿Qué son tres?

—Eras tú quien estaba a su merced. ¡Deberías haberlo hecho tú! —me increpó—. Eran siervos del Terror. Tú misma viste lo que hicieron. Deberías haberte ayudado tú misma.

—Entonces… ¿me estabas poniendo a prueba? —Las palabras se me antojaron densas en la boca; mi espalda desollada seguía siendo como un cuchillo que se me clavaba y se retorcía hasta la empuñadura, pero aquello…, aquello me causaba otro tipo de dolor. Era otro tipo de abuso.

—Exacto —gruñó.

Me encogí; y entonces hice una mueca de dolor al sentir otro latigazo en mi espalda. Tenía razón. Jamás debí haber llegado hasta ese campamento. Debería haber matado a dos soldados y a un muchacho que acababa de salir de la escuela y que todavía echaba de menos a su madre. Nunca debería haber visto a mi hermana. No me habrían flagelado. Y ella no habría recibido ningún latigazo.

Me obligué a alzar la barbilla.

—Pues conseguí salir de allí. Me he salvado a mí misma, como tú querías. Y no tienes de qué preocuparte. Para el resto del mundo, los dragones siguen estando extintos. No he revelado nada.

—¿A qué precio para ti? —Maldiciendo, me recolocó entre sus brazos, acunándome contra su pecho, y resistí el impulso de apoyar la mejilla en ese muro firme. Me negué ese consuelo. Lo observé mirar por encima de mi hombro, donde estaba mi espalda hecha jirones. Siseó con los dientes apretados—. Ah… ¿Qué te has hecho, Llamita?

«Llamita». Nunca me había llamado así. Una chispa cruzó por las duras facciones de su rostro, una emoción muy rara en él. No estaba segura de cómo identificarla, ni tampoco de qué era. ¿Ira, piedad, agravio? Todo eso y más.

Me sobrevino entonces un abrumador cansancio. Empezó a tirar

de mí y a arrastrarme hacia una profunda nada.

—Tú los viste meterme en ese campamento —susurré en tono acusador. Ya no era capaz de mantener la cabeza erguida. Mi mejilla se dio contra la solidez de su pecho, y exhalé larga y lentamente.

Lo oí respirar, inhalar aire con brusquedad.

—¿Te crees que fue fácil para mí? ¿Te crees que, cuando te ataron a ese árbol, yo…?

—¿Eso también lo viste? —lo interrumpí con voz ronca, con la garganta atorada de lágrimas. Cerré los ojos y giré el rostro hacia él, enterrándolo en esa sobretúnica que olía a cuero, a carne de caballo y a viento y a niebla y a la nieve fresca de los Riscos.

Me avergoncé al pensar que me había visto así, convertida en la muchacha de los azotes, reviviendo el papel que me habían obligado a soportar durante la mayor parte de mi vida. Había atisbado el pasado que había dejado atrás y al que me había jurado no regresar nunca. Me había visto en mi momento de más vulnerabilidad, y lo odiaba.

Solo que… ¿qué más daba ya?

Mi calor se empezó a desvanecer, y noté la cercanía de la muerte, que respiraba su hielo primero a través de mis heridas, y luego a través del resto de mí.

¿Qué más daba yo?

Y, como si pudiera leerme el pensamiento, Vetr juró:

—Te voy a llevar a casa, Llamita. No te vas a morir. No pienso permitirlo. ¡Arran!

Oí el crujido de unos pasos y noté que me pasaban a otros brazos, los de Arran.

Alcé la cabeza débilmente y vi que Vetr retrocedía a varios metros de nosotros. Me sostuvo la mirada y vi algo en aquellas profundidades de escarcha. Se me antojó una promesa, una

declaración que penetraba despiadadamente hasta lo más profundo de mi ser.

Apartó la vista, alzó el rostro al cielo y abrió los brazos.

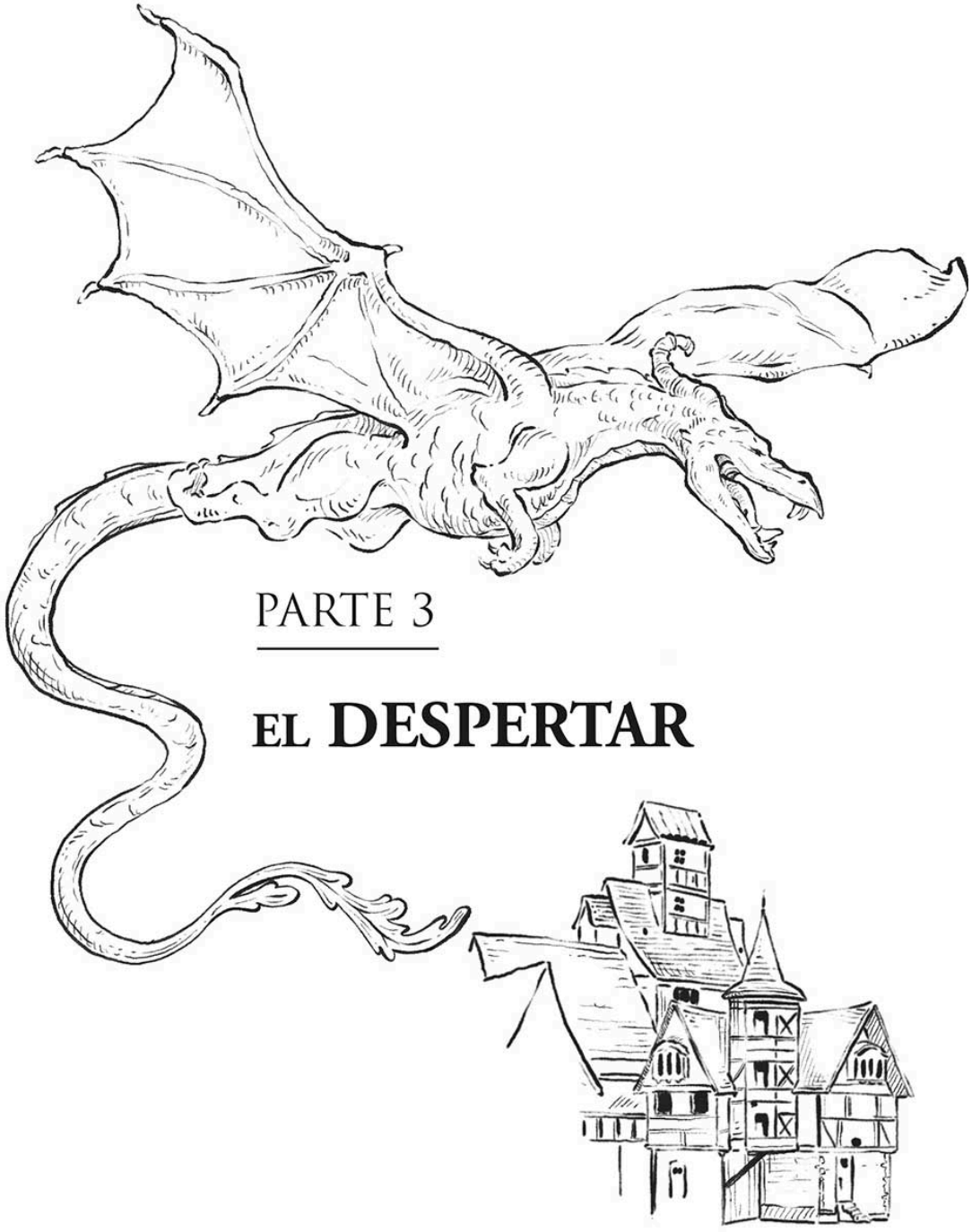
Inhalé sin dejar de observarlo. Sabía lo que iba a pasar.

Un remolino de aire nos envolvió, para luego explotar en miles de partículas nebulosas en el lugar donde había estado él. Cuando la luz se desvaneció, un dragón plateado estaba ante nosotros, con la mirada congelada fija sobre mí.

Arran me llevó hacia él y me colocó con cuidado entre sus dos enormes garras. Él me atrajo hacia sí, abrazándome contra su pecho, y me sentí segura de nuevo contra su piel de dragón, con el sonido estruendoso y rítmico de los latidos de su corazón cerca de mi oído. Una letargia se adueñó de mí mientras se elevaba y echaba a volar.

El viento frío rugía a nuestro alrededor como una tempestad, una ventisca que él atravesó como una hoja caliente atravesaría la mantequilla.

Acunada entre sus garras, sentí que me deslizaba, que caía, que me hundía en el olvido, mientras la tormenta se desataba a mi alrededor.



PARTE 3

EL DESPERTAR

12

TAMSYN

Dormir era como un bálsamo.

Abrí brevemente los ojos ante la repentina falta de ruido, ante la abrupta ausencia del viento que antes rugía a mi alrededor. Ya no estábamos volando. Vetr había aterrizado.

Habíamos logrado llegar a los Riscos.

Levanté la vista y lo fulminé con la mirada mientras me llevaba, pues me hacía temblar con cada brusco paso, clavándome agujas en los nervios en carne viva, crudos, expuestos, ensangrentados y desnudos ante las acometidas del aire.

Qué frío tenía. Estaba congelada, completamente helada.

No creía posible que mi cuerpo, con ese fuego que siempre ardía en mi interior, tuviera la capacidad de sentirse así. De temblar y encogerse de tanto frío. De que cada articulación se contrajera y doliera, tan hueca como una caverna de hielo.

—F-frío… —Escupí la palabra como una esquirla de hielo.

—Lo sé, Llamita. Ya casi estamos.

Con el ceño fruncido, me acurruqué más contra ese cuerpo cálido y palpitante que me cargaba con rapidez hacia al otro lado de las paredes de roca. Apreté la mandíbula para que dejaran de castañetearme los dientes, con tanta fuerza que me dolieron hasta

las raíces. Era un trayecto turbulento. Prefería, por mucho, volar, a pesar del gélido viento que rugía entonces a mi alrededor. Cerré los ojos, gimoteando, y alargué los brazos, estirando las manos hacia el olvido.

Dormida, no había dolor. No había pérdida ni remordimientos. No había nada. Se podían decir grandes cosas sobre la nada. Si me sumergía en ella lo suficiente, si descendía y me hundía en ese vacío que me llamaba, tal vez dejaría de sentirme tan sola y tan perdida. Tan… herida.

Justo antes de que me desvaneciera, oí que a Vetr le temblaba la voz casi imperceptiblemente al añadir:

—Ya verás. Todo irá bien.

Incluso en mi estado de semiinconsciencia, detecté la mentira.

El tiempo no existía. Flotaba, suspendido como el más débil viento. No iba a ninguna parte. Igual que yo, ovillada en la oscuridad como una serpiente dormida, insensible, recuperando las fuerzas —o no—, esperando a que la vida o la muerte decidieran mi destino.

Esperando para siempre.

Esperando para nunca.

El más débil y fino hilo de vida se abrió paso hasta mí, y me encontró envuelta en mi sudario. Una voz conocida me susurró desde lo lejos, haciéndome suaves cosquillas al oído, y se coló bajo mi piel fría y tensa.

«Tamsyn…».

La voz profunda me halló haciendo equilibrios al borde del abismo, donde nada vivía.

«Ven a mí. Estoy aquí. Te necesito, Tamsyn».

Me volví desde el borde del precipicio, buscando, mirando,

tratando de llegar hasta él…

Y él vino a por mí a través de la oscuridad, emergiendo de ella como un lobo hambriento y furioso. Me clavó los dientes con avidez, con avaricia, para no soltarme.

Grité mientras descendía aún más en el abismo junto a él.

Había dejado ya muy atrás el miedo. El miedo al dolor. El miedo a la muerte. Lo había dejado ya todo atrás, pero podía sentirlo, podía saborearlo: un miedo que no era mío, agrio y sofocante. Un miedo que se me clavaba en la piel como una hoja bien afilada, que se restregaba como roca sobre hueso. Reptaba sobre mí como una enfermedad, saltando y brincando sobre todos los puntos donde me latía el pulso, donde se me atoraba la sangre, frío como el hielo. Saltaba débilmente, medio dormido, bajo mi carne.

Y él me llamaba, me hacía señas para que llegase hasta donde estaba, para que lo abrazase, a él, el de los ruegos susurrantes… Me pedía que lo salvara, otro desconocido…, cuando yo no podía ni siquiera salvarme a mí misma.

Me zambullí a través del dolor que me machacaba los huesos, a través de ese miedo espantoso… por él.

Por él, alargué las manos y traté de sujetarme.

Me desperté de golpe, ahogando un grito, y me percaté de inmediato de que ya no tenía tanto frío. De que el viento no rugía a mi alrededor. No había ningún corazón de dragón latiéndome al oído, estaba calentita y cómoda, y no apestaba a sangre.

Ah, y no estaba muerta.

Y entonces me acordé: Vetr había volado conmigo en sus garras, atravesando el cielo y el ulular del viento. Vetr me había llevado en

brazos por un túnel. Recordé el dormir profundo, con los sueños extraños y vívidos.

Había regresado a los Riscos. A la manada.

No sabía cuánto tiempo había dormido. Una hora, una semana, un año… Qué más daba. Tiempo perdido.

Contemplé a ciegas la oscuridad. Una vela parpadeaba cerca, arrojando sombras que danzaban en las paredes con piedras preciosas incrustadas de la guarida. Cuántas gemas… Había un sinfín de ellas, de todos los tamaños, los colores y las formas. Bastaba el resplandor de una única vela para que la luz cayese sobre ellas y proyectase una miríada de colores, dibujando un arcoíris de luz por toda la estancia.

Conocía ese lugar. Me encontraba en la enfermería. Todas las guaridas de la manada estaban llenas de gemas, pero ninguna tanto como la enfermería. Tenía sentido, ya que las gemas ayudaban a nutrir al dragón, manteniendo e incrementado su amplio abanico de talentos.

Flexioné los dedos y los descubrí sobre mi barriga, encima de una manta de pieles. Me volví para mirar a mi alrededor y me di cuenta de que estaba en una cama… y acostada sobre mi espalda.

Respiré con cuidado, preparándome, esperando a que el dolor lacerante hiciera acto de presencia y volviese para seguir alimentándose de mí.

No ocurrió nada.

Tamborileé sobre el suave pelo de la manta con los dedos, permitiéndome el más ligero movimiento, y esperé.

Seguía sin sentir dolor.

Empecé a moverme con mucha cautela, cada vez más audaz con mis movimientos a medida que me quedaba claro que la espalda no me dolía. Roté los hombros y percibí solo unas molestias residuales.

Estaba viva. Y curada.

Abrí la boca para hablar, para llamar a alguien, pero no me salió más que una especie de graznido entrecortado.

De repente, Brenna apareció sobre mí, llenando mi campo de visión con su rostro.

—Vaya, hola. Bienvenida.

Intenté hablar de nuevo, con obvias dificultades.

Brenna se apartó y volvió con un vaso de agua. Me deslizó una mano detrás de la cabeza y me incorporó para que diera un trago. Ahogué un grito.

—¡Ay! Me duele —protesté con la voz ronca, llevándome los dedos a un costado.

Asintió.

—Te rompiste una costilla.

No, yo no me había roto una costilla. Era Stig quien me la había roto, despedazándome a latigazos como si para él no fuese más que una avellana con la cáscara demasiado dura, y no alguien a quien había amado, o a quien había llamado amiga. No un ser vivo. Él representaba todo lo oscuro y lo corrupto del mundo; malo para los humanos, malo para los dragones y malo para todo lo que fuese mágico.

—Te he vendado bien. —Me colocó una mano en el costado con suavidad para indicar dónde estaban las vendas que me rodeaban el torso—. Pero una costilla rota tarda en curarse, sobre todo cuando la causante es un arma de dragón. —Soltó un gruñido de desagrado—. El armamento de dragón… El gran igualador. Maldito sea el día que los humanos aprendieron cómo usar nuestros cuerpos contra nosotros.

—¿Cómo ocurrió eso? —murmuré.

—Brujas. —Escupió la palabra—. Llegaron a este mundo

sabiendo cosas, y se las contaron a los humanos. —Puso los ojos en blanco—. Y mira de qué les sirvió. No debería ser así. Humanos abatiendo a dragones… Es antinatural. —Negó con la cabeza, disgustada, y me acercó de nuevo el vaso a los labios—. Vamos, bebe. —Asentí a modo de agradecimiento y obedecí—. Muy bien. —Se rio, y noté que el agua tenía un poco de baya verda y otras hierbas—. Me alegra ver que ya eres capaz de hacerlo tú sola. Ha hecho falta mucho tiempo y mucha paciencia para echarte agua y tinturas en la boca cada día, gota a gota, para que tomaras los fluidos suficientes y las medicinas que necesitabas.

—Gracias por haberlo hecho —murmuré. Hablar me resultó un poco más fácil.

—Oh, no he sido yo.

La miré desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, yo lo preparaba todo, claro, pero era Vetr quien te lo daba. Casi no se ha despegado de tu lado, a no ser que tuviera algún asunto urgente que atender, como el que le ocupa ahora. Ha estado aquí casi cada minuto de cada día, para asegurarse de que tuvieses todo lo que necesitabas. Hablaba contigo, te animaba a despertar… Eso ayuda, ¿sabes? La naturaleza curativa del svefn puede llegar a ser casi demasiado… reconfortante. Demasiado seductora. Hay quien nunca quiere salir de él. He visto a gente con heridas mucho menos graves no despertarse jamás.

Mi mente seguía envuelta en una espesa niebla. Me presioné las sienes con los dedos. Nada de lo que decía tenía sentido. No era posible que lo que quisiera decir fuese que Vetr había estado sentado junto a mi cama cuidando de mí, pero eso era lo que había escuchado. ¿Por qué alguien que había permitido que me azotaran hasta casi matarme se desviviría por alejarme del borde del abismo?

«Hablaba contigo, te animaba a despertar…».

La voz que había oído. Ese profundo susurro. Y el miedo asfixiante que había saboreado… Debía de haber sido Vetr. Vetr, tratando de persuadirme para que despertara. Y ese miedo era de Vetr, que temía que no lo hiciera.

—¿Cuánto…? —Me detuve para lamerme los labios resecos—. ¿Cuánto tiempo he estado dormida?

—Oh, yo no lo llamaría dormir.

Me presioné el centro de la cabeza con los dedos, apretujando la piel suave, confundida. El persistente y sordo dolor de la frente se negaba a marcharse.

—¿Y cómo lo llamarías?

—Se llama svefn —explicó sin explicar nada en realidad.

—¿Svefn?

—Sí, es como… —Ladeó la cabeza, pensativa—. Es como… un sueño profundo y reparador. Los dragones llevamos siglos haciéndolo. Cuando el cuerpo o la mente, incluso, están tan destrozados, caemos en un descanso profundo para que pueda recuperarse. Es casi como un estado de hibernación. Necesitamos poca comida y pocos fluidos, aunque ayudan, por supuesto. Es una forma de sanar, pero lleva tiempo.

Tiempo. Empezó a despertarse en mí una ligera inquietud.

—¿Cuánto tiempo he estado sumida en este… svefn?

—Hum… Algo más de seis semanas.

Ahogué un grito. ¿Seis semanas?

—Y Vetr… ¿ha estado a mi lado todo este tiempo? —Era increíble. ¿Por qué habría hecho eso? ¿Por qué debería dedicar tanto tiempo a mi recuperación?

Señaló otro lecho de pieles que había cerca.

—Ha pasado aquí todas las noches desde que te trajo a casa.

Me incorporé apoyándome en un codo para observar mejor la cama y la pequeña mesita de noche, sobre la que había un surtido de objetos personales: un peine, gomas del pelo, una taza, un libro, un mapa plegado, pluma y pergamino… Objetos que, presumiblemente, pertenecían a Vetr.

Mareada del esfuerzo que había hecho para incorporarme, emití un quejido, expresando mi malestar.

—Ten cuidado. —Brenna me volvió a tumbar en la cama—. Vas a tardar un tiempo en estar del todo recuperada, en volver a ser la de antes. Los efectos del svefn no se pueden superar de sopetón. Y esa costilla te va a limitar un poco.

Me recosté en la almohada.

—No entiendo nada.

—¿Qué te tiene tan confundida? —Me estudió con una sonrisa cada vez más ancha. Dos hoyuelos se le marcaron en las mejillas oscuras—. ¿El funcionamiento del svefn… o que Vetr haya estado a tu lado en todo momento?

Me ardía la cara. Me tapé los ojos con los brazos.

—No…, no. Es el alfa. Obviamente, se sentiría responsable de mí. Haría cualquier cosa por cualquiera que se hubiese llevado a un rekon y hubiese vuelto con heridas tan graves.

Mis palabras sonaban poco convincentes. Tanta preocupación por su parte se me antojaba un poco extraña. Sí, me había traído de regreso con la manada, con Brenna, como había prometido. Con eso ya había cumplido su obligación. No tenía por qué ir más allá. No debería.

Deslicé la mirada hacia donde él había dormido todas esas semanas. Me desconcertaba pensar que lo había tenido a escasos centímetros de mí mientras estaba perdida e inconsciente, luchando por mi vida en la agonía del svefn.

Decidí cambiar de tema.

—¿Qué me he perdido?

—Ah, bueno, ahora te pongo al día.

En ese momento, Vetr entró en la enfermería y se detuvo en seco al encontrarme despierta. Yo me quedé sin aliento al verlo. En un movimiento involuntario, desvié la mirada hacia la cama de la que se había adueñado y luego volví a mirarlo a él.

Empezó a andar de nuevo, a paso más rápido, directo hacia mí. Sus ojos de escarcha recorrieron mi cuerpo tumbado en la cama, alerta como un halcón que buscase un ratón en el campo, al que nada se le pasaría por alto. Dirigió a Brenna una mirada acusadora.

—¿Por qué no me has mandado llamar en cuanto se ha despertado?

—Solo llevo despierta unos minutos —respondí antes de que Brenna se explicara.

Se sentó en la cama, a mi lado, como si estuviera acostumbrado a hacerlo, como si fuese un sitio en el que le resultara natural sentarse, y la imagen de él a mi lado mientras yo dormía, echándome gotas de agua y caldo entre los labios entreabiertos, afloró en mi mente.

Cogió el vaso y me lo acercó a la boca sin ni siquiera preguntarme si tenía sed.

—Bebe —ordenó.

Y obedecí; no me dejaba opción.

Me presionó la frente con el dorso de la mano.

—Tienes mucho mejor color.

—No tengo forma de saberlo. Al parecer, no me he visto a mí misma en seis semanas.

Asintió.

—Cuando te traje a la enfermería, estabas…

—Pensábamos que no sobrevivirías —intervino Brenna.

Él la miró con el ceño fruncido, y entonces lo recordé a él insistiéndole en que sí viviría.

Otro recuerdo parpadeó en mi mente, como una antorcha en la noche.

«Tamsyn… Vuelve a mí. Te necesito».

Me ardía el rostro de pensar que unas palabras tan íntimas hubieran salido de su boca. Me resultaban tan incomprensibles como la imagen de él cuidándome durante tantas semanas.

Brenna me señaló y continuó:

—Eres fuerte. Cuando te vi la espalda… —Exhaló con fuerza—. Tienes suerte de estar viva. —Le dio unas palmaditas en el hombro a Vetr—. Será por los excelentes cuidados que has recibido.

—Yo no he tenido nada que ver —replicó él enseguida, todavía evaluándome con su gélida mirada—. Es fuerte, como tú has dicho.

Miré al uno y luego al otro, tirando, inquieta, del pelo de la manta.

Brenna se encogió de hombros y dio una palmada.

—Bueno, voy a ir a buscarte un poco de caldo. Tienes que recuperar fuerzas para que podamos darnos un buen festín en tu honor.

—¿En mi honor?

—Claro. —Parpadeó, confusa, como si fuese algo obvio—. Estás viva. Celebraremos y brindaremos por él éxito de la rekon.

¿El éxito de la rekon? Yo había estado a punto de morir. Había perdido seis semanas. No me sentía muy victoriosa.

La observé salir de la enfermería. Y entonces, como no tenía otra opción, me volví de nuevo hacia Vetr.

—No necesito un festín en mi honor.

—Pues lo vas a tener —respondió en voz baja, pero en un tono

que no admitía réplica.

Negué con la cabeza.

—Después de todo lo ocurrido, no me parece apropiado.

Ladeó la cabeza y me miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué no?

Exhalé un suspiro.

—No debería haber permitido que se me llevasen, como tú bien dijiste. —Se me hizo un nudo en la garganta al admitir mi error—. «Sálvate tú. Salva la especie. No dejes testigos» —cité—. Eso es lo que nos repites una y otra vez durante los entrenamientos. —Apreté los labios—. Debería bordármelo en un cojín.

Él me miró con el ceño fruncido.

—Y eso es lo que hiciste.

Bajé la vista, y seguí tirando del pelo de la manta, nerviosa.

—Pero tenías razón. Debería haber eliminado a esos soldados cuando me apresaron en Porthavn. —Había estado sumida en un profundo sueño, pero aquello lo recordaba bien. Igual que recordaba su ira por no haberlo hecho.

—Date un poco de crédito. Conseguiste escapar del campamento del Terror sin delatar a los dragones. Controlaste tu sangre. —Me dirigió una mirada penetrante—. Hasta ese momento, tus intentos no habían tenido éxito, pero cuando de verdad importó, cuando contaba…, lo conseguiste.

—Y casi conseguí que me mataran —señalé, como si de algún modo tuviera que arrojar una sombra sobre mis actos, incómoda con sus alabanzas, incómoda con la idea de que tal vez… tuviera su aprobación. Lo que era ridículo. Antes de la rekon, me había costado lidiar con su constante desaprobación. Y, ahora que parecía haber conseguido por fin su favor, también me costaba aceptarlo. ¿Qué quería de él?

—«Casi» no cuenta. —Me cogió de la mano para estrechármela, y se me encogió un poco el corazón ante la ternura del gesto. Ternura, algo que jamás habría esperado de él—. Estás aquí. Estás viva. —Recorrió mis rasgos con la mirada—. Y tienes más entereza… Y más coraje del que yo… —Se interrumpió, como si él mismo estuviera aunando coraje para añadir—: Ahora veo lo que mi hermano vio en ti.

Era una bendición. Su bendición. Y yo no me había dado cuenta de lo mucho que la ansiaba hasta ese momento.

No podía respirar. Mi aliento estaba atrapado. Aparté la mirada de ese rostro dolorosamente hermoso. Me sentía incapaz de mirarlo; todo me resultaba demasiado confuso. Él, sus palabras, mis sentimientos…

Arañó el suelo con las botas al recolocarse en su asiento.

—Creo que deberías quedarte aquí una o dos noches más antes de volver a tu guarida.

Asentí, todavía sin mirarlo.

—Yo también me quedaré.

El calor que había en mí parpadeó de nuevo.

—No es necesario —protesté.

—Le ahorrará a Brenna la molestia de tener que levantarse durante la noche para ver cómo estás. Últimamente no da abasto con la pequeña.

—Oh. —Me humedecí los labios. ¿Cómo era posible que me hubiera olvidado de que Brenna tenía una hija? El primer y el único retoño que había nacido en la manada. Una nueva generación de dragones. Muchos de los miembros de la manada estaban más que dispuestos a cuidar de la pequeña mientras Brenna y su compañero cumplían con sus tareas, pero no me cabía duda de que ella preferiría pasar las noches con su familia—. No creo que haga falta

que nadie venga a verme en mitad de la noche para ver cómo estoy.

Me sostuvo la mirada con una expresión enigmática.

—Da igual. Me quedaré contigo.

Abrí la boca para volver a protestar, pero me lo pensé mejor al notar la determinación que se veía en el gesto de su mandíbula. ¿Para qué discutir? ¿Qué importaba? Había dormido allí las últimas seis semanas y, de todos modos, lo único que haríamos sería dormir.

—Muy bien.

Un cosquilleo chisporroteó, calentándome el centro de la palma de la mano. Fruncí el ceño y presioné la mano sobre la manta para calmar la sensación.

13

TAMSYN

Brenna no había exagerado. Una costilla rota tardaba en curarse. Cada noche, la verda me desenrollaba las vendas del torso para que pudiera bañarme en la jofaina y luego, cuando ya me había secado, me las volvía a poner, apretándomelas bien, para que la costilla quedase bien sujeta. Sin embargo, si respiraba demasiado fuerte, tosía, me atragantaba o me reía —lo que ocurría a veces, sobre todo con las gracias de la pequeña Mirja—, notaba el recordatorio de la crueldad de Stig.

—Te quedarán cicatrices —me anunció una noche mientras me aplicaba un ungüento en la espalda con dedos amables. Acababa de bañarme, y Vetr estaba fuera, en algún lado. Siempre desaparecía en ese momento de la tarde.

Me mordí la lengua para no contestarle que ya tenía cicatrices, heridas invisibles arraigadas en lo más profundo de mí. Simplemente, aquellas serían las primeras visibles, las primeras que llevaría por fuera.

Brenna tuvo la amabilidad de proporcionarme un espejo. Me volví como pude para echar un vistazo, pero no me entretuve mucho mirando. Las líneas entrecruzadas de carne protuberante que se elevaban en lo que antes había sido una piel lisa eran marcas

furiosas y horribles. No quería mirar.

Brenna había cosido las heridas lo mejor posible, pero no había importado. Ni los meticulosos puntos, ni la medicina de bayas verda, ni el poder de svefn habían salvado a mi cuerpo de quedar mutilado.

—Bueno —respondí—. No pasa nada.

—Sí, sí que pasa. —Negó con la cabeza y chasqueó la lengua, disgustada—. Son unos salvajes —masculló, y comprendí que se refería a los humanos. No pude evitar sentir que se me escapaba una sonrisa ante aquella ironía.

—Estoy segura de que ellos dicen lo mismo de nosotros.

Sentí su aliento en la nuca.

—Bueno, supongo que tú lo sabes mejor que nadie.

No pronunció aquellas palabras cortantes con malicia, ni tampoco con la intención de ser sarcástica, pero sentí una punzada de dolor de todos modos, consciente de que, por mucho tiempo que pasara, siempre habría en mí ese «algo», esa «diferencia», que me separaría de ellos.

Y fui más consciente que nunca de ello el día después de despertar de mi svefn, cuando Vetr y los demás me interrogaron.

Vetr, Brenna, Anders, Aksel, Harald y Arran se habían reunido en la enfermería. Aquello había sido un interrogatorio. No lo habían llamado así, pero fue la sensación que me dio, aunque ellos lo llamaran «reunión informativa».

Después de cada rekon, los skeppars y quienes hubieran participado en esta se reunían para discutir sobre lo que hubieran descubierto y compartían sugerencias sobre cómo proceder. En general, esas reuniones tenían lugar en la intimidad de la guarida de mando, pero Vetr insistió en que yo todavía no estaba preparada para levantarme de la cama. Así pues, permanecí en la enfermería, incómoda bajo las pieles, mientras todos me miraban y me hacían

una pregunta tras otra acerca de mi tiempo con los humanos y mi estancia en el campamento del Terror.

Revivir aquella experiencia no me apetecía especialmente, pero comprendía por qué necesitaban saber qué había sucedido. Así que me enfrenté a sus implacables indagaciones y repasé con ellos todo lo ocurrido: los días que estuve con Jorgen, Ari y Frode. Que Penterra había empezado a reclutar más soldados para agrandar su ejército. Que enviaban cada vez más hombres al norte con la intención de realizar incursiones por los Riscos. Les conté que el Terror se había casado con la hija del rey, lo que lo había hecho aún más poderoso, más tirano, y le había dado la potestad de gobernar con impunidad. Les hablé de la mano de hierro con la que Stig gobernaba sobre las gentes de Penterra. Les conté todo aquello y mucho más.

Mucho más, porque también les conté que Stig, el señor de las Tierras Fronterizas, sabía de la existencia de los dragones. Que él era el único que sabía lo que yo era y que estaba decidido a descubrir si quedaban otros como yo.

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible que lo sepa? ¿Cómo está tan seguro? —preguntó Anders.

Y, aunque fuese él quien lo hubiera preguntado, yo sentí el peso de la mirada de Vetr. Fue su mirada plateada la que traspasó mis defensas y me invadió allá donde no podía esconderme, donde no podía mentirle ni ocultar la verdad.

—Yo… Él… —Me costaba confesarlo, reconocer mi error. Era como un veneno sobre mi lengua, y tuve que luchar por dejarlo salir —. Yo se lo dije.

—¿Que tú se lo dijiste? —Brenna me miró como si acabase de confesar que había abofeteado a un bebé. A su bebé. Para ellos, era algo impensable. Imperdonable.

Exhalé un suspiro tembloroso. Estaba segura de que aquella admisión cambiaría la opinión que tenían sobre mí. Vetr ya no me consideraría tan valiente.

Conseguí pronunciar el resto de mi confesión, la última verdad que debía ver la luz del día.

—Se lo mostré. Me transformé delante de él.

Silencio.

En la distancia, más allá de la cueva, se oían las risas de Mirja, un sonido tan puro y tan alegre como el repiqueteo de unas campanillas, y que contrastaba con la horrorosa sombra que yo acababa de arrojar sobre la estancia.

Me sentí como si Stig estuviera presente, como si su energía oscura se estuviese derramando sobre todo, llenando hasta la última rendija y el último rincón de la enfermería.

—Le abrimos las puertas de nuestro hogar. —Las palabras, más parecidas a un rugido que a una voz, eran de Anders. Estaban a medio camino entre una pregunta y una afirmación. Tenía los labios arrugados en una mueca de disgusto, revelando los dientes que empezaban a emerger, los colmillos brillantes y demasiado grandes para su boca humana. Puso la mano en la empuñadura de la daga que llevaba sujeta del cinturón—. La dejamos vivir entre nosotros…

Harald cogió la mano de su compañero, como si quisiera detenerlo, y ambos cruzaron una larga mirada. Los ojos negros e iridiscentes de Harald le pedían contención. No sabía qué había hecho yo para merecer la consideración de Harald tras una confesión tan condenatoria y vergonzosa —quizá me la hubiera ganado durante la rekon—, pero me sentí agradecida por tenerla.

—¿Y la vamos a homenajear con un festín? —murmuró Aksel, que parecía más confundido que furioso.

Y entonces se desató el caos. Todos hablaban a la vez, alzando

la voz, cortándose e interrumpiéndose. Me señalaban con violencia, como si yo fuese un chucho que nadie quería y me hubiese colado en su casa para mearme en el suelo.

Todos salvo Vetr. Él no decía nada. Estaba allí, quieto y silencioso como la primera nevada del invierno, con los ojos como un viento frío deslizándose sobre mí.

—Deberíamos expulsarla —sugirió Aksel. Su piel de anunciador resplandecía; el lustroso amarillo asomaba bajo su piel humana mientras él me señalaba con dedo acusador.

—¿Expulsarla? ¿Por un crimen semejante? —gruñó Anders—. ¡Venga ya! ¡La ejecución es un castigo más adecuado!

—No la acabo de curar solo para matarla ahora —protestó Brenna.

—¿De verdad la manada puede permitirse perder una potencial criadora? —preguntó Arran con voz calma, y supuse que debía sentirme agradecida porque no exigiera mi muerte, pero sus palabras me cayeron como leche agria en el estómago. No me gustaba que sugiriera que se me debía permitir vivir por el valor de mi vientre, por mucho que eso me salvara la vida.

—¿Por habernos traído la ruina y la muerte a la puerta? —gritó Anders, asintiendo con furia—. ¡Sí! ¡Yo digo que sí, que acabemos con ella! ¡Digo que deshagamos todo el trabajo que ha hecho Brenna y la enterremos en un puto agujero, lo más profundo posible!

La vehemencia de sus palabras me cayó encima como una losa, como una maldición, un hechizo arrojado de labios de una bruja iracunda.

Sentí que mis ojos, que ya estaban como platos, se abrían lo imposible cuando pasó por delante de Harald y alargó una mano hacia mí, como si quisiera agarrarme, sacarme de mi lecho de

enferma y tirarme él mismo a ese agujero.

Pero, de repente, Vetr se interpuso entre nosotros, impidiendo que Anders me alcanzara. Le puso a su skeppar una mano plana sobre el pecho firme como un muro y lo amenazó poniéndole en el cuello una daga de hueso que pareció haber aparecido por arte de magia.

—Para lograr enterrarla en un agujero, tendrías que pasar por encima de mí. —La piel de Vetr emitía unos destellos plateados y parpadeantes que delataban la inminencia de su transformación.

Y la de Anders respondió del mismo modo: un fulgor amarillo ondeaba en su piel negra.

Yo contuve el aliento, lo aguanté en mis pulmones hinchados de calor.

Y se hizo otro silencio.

Anders, un dragón de ónice, como Harald, era más alto que la mayoría y medía bastante más de dos metros. Vetr era unos centímetros más bajo, pero no por ello era menos formidable. Vibraba de forma amenazante, y el ambiente en la enfermería cambió, tornándose más frío, espesándose con hilos de niebla retorcidos.

Anders parecía confundido. Dirigió a Harald una mirada interrogante, a la que él respondió enseguida negando con la cabeza, con unos ojos que parecían querer transmitirle que debía contenerse.

—Vetr, lo que ha hecho…

—No la vas a tocar. No se ha criado en la manada —lo interrumpió, acercándole un poco más la daga al cuello—. No se la puede castigar por lo que no sabía que era un crimen.

—Por supuesto que no —lo secundó Brenna—. Y ahora guárdate esa daga, Vetr. Aquí somos todos familia.

Arran y Harald añadieron sendos murmullos de asentimiento.

Vetr dio un paso atrás y envainó la daga.

Anders todavía estaba enfadado, pero se le notaba más inseguro. Se tocó con cuidado el cuello, donde le había brotado una gotita de sangre.

—¿Acaso ignorar aquello que es un crimen niega el crimen mismo? Lo hizo. No podemos fingir lo contrario. El Terror de las Tierras Fronterizas sabe de su existencia.

Alcé la voz.

—Pero nadie lo cree.

Anders arrugó el rostro de impaciencia, y una chispa de furia asomó a sus ojos negros e iridiscentes.

—Eso no impedirá que coja a su ejército y venga de caza a los Riscos, ¿verdad? Buscándote a ti. Buscándonos a nosotros. ¿Y si nos encuentra, qué? Será una segunda Trilla. Nos borrará de la faz de la tierra. —Inhaló con fuerza y dejó que los demás asimilaran sus palabras—. Igual que ha aumentado las recompensas por las brujas. Se dedicará a destruir todo aquello sobre lo que penda la más mínima sospecha de magia. Cualquier cosa que no sea humana. Cualquier cosa que sea diferente. ¡Arrasará con todo!

Sus palabras resonaron, portentosas y oscuras. Yo me eché a temblar, pues sabía que tenía razón.

—Nos encargaremos del Terror —anunció Vetr—. Y entonces dejarán de hablar de dragones.

—¿Cómo? —Brenna frunció el ceño—. ¿Quién se va a encargar? ¿Tú?

Vetr asintió, una sola vez y con decisión.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —preguntó Harald muy razonablemente, pues él no tenía un genio tan corto como su compañero—. Como humano, no podrás ni acercarte a él. Y como

dragón…, en fin…

Harald no dijo más, pero todos comprendimos a qué se refería. Si Vetr iba a por Stig transformado en dragón, daría un espectáculo que contrarrestaría todos nuestros esfuerzos por mantener nuestra existencia en secreto. No sería un asunto discreto.

—Lo eliminaremos —respondió con voz tensa, con la tensión reflejada en la mandíbula—. Yo me encargaré.

Lo miré fijamente y supe entonces que lo decía en serio. No pensaba dejar pasar ese asunto, esa amenaza. No dije nada, pero yo también tenía mis miedos y mis dudas. Sería una empresa peligrosa. No sería posible pillar a Stig desprevenido en un mundo que creía habitado por dragones. Había sacado todo el armamento de dragón de palacio por una razón. Stig era muchas cosas, pero tonto no.

—Y, una vez que haya sido eliminado —prosiguió Vetr—, Penterra volverá a ser lo que era. Volverán a ocuparse de sus asuntos y mantendrán a sus soldados lejos de los Riscos.

Me mordí el labio inferior, nerviosa. Esperaba que tuviera razón, pero…

Pero «lo que era» era como había sido bajo el liderazgo de Fell. Sentí una punzada de dolor en el centro del pecho; haberlo perdido era como una vieja herida que se había vuelto a abrir. Y eso sí que no volvería a ser lo que era.

Aunque eliminásemos a Stig, nombrarían a alguien igual de perverso, movido por la mano del señor regente. Sin Fell, Penterra vivía bajo una sombra oscura, pero eso a Vetr no le preocupaba en absoluto. Lo único que le importaba a la manada era el bienestar de los dragones. No eran como yo, que estaba atrapada entre dos mundos, y a quien ambos le importaban.

Sin Stig, la manada prosperaría. Sin Stig, la humanidad seguiría

sufriendo.

Contemplé cada uno de los rostros de la sala, consciente de que todos ellos me dirían que cuidar de la manada era suficiente —más que suficiente—, que no había lugar para preocuparnos por aquellos que nos habían dado caza hasta casi acabar con nosotros.

Y, sin embargo, igual que no se pueden controlar los latidos del corazón, yo no podía evitar preocuparme.

Pasé cinco noches más en la enfermería. Cada día me sentía mejor y más capaz de moverme, así que fue un tiempo innecesariamente largo, en mi opinión, aunque a mí nadie me preguntaba. Ni Brenna ni por supuesto Vetr, que se quedó conmigo, durmiendo en la cama de al lado.

En el amanecer del sexto día se decretó que esa misma noche por fin volvería a mi guarida, después del festín que se celebraría en mi honor.

—¿Todavía vamos a hacer eso? —pregunté con voz temblorosa —. Después de lo del otro día…

Brenna me dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Por supuesto. La celebración sigue en pie.

—¿Estás segura? Anders no…

—No lo decide Anders. Lo ha dictaminado Vetr. Es nuestro alfa, y ha decidido que el éxito de la rekon se ha de celebrar.

—¿Éxito? —repetí, escéptica.

—Por supuesto. Reunimos información muy valiosa gracias a ti. Y no murió nadie. Te has recuperado. Cada vida dragona es un regalo. Somos los únicos que quedan, si no contamos al skelm. —Había cierta tristeza en su voz, y me pregunté si estaría pensando en su hermana, perdida hacía años, secuestrada por esos otros dragones.

Dudaba que Anders diera mucho valor a mi vida, pero no me molesté en recordárselo.

Vetr quería un festín, así que habría un festín. Al menos, podría volver a mi guardia. No era poco. Tenía ganas de recuperar mi privacidad y dormir en mis propias pieles. Sería un alivio, y me sentiría mucho menos confusa que durmiendo a pocos metros de Vetr y escuchando por la noche la cadencia de su respiración, el ruido que hacía al darse la vuelta en sueños. Que notando su olor, que me inundaba la nariz cada vez que inspiraba: a nieve y a viento y a cosas antiguas perdidas en los susurros del tiempo.

Antes del festín, me di un largo baño en las aguas termales, dejando que el agua calmase mis músculos y mis huesos cuando me acariciaba los hombros. Era una sensación divina, una mejora considerable de los baños con esponja delante de la jofaina.

Estaba en casa.

Jugué con esa idea para ver si lo pensaba de verdad, si me resultaba cómoda, si me parecía correcto. ¿Podría por fin ser cierto? ¿Había encontrado un hogar?

El festín de esa noche no era el primero al que atendía desde que me había unido a la manada, pero no por ello quedé menos boquiabierta. La comida, la bebida, la música, el baile… Todo el mundo se movía y se mezclaba mientras comía. Esa noche, los asientos asignados eran más bien una sugerencia, y supongo que por eso acabé sentada al lado de Orm, que, normalmente, se ponía más hacia la cabecera de la mesa, cerca de su hermano Aksel. Quería saber sobre el tiempo que yo había pasado con los humanos… El tiempo que había pasado como prisionera del Terror.

—Háblame de ese látigo. Tenía escamas de dragón en las puntas, ¿verdad? —Orm se estremeció mientras se metía una baya en la boca y luego llenó nuestras copas de vino de bayas verda—. Qué terribles son los humanos. Aunque son creativos, se lo tengo que reconocer. Siempre se les ocurren formas de atacarnos donde

somos más vulnerables. —Negó con la cabeza e hizo una mueca—. Malditas sean todas las brujas por revelar nuestros secretos. Al menos tuvieron el final que se merecían.

No respondí; solo sentí una punzada de piedad. La imagen de las piras ardiendo afloró en mi mente. Yo no era capaz de sentir felicidad ante nadie que sufriera un destino como ese. No todas las brujas habían hecho daño a los dragones y, sin embargo, a todas las habían hecho sufrir.

Vislumbré a Nayden al otro lado de la sala. Estaba bailando con Kerstin, con pasos alegres y bobalicones…, hasta que su mirada se detuvo sobre mí. Se le borró la sonrisa de golpe, y el rubor de felicidad que le teñía las mejillas se transformó en un tono rojizo de desagrado. Me alegraba saber que algunas cosas no habían cambiado en el tiempo que había estado fuera, ni en el tiempo que había estado sumida en el svefn.

Di otro sorbo de vino. Después de tragar, me llevé los dedos a los labios para reprimir un bostezo.

—¿Te estoy aburriendo? —preguntó Orm con una sonrisa, mostrándome los dientes blancos y resplandecientes, que contrastaban con su piel dorada.

—No, en absoluto. Estoy cansada, me temo. Hacía tiempo que no tenía tanta actividad. He estado mucho tiempo en la enfermería.

Orm se acercó más a mí y puso un brazo sobre el respaldo de mi silla, rozándome el hombro con la mano.

—Tendrás que ir recuperando resistencia —sugirió, con los ojos de color marrón dorado brillantes y fijos en mí. Hacían juego con su pelo entre rubio y dorado, la marca característica de un dragón anunciador.

—Echo de menos la arena —admití.

—Deberías venir conmigo mañana. Podemos luchar. —Empezó a

acariciarme el hombro trazando pequeños círculos. Sabía que no era un gesto involuntario.

—Acaba de salir de la enfermería. Pasará un tiempo antes de que esté preparada para luchar.

Al oír la voz que se había entrometido de repente en nuestra conversación, Orm dio un respingo y puso una expresión culpable. Dirigió una mirada de disculpa a Vetr, que estaba ante nosotros con mirada severa.

—Por supuesto, solo era una sugerencia… Podríamos hacer un entrenamiento suave.

Pero Vetr ya estaba negando con la cabeza.

—No es una buena idea. Todavía se le está curando una costilla rota.

Orm tartamudeó, pero enseguida se rindió, derrotado, y asintió con gesto deferente.

—Claro. Qué tonto he sido. —Me miró con cierto arrepentimiento —. Quizá podamos luchar cuando estés mejor.

—Sí, me gustaría. Seguro que dentro de unos días ya puedo.

Vetr gruñó en voz baja, sin abrir la boca.

Orm cogió su copa de vino.

—Si me disculpas, voy a llenarme la copa y a por un poco más de ese delicioso cordero asado.

Cuando se hubo marchado, dirigí a Vetr una mirada interrogante.

—¿Por qué estás tan enfadado?

Se encogió de hombros y, con su brusquedad habitual, respondió:

—Era una sugerencia estúpida. No debería habértelo propuesto.

—La verdad es que tengo mejor la costilla.

—Bien. Te estás curando. Mejor que siga así.

—¿Estás disfrutando del festín?

Él asintió.

—Sí, está bien.

—¿No bailas? —pregunté, señalando a los demás, que giraban y giraban en la pista. Kerstin se estaba partiendo de risa, tan descarada como siempre, moviendo la melena castaña con reflejos dorados por los aires mientras Mats la hacía dar vueltas.

—Eso es para los jóvenes.

Me eché a reír.

—Tú eres joven.

—Soy el mayor de la manada.

—Pero sigues siendo joven. —Sabía perfectamente que tenía veintisiete años. La misma edad que tenía Fell…, o la que habría tenido. Se me borró un poco la sonrisa.

—Supongo que el peso de las responsabilidades hace que los años te caigan encima.

Asentí.

—A mí tampoco me apetece mucho bailar —coincidí. Él seguía de pie delante de mí.

—Mejor. Tienes una costilla rota.

Ladeé la cabeza; se me estaba empezando a agarrotar el cuello.

—Le has cogido el gusto a mencionarlo.

—Hace unos segundos estabas accediendo a luchar en la arena. Solo quiero asegurarme de que tú también te acuerdes.

—Es poco probable que olvide lo que me ha pasado.

Vetr asintió despacio, con los ojos plateados centelleantes, y me acordé del momento en el que se había interpuesto entre Anders y yo, cuchillo en mano, preparado para defenderme.

—Yo tampoco me voy a olvidar —contestó.

Nos quedamos en silencio. Contemplé a los bailarines un rato más, dando sorbitos de vino y preguntándome cuánto más tendría

que quedarme allí antes de presentar mis excusas y retirarme a la noche de soledad que me esperaba en mi guarida.

14

TAMSYN

Me desperté de golpe con un grito grueso y urgente que escapaba de mis labios, que hacía temblar las paredes de mi guarida. El sabor de la ceniza yacía en mi lengua, áspera como arena, y me cubría el paladar y los dientes.

Me interrumpí, acallando mi grito tan de golpe como la muerte de un viento repentino.

Temblaba, presa de violentas sacudidas. Me balanceé y me caí de espaldas en la cama, intentando coger aire, tragando saliva contra ese sabor acre, luchando por contener el fuego que amenazaba con escapar.

El interior de mi cuerpo había estallado en sollozos, y estos se abrían paso entre las llamas crepitantes para salir por mi boca.

Una pesadilla. Otra.

Mi svefn había estado plagado de ellas, y parecía que habían decidido seguirme.

Extendí los dedos de la mano y los flexioné ante mí; los estiré y los moví lentamente en el aire turbio, difuminado con el arcoíris de colores que emanaba de las gemas de mi pared. Por las noches, los colores se tornaban más suaves y apagados, como la conciencia, como si supieran que necesitaban atenuarse para permitirme dormir.

Me palpitaba la palma de la mano. La «x» grabada sobre mi piel había cobrado vida y resplandecía, como si la pesadilla la hubiera despertado, perturbándola también a ella. La sensación se propagó hasta las yemas de mis dedos, hasta los bordes cortantes de mis uñas.

Mi pecho subía y bajaba al compás de mis jadeos, como si acabase de correr a toda velocidad una larga distancia. Cerré los ojos y apreté la mano con fuerza en un puño, tratando de apagar la presión y el cosquilleo.

Sacudí la cabeza para ahuyentar los resquicios ensombrecidos de mi pesadilla, pero esta seguía aferrada a mí como una vid retorcida, tan fuerte como una cuerda alrededor de mi mente. Se negaba a soltarme.

Fell estaba allí, de pie, en mi sueño, tendiéndome la mano, pero justo antes de que lograra alcanzarlo me lo arrebataban, arrastrándolo de nuevo a la oscuridad. Su rostro se contorsionaba con una maraña de sombras fracturadas, dejando tras él nada más que su voz, que gritaba mi nombre desde un abismo oscuro, un vacío en el que yo no podía adentrarme…, en el que no podía ver.

—Fell —dije con un hilo de voz, débil; no parecía la voz de alguien que pudiera rescatar a nadie.

El sueño me había parecido tan real…

Él me había parecido real.

Era imposible, por supuesto. Fell no podía estar allí. No estaba en ninguna parte. Ya no.

Sin embargo, volví a hablarle a la habitación, con palabras que no eran más que un susurro trémulo e interrogante.

—¿Estás ahí?

No habría ninguna respuesta, ninguna contestación. Era lo lógico, y lo sabía, pero aun así lo pregunté y aun así esperé,

tratando de no sentirme estúpida mientras prestaba atención ante lo que pudiera oír, esperanzada. Al fin y al cabo, el mundo era un lugar mágico. Yo era mágica, y Fell también lo era… Podía permitirme unos momentos en la noche en los que albergar esperanzas por lo imposible.

Y, justo entonces, las cortinas que hacían las veces de puerta se abrieron de par en par, y la silueta oscura de un cuerpo cruzó el umbral antes de que las telas volvieran a su lugar, emitiendo un suave susurro.

Me puse tensa. Mis ojos cambiaron, agudizándose, aclimatándose a la oscuridad y al calor que emanaba del centro de mi ser. El fuego empezó a crecer, a alzarse hacia mi garganta, mientras me preparaba para defenderme del intruso. Al fin y al cabo, en esa manada no todos eran mis amigos.

El cuerpo se acercó en dirección a mi lecho de pieles, donde yo me acurrucaba, a paso ligero sobre la alfombra que cubría el suelo de piedra.

Entonces vi su rostro y toda la tensión, la presión brutal que me aplastaba el pecho, se liberó, destensándose como un elástico roto.

¡Fell!

Fell estaba allí, como si yo misma hubiera conjurado su presencia. No era un sueño. No había sido una pesadilla. Era real.

Se me escapó un sollozo de júbilo cuando se agachó a mi lado y me estrechó entre sus brazos. Empezó a arrullarme con ternura; notaba en el pelo la vibración de sus labios. Recorría mi espalda arriba y abajo con sus enormes manos, en movimientos tranquilizadores que me prendían chispas en la piel. Con una mano me sujetó de la nuca y con la otra me empezó a acariciar el brazo, y yo temblaba de la cabeza a los pies.

Fell…

No estaba muerto. No lo había perdido. Estaba allí, conmigo.

Un sollozo ardiente estalló en mi garganta atenazada. Le rodeé el cuello con los brazos y me subí en su regazo, montándolo a horcajadas… y deseando poder trepar y meterme dentro de él, fundirme con su cuerpo hasta que no hubiese distinción entre los dos, hasta que no se supiese dónde acababa el uno y dónde empezaba el otro. Como si no hubiéramos perdido un año entero juntos.

Jamás lograría estar lo bastante cerca de él. Sentirme lo bastante cerca de él.

Oía un zumbido en mi mente; el dragón que había en el centro de mi ser vibraba fuerte, lleno de él, de su aroma, de su tacto, de su deliciosa firmeza.

Estaba allí conmigo. Un milagro hecho carne.

Su aliento cálido y dulce me acariciaba un lado del rostro. Me volví hacia él para buscarlo, para adueñarme de su boca como una mujer hambrienta. Hambrienta de él. Hambrienta de un bálsamo para el dolor, para el sufrimiento, para la terrible soledad que tanto tiempo me había asolado.

Y, por una razón incomprensible, él se quedó rígido contra mis labios.

—Por favor… Por favor… —gruñí, desvergonzadamente decidida a que fuese mío, a retenerlo a mi lado. A no volverlo a perder nunca.

—Tamsyn… —murmuró, pero me negué a dejarle terminar.

Le cogí la cabeza con ambas manos y retomé mis esfuerzos, besándolo, deslizando la lengua por sus labios.

Y sentí cómo se estremecía. Cómo un enorme suspiro elevaba su ancho pecho y entonces, como si un hilo invisible se hubiese roto de golpe, emitió un gruñido y me bajó a la cama, deteniéndose en el último minuto para depositarme con suavidad sobre el colchón.

Sentí su peso sobre mí, atrapándome, hundiéndonos a ambos en las suaves pieles. Un peso reconfortante, cuyo gran tamaño y presión me engulleron, me prendieron.

El fuego burbujeó en mis venas cuando llevó las manos a mis caderas para levantarlas y poder quitarme el camisón con un ágil movimiento.

Sentí la fugaz caricia del frío, pero él no tardó en volver junto a mí. Era un muro palpitante y radiante que me aplastaba.

Lo acogí entre mis piernas, notando su miembro enorme y duro, caliente y apretado contra el interior de mis muslos.

Alcé las caderas, buscándolo, hambrienta de él, y gimoteé ansiosa por calmar tanto anhelo, deseosa de retomar las cosas donde las habíamos dejado un año antes. Apenas habíamos empezado antes de que nos arrancasen el uno del otro. Malgasté mucho tiempo manteniendo las distancias con él, recelosa y asustada, cuando podríamos haber hecho esto todas las noches, en la travesía hacia el norte y en el Borg…

Su boca se adueñó de la mía, y luego se deslizó por mi cuello, por la curva de mis hombros.

Me moví debajo de él.

Colocó su parte más dura contra mi sexo. Rotó las caderas y se frotó contra mí, justo donde más húmeda y anhelante estaba.

Avivaba mi fuego, hacía crecer el deseo dentro de mí, un deseo que palpitaba tan profundo que la necesidad se afiló hasta convertirse en dolor. Solo nos separaba una fina tela, y quería hacerla desaparecer. Me faltaba el aire, estaba desesperada porque nuestros cuerpos volvieran a unirse como habían hecho en el pasado, para que todo aquello fuese más que un recuerdo, para que fuese real, para que ocurriese ya.

Hundí los dedos en su larga melena y acaricié los mechones

hasta la mitad de su espalda, donde arañé la suave curva de su columna, complacida por el siseo de placer que se le escapó junto a mi oído.

Pero entonces fruncí ligeramente el ceño: algo empezaba a despertarse dentro de mí y se abría paso a través de la bruma que había invadido mi mente, como una brisa que se estuviera levantando.

Una sensación. Una intuición. Un pálpito.

Alcé las manos hacia su cabeza y acaricié su melena de nuevo, siguiendo los mechones de rayos de luna que caían más abajo de sus hombros, extendiéndose por su espalda.

Fell nunca había llevado el pelo tan largo. Fruncí más el ceño. Le llegaba justo a los hombros.

Me quedé quieta. Dejé de frotarme húmedamente contra él.

Y entonces me fijé también en otras cosas. Le toqué el cuello, acariciándole suavemente la piel, buscando la gruesa cadena de su collar de ópalo. No estaba. ¿Lo habría perdido? Nunca lo había visto sin él.

El miedo se empezó a apoderar de mí.

La marca de mi mano…

Flexioné los dedos y los sacudí un poco, los moví como si estuviese tocando un instrumento, probando, buscando la sensación. La palma de mi mano se había quedado muda, inmóvil y apagada como un viento dormido. No irradiaba calor, ni siquiera un cosquilleo. No vibraba, como ocurría cuando lo tenía cerca.

Como siempre que lo tenía cerca.

Nada.

Me acarició el cuello con los labios y me rascó suavemente la piel con los dientes duros, para luego lamerme y cerrar la boca para succionar en el punto donde me palpitaba el pulso. Era una

sensación demasiado erótica, demasiado envolvente, y gemí mientras me arqueaba contra él, frotando los pechos contra la firme losa de su pecho. Y fue entonces cuando gruñó con la boca pegada a mi piel:

—Qué caliente estás, Llamita…

Me quedé paralizada.

Él siguió amando mi cuello, completamente ajeno a mi repentino retraimiento.

Me aclaré la garganta para susurrar su nombre, para dejarlo aterrizar dubitativamente en el aire entre nuestros alientos ardientes como un deseo, una esperanza…, un ruego.

—¿Fell?

Se puso rígido. Se convirtió en un bloque de piedra sobre mí, confirmando así mis temores, mi error.

Mi terrible, terrible error.

Ese no era Fell.

Le pegué un empujón en los anchos hombros para quitármelo de encima, zafándome así del contacto de su carne dura contra la mía.

No era Fell. Pues claro que no era Fell.

Con un gemido de pánico, eché el brazo hacia atrás y le di un puñetazo en la cara.

Él soltó un gruñido.

Retrocedí por la cama para coger un cojín y abrazármelo con fuerza sobre el cuerpo, utilizándolo como escudo para tapar mi desnudez, ya que el camisón estaba arrugado en el suelo, en alguna parte.

Lo miré de hito en hito con unos ojos como platos y el dolor pintado en el rostro, penetrando en la oscuridad que nos rodeaba. Lo miré de arriba abajo, fijándome en los pequeños detalles que se me habían pasado por alto debido a mi confusión, a los residuos de

esa pesadilla que seguía pegada a mí y que me había traicionado, que me había cegado cruelmente ante lo que ahora me parecían enormes diferencias.

El pelo, sí, pero también la postura de sus hombros, que, de algún modo, era más propia de un depredador. Su aroma tampoco era como el de Fell: la marga y la nieve fresca nadaban cerca de mi nariz. ¿Cómo no me había dado cuenta?

—Yo no soy Fell —gruñó con una voz que también era distinta. Era grave, sí, pero, de algún modo, más resonante, más lírica…, más excitada. Se tocó la barbilla, donde le había asestado el puñetazo.

—Está claro —respondí con un jadeo. Me temblaba todo el cuerpo; exhausta de repente, agotada, como si acabase de correr sobre arenas movedizas.

—No está tan claro, salta a la vista —me contradijo, con tanta precisión como un látigo al aterrizar sobre su objetivo. Hice una mueca ante mi propia ocurrencia; era demasiado pronto para hacer esa comparación.

—¿Qué haces en mi guarida? —No debería haber entrado así, en mitad de la noche, cuando yo estaba dormida y más vulnerable. Creía que aquel era mi santuario, que allí estaba libre de él.

—Has gritado. —Había un matiz acusador en sus palabras, una voz dura, ligeramente jadeante, como si siguiera afectado tras nuestro…, tras lo que habíamos hecho—. Has gritado, así que he venido. —Una explicación simple y, sin embargo, nada de todo aquello parecía simple. Me miró exasperado—. Hemos estado durmiendo en el mismo espacio durante semanas, Tamsyn… ¿De verdad pensabas que no estaría alerta por si me necesitabas? ¿Que no estaría en tensión… para asegurarme de que te encontrabas bien?

Inhalé con una mueca. Por supuesto. Desde la rekon, no había

sido sino atento y solícito conmigo. No podía simplemente desactivar ese instinto en cuanto yo volviese a mi propia guarida.

Flexioné de nuevo los dedos, y entonces…

Ahí estaba.

Fell. No solo en mi sueño.

Sentí que las protuberancias de la palma de mi mano, las líneas punzantes de esa «x» grabada en la carne, cobraban vida de repente, vibrando como una cosa salvaje y desesperada…, como un animal atrapado, dispuesto a arrancarse la propia pierna a mordiscos para liberarse de su trampa.

—He tenido una pesadilla —le expliqué sin darle muchos detalles con la esperanza de que con eso bastara—. A veces pasa.

—¿Y has gritado? Debía de ser una buena pesadilla.

Asentí una vez con brusquedad.

—Últimamente sueño más. —Me humedecí los labios—. Desde que desperté de mi svefn. —Y también durante. De hecho, mi svefn mismo había sido un sueño interminable.

Él me miró durante un largo momento antes de exhalar un suspiro.

—Aquí estás a salvo, Tamsyn. Lo sabes. El Terror no te va a encontrar aquí.

¿Lo sabía? ¿Había acaso algún lugar seguro? No me parecía una promesa que nadie pudiera hacerme… y mucho menos una que yo me pudiera creer.

Y ¿cómo le iba explicar que no era Stig quien me perseguía en sueños? Que era Fell. Que lo sentía como nunca antes lo había sentido. Que lo sentía conmigo incluso en ese momento, que había estado a mi lado durante el svefn. Al menos… Al menos allí lo había sentido, en aquel punto entre sombras, a medio camino entre la vida y la muerte. En ese descanso tan profundo y reparador, me había

sentido conectada a él. Más que eso. Había estado conmigo.

Mis sentimientos, sus sentimientos… Había sido imposible distinguirlos, desenmarañarlos.

—Lo siento —murmuré, porque me parecía lo adecuado. Había entrado en mi habitación de buena fe, yo prácticamente me había abalanzado sobre él y, luego, le había dado un puñetazo.

Él se encogió de hombros.

—No pasa nada.

El aire era denso a nuestro alrededor. Me daba la sensación de que él estaba esperando algo.

—Cuando te he oído gritar… —Se le apagó la voz—. Me ha hecho pensar en todo lo que te pasó. —Alzó el pecho y los hombros al inhalar profundo, como si le costase admitir qué era lo que tanto le pesaba—. No quiero que te vuelvan a hacer tanto daño jamás.

«Este mundo es un lugar peligroso. Incluso aquí lo es».

Recordé que Vetr me había dicho aquello una vez, o algo parecido, después de que Nayden me atacase con su fuego.

—Me acabas de decir que aquí estoy a salvo —le recordé.

Inclinó la cabeza a modo de asentimiento, pero vaciló de todos modos. Entonces, con una voz aterciopelada y ronca que me había recordado a cuando me había dicho eso de «qué caliente estás, Llamita…», añadió:

—Si fueses mía, también estarías más segura aquí, en los Riscos. Nadie se atrevería a hacerte daño. No tendrías ninguna razón para tener pesadillas.

Me ruboricé y un enjambre de mariposas echó a volar en mi estómago, rebeldes y desconcertantes.

«Si fueses mía»…

Respiré con brusquedad, tratando de asimilarlo.

—Creo que he demostrado que se me da bastante bien cuidar de

mí misma.

Él asintió.

—Así es. Nadie estaría en desacuerdo con eso. Pero nos podría ir muy bien juntos, Tamsyn. —Guardó silencio unos instantes—. Y no tendrías que dormir sola nunca más. Yo estaría a tu lado si tuvieras pesadillas.

De repente, no podía quitarme de la cabeza que estábamos completamente a solas, y que yo estaba completamente desnuda, y que él también estaba también casi desnudo, con el pecho al descubierto, con esa vasta extensión de piel a la vista. El mismo pecho contra el que yo tan impúdicamente me había frotado.

Tragué saliva con dificultad. Todavía podía saborearlo, todavía sentía un anhelo entre las piernas, donde nos habíamos restregado el uno contra el otro. Era abrumador, y excitante, y…

Mi cuerpo había decidido que lo deseaba, y yo me sentía traicionada por él.

Decidí hacer caso omiso del «si fueras mía». En lugar de eso, señalé:

—Fell no estaba a salvo aquí. Y tú te salvaste por muy poco. —Tuvo que sacrificar la ubicación de una mina muy codiciada para conseguir que lo soltaran.

—Lo que le ocurrió a él no te va a ocurrir a ti.

—Eso no puedes saberlo.

Él parpadeó y exhaló un aliento tembloroso.

—Si pudiera volver atrás, nunca…

—Calla —lo interrumpí.

No quería saber qué cosas querría cambiar. Fell y él habían elegido cuáles serían sus actos ese día. Se habían ido juntos y Vetr había vuelto solo. El arrepentimiento no servía de nada. Yo podría haber llenado todos mis días y todas mis noches solo enumerando

todas las cosas que habría hecho de un modo distinto.

Me froté la palma que latía con el pulgar de forma involuntaria. No podía evitarlo. Me ardía aún, como una picadura reciente. Cada vez que deslizaba el pulgar sobre la marca recibía una respuesta, una chispa que me contestaba. Era molesto. Y desconcertante.

Tal vez mi cuerpo hubiese sanado durante el svefn, pero yo ya no era la misma. Los sueños con Fell, la sensación de tenerlo conmigo, de su tacto, de su voz en mi cabeza. Las intensas palpitaciones de la palma de mi mano… Por extraño y disparatado que sonase, yo no me había despertado sola.

Tragué saliva, me aclaré la garganta y me atreví a preguntar lo mismo que había decidido aceptar hacía unos meses.

—¿Estás seguro de que Fell está muerto? ¿Muerto de verdad? ¿No podría seguir vivo y encontrarse en algún lugar de los vastos Riscos?

¿Había Vetr visto con sus propios ojos como Kaldr, el líder del skelm, lo mataba?

No era la primera vez que acudía al alfa con esas cuestiones. Lo había hecho varias veces, los primeros tiempos tras perder a Fell. Él siempre había rechazado esa posibilidad y me había aconsejado que dejase de albergar esperanzas.

Y la lógica me decía que tenía razón: Fell no estaba en ningún sitio. No podía estarlo… Pero la esperanza era algo muy difícil de matar.

Era un mundo grande, y había otros mundos dentro de él. La magia podía esconderse en los rincones más profundos. Vetr podía estar equivocado.

—Tamsyn… —dijo Vetr con voz calmada, con los ojos de escarcha clavados en mí, como si necesitase que sus siguientes palabras se enraizasen en mi interior—. El skelm no es famoso por

su piedad, sobre todo Kaldr. Lo mataron. Lo siento. Cuanto antes aceptes que Fell no sigue vivo, antes te sentirás en paz. —Lo afirmó con increíble franqueza, y su voz me envolvió igual que la niebla, como si de verdad quisiese eso para mí. Que me sintiera en paz.

Yo también deseaba esa paz.

Mi mano empezó a palpitar de nuevo, como burlándose de mí. Me la llevé al pecho y presioné la palma contra él, como si así, solo con mi cuerpo y mi fuerza de voluntad, pudiera silenciar la marca latiente.

Vetr siguió mi movimiento; nada se le pasó por alto. Al cabo de un instante, como si se hubiese detenido a pensárselo mejor, alargó una mano hacia mí. La dejó suspendida sobre la mía, como si quisiera darme tiempo de reaccionar, de apartarme; cuando vio que no lo hacía, me la cogió. Sin dejar de observar mi rostro, recorrió la marca con la yema del pulgar, acariciando las gruesas líneas con una ternura que yo ya empezaba a esperar por su parte.

Se me desplomaron los hombros entonces, toda la energía y las ganas de resistirse abandonaron mi cuerpo y mi agotamiento quedó al descubierto.

—¿Por qué lo sigo sintiendo? —Me estremecí una vez tras otra mientras lo miraba—. ¿Cuándo parará? —le supliqué con voz ronca —. Si ya no está entre nosotros…, ¿cuánto más tiempo habré de vivir con su fantasma en mi interior? —Las palabras cayeron entre nosotros, tan serradas como pedazos de cristal.

—Se te pasará con el tiempo —me aseguró—. Es como un recuerdo. Al final, se atenúa y se difumina. Los vínculos de los dragones son muy profundos, pero cuando pases página y empieces de nuevo a vivir por ti misma…, cuando le abras la puerta a cosas nuevas…

Se interrumpió, sin dejar de acariciarme la palma de la mano con

el pulgar. Sus caricias empezaron a electrizarse, como el aire antes de una tormenta, a hacerse más vigorosas y, de algún modo, también más sensuales. Inclinó la cabeza y me besó la palma de la mano, justo encima de la «x» vibrante.

«Cuando le abras la puerta a cosas nuevas…».

—¿Cómo? —susurré, inclinándome hacia sus labios, hacia la promesa del alivio—. ¿Cómo se hace eso?

Alzó la cabeza y me clavó la mirada plateada en los ojos, para luego recorrer con ella mi nariz, mis labios.

Me soltó la mano y acercó el pulgar a mi rostro y a mi boca, y me rozó el labio inferior con una sola y lánguida caricia.

—Llevaba mucho tiempo esperando para saborear esta boca, Llamita.

Parpadeé a toda prisa. Ese sobrenombre tenía cierto efecto en mí. No debería, pero así era.

—¿Ah, sí?

—La experiencia ha estado a la altura. Tienes una boca suntuosa. Es todo un festín. Cómo deseo volver a besarte. Cómo deseo saborearte entera…

Me ardía el rostro; el fuego se propagó por mi cuerpo. Le dije que no suavemente, moviendo la cabeza. Desearlo era peligroso. Estuve a punto de decírselo, pero me contuve al comprender que él no era alguien que se alejara del peligro. Había vivido toda su vida en el filo de la navaja. Volaba a territorios peligrosos todo el tiempo y se mezclaba con aquellos que lo odiaban y solo le deseaban el mal. Era posible que, para él, el peligro fuese incluso un aliciente.

Sentía que su mirada me atravesaba.

Abrí la boca, pero no salió de ella ningún sonido.

Él, en cambio, prosiguió:

—Tienes que hacer sitio para cosas nuevas en tu vida.

—Quieres decir… sitio para ti.

Tardó mucho rato en responder, y temí, en un momento de duda, haberlo malinterpretado, haber comprendido mal sus desvergonzados susurros. Hasta que se encogió de hombros.

—¿Tan malo sería aceptarme?

¿Aceptar a Vetr? ¿El hermano de Fell?

Quería que esa idea me repeliera y, sin embargo, me oí decir:

—Aceptarte como… —Tragué saliva con dificultad; de repente, estaba mareada, como si hubiese bebido demasiado vino de bayas verda.

La niebla creció a nuestro alrededor, tornándose más densa. Se movió sobre mí, como unos dedos casi imperceptibles que se deslizaran sobre mi piel. Y supe que era él, desplegando su magia. Unas serpientes de humo me rozaron la mandíbula y me acariciaron el cuello.

Era Vetr quien lo hacía. Era él quien creaba y controlaba la neblina, quien la tejía a nuestro alrededor, quien manipulaba el vapor para que me acariciase como un amante.

La distancia que nos separaba había empezado a acortarse. Se estaba acercando a mí con tanta sutileza, con tanta quietud como la propia niebla.

Apreté el suave cojín con los dedos y me lo apretujé contra el pecho.

—Acepta que sea tuyo, Tamsyn, y entonces seré tuyo. Nos perteneceremos el uno al otro. —Su voz era, en sí misma, otro tipo de magia, hipnótica y sutil. Una de sus manos volvió a adueñarse de la mía para frotarme la «x», para masajeármela, para calmar el dolor con la presión de su tacto—. Si estás conmigo, esto se desvanecerá.

«¿Seguro?».

Bajé la mano y miré sus dedos, que trabajaban diligentemente

sobre mi palma, y sentí una confusa mezcla entre alivio y tristeza al sentir cómo con sus caricias atenuaba el eco de Fell, cómo lo sometía.

Alivio y tristeza. Como el agua y el aceite. Dos cosas que no deberían existir al mismo tiempo, pero ahí estaban, enmarañadas y enredadas en un nudo, dentro de mí.

¿Quería yo perder a Fell para siempre?

Me miré la mano. ¿Para siempre? ¿Quería yo librarme de su eco? ¿De su fantasma? Si lo hacía, su pérdida sería permanente, definitiva, igual que lo son todas las cosas muertas.

De repente, la piel de la palma de mi mano dio un brinco; siseó y echó chispas, más viva y reactiva que nunca, casi como si la «x» estuviera luchando contra las caricias de Vetr, repeliéndolas, obligándolo a retroceder.

Y eso fue justo lo que hizo.

Me soltó y dio un paso atrás como si se hubiese hecho daño, y me miró la palma de la mano, que resplandecía como fuego en la oscuridad.

—¡Es él! —exclamé con la voz entrecortada.

Vetr me miró a la cara y luego la marca ardiente, visiblemente inquieto.

—Está muerto. —Su tono de voz se había tornado más duro, autoritario, y no supe a ciencia cierta si se estaba dirigiendo a mí o a sí mismo—. Tienes que dejar de atormentarte. No puedes seguir así.

Digerí lo que me acababa de decir, deseando que fuese tan sencillo, poder elegir no sentirme así y ahuyentar los sueños, los recuerdos, los anhelos, ahuyentar la vibración incesante de mi mano.

Respiré hondo; de pronto, necesitaba más aire en ese espacio que parecía empequeñecerse a mi alrededor, que parecía cercarme.

Me lo quedé mirando, segura de que nunca antes lo había visto como era, a ese hombre, ese dragón, que quería que yo fuese su compañera.

«Llevaba mucho tiempo esperando para saborear esta boca, Llamita».

—¿Cuánto tiempo? —le pregunté abruptamente—. ¿Cuánto tiempo hacía que querías besarme?

Él apartó la vista. Pensé que no respondería, pero entonces me volvió a mirar con los ojos brillantes, como hielo ardiente.

—¿Recuerdas la primera vez que te derribaron en la arena?

Hice una mueca. Habían pasado ya unas semanas desde que había perdido a Fell, y, tras decidir que había llegado la hora de retomar mi vida, por mucho que hubiera cambiado, me había arrastrado hacia el ruido.

—Luché contra Bodin. —A sus trece años, era el más joven de la manada (a excepción de la pequeña Mirja), y me había hecho morder el polvo de todos modos.

—Te ganó.

—Eso es un eufemismo.

—Te tiraba al suelo una vez tras otra.

—Y sin hacer ningún esfuerzo. Casi no me había puesto de pie todavía y ya estaba tirada en el suelo de espaldas. Estaba tan avergonzada…

—Estuviste magnífica —me contradijo con sinceridad.

El cumplido me provocó una punzada en el techo.

—No es así como me describiría yo —le respondí sin aliento.

—Cada vez que te derribaba, volvías a ponerte de pie. No te rendías…, y yo… —Se calló, con la mirada fija en mis labios—. Yo no podía dejar de mirarte.

No hizo falta que dijera nada más. Fue entonces cuando empezó

a pensar en saborear mi boca.

Me humedecí los labios.

—No estoy preparada, Vetr. No deberías esperarme. Hay otras que merecen más tu tiempo. Estrid, Gudru… —le sugerí a toda prisa, como si fuesen mías para ofrecérselas.

Curvó ligeramente los labios, casi esbozando una sonrisa.

—¿Estás intentando decirme a quién debería desear?

Tragué saliva. «Desear». Otra vez esa palabra.

—Sería menos complicado que eligieras a una de ellas.

—Te deseo a ti, Tamsyn. Si he esperado tanto tiempo es por ti. Puedo ser paciente y seguir esperando. No me importa que sea complicado. Algo me dice que la espera merecerá la pena. Que tú mereces la pena.

Me estremecí, aunque lo último que sentía era frío. En ese momento, con su mirada sobre mí, con sus palabras vibrando a través de mí, estaba en llamas.

Siempre había sido intenso cuando se trataba de entrenar y de la defensa y la protección de la manada. Los demás pasaban su tiempo libre jugando o coqueteando, pero él no. Era demasiado serio para eso. Demasiado serio para frivolidades. Él siempre estaba trabajando en alguna tarea, o concentrado en alguna estrategia con uno de sus skeppars, supervisando un ejercicio de entrenamiento o planificando la próxima rekon.

Imaginaba que había sido siempre así, incluso de niño… Un niño salvaje al que habían dejado solo no debía de haber tenido tiempo para el ocio. Ni entonces ni ahora.

Abrí la boca para decirle que no tenía ningún interés en vivir un romance ni en formar un vínculo, ni con él ni con nadie. Que ya tenía bastante con aprender a sobrevivir en ese nuevo mundo.

Pero él dio media vuelta antes y se alejó de mí con sus andares

audaces y fieros, de eterno cazador.

En el umbral de mi puerta se detuvo un momento y se volvió para mirarme.

—Algún día tendrás que pasar página. Ahora tu familia es la manada, quieras o no quieras darte cuenta… Y tu familia te necesita. —Hizo una pausa y carraspeó como si tuviera algo atorado en la garganta, algo que le estuviera impidiendo el paso a su voz—. Yo te necesito.

Apartó las cortinas y desapareció, dejándome sola con mi mano y sus latidos desbocados, y con mis pensamientos, que lo estaban aún más.

Me juré que no volvería a pensar en ello. Ni en sus palabras, ni en sus labios, ni en sus caricias.

Olvidaría todo lo que había ocurrido esa noche y también lo olvidaría a él.

15

TAMSYN

El invierno llegó antes de hora.

Trajo consigo más nieve de la habitual. No era como la nieve del invierno anterior, ni como la que cubría el suelo y los picos de las montañas todo el año. No, aquella nieve no era fresca y blanda. Aquella era una nieve brutal y asfixiante, incluso para los dragones, que tan bien se desenvolvían en un clima frío.

Una tormenta inesperada nos pilló a todos desprevenidos. Nos obligó a recluirnos en las cuevas y nos mantuvo allí encerrados, como hormigas escondiéndose de un maremoto. La ventisca nos impedía volar, y aventurarse a recorrer terreno en esas condiciones no era una opción.

Mientras el mundo exterior ululaba sin cesar, nos resguardamos en nuestras cavernas y tratamos de mantenernos ocupados mientras esperábamos a que aquella blancura cegadora llegara a su fin. Al parecer, incluso los dragones, con sus muchos talentos y su gran capacidad de adaptación, tan afines a la vida en los Riscos, tenían sus límites.

Todos estábamos nerviosos. Nuestra naturaleza era la de ser criaturas salvajes, y esa cautividad forzosa, a pesar de que dispusiéramos de todas las comodidades y tuviésemos provisiones

de sobra, iba en contra de nuestro instinto.

Necesitábamos estirar las alas. Literalmente.

El entrenamiento en la arena se volvió especialmente violento, pues era donde canalizábamos toda nuestra energía contenida. Se rompían huesos, se partía piel y la sangre salpicaba el aire. Brenna estaba allí para curar y recomponer los cuerpos lo mejor que podía. La enfermería se encontraba siempre llena, y el vino de bayas verda fluía como el agua, pues era un bálsamo para el cuerpo y para el alma.

Cada vez que se llevaban a alguien de la arena, yo miraba a Vetr para ver si detenía por fin todo aquello y ponía fin a tanta brutalidad, pero el alfa se limitaba a observar con los robustos brazos cruzados con decisión ante su pecho, con los dientes apretados y con una tensión que emanaba de él como nunca había visto antes. Me pregunté si también él sentiría aquella inquietud, aquella necesidad desesperada que nos causaba el estar encerrados, atrapados. ¿O sería otra cosa lo que le confería ese aspecto, como si estuviera tan rígido como las montañas rocosas que nos rodeaban?

No podíamos hacer nada más que esperar.

Esperar mientras la tormenta continuaba durante días.

Al cabo de otra semana me permitieron entrenar de nuevo, aunque con algunas limitaciones, y siempre con el peso de la mirada de Vetr sobre mí, como si estuviera preparado para intervenir en cuanto juzgase que me estaba pasando de la raya.

Seguí cumpliendo con mis obligaciones, tomando mis comidas en el asiento designado para mí y escuchando la cháchara de Kerstin, que siempre se sentaba a mi lado. Me esforzaba hasta el agotamiento y bebía gran cantidad de vino de bayas verda durante la cena con la esperanza de dormir sin ser asaltada por las pesadillas plagadas de Fell. Trataba de hacer caso omiso de la piel susurrante

de mi palma marcada, que seguía empeñada en hacerse notar. Trataba de no pensar en Vetr y en lo que me había dicho. Trataba por todos los medios de que nadie se fijara en mí en esos tiempos tan tensos, en los que parecía que nos faltaba el aire o el poco que había sabía a hielo, a sangre y a sudor…, como si, si yo no llamaba la atención, Vetr se fuese a olvidar de mí. Igual que yo me había propuesto olvidarme de él.

«Cómo deseo saborearte entera…».

«Te necesito».

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Pasé junto a la sala común haciendo equilibrios con un cesto de ropa limpia apoyado en la cadera. Con aquel frío y aquella humedad, la ropa tardaba más en secarse, así que estaba contenta de que por fin mis prendas se hubieran secado lo bastante para descolgarlas del tendedero de la lavandería.

La neblina aparecía por momentos y se me arremolinaba en las botas mientras caminaba. Mientras la tormenta seguía causando estragos en el exterior, la niebla perpetua se había mitigado. Vetr y nuestro otro ocultador, Vestar, no emitían tanta bruma como de costumbre. Con un clima así, no necesitábamos la capa extra de protección, pues la nieve nos proporcionaba cobertura suficiente. Nadie se aventuraría a explorar los Riscos ni se atrevería a atacarnos en esas condiciones. Los guerreros de Veturlandia tampoco viajarían tan lejos en ese clima, aunque estuvieran acostumbrados al frío.

En los meses de verano, habíamos atisbado sus filas gracias a sus cascos alados característicos. Marchaban hacia Penterra, enviados por el rey para presentar batalla y atacar a su enemigo del sur.

La tregua que habíamos pactado con el skelm parecía aguantar. No había habido más encuentros, a pesar de que se habían presentado algunas oportunidades y de que algunos miembros de las respectivas manadas se habían visto desde lejos.

La bebé chilló y me volví hacia el otro lado de la sala. Era bonito oír sus gorjeos; me regalaban la sensación de que mi vida allí era casi corriente, a pesar de habitar en un lugar en lo que lo corriente no existía.

No veía a la niña a menudo. Normalmente ya estaba acostada cuando cenábamos, dormida en una cuna que no se encontraba lejos de la mesa principal ni de los ojos vigilantes de Brenna, y yo nunca me cruzaba con ella durante el día, pues ninguna de mis tareas me requería entrar en la habitación donde la pequeña pasaba casi todo su tiempo.

La única cría de la manada era una representación de la esperanza. Del futuro. La primera de la siguiente generación. Me detuve unos instantes y estiré el cuello para verla, buscándola con la mirada. Allí estaba. Brenna, que se hallaba sentada a la mesa, la llevaba sujeta al pecho mientras dividía hierbas en ramos que luego ataba con un cordel.

La bebé trató de agarrar las manos de su madre, que movía ante ella, pero Brenna siempre lograba esquivar sus dedos regordetes. Iba más lenta por su culpa, por supuesto, pero, a juzgar por la dulce sonrisa que tenía pintada en la cara, no le importaba.

Noté que se me borraba la sonrisa cuando vi que Vetr se acercaba y se detenía junto a ellas. Intercambiaron unas palabras, inaudibles a tanta distancia, y luego él alargó los brazos hacia la bebé y la levantó del arnés con las grandes manazas, como si para él aquel gesto fuese lo más natural del mundo.

Me quedé observándolo mientras se la colocaba en un costado y

le sonreía.

La pequeña Mirja le agarró la nariz, pero a él no pareció importarle. Dejó que la bebé explorase su rostro con las manitas como si fuese un juguete fabricado especialmente para ella.

—En fin, creo que mi útero está dando volteretas.

Me volví de golpe y vi a Kerstin. Ni siquiera la había oído acercarse, cautivada como estaba con la escena compartida entre el mayor y la menor de la manada.

—¿Qué?

Señaló a Vetr con la cabeza y curvó la boca en una sonrisa.

—Cuando lo veo con un bebé…, la idea de expulsar a uno por la vagina no me parece tan objetable. Estoy segura de que me lo pasaría muy bien haciéndolo.

Solté una carcajada y negué con la cabeza.

—Eres un caso.

—Al menos si el padre fuera Vetr —añadió, como si fuese un detalle importante.

Dejé de reírme y contemplé la enorme sala común y a aquel dúo, imaginando que la niña en sus brazos era de él. ¿Qué clase de padre sería? Negué suavemente con la cabeza. Esa pregunta no debería ni habérseme ocurrido, pues su respuesta no importaba. No tenía nada que ver conmigo.

—¿No es un poco mayor para que lo mires con esos ojos? —pregunté, señalando a Vetr con la cabeza.

—Oh… Tampoco es tan mayor. Y dentro de poco seré mayor de edad. —Se le formaron dos arruguitas entre las cejas, como si tener la edad suficiente para elegir un compañero no fuese un futuro que esperase con muchas ganas. Con eso me sentía identificada. Casarme tampoco había sido el destino que yo había querido para mí, aunque lo hubiese aceptado. Y era justo eso lo que oía en la voz

de Kerstin. Aquello me perturbó, me devolvió a los tiempos en los que también a mí me dijeron cuál era mi obligación.

—Solo tienes dieciséis años. Aún hay tiempo.

—No tanto como crees. —Apartó la vista y, con la consternación todavía en el rostro, miró al grupo que estaba sentado junto al fuego, cuyas graves voces se interrumpían las unas a las otras mientras conversaban sobre la limpieza de sus armas. Entre ellos estaba Nayden, que, por una vez, no me fulminó con la mirada—. Aunque Vetr no tiene ningún interés en mí. Tendré que conformarme con alguno de ellos. —Pronunció aquella última frase con gran disgusto.

Tragué saliva, tratando de no pensar en que Vetr había declarado su interés por mí de manera muy directa. Me guardé ese dato para mí, cerca de donde ocultaba todos mis secretos.

Al mirar a Kerstin, pensé en Alise. Eran más o menos de la misma edad y a Alise ya la habían condenado a un matrimonio. Para ella ya era demasiado tarde, pero esperaba que Kerstin tuviera algo de tiempo antes de entregarse al matrimonio… o a la maternidad.

Pero, cuando eras joven y mujer, nadie te preguntaba por tus preferencias.

¿Era ese el destino de las mujeres jóvenes en todas partes? Aquí, en Penterra; al norte de los Riscos, en Veturlandia; al otro lado del Canal Oscuro, en Acton; en la lejana Isla de Meru… El destino de atarte a alguien que no habías elegido tú. Que tu valor solo se midiera según la efectividad de tu vientre. Pero sabía que no todas se veían sometidas a esto. Recordé fugazmente a la valerosa Mari, una de las muchas doncellas armadas del ejército de Fell. A esas mujeres nadie las forzaba a aceptar un marido. En el Borg, las mujeres parecían disfrutar de más autonomía. O, al menos, así era antes de que llegase Stig.

Kerstin apartó la vista del grupo que charlaba junto al fuego y volvió a mirar a Vetr.

—¿Tú no lo elegirías a él? ¿Si tuvieras que elegir a alguien?

Si tuviera que elegir a alguien…

¿A eso habíamos llegado? ¿Tendría que acabar eligiendo a alguien para quedarme allí y formar parte de esa comunidad, de esa familia, como la llamaba Vetr? ¿Y de verdad no me había dado cuenta hasta ese momento? ¿Acababa yo de entender lo mismo que una muchacha de dieciséis años tenía más que asimilado?

Asentí, distraída, mientras me mordisqueaba el labio inferior.

—Supongo. —Me obligué a apartar la vista de Kerstin y a mirar mi cesto de ropa cuidadosamente doblada, como si despertase mi fascinación.

—Es evidente que te parece atractivo —insistió Kerstin.

Alcé la vista hacia ella con un movimiento brusco, con el pulso acelerado, alarmada.

—¿Por qué es evidente?

¿Había hecho o dicho algo que le diera a entender a alguien que yo miraba a Vetr con esos ojos? ¿Que lo veía como un potencial compañero?

Me miró como si la respuesta fuese lo más lógico del mundo.

—Su hermano gemelo era tu compañero. Eran iguales —contestó encogiéndose de hombros.

Claro. Mi estado de alarma remitió, convirtiendo mi pulso en unos latidos rítmicos en mi garganta.

—Ah. Fell era mi esposo, pero nuestro matrimonio fue… de conveniencia. —Era la explicación más fácil. No era necesario contarle que nuestra unión se había fundamentado en engaños y un fraude miserable—. Nadie eligió nada. —Al menos, ninguno de nosotros dos. Fell pensaba que estaba eligiendo a otra persona y le

impusieron cargar conmigo, y esa traición había manchado toda nuestra relación.

—Entonces ¿no te parecía atractivo?

—Yo… no he dicho eso. —Me ardieron las mejillas al recordar nuestra noche de bodas… y la ceremonia de consumación. Tenía esa memorable noche y muchas otras ocasiones para atestiguar lo atractivo que me parecía Fell. Durante la travesía. Las noches en la cama que compartíamos en el Borg, cuando yacía a su lado enferma de anhelo, en las que no nos tocábamos, en las que no nos uníamos, porque yo era un dragón y él —pensaba yo— no lo era.

Y luego estuvo la última vez que estuvimos juntos, inmediatamente después de nuestro primer vuelo. En ese momento, con el sudor todavía sobre la piel, con su sabor en los labios y la sangre ardiéndome en las venas, me dije que pasara lo que pasase, que viniera lo que viniese, nos tendríamos siempre el uno al otro.

Qué equivocada estaba.

Kerstin esbozó una sonrisilla y me dio un suave codazo.

—Pues claro que no has dicho eso. Porque sería una mentira. Fuiste afortunada de tenerle. —Cuando su mirada se detuvo sobre Vetr, comprendí que estaba pensando en lo mucho que los dos hermanos se parecían, al menos de forma superficial. Lo oí en su suspiro de anhelo—. Vetr es lo más bonito que he visto nunca —añadió.

Era joven. Para ella, el aspecto y la atracción eran lo que más importaba.

Volví a mirar a Vetr con la bebé en brazos. No pude evitarlo. Sentí que algo respondía en mi vientre, algo que tiraba de lo más profundo de mí.

Quizá fuese por lo mucho que se parecía a Fell. Quizá, en parte, yo fuese tan superficial como Kerstin. O quizá fuese porque tener a

la pequeña en brazos lo hacía parecer más tierno, y eso me hacía mirarlo con otros ojos…, me hacía pensar en las cosas que me había dicho en la oscuridad…, en esos susurros que se me habían clavado en las entrañas, en esas manos y esa boca, moviéndose por mi piel como un ruego.

«Tú mereces la pena».

O quizá fuese porque me había traído volando desde Penterra, acunándome en sus brazos como si fuese algo precioso, y porque luego se había pasado semanas sentado al lado de mi cama, cuidándome, tratando de persuadirme para que lograra despertar de mi svefn.

Me froté la palma dolorida en la pernera de mis pantalones de lana, como si así pudiese extinguir esos latidos acuciantes de mi piel. Por primera vez, me molestó tener aquella marca. Me molestó esa vibración constante que subía y bajaba como las mareas, sin detenerse nunca, sin apagarse nunca, sin darme nunca paz.

No quería seguir sintiéndola.

Quería que el eco guardase silencio.

No era real. No podía serlo. No era Fell, así que… debía parar.

«Para. Déjame marchar».

Quería ser libre. Quería sentirme como el resto de los dragones de la manada, vivir el momento. Disfrutar de la vida, vivirla lo mejor que pudiese. Juntos.

—Dudo que Vetr siga estando disponible cuando yo pueda elegir compañero. —Me miró con cierta amargura—. Hay demasiadas babeando tras él. No tardará en elegir a alguna, estoy segura.

Se me encogió el estómago. Mi cuerpo reaccionaba, se rebelaba visceralmente contra sus palabras. Sentí la presión del tiempo, que se cernía sobre mí, pero no dije nada. ¿Qué iba a decir? «Me desea a mí». No. Kerstin no comprendería que no estuviera receptiva a su

proposición.

—Dentro de un par de años tendré que elegir a alguien —continuó.

Volvió a mirar al grupo que estaba junto al fuego y suspiró. Al observarlos, yo no vi más que muchachos, apenas hombres. Ella veía otra cosa… Su futuro.

Cambié el peso de un pie a otro, incómoda, y me recoloqué el cesto. No sabía qué me perturbaba más, que Kerstin eligiera a alguien que no deseaba o que Vetr acabase por elegir una compañera que no fuese yo. Pensar en la última posibilidad fue como un jarro de agua fría, y eso me desconcertó.

Sentí que me invadía el pánico, que un nudo invisible me apretaba más y más el cuello, advirtiéndome de que me arrepentiría si daba lugar a que él hiciera eso, si elegía a otra mientras yo seguía indecisa, mientras yo seguía tratando de discernir lo que quería. Una parte de mí se preguntaría siempre si había cometido un error.

Me había dicho que sería paciente…, pero ¿cómo de paciente podía ser si tenía la responsabilidad de la manada sobre los hombros y la presión de elegir una compañera y perpetuar la especie, y a alguien tan hermosa como Gudru colándose en su guarida por las noches?

Mi estómago siguió revolviéndose mientras lo miraba.

No lo deseaba.

«No quiero».

Entonces, él alzó la cabeza, que hasta entonces tenía inclinada hacia la bebé, y su mirada se clavó en la mía inequívocamente, como si supiera que llevaba todo ese tiempo observándolo. Sus ojos plateados se deslizaron sobre mí, recorriendo mi cuerpo despacio y prendiendo fuego a cada lugar que contemplaba, y luego volvieron a mi rostro y se detuvieron en él.

Al menos, no creía que lo deseara.

Pero tampoco quería que eligiera a otra.

No estaba bien, lo sabía. Estaba siendo tan voluble y caprichosa como una niña mimada incapaz de elegir qué lazo quería ponerse en el pelo. Era un comportamiento que habría juzgado propio de Feena o Sybilia.

Pero también sabía que tenía que hacer algo, porque no hacer nada era una decisión en sí misma, y no pensaba permitir que mi vida siguiese siendo algo que me pasaba. Ya no.

Yo decidiría mi propio destino. Jamás volvería a ser la chica que obedecía y cumplía con su obligación según la dictaran otros. Aquella chica ya no existía. Quien había ocupado su lugar era yo, y tomaría mis propias decisiones, fueran acertadas o erróneas.

No aparté la vista de él, ni de esos ojos de plata fundida que veían hasta lo que había dentro de mi alma. Poco a poco, las comisuras de su boca se elevaron para esbozar una sonrisa, y mi estómago dio otro salto mortal.

Yo también le sonreí.

16

TAMSYN

La noche rebosaba niebla, magia y anhelo.

La niebla y la magia eran propias de los Riscos y de las cuevas laberínticas que formaban el hogar de la manada. El anhelo, en cambio, era solo mío.

Y, aun así, cuando entré en la guarida de Vetr me pregunté si habría ido demasiado lejos atreviéndome a entrar allí, si ese sería uno más de los errores que contaría al final de mis días, junto a todos los demás. Pero entonces me recordé que él también había entrado en mi guarida sin invitación —y en más de una ocasión—, que el único error posible era no actuar, hacer caso omiso de la voz de mi cabeza y que habían sido los latidos y esa atracción que tiraba de mis entrañas lo que me habían llevado hasta allí.

Algo había cambiado dentro de mí, de un modo profundo y esencial. No sabía identificar en qué momento exacto se había producido ese cambio, pero había tenido lugar. No había sido de la noche a la mañana. No me había ido un día a la cama y me había levantado a la mañana siguiente total y singularmente transformada…, pero lo estaba.

Había sido por obra de una serie de detalles y acontecimientos. Me habían cambiado de forma, suavizando mis bordes, afilando mis

dientes, ahondando mis huecos. Todo había empezado cuando había perdido a Fell, aunque no terminó ahí. Luego, me habían derribado en la arena una vez tras otra. Había mordido el polvo y me había vuelto a poner de pie, había escupido sangre una vez, y otra, y otra. Había saboreado el viento con mi piel de dragón. Había sentido las caricias de las nubes en el rostro, y cómo mis alas se extendían tras de mí como las velas de un barco. Y, por último, el látigo había vuelto a mi espalda con toda su furia, más brutal, cruel y despiadado que nunca.

La sangre.

El dolor.

Y Vetr.

Vetr…

Sus manos, su boca y sus palabras roncas habían lanzado un hechizo sobre mí.

Yo era todo eso. Momentos más y menos importantes y todo lo que había habido en medio, todo lo que había crecido y se había desarrollado durante un año entero. Guijarros que se habían ido acumulando hasta formar la orilla rocosa sobre la que me encontraba.

«Ir demasiado lejos». ¿Acaso seguía existiendo algo así?

Además, ¿dónde si no íbamos a mantener una conversación privada? Todo el mundo estaba atrapado en el interior de las cuevas, esperando a que pasase la tormenta. No había un lugar donde ir en el que no hubiera ya alguien más, en el que no chocaras con algún otro cuerpo tenso como una cuerda, vibrando de energía e inquietud, con unos ojos que parecían presentes y no presentes a la vez, con las pupilas temblorosas, un momento contrayéndose y al siguiente dilatándose con un hambre desesperada de estar en cualquier otra parte. Fuera. En el abrazo de las nubes. Suspendidos

en el viento. En el aire.

Las cuevas de la manada eran espaciosas, tenían sus habitaciones y sus cámaras, pero, tras una semana encerrados todos juntos, no había en la tierra espacio suficiente para los veintinueve que éramos. Todo el mundo estaba subiéndose encima de los demás. Literalmente.

Las cópulas eran desenfrenadas. Todo el que tenía edad para hacerlo lo hacía para escapar a los placeres y distracciones de la carne. Sobre todo, los que estaban emparejados, pero también los que no. Todos exorcizaban así el exceso de energía. De noche, de día… En cualquier momento en el que apremiara la necesidad. El aire estaba repleto de gemidos y de gritos, y el olor penetrante del sexo había cubierto las cavernas como grueso musgo. No podía recorrer ni un solo túnel sin escuchar las pruebas de lo que ocurría, sin aspirar los aromas. No hacía sino exacerbar la tensión, crear una energía pulsante y sofocante. Ni siquiera yo era inmune. Cuando olía el miasma del deseo, sentía que la piel se me prendía fuego, que era demasiado tirante para mi envergadura.

Y allí me hallaba, en mitad de la guarida de Vetr. El pulso me latía como una llama parpadeante en la garganta. Me giré poco a poco en un pequeño círculo, evaluando el espacio. Él no estaba allí, solo su aroma. A marga y nieve fresca.

La cena ya había terminado, aunque había un sinfín de cosas que podía estar haciendo. Siempre iba de un lado a otro, dando órdenes, dirigiendo. Era el único que no parecía afectado por nuestro confinamiento.

Decidí esperarlo. Si lo posponía más, quizá me acobardara.

Su guarida no era mucho mayor que la mía. Estaba amueblada de forma similar, con la diferencia de que la mía tenía un aire de cámara de invitados, de alojamiento pensado para alguien que

estuviera de paso, mientras que de aquella se desprendía una permanencia, la sensación de que era un lugar en el que alguien vivía, lo que yo envidiaba. Era un espacio que le pertenecía a él tanto como él pertenecía al espacio, y no pude evitar imaginarme cómo me sentiría viviendo allí, con él, durmiendo en esa cama de pieles a su lado cada noche, alargando la mano para tocarlo cuando quisiera.

Su cama era más grande que la mía y también estaba cubierta con gruesas mantas de pelo y pieles, y también estaba situada cerca del suelo. Cerca había un soporte con una jofaina para lavarse y su espejo correspondiente colocado encima, en la pared. En lugar de un único baúl, tenía varios, y también disponía de un escritorio y un armario. Sobre el escritorio había montones de papeles y otras cosas. Al haber vivido toda una vida en esas montañas, había acumulado más posesiones, como era natural. A diferencia de mí. Lo único que yo poseía era el collar que adornaba mi cuello.

Todavía no había acabado de dar forma a las palabras que quería decirle. Y en ese momento, allí, en su espacio, no me sentía segura de nada. Quizá porque, en realidad, no hacían falta palabras.

Tragué saliva y me llevé una mano a la barriga, al estómago revolucionado, con la esperanza de calmar las mariposas que revoloteaban en su interior.

Quizá el tiempo de hablar ya hubiese terminado y fuese hora de pasar a la acción.

El aire se me escapó en un suspiro tembloroso al contemplar esa posibilidad. La posibilidad de tocarlo y besarlo y saborearlo…, de fundirme con ese cuerpo duro como la piedra hasta que fuéramos uno solo.

Me paseé de un lado a otro, tratando de calmar mis nervios sobreexcitados. Volví a otear la guarida y admiré las gemas

incrustadas en las paredes mientras me preguntaba si alguna de ellas tendría un significado especial para él. No pude evitar buscar entre ellas un ópalo negro. Se había convertido en una costumbre.

Todavía no había visto ninguno entre todas las joyas de la manada. Sentí una punzada en el pecho al preguntarme si algún día volvería a ver uno, si, quizá, también habría perdido para siempre la posibilidad de contemplar una gema como aquella. Si sería una página ya pasada que no podría volver a leer, solo recordar.

Suponía que el ópalo negro de Fell estaba en algún lugar de la inmensidad de los Riscos, probablemente, colgado del cuello de uno de sus asesinos. Quizá del cuello del infame Kaldr.

Aparté ese sombrío pensamiento y seguí evaluando la estancia, pensando en ella como un posible hogar futuro. Levanté el talón de mi zapato y lo volví a apoyar en el suelo de piedra, y me recordé que fisgonear no estaba bien.

Pero seguí moviéndome, explorando bajo el resplandor de las gemas, mirando sus cosas y recorriendo el paisaje de su vida con la mirada, suave como una brisa.

En el enorme escritorio había mapas y libros desperdigados. Cogí un pequeño instrumento, parecido a una flauta. Me pregunté si la tocaría, y se me escapó una pequeña sonrisa. Me gustaría oírlo tocar. La dejé en su sitio y continué hasta detenerme ante uno de los baúles. Era mucho más grande que el mío. Me incliné hacia delante, me detuve, y miré hacia atrás furtivamente, como para asegurarme de que seguía estando sola, de que Vetr no había llegado.

Sabía que no estaba bien ser tan fisgona, pero todavía había muchas cosas que no sabía sobre Vetr, sobre ese mundo, sobre la manada. Ellos habían pasado toda una vida juntos y se comprendían los unos a los otros tan bien como se comprendían a sí mismos. Yo

todavía estaba tratando de seguirles el ritmo, de aprender; me sentía como si me faltara el aire todo el tiempo, en una carrera imposible de ganar. Me dije que si fisgonear me ayudaba en ese aspecto, si al menos me permitía seguir compitiendo en esa carrera, era un acto perdonable.

Y había algo en ese baúl… Justo en ese. Estaba construido con una madera ligera y cenicienta, y su superficie estaba atravesada por unas barras de metal. Me intrigaba. Me llamaba. Una voz susurraba en mi interior, arremolinándose en mi mente como en ráfagas de viento. Me pedía que abriera la tapa.

Me arrodillé delante del baúl y cogí los lados de la tapa con impaciencia. No estaba cerrado. La tapa se alzó con facilidad, sin que las gastadas bisagras de hierro gimieran en ningún momento. Contenía todo tipo de cosas. Varios libros, más joyas, un peine y un cepillo, coleteros y bandas de cuero, un anillo, una baraja de cartas y un pequeño surtido de herramientas.

Nada extraordinario…, teniendo en cuenta que allí las joyas de valor incalculable eran tan comunes como los carámbanos de hielo que colgaban de las ramas de los árboles. Lo que debía hacer era cerrar el baúl antes de que Vetr se presentara allí y me pillara rebuscando entre sus cosas.

Volví a mirar tras de mí con cautela.

Y aquella voz susurrante se tornó más intensa. La acompañaba una corriente de energía que caminaba de la mano con ella. Venían juntas hacia mí, alargando los brazos con las manos abiertas.

Al principio pensé que la energía emanaba de las joyas que estaban en el baúl, en una bandeja, pero cuando deslicé los dedos sobre la superficie fresca y pulida de esas gemas me di cuenta de que no era así. No. Esas gemas estaban calladas, durmientes; no emanaban más que un suave arrullo melódico. No eran ellas. Había

algo más…

Aparté la bandeja y metí la mano hasta el fondo del baúl. Allí, mis dedos rozaron algo duro cubierto de tela. Cuando lo cogí me di cuenta de que era un saquito. Lo extraje enseguida, guiada por algo mucho más fuerte que la conciencia, más poderoso que las reglas que normalmente me gobernaban y que me decían que husmear entre las cosas que no me pertenecían estaba mal en cualquier caso. Eso ya no me importaba.

Lo que fuese que había dentro de ese saquito me llamaba, me atraía como una luz que te guía en un puerto, y me sentía impotente ante su invocación, incapaz de resistirme.

Abrí las cuerdas y miré dentro, ansiosa. El corazón me latía desbocado, trepándome hasta la garganta.

Estaba demasiado oscuro para ver lo que había dentro, así que metí la mano y cogí algo sólido con dedos temblorosos. Lo saqué y abrí la mano, dejando que la luz lo iluminara.

Se me paró el corazón en un latido interminable, para luego volver a palpitar con un frenesí de terror que parecía que me iba a partir el pecho en dos. No podía respirar. Lo que resplandecía ante mí era el collar con el ópalo negro y la gruesa cadena que tan bien conocía, con su miríada de colores parpadeando desbocados. Mi piel se estremeció al instante. El fuego empezó a crepitar en mi interior.

El collar de Fell. El que había visto por última vez en el cuello de Fell. Que era donde debía estar, y no allí.

Aquel primer día con la manada, cuando Fell se había separado de mí para seguir las órdenes del demonio que le había pedido que fuese a visitar el lugar donde su madre había muerto, el ópalo negro se había ido con él.

«Entonces ¿por qué está aquí, entre las cosas de Vetr?».

Se me nubló la vista mientras contemplaba la piedra vibrante.

Bajé los dedos para acariciarlo, pero me detuve al ver lo mucho que me temblaban. La enorme grieta que había en mi interior se llenó de miedo al instante.

—Veo que lo has encontrado.

17

TAMSYN

Cogiendo el collar con todas mis fuerzas, apretujándolo en mi puño tembloroso, me di la vuelta de golpe para encararme con Vetr. No lo había oído entrar. No había oído el murmullo de las cortinas. Tampoco había oído sus pasos.

Lo único que había oído era el martilleo de mi corazón, que siguió latiendo desbocado mientras yo levantaba la mano, con la cadena oscura colgando de mis dedos.

—¿Qué hace esto aquí? —Mi voz sonó queda y meliflua, a pesar de la ligera sensación de alarma que se propagaba por mi cuerpo, advirtiéndome de que fuese con cuidado, y a pesar del fuego que había cobrado vida en mi interior y que buscaba ya una forma de liberarse, como siempre, preparado para defenderse, para atacar.

La expresión de Vetr era inescrutable. No era capaz de interpretar qué debía de estar pensando, pero su voz reverberaba en mis oídos. «Veo que lo has encontrado».

No lo había negado. No me había ofrecido ninguna explicación. No había mostrado preocupación ni arrepentimiento ante mi hallazgo.

—¿Por qué tienes esto tú? —insistí, esperando una razón lógica que me tranquilizase y extinguiera el sabor acre del miedo que me

impregnaba la boca. Volví a mirar el baúl—. ¿Por qué estaba escondido debajo de tus cosas?

En lugar de responder a mi pregunta, contraatacó con otra:

—¿Qué estás haciendo en mi guarida?

«He venido a seducirte». Negué con la cabeza, atragantándome con esa verdad vergonzosa, esa verdad que me revolvía el estómago y que ya nunca osaría admitir.

Lo miré con recelo y respondí:

—Eso no importa.

Una sombra cruzó sobre sus rasgos, como una nube de tormenta. Se acercó a mí, imponente como una montaña, invadiendo mi espacio.

—No habías puesto nunca un solo pie aquí… ¿Y ahora entras a revolver mis cosas?

Di un paso atrás, todavía negando con la cabeza, y levanté el ópalo negro, poniéndolo entre los dos. Lo que me había llevado hasta allí ya no importaba. Lo único que importaba era eso.

—¿Por qué tienes tú el collar de Fell?

—Cuando nos atacaron y se lo llevaron…, se le cayó. Yo lo recogí.

Tal vez parecieran palabras muy simples, pero no había nada simple en todo aquello. Se notaba sobre todo en cómo esquivaba mi mirada una y otra vez, apartándola para luego volver a mirarme de nuevo.

«¿Se lo llevaron?».

De aquello no se desprendía en absoluto que Vetr hubiera sido testigo de la muerte de Fell, y, no obstante, en su día había dado a entender que estaba completamente seguro de que estaba muerto. Había asegurado que había visto cómo el skelm lo mataba.

Una mentira.

Me ardía el rostro. Me escocían los ojos.

Traté de asimilar aquella realidad, la verdad, por fin. La tragué como si fuera un brebaje repugnante.

¿En qué más me habría mentido? Vetr había explicado que le habían permitido irse a cambio de revelar la ubicación de la mina de gemas más valiosa de la manada. ¿Era eso cierto? ¿O había algo más que no había revelado?

Inhalé con fuerza, con esfuerzo, y lo miré como si lo estuviera viendo tal y como era por primera vez… Y me di cuenta de que no era quien yo creía.

Abrí y cerré la boca varias veces antes de balbucear:

—¿Está muerto de verdad?

Los latidos ardientes de la palma de mi mano estallaron como unas ascuas que acabaran de avivar, cobraron vida, reaccionando a mi pregunta y respondiéndome por él. La «x» me gritaba, me decía lo que ya sabía. Lo que, en el fondo, había sabido todo ese tiempo.

—Vetr —insistí, pronunciando su nombre con furia, mordiéndolo como algo duro que tuviera entre los dientes.

El tiempo se alargó, suspendido en el aire que crepitaba entre los dos.

—Sospecho que está vivo —confirmó, asintiendo con severidad.

Solté todo el aire que tenía dentro con una gran exhalación.

—¿Cómo es posible? —pregunté con voz ronca.

Él me miró con el rostro inexpresivo.

—Como te dije, el skelm se lo llevó, pero creo que sigue vivo. No lo sabía con certeza, no hasta la otra noche. No hasta que vi cómo te brillaba la «x» de la mano, como recién grabada a fuego. Eso solo puede ocurrir si sigue vivo. Es el vínculo.

De repente, sentí que me fallaban las piernas. Me tambaleé sobre mis pies, a punto de derrumbarme, de romperme como una

ramita ante la más mínima presión.

«Vivo».

Era la única palabra que había oído. Fell estaba vivo en alguna parte. Había pasado un año entero… y seguía vivo.

De repente, Vetr se puso a mi lado, rodeándome con un brazo para sujetarme. Me zafé de él como si me hubiese quemado al tocarlo. Retrocedí tambaleándome y me choqué con el escritorio, así que me agarré a él con tanta fuerza que me empezaron a doler los nudillos. Y ni siquiera entonces me solté.

—¡No me toques!

—Tamsyn… —murmuró con una voz tan suave como un lago sin viento.

—Te creí —le reproché con voz acusadora, una voz que en absoluto recordaría a un lago de aguas calmas. Era como un río de pedacitos serrados de cristal que dejara un reguero de sangre a su paso.

Pensé en cómo me había mentido, con tanta facilidad, con tanta naturalidad, con ojos y voz amables. «Fell está muerto», me había dicho, y yo me había tragado su traición, la había masticado y engullido.

La bilis me trepó por la garganta, donde se mezcló con el carbón ardiente. Luché contra ella, me la tragué, decidida a no vomitar allí, a sus pies. Moví la cabeza a lado y lado en un gesto de desdicha.

Fell no habría renunciado a mí como yo había renunciado a él. Me había rendido. Aquella certeza me sobrevino con una claridad cegadora. Él no habría creído a Vetr. Habría exigido pruebas. La desolación se enrollaba a mi alrededor, asfixiándome como una serpiente.

Vetr inclinó la cabeza, reconociendo su mentira.

—Siento haberte mentido…, pero no podía contarte la verdad.

Tenías que creer que estaba muerto. Fue… un acto de bondad. —Sus ojos plateados se clavaron de nuevo en mí, penetrantes, apresándome como los hilos plateados de una telaraña apresarían a un insecto.

—¿De bondad? —repetí con la voz entrecortada—. ¿Dónde está la bondad? ¡No la veo por ninguna parte!

Me miró con el semblante sombrío.

—La verdad es peor.

Se me cayó el alma a los pies. ¿Que la verdad era… peor?

—¿Qué puede ser peor que pensar que está muerto? —susurré. La respuesta me aterrorizaba, pero estaba decidida a escucharla.

Apartó la vista y miró a su alrededor como si la pregunta le incomodara. Por fin volvió a mirarme y apretó los labios en un gesto de determinación.

—Estaba intentando protegerte. Todavía lo intento. Creo que es lo que Fell habría querido.

—¡Ni siquiera me conocías cuando decidiste no contarme la verdad! ¡Y no conocías a Fell! —Volví a respirar de forma entrecortada; me faltaba el aliento—. Yo no formaba parte de la manada. ¡Y sigo sin hacerlo! —Hizo una mueca al escucharme, como si aquello le hubiese herido—. Así que ¿de qué cosa horrible estás intentando protegerme? ¡Dímelo de una vez!

Se tomó su tiempo para responder.

Flexioné los dedos sobre el collar de Fell, dejando que la gruesa cadena se me clavara en la piel blanda. No lo pensaba soltar. No pensaba soltarlo jamás.

—No somos fáciles de matar —dijo al fin.

—¡Eso ya lo sé!

—Y los dragones no siempre… —Se detuvo. Era evidente que le estaba costando encontrar las palabras adecuadas; nunca lo había

visto mostrar tantas dificultades para hacerlo. Era un guerrero que parecía tener siempre claro quién era, qué debía decir y cuál era su lugar en el mundo. Eso era algo que envidiaba de él y, sin embargo ahora, cuando lo miraba, no sentía más que decepción. Desconfianza. Me sentía traicionada—. Los dragones no siempre dan muerte a sus enemigos. A veces deciden infligir otros castigos.

Di vueltas a aquella nueva información en mi mente. Resultó que mi educación en lo relacionado con los dragones no era tan completa como pensaba.

—Y, si no matan a sus enemigos…, ¿qué hacen con ellos?

—Los someten a… enterramientos.

Fruncí el ceño y me froté la frente, donde se estaba despertando un dolor sordo.

—No entiendo. Me acabas de decir que no siempre matan a…

—Y no los matan. Pero los soterran.

Lo miré sin comprender. ¿Qué era eso de que los soterraban? ¿A qué se refería?

Con una expresión ligeramente arrepentida, explicó:

—Los ponen en… —Se detuvo con brusquedad y, por fin, aclaró —: Entierran vivos a sus enemigos. Porque eso es peor que la muerte.

«Porque eso es peor que la muerte».

Era como si me estuviera hablando en otro idioma, como si sus palabras fuesen piezas de un rompecabezas que yo tuviera que girar y recolocar antes de que encajaran bien y tuvieran sentido. Lo miré a los ojos, tratando de comprender aquello que me estaba contando.

—Pero los dragones… —dije, con los labios entumecidos—. Nosotros… vivimos durante siglos. —Siempre que no nos hirieran de gravedad con armamento de dragón, claro.

—Precisamente. —Asintió con gesto lúgubre—. A veces, en lugar

de matar a un prisionero, lo entierran vivo.

Pero ¿qué horrorosa atrocidad era esa?

Me lo quedé mirando sin pronunciar palabra. Hablar me resultaba imposible: no existía el modo de describir una barbaridad como aquella.

Era posible que Fell estuviese vivo. No. No solo posible: estaba vivo. Estaba enterrado vivo.

Comprender aquella verdad supuso para mí un golpe más duro y atroz que el de un látigo. Y pensar que yo había sentido a Fell todo ese tiempo, sobre todo desde que me había despertado del svefn… Lo había sentido más fuerte que nunca desde entonces. El hilo que nos unía seguía entero, aguantando la distancia, vivo y palpitante; zumbaba como una abeja en mi interior. Simplemente, Vetr me había persuadido de ignorarlo. Me había convencido de que era otra cosa. Un eco. Un fantasma. Me había convencido de que no era Fell, en realidad. Pero sí que era Fell. Era Fell, tratando de alcanzarme desde una tumba bajo tierra, donde permanecería encerrado durante años. Décadas. Siglos.

Era espantoso. Era tan espantoso que no lograba asimilarlo. Era un destino indescriptible, tan horroroso como los tormentos que Stig infligía a la gente.

Y, mientras Fell existía en el agujero en el que el skelm lo había sepultado, yo había seguido allí, convirtiéndome en un dragón de cabo a rabo… y cayendo en el embrujo de su hermano.

De repente, recordé la sugerencia de Anders de enterrarme «en un puto agujero, lo más profundo posible», y comprendí que el «enterramiento» era una práctica conocida entre los dragones. Lo comprendí todo de golpe.

Y fue entonces cuando cedieron mis piernas. Vetr me cogió en brazos y se sentó en la cama conmigo en su regazo, mientras yo

negaba con la cabeza a modo de protesta. Tenía ganas de vomitar. El estómago me dio un vuelco y me tapé la boca cuando me sobrevino una arcada que ya no pude contener.

Vetr me acercó a la jofaina a toda prisa, donde devolví, vaciando todo el contenido de mi estómago. Me habría sentido humillada… si me hubiera seguido importando lo que pensara de mí. Empezó a acariciarme la espalda para calmarme, pero yo me aparté de sus manos, las mismas manos que tanto había deseado, las que había ansiado tanto que me habían hecho ir a su guarida. Me sequé los labios temblorosos con el dorso de la mano, tambaleándome.

Él me miró con compasión.

—Por eso no quería decírtelo. A él no le habría servido de nada, y solo habría conseguido que tú fueses más desgraciada.

Busqué en mi interior, tratando de dar con mi voz, perdida entre tanta bilis.

—Está enterrado… vivo.

—Sí, es probable. Por eso todavía lo sientes.

Lo fulminé con la mirada, de repente, llena de furioso resentimiento. No había sido mi esperanza. Ni un eco. Ni un fantasma.

—Me has engañado como a una tonta.

Él movió un brazo, como señalando el mundo que había más allá de aquellas cuevas.

—Es como si estuviese muerto. Está enterrado en algún lugar en la inmensidad de los Riscos. No hay forma de localizarlo. No hay forma de desenterrarlo. Cualquier intento de conseguirlo fracasará.

¿Y no sería eso lo que él quería? Lo miré con desconfianza.

—Tenemos que encontrarlo —insistí, negando con la cabeza.

—Si eso fuera posible, ya lo habría hecho.

—No. —Negué con la cabeza con vehemencia—. No pienso

aceptar eso.

—Temía que reaccionaras así. —Me miró a los ojos—. Encontrarlo es imposible y no quería que pensaras que serías capaz de hacerlo… y luego vivieras con ese tormento una vez que te dieras cuenta de que no podemos hacer nada.

—Qué bondadoso —me burlé—. ¿Sabes qué es lo que oigo una vez tras otra? —pregunté con la voz entrecortada.

Me miró sin entender.

Sentí que mi rostro se tensaba y se contraía, arrugándose de rabia.

—Lo que quieres tú —le espeté. Vi en sus rasgos un destello de una emoción parecida al dolor. No sabía si reír, llorar o, simplemente, pegarle un puñetazo—. Yo no he firmado ningún documento entregándote mi vida —añadí, furiosa—. Tú no eres nadie para tomar decisiones por mí. Tú, que tan preocupado estás por mi tormento, pero ¿qué pasa con Fell? ¿Qué pasa con su tormento? ¡Está enterrado vivo! ¡Desde hace más de un año! ¡Tu hermano!

Me llevé un puño al centro del pecho y presioné, frotando con fuerza con los nudillos para calmar la punzada de dolor repentina que sentí al imaginarlo. Al imaginar a Fell, solo en la eterna oscuridad.

De repente, me sentí como si fuese yo la que estaba sepultada bajo tierra, con montones y montones de roca aplastándome. No podía respirar. Mi cuerpo luchaba por obtener el aire que necesitaba, sacudiéndose y temblando como algo muerto, que se retorcía en el suelo sin aire, ansiando respirar una última vez. Me incliné por la cintura y, agarrándome las rodillas con las manos, cogí aire con violencia.

—Tranquila —trató de calmarme Vetr, como si yo fuese algo frágil y quebradizo, un junco que el viento estuviese a punto de llevarse.

Alcé la vista para mirarlo. Ese tono conciliador hacía que me entrasen ganas de arrancarle los ojos. Contemplé la tentadora posibilidad por un segundo…, pensé en liberar mis garras y arañarle con ellas el rostro. Era tanta la ira que me había invadido que aquella fantasía me fortalecía.

Saltaba a la vista que él no comprendía mi rabia, ni lo traicionada que me sentía.

De repente, la situación me resultó violentamente familiar. ¿Acaso no había aprendido nada? Esto ya lo había vivido. Ya conocía el sabor de la traición. Ya había experimentado su punzada lacerante. Era algo que conocía bien.

Primero habían sido mis padres —los únicos padres que había conocido— quienes me habían arrojado al altar. Me habían descartado, me habían sacrificado sin parpadear siquiera, como si yo no hubiera sido más que basura.

Luego, la traición de Stig.

Y ahora la de Vetr.

Fell era el único que nunca me había fallado.

«Pero tú lo abandonaste».

Vetr me rodeó la cintura con un brazo, como si pretendiera consolarme, pero yo lo empujé golpeándolo en el pecho y me aparté.

—Me juraste que estaba muerto… y ahora me dices que está vivo. —Tuve que respirar varias veces para seguir hablando—. Me ocultaste esto. —Sacudí el collar.

—¿Qué puedo hacer para arreglar…?

—Puedes encontrarlo —lo interrumpí, odiando el tono de súplica que embargaba mi voz.

Él hizo una mueca.

—Ojalá pudiera.

—¡Entonces iré yo! ¡Yo lo encontraré! —grité decidida.

Sentía esa convicción en lo más profundo de los huesos, en el cosquilleo de mi mano. Sabía que podía encontrarlo. No me daba miedo ir en su busca sola.

El mohín de tristeza se le borró del rostro, transformándose en una expresión dura, implacable como una piedra.

—Eso no es posible.

Me hacía sentir como un subordinado que se hubiera atrevido a desafiarlo. Peor que un subordinado… Me sentía prisionera.

Y pensar que había ido hasta allí porque estaba contemplando la posibilidad de formar un vínculo con él…

Respiré hondo de nuevo, con aliento tembloroso.

—Tienes que pasar página. Es lo que Fell habría querido.

Aquello era demasiado. ¿Cómo se atrevía a mentar el nombre de Fell para doblegarme a su voluntad? Sin embargo, al ver lo que pretendía, me mordí la lengua para no responderle como merecía. Eso me serviría de nada.

Nada de lo que le dijera lograría hacérselo entender, así que hice ademán de marcharme, diciendo con voz tensa:

—Estoy conmocionada. Necesito tiempo para pensar. —Me costó horrores pronunciar aquellas palabras, pero sabía que tenía que decir algo. No necesitaba tiempo para pensar, pero aquella frase vaga era necesaria para aplacarlo.

Él se interpuso en mi camino, irguiéndose ante mí, y me miró con una chispa hambrienta y salvaje en los ojos que se me antojó opuesta a las palabras amables y pacientes que salieron de su boca.

—Tómate todo el tiempo que necesites, pero no te olvides de por qué has venido a mi guarida.

Lo miré y parpadeé. ¿Cómo sabía él lo que me había llevado hasta allí?

Y, como si hubiese leído la pregunta en mi mente, añadió:

—Has venido aquí por mí. Porque me deseas tanto como yo te deseo a ti.

Sentí una punzada de culpa y di un paso atrás, para poner más distancia entre los dos. Aquello se acercaba demasiado a la verdad. Sí, había ido allí por él. Había. Pero eso había cambiado. Ese impulso había desaparecido, había muerto.

—Te lo estás pensando —prosiguió—. Estás pensando en mí. En lo que podríamos ser el uno para el otro. —Alargó una mano y me acarició la mejilla con los dedos cálidos.

Yo tragué saliva con esfuerzo.

—No eres quien yo creía.

—Fell ya no está, pero yo sí.

Aquellas palabras me desgarraron, me desollaron, se me clavaron tan hondo como lo habrían hecho unas garras. Me froté la palma de la mano, como si estuviera evocando a Fell.

—Él está dentro de mí —insistí.

Él asintió mirando hacia mi mano.

—Eso se desvanecerá y desaparecerá cuando aceptes un nuevo compañero.

Lo miré con la solemnidad de quien ha de enfrentarse a la horca.

—Mientras Fell siga con vida, no aceptaré ningún compañero.

«Y a ti no te aceptaré jamás. No después de esto. No después de haber visto cómo eres en realidad».

Y me marché a toda prisa, esquivándolo, todavía con el collar bien apretujado en un puño. Corrí, pasando a toda velocidad por las demás guaridas, donde dormían los otros, a través de la niebla rizada y perpetua que esa noche me parecía más gruesa, más densa que nunca, como unos dedos que me agarraban los tobillos y trataban de detenerme, de devolverme a la guarida de la que

acababa de huir.

Me pregunté cuántos de ellos sabrían la verdad sobre Fell. ¿Lo sabrían todos? ¿Era yo la única que lo ignoraba? ¿Era yo una estúpida sobre la que hablaban cuando no estaba presente?

Una vez de vuelta en mi guarida, empecé a pasearme arriba y abajo. El collar de Fell estaba vivo, ardía en mis manos como carbón encendido. Me sentía enjaulada…, alerta y tensa como un animal al acecho. Dormir no me iba a ser posible, no tal y como me sentía, pero era mejor así. Aunque hubiera podido, no habría querido abandonarme al sueño. Lo que quería era echar la cabeza hacia atrás y aullar. Quería abrir la boca y liberar mi fuego en un chorro incandescente.

Al cabo de un rato, me tiré en la cama sin molestarme en desvestirme. Mi corazón se negaba a ralentizar sus desbocados latidos. Me puse el collar del ópalo negro alrededor del cuello, para que se uniera al que ya llevaba puesto, y el peso de ambos me consoló, como un bálsamo para el alma.

Lo que le había dicho a Vetr iba en serio. Yo sería capaz de encontrar a Fell. Simplemente, él no quería que lo hiciera, o no tenía fe en que pudiera conseguirlo. Fuera cual fuese el caso, no me asustaba. Había sobrevivido a mucho. ¿Qué sería una incursión a los Riscos? Lo encontraría utilizando nuestro vínculo como guía.

Recorrí con los dedos las gemas susurrantes que me adornaban el cuello y luego me acaricié el centro de la palma de la otra mano. Froté la carne, la acaricié, resiguiendo la marca.

—Fell —susurré—. Ya voy.

Y la «x» respondió, crepitando, ardiente bajo mis dedos.



PARTE 4

LOS RISCOS

18

TAMSYN

La noche era mi única opción. Cuando nadie mirase. Cuando todos estuviesen dormidos.

Podría haber esperado, pero una feroz determinación ardía dentro de mí, fluyendo por mis venas, gruesa y caliente. Mi mejor oportunidad era entonces, en mitad del temporal, cuando viajar era difícil y casi no había visibilidad. Seguirme en esas condiciones sería imposible, si acaso alguien se empeñaba en ir tras de mí.

Aunque todavía había muchas cosas que desconocía sobre Vetr y su enigmática mirada plateada…, a fin de cuentas, cuando yo me hubiese ido y él hubiera tenido tiempo de reflexionar y darse cuenta de que lo nuestro no habría funcionado, admitiría que estaba mejor sin mí. Se olvidaría de mí y formaría un vínculo con otra para que la manada pudiera reproducirse. Al fin y al cabo, eso era lo único que quería.

Yo rescataría a Fell y juntos decidiríamos adónde ir.

Nadie me vio escabullirme de mi guarida. Nadie me vio entrar en las cocinas para procurarme algo de comida y una cantimplora de zumo de bayas verda y metérmelo todo en el morral.

No sabía cuánto tiempo tardaría en encontrar a Fell, pero no podía salir a los Riscos sin provisiones, y las bayas verda, con sus

propiedades curativas, siempre eran útiles. Todavía no estaba recuperada al cien por cien, y necesitaría todas mis fuerzas para lo que tuviera que afrontar. No hacía falta mucha imaginación para deducir qué podía ser: el skelm —con o sin tregua—, saqueadores del norte, saqueadores del sur y todo un abanico de amenazas desconocidas bajo la forma de criaturas con las que todavía no me había cruzado. Que me pillaran sola no sería lo ideal.

Sin embargo, aparté todas esas preocupaciones y me recordé que era una piroexhaladora. Era capaz de cuidarme sola.

La zona común de la manada estaba tan quieta y silenciosa como una tumba. El fuego que ardía bajito en la gran chimenea arrojaba sombras parpadeantes sobre las piedras. Nunca dejábamos que se apagara del todo. No tardaría en venir alguien a avivarlo, así que tenía que marcharme antes de que eso ocurriera.

Me adentré en el túnel serpenteante que se alejaba de las cuevas y lo seguí, cruzando la montaña hasta llegar a la cascada. Sin embargo, el rugido del agua al caer no estaba allí para darme la bienvenida. La cascada había enmudecido, congelada por los efectos del temporal. No era como la Gran Catarata, una cascada de los Riscos tan gigantesca que no se congelaba jamás.

Seguí el camino que se internaba tras ella. La pared de hielo de mi izquierda, con su quietud antinatural, casi hacía pensar que el tiempo se había detenido. Incluso un sinfín de gotitas se había quedado congelado mientras caía. Acaricié la barrera gélida al pasar.

El sendero por el que caminaba no se distinguía a primera vista. Ni a segunda. Eso suponía una capa más de protección, un obstáculo que nos ayudaba a ocultarnos de ojos curiosos y de aquellos que estuvieran decididos a buscar pasadizos o cuevas que los condujesen hasta los dragones o hasta sus tesoros.

Salí de detrás de la cascada. En ese punto, la tierra se inclinaba

en una escarpada cuesta. Empecé a ascender por la empinada y resbaladiza pendiente, y, cuando ya casi había llegado a la cima, aún no me faltaba el aliento. A pesar de mi largo svefn, todavía estaba en bastante buena forma. El entrenamiento había surtido sus efectos: tenía unos brazos y unas piernas fuertes; la carne que en el pasado había sido blanda estaba tonificada y musculosa.

Cuando llegué a la cima, esperé y me quedé allí erguida, contemplando el mundo que me aguardaba desde la entrada de la cueva. Escuché el ulular del viento y la nieve en aquella montaña esculpida por los siglos, con Vetr y la manada a mi espalda.

Donde habrían de quedarse.

—¿Vas a algún lado?

Contuve un grito y me di la vuelta a toda prisa. Kerstin estaba terminando de subir la pendiente en dirección a mí, con una expresión de arrogancia y las largas y desgarbadas piernas enfundadas en unos gruesos pantalones de lana. Llevaba en los pies unas gruesas botas de pelo, y eso me dijo todo lo que necesitaba saber. Iba vestida para viajar.

Me llevé una mano al corazón desbocado y, con una exhalación, respondí.

—Qué susto me has dado. No deberías acercarte con tanto sigilo.

—Ni tú deberías escaparte en mitad de la noche con tanto sigilo —replicó con una sonrisa.

—No me estoy escapando —mentí, devanándome los sesos para dar con una razón que justificase que estuviese a pocos pasos de la salida de la cueva.

—¿Ah, no?

—Solo he salido a tomar un poco el aire. Yo no soy como vosotros… No estoy acostumbrada a pasar tanto tiempo bajo tierra.

Necesito aire fresco.

—Ya —respondió despacio—. No eres como nosotros. —Se cruzó de brazos y dirigió una mirada cargada de intención a mi morral, que estaba lleno de provisiones—. Pero tampoco has salido a tomar el aire. Te estás largando.

Abrí y cerré la boca varias veces antes de admitirme a mí misma que no conseguiría desalentar a Kerstin con mentiras y medias verdades. Disponía de un par de ojos y un cerebro. No tenía sentido seguir negándolo.

—No puedo quedarme aquí ni un segundo más —admití.

Ella me miró un largo momento y asintió una única vez.

—¿Adónde vas?

Exhalé, aliviada de que no me pidiera que defendiera mi decisión de marcharme. Pareció aceptarlo. No quería saber por qué me iba, solo adónde.

—Está en alguna parte —me limité a decir, señalando a mi alrededor, como si «alguna parte» no fuese una inmensidad que se extendía kilómetros y kilómetros. Ni siquiera la manada podía conocerlo todo. Los Riscos eran demasiado vastos.

Ella asintió con solemnidad.

No se me pasó por alto que no me preguntó a quién me refería: me había entendido perfectamente. Me pregunté de nuevo cuánto sabría. ¿Acaso la manada entera sabía que Fell estaba enterrado vivo en algún lugar de aquellas montañas? ¿Era yo la única que había estado viviendo en la ignorancia?

—¿Lo sabías? —le pregunté, notando el calor que trepaba por mi rostro, por todo mi cuerpo, ansioso por abrirse camino a fuego vivo a través de mí—. ¿Sabías que Fell no estaba muerto?

—¿Yo? —Resopló y puso los ojos en blanco—. No pertenezco precisamente al núcleo duro de la manada. —Me volvió a mirar

fijamente—. No, claro que no lo sabía.

—Pero no estás sorprendida —repliqué—. No te sorprende que esté en algún lugar… enterrado vivo.

Vaciló unos instantes, pero luego asintió.

—El skelm es capaz de cosas terribles. Enterrar vivos a sus enemigos es una de ellas. Todos lo sabemos.

«Todos lo sabemos».

—¡Yo no lo sabía! —salté—. A nadie le pareció adecuado contármelo.

Ella se encogió de hombros.

—No puedes esperar conocer todas nuestras costumbres. Pero estás aprendiendo. Has avanzado mucho.

Sí, eso era cierto. Estaba aprendiendo.

—Voy a encontrarlo —anuncié alzando la barbilla, desafiándola a tratar de detenerme.

—Por supuesto. —Descruzó los brazos y se puso firme, como un soldado preparado para la batalla—. Pero no puedes hacerlo sola.

Parpadeé, desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Espera aquí. —Me pidió con gestos que me quedase donde estaba y desapareció túnel abajo. Me quedé allí unos instantes, inquieta en mi propia piel, tratando de dar sentido a sus acciones.

Seguí caminando hacia la entrada de la cueva, ansiosa por largarme y nerviosa por si Kerstin había ido a alertar a Vetr de que me había escapado en mitad de la noche, pero enseguida me lo quité de la cabeza. Si ese era el caso, no había nada que yo pudiera hacer al respecto. O me habían pillado o no.

No tardó mucho en volver. Me alcanzó justo cuando el silbido del viento me llegó a los oídos.

—Tamsyn —dijo, jadeando y sin aliento—. Te he dicho que

esperaras.

Me volví hacia ella. Al menos estaba sola. Nadie había venido con ella…, pero ahora tenía su propio morral. Lo señalé.

—¿Eso qué es?

—Necesitaba algunas cosas para nuestro viaje. No creo que hayas cogido suficientes provisiones para dos.

—¿Cómo que nuestro viaje?

—Claro. Voy contigo.

—Ah, no. —Solté una carcajada sin alegría—. Ni hablar. Ya no les va a gustar un pelo que me vaya yo, pero si te pierden a ti también… —¿Otra hembra? No, no les gustaría nada. Tal vez solo tuviera dieciséis años, pero era una futura criadora para la manada, y yo sabía de buena tinta cuánto valor le daban a eso.

Ella se encogió de hombros.

—No puedes hacer esto tú sola. No conoces los Riscos tan bien como yo.

—Kerstin, no te van a dejar marchar. Nos seguirán.

—Lo harían de todos modos. Por ti. Eres tan valiosa para ellos como yo.

—Yo no estoy tan segura de eso…

Ella resopló.

—Pues yo sí. No es a mí a quien sigue Vetr todo el tiempo con la mirada, te lo aseguro. No como te sigue a ti. No te va a dejar marchar.

Me limité a mirarla, confiando desesperadamente en que estuviera equivocada.

—La manada nos seguirá —continuó—. Seas tú o sea yo. En eso tienes razón. ¿No prefieres que esté contigo para ayudarte a despistarlos? Conozco sus tácticas. Y también los Riscos y todas sus amenazas. El skelm no es lo único que debería preocuparte, ¿sabes?

—Sí, lo sabía—. En el mundo exterior hay peligros para los que tú sola serías una presa fácil. Tienes más posibilidades si yo te acompaño.

Me mordí el labio. Estaba empezando a dudar.

Y ella debió de percibir mi indecisión.

—Vamos —insistió—. Cuando encontremos a Fell, volveré con la manada. Y vosotros dos podréis iros, ser felices y comer perdices. ¿No es así como terminan los cuentos de hadas?

Los cuentos de hadas. Nunca había creído en ellos, pero deseaba fervientemente hacerlo. Deseaba creer que estaba viviendo uno y que mi destino era tener un final feliz. Y, si Fell estaba vivo, me parecía posible.

—Deja que te ayude hasta entonces —me tentó.

Lo cierto era que me vendría bien su ayuda. A Kerstin le estaba costando utilizar su talento, pero me sería útil para ayudarme a moverme por los Riscos y buscar a Fell.

—Ni siquiera me echarán de menos —prosiguió.

Eso sí que no me lo creía.

Negué con la cabeza, decidida. Por tentador que fuese tener una compañera de viaje, no podía permitir que viniera conmigo.

—No. —No podía arriesgarme. ¿Y si le ocurría algo? Como ella misma había apuntado, en los Riscos había demasiados peligros. No podía hacerme responsable de ella—. Tú te quedas aquí. Vuelve a la cama. No voy a llevarte conmigo.

Me miró ladeando la cabeza.

—Lo gracioso es que te pienses que tienes elección.

Parpadeé, perpleja.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Apoyó las manos en las estrechas caderas—. Voy contigo.

—No —repliqué con firmeza, cada vez más indignada—. ¡No vienes conmigo!

Enarcó una ceja con aire desafiante.

—O voy contigo, o abro la boca y grito lo bastante fuerte para que me oiga hasta el último miembro de la manada. Estarán aquí en menos de un minuto.

La miré boquiabierta.

—No serás capaz.

Se apartó la maraña de pelo castaño con reflejos de miel, siempre alborotada.

—Ponme a prueba.

—Kerstin, por favor. —La angustia me reconcomía. No podía permanecer ni un minuto más entre las paredes de esa cueva, en ese lugar en el que ya no encajaba, que me ataba y me hería tanto como la cuerda de dragón que Stig había utilizado para inmovilizarme contra aquel árbol—. Tengo que irme.

—Yo no pretendo impedir que te vayas. Lo único que tienes que hacer es llevarme contigo.

Exhalé con fuerza un aliento que, de repente, se me antojó tan denso como la niebla que nos acariciaba los tobillos.

—Eres imposible.

Suspiré y me dije que no sería tan malo tener compañía durante ese viaje. Una amiga. Aunque fuese más joven que yo, llevaba mucho más tiempo en esto de ser dragona. Quizá incluso mejoraría mis posibilidades de encontrar a Fell.

Ella sonrió al ver que cedía, y en ese momento me pareció tan joven como era.

—Ya verás como te acabarás alegrando de que haya ido contigo. —Se dio unos golpecitos en la nariz—. Huelo a las harpías de lejos. Todavía no has tenido que enfrentarte a ninguna, y yo las detecto

por el olor más rápido que nadie. Es una habilidad mía en particular. Y no quieres enredarte con una harpía, créeme. Son bastante… agresivas. Y nos odian con todas sus fuerzas.

De repente, al contemplarla, me recordó a Alise. Se me hizo un nudo en la garganta. Alise, tan dulce, tan inocente…, condenada a estar con Stig. Me juré, en ese preciso instante, que no permitiría que le ocurriera nada a esa muchacha. No pensaba perderla como había perdido a Alise. No permitiría que también ella cayera en el abismo.

Negué con la cabeza y suspiré.

—No tengo elección, ¿verdad?

—No, no la tienes.

Al final, cedí y asentí.

—Vamos, pues. Cuando amanezca ya quiero estar bien lejos.

La nieve no nos daba tregua.

No había mentido cuando le había dicho a Kerstin que anhelaba un poco de aire fresco y salir al mundo exterior. El problema era que aquel no era un mundo que yo hubiese visto nunca. La blancura cegadora se me pegaba a las pestañas, me azotaba la piel y me aullaba en los oídos como un grito de muerte.

Caminábamos con gran esfuerzo y la cabeza gacha, decididas a poner tanta distancia entre la manada y nosotras como pudiéramos. No podíamos detenernos, teníamos que aprovechar que nuestras huellas quedaban convenientemente borradas, devoradas por la nieve. Tampoco podíamos volar en un aire tan denso y con tan baja visibilidad. Corríamos el riesgo de chocar con alguna de las muchas paredes rocosas que se erigían a nuestro alrededor.

Mi interior ardía; era como un horno que me mantenía lo

bastante caliente. Esa era mi ventaja. Kerstin era una dragona térrea, así que su sangre no era tan caliente como la mía, pero, como dragona que era, también era capaz de soportar temperaturas extremas.

Éramos de naturaleza caliente. No solo yo, no solo los piroexhaladores, sino todos. Tal vez fuese yo la que tenía una temperatura más alta, ya que el fuego nadaba en mis venas, fluía bajo mi piel y se acumulaba en el fondo de mi garganta, pero, en realidad, todos los dragones ardían.

Y, a pesar de mi sangre caliente, era capaz de reconocer que aquello era frío de verdad. Un frío amargo y terrible.

A Kerstin le castañeteaban los dientes.

—Tenemos que encontrar cobijo y acampar.

Era una figura borrosa en mitad de la nevada. El frío no podía matarla, pero sí hacerla muy desgraciada.

—No puede durar mucho más —grité por encima del ulular gélido del viento.

Ella negó con la cabeza e inclinó el cuerpo hacia delante para resistir contra las ráfagas gélidas y cortantes.

—Si solo es un temporal pasajero y no se pasa así todo el invierno.

«¿Si?». «¿Todo el invierno?». ¿Era eso posible? ¿Cómo iba a encontrar y desenterrar a Fell en esas condiciones?

—Por favor, Tamsyn… Busquemos cobijo y encendamos un fuego.

—Solo un poco más —la animé. La cogí de la mano y traté de transmitirle mi calor. De vez en cuando, me quitaba los guantes, me soplaba fuego en las manos y luego presionaba las palmas calientes en sus mejillas.

Seguimos así un buen rato, avanzando despacio, pero

avanzando. Eso era lo único que importaba.

No había salido con una dirección concreta en mente, pero sentía hacia dónde debía ir. Levantaba las botas todo lo posible, una tras otra, para abrirme paso entre la densa nieve, mientras la sensación cálida fluía en la palma de mi mano como las olas del mar, indicándome qué rumbo seguir.

Llegamos a una enorme grieta en la montaña. No era una cueva exactamente, aunque se le acercaba mucho. Bastaría para protegernos de los elementos. Rodeé a Kerstin con un brazo y nos refugiamos en su interior.

—Se suponía que era yo la que te iba a ayudar a ti —se quejó mientras se dejaba caer al suelo y exhalaba con fuerza.

—Y me ayudarás. En cuanto termine esta tormenta. —Porque terminaría. Tenía que terminar.

Encontré un poco de musgo y unas ramitas secas y encendí un fuego. Nos acurrucamos juntas al lado del calor.

—¿Crees que ya será por la mañana? —preguntó, mirando la nieve feroz que arremetía contra el aire a menos de cuatro metros de distancia. Era imposible saberlo. No disponíamos ni del cielo ni del sol para orientarnos.

—Tiene que serlo. Llevamos horas caminando.

El fuego crepitaba y chisporroteaba. Una rama se partió y una nube de ascuas se arremolinó hacia arriba.

—Me encantaría ver sus caras cuando se den cuenta de que nos hemos ido. Seguro que les da un ataque. —A Kerstin se le dibujó una sonrisa en los labios, pero a mí no me hacía tanta gracia imaginarlo. Me estremecí y fingí que era por culpa del frío.

Me incliné hacia delante y añadí más leña a la hoguera.

Era extraño lo mucho que la vida podía cambiar en un solo día. En menos tiempo aún: apenas en un abrir y cerrar de ojos. En el

instante que separa un latido del siguiente.

Solo un día antes, pensaba que mi vida estaba unida a la de la manada, y, con ella, a la de Vetr. Pensaba que estaba pasando página, que seguiría adelante.

Y ahora iba hacia atrás.

Hacia Fell.

Solo que ahora sabía la verdad. Él nunca me había abandonado.

Moví los dedos dentro de los guantes y la tela me rozó la «x» brillante. Desde que había decidido desertar de la manada, no hacía más que soltar destellos de calor.

Y no dejaría de hacerlo. No hasta que lo encontrara.

19

TAMSYN

Cuando despertamos, el cielo estaba despejado.

Kerstin soltó un grito de alivio y alegría al ponerse de pie.

—¡Por fin!

Al ver el cielo, noté una punzada de apremio. Si había salido el sol, también habría salido la manada.

—Vamos —dije, con mucha prisa—. Tenemos que ponernos en marcha.

—¿Y el desayuno?

Saqué un pedazo de pan de mi morral, lo partí en dos y le lancé la mitad.

—Toma. Podemos comer por el camino. Salgamos ya.

Quizá el temporal hubiese amainado, pero había dejado nieve acumulada por todas partes. Nos hundíamos hasta las rodillas con cada paso que dábamos. Íbamos muy lentas, y al cabo de unas horas mi cuerpo empezó a recordarme que solo dos semanas atrás había estado cerca de la muerte.

Respiraba con dificultad, jadeaba y sudaba por debajo de la ropa. Pero, cada vez que mi energía flaqueaba, pensaba en Fell y mi motivación se renovaba.

Kerstin se quejaba constantemente mientras trataba de seguirme

el ritmo.

—¿Por qué no podemos volar? Así cubriríamos mucho más terreno. ¿Es que no puedes sentir a Fell desde el aire igual que lo sientes a pie?

Sabía lo de nuestra conexión y que, desde mi svefn, lo había sentido con más fuerza que nunca, como si lo hubiese encontrado allí, en ese estado nebuloso a medio camino entre la vida y la muerte. Cuando me había despertado en la enfermería, una parte de él había regresado conmigo.

Flexioné la mano y estiré mis dedos enguantados.

—Sí que puedo, pero, si volamos, corremos el riesgo de que nos vean.

Kerstin gruñó, admitiendo que estaba en lo cierto, y siguió caminando. Tenía las mejillas sonrosadas del esfuerzo. Sabía que tenía razón. Era una dragona y había nacido en ese mundo, así que no necesitaba que yo se lo recordase. No nos podíamos arriesgar a que nos viera la manada, que, sin duda, nos estaba buscando…, ni a que nos viera el skelm o las demás criaturas que merodeaban por aquellas montañas.

A veces, me daba la sensación de que sentía unos ojos sobre mí, pero, cuando miraba a nuestro alrededor, no veía nada. Ni a nadie. En aquella hermosa y cruel blancura, parecía que nosotras dos éramos las únicas criaturas sobre la faz de la tierra.

Sin embargo, la sensación de que nos estaban observando no desaparecía. Me acompañaba durante nuestra travesía, en cada paso cauteloso y medido. El terreno estaba cubierto de una gruesa capa de nieve, pero el suelo era irregular, serrado y duro, lleno de rocas que podían cortarnos la suela de las botas o hacer que nos torciéramos un tobillo. Ninguna de esas cosas habría supuesto un daño irreparable, pero habría ralentizado nuestro avance, e ir a paso

más lento podía costarnos muy caro. Tal vez fuera lo único que necesitase la manada para atraparnos.

Cada sonido que oía despertaba todas mis alertas: el silbido del viento, la nieve al caer y mover las ramas quejumbrosas de los árboles. Oteaba a mi alrededor todo el tiempo, buscando, atenta a cualquier cosa que no debiera estar ahí.

Cualquier cosa que no pareciera formar parte del paisaje.

Recordé a la huldra que casi había acabado con Fell y sus guerreros en el skog. ¿Habría más de esas criaturas en los Riscos? Ya me había enterado de la existencia de las harpías, un enemigo que no tenía muchas ganas de conocer. A diferencia de las solitarias huldras, vivían en pequeñas manadas para representar una amenaza mayor. Me las habían descrito como una especie de demonios alados, de tamaño más pequeño que los dragones pero rápidas y agresivas, con largas garras afiladas como cuchillas y unas caras pálidas que parecían casi humanas, salvo porque tenían varias hileras de colmillos en la boca.

Kerstin me cogió de la muñeca y tiró de mí hacia una arboleda.

—¿Qué…?

Me indicó que me callase con un gesto y luego señaló hacia el cielo. Alcé la vista, pero no vi nada más allá de las gruesas ramas cubiertas de nieve de los árboles.

Pero, de pronto, atisbé un movimiento. Un destello de cuerpos que surcaban la inmensa vastedad del cielo azul. Estiré el cuello para ver mejor por entre los huecos que dejaban las ramas.

Los pájaros que habían construido sus nidos en aquellos árboles se pusieron como locos: batían las alas, chillaban y graznaban al ver lo que percibían como depredadores volando por encima de ellos.

Eran dragones. Al menos seis de ellos, volando por encima de nosotras, y de colores distintos. Sin embargo, el enorme cuerpo de

Vetr era inconfundible. Era el que lideraba al grupo, y su piel de dragón parpadeaba en el aire, tan iridiscente como una perla sobre la que se reflejara la luz del sol. Vi los tres ónices que iban con él, la piel de color bronce de un dragón térreo y el amarillo resplandeciente de un anunciador.

Me tapé la boca con ambas manos sin hacer ningún ruido, sabedora de lo agudo que tenían el oído. No me atreví ni a exhalar hasta que hubieron pasado y quedaron fuera de nuestra vista.

—Ya se han ido —susurró Kerstin a mi lado.

Aun así, esperamos un poco más bajo las copas de los árboles antes de continuar, a oír que los pájaros se calmaban y que el viento soplaba de nuevo a través de los árboles.

—Menos mal que los has oído a tiempo.

Ella se pavoneó, orgullosa.

—Te dije que te vendría bien tenerme contigo.

—No han tardado mucho. —Me mordí el labio, preocupada. De todas las direcciones que podrían haber elegido, habían ido directos por el camino que habíamos tomado.

—¿Pensabas que no saldrían a buscarnos en cuanto se dieran cuenta de que no estábamos? ¿De que no estabas tú?

Me encogí de hombros.

—Tenía la esperanza de que no estuvieran tan cerca de encontrarnos. —Un segundo más y nos habrían visto.

—No te preocupes. Buscarán por el aire. No podrán rastrearnos por tierra, gracias a la tormenta. Solo tenemos que estar atentas al sonido de las alas… Y quedarnos lo más cerca posible de los árboles para escondernos si es necesario.

Asentí. No iba a ser una tarea fácil: no siempre había árboles o vegetación cerca de nosotras. Una gran parte de los Riscos no eran más que… rocas y riscos.

Pero de momento, al menos, nos hallábamos en una zona boscosa, así que seguimos hacia delante protegidas por el follaje. Yo lideraba el camino, mirando de vez en cuando hacia el cielo mientras rodeábamos los árboles por el camino, guiada por la sensación palpitante de la palma de mi mano, aunque no dejaba de pensar en la imagen de los seis dragones que habíamos visto, como aves de presa, evaluando el mundo que se extendía bajo ellos.

—¿Quién crees que era? ¿Orm o Aksel? —le pregunté a Kerstin en referencia al anunciador amarillo. Desde tanta distancia, era imposible saberlo con certeza.

—Diría que Orm. Es el más fuerte de los dos… y controla mucho mejor su talento.

Me detuve de golpe, alarmada, y la miré de hito en hito:

—No creerás que puede usar su talento para encontrarnos, ¿verdad? —Los anunciadores, gracias a su habilidad para prever lo que estaba por venir, eran muy valiosos para la manada. Tal vez Orm representase una grave amenaza para mí—. ¿Y si puede ver dónde vamos a ir y nos están esperando allí?

Me eché a temblar ante la posibilidad de doblar una esquina y encontrarme a Vetr y a los demás, preparados para nuestra llegada.

—No funciona así —me aseguró Kerstin—. La magia no se puede usar con tanta precisión. Orm no puede verlo todo, y tampoco puede elegir qué cosas ve, ni cuándo las ve. No hay forma de forzarlo. Una vez, oí decir a Aksel que no son capaces de ver el futuro. La mitad del tiempo no es más que un pálpito, un estado de ánimo… Una sensación general de lo que se avecina. —Caminamos unos instantes más y añadió—: Nuestros talentos no siempre se presentan cuando los necesitamos. —Había ido bajando la voz hasta ponerse más gruñona, y comprendí que ya no se estaba refiriendo a Orm.

De todos los dragones térreos de la manada, ella era la más

débil. La más joven, sí, pero la más débil de todos modos, y no se perdonaba por lo que consideraba un defecto. Le resultaba difícil doblegar y manipular la tierra.

Repetí las palabras tranquilizadoras que había oído que le decían los demás.

—Todavía eres joven. Tu talento crecerá. No seas tan dura contigo misma.

Ella se encogió de hombros como si le diera igual, pero yo sabía que le importaba.

Caminamos durante horas. Descansábamos solo brevemente, incluso después de que el sol se escondiera tras las montañas y las sombras que se alargaban sobre la nieve se hicieran más largas todavía. Había llegado el invierno y los días eran más cortos, el sol, un astro fugaz en el cielo, así que confiamos en nuestra aguzada visión y seguimos adelante, incluso cuando la tierra se convirtió en una larga sombra y el aire a nuestro alrededor se había tornado púrpura y amoratado.

—¿Todavía lo sientes? —preguntó Kerstin sobre el crujido de nuestros pasos.

Asentí. No me hacía falta preguntar a quién se refería. Sabía que me lo preguntaba solo para comprobar que siguiéramos yendo en la dirección correcta, que no la estaba guiando sin rumbo.

Pero, al cabo de un rato, preguntó:

—¿Qué se siente?

Miré adelante. La colina nevada era más suave y clara que la noche que nos rodeaba. Al caer la oscuridad, para avanzar más rápido, habíamos abandonado la protección que nos ofrecían los árboles, ya que el riesgo de que nos vieran ya no era tan alto.

—Pues siento… —me encogí de hombros con suavidad—, siento que ya no soy solo yo. Que dentro de mí está mi corazón y —me di

unos golpecitos en el centro del pecho— ahora también el suyo, justo al lado del mío.

—O sea que nunca estás sola. —Suspiró—. Debe de ser bonito.

Bonito, sí. Y un tormento.

Por fin buscamos un refugio para pasar la noche en uno de los muchos túneles que horadaban las montañas. Nos acomodamos en una pequeña cueva que se abría tras un serpenteante pasadizo de tierra, una de las miles que había en los Riscos.

Mientras me ovillaba en mi catre, escuchando las gotitas de agua que caían de un saliente de roca, me apoyé la mejilla en la mano y busqué a Fell en la oscuridad. Y allí lo encontré. El pulso débil, los latidos de su corazón, no tan poderosos como de costumbre, pero aún presentes. Últimamente estaba más callado. O tal vez fuese cosa mía, que estaba cansada y obcecada en continuar con mi camino.

—Ya voy —susurré—. Aguanta. Solo un poquito más.

El sol brillaba, calentándome la piel. Costaba imaginar que hacía apenas unos días estábamos atrapadas en una tormenta. Aquello casi habría parecido primavera…, de no ser por la gruesa capa de nieve que lo cubría todo. Los carámbanos que colgaban de las ramas goteaban, pero sabíamos que ese tímido deshielo no duraría mucho. El invierno había llegado y avanzaba a paso lento e inexorable.

Kerstin estaba sentada en una roca que asomaba del vasto manto blanco, frotándose la planta del pie descalzo. Tenía las botas en el suelo; se las había quitado, igual que los gruesos calcetines de lana.

—Estos pies no están hechos para andar.

—Están hechos precisamente para eso —la contradije,

apoyándome en un pedrusco rugoso. Quería retomar la marcha, pero decidí tener un poco más de paciencia y dejar que Kerstin se recuperase.

—Pero no distancias tan largas —protestó—. ¡Soy una dragona! —Me dirigió una mirada penetrante que no se me pasó por alto: su intención era recordarme que ella y yo éramos lo mismo—. Estoy hecha para volar. No soy una humana, hecha para caminar.

—Eres las dos cosas —insistí. Las dos lo éramos.

Ella me lanzó otra mirada.

—Eres una criatura muy extraña, Tamsyn. —Negó con la cabeza y soltó una suave carcajada que me hizo sentir tonta, como si lo hubiese entendido todo al revés. Como si fuese yo la que estaba equivocada—. No soy las dos cosas. Y tú tampoco.

Me encogí de hombros, como si no mereciera la pena discutir por eso, y aparté la vista. Me pregunté si tal vez ella entendería mejor que yo la naturaleza de lo que éramos. Eso me inquietaba… y me molestaba. Hasta que se me ocurrió que tal vez fuese al revés. Tal vez fuese yo quien comprendía mejor cuál era nuestra naturaleza. Al fin y al cabo, era yo la que había podido probar los dos mundos. A mí me habían criado como humana, y podía empatizar tanto con los humanos como con los dragones. En la manada no había nadie que pudiera decir lo mismo.

Quizá yo fuese la única que entendía que éramos las dos cosas. Dragones y humanos.

«Eres una criatura muy extraña, Tamsyn».

Yo no quería ser una criatura extraña. Yo quería encajar, encontrar mi lugar en alguna parte.

Me froté la palma de la mano contra un lado del muslo. La suave vibración era tan débil que había empezado a sentirme tensa y angustiada. Fell llevaba un tiempo muy callado. No es que

estuviésemos yendo sin rumbo, pero tampoco me sentía tan segura sobre la dirección que habíamos tomado como antes.

Miré a Kerstin con impaciencia.

—¿Estás ya? Tenemos que seguir.

—Vale —gruñó, cogiendo sus botas.

Reemprendí la marcha, pero no había dado sino unos pasos cuando mi mano se quedó fría de repente. Los latidos que vibraban a un ritmo constante en el centro de la palma se detuvieron. Se apagaron. Como si hubiesen cortado un hilo.

Sacudí la mano con fuerza, como si se me hubiera dormido y así pudiera estimular el pulso que antes había vibrado y canturreado, el que me había guiado como el timón de un barco.

Nada.

Mi mano no sentía nada.

El miedo me atravesó de golpe el corazón; las piernas me temblaron. Giré sobre mí misma, rotando en un círculo tambaleante, como si fuese a atisbar algo en el paisaje rocoso y salpicado de nieve que pudiera aclarar mi confusión. Mi mente iba a toda velocidad, mis pensamientos daban vueltas, frenéticos, ansiosos por aferrarse a algo.

Quizá solo habíamos avanzado demasiado en una dirección incorrecta. Quizá mi palma había enmudecido porque nos habíamos alejado de Fell.

Eché a andar hacia un lado, con la capa ondeando con violencia tras de mí. Luego hacia otro. Y otro. Busqué desesperadamente alguna señal de él, por débil que fuera. Solo un destello. Algo a lo que aferrarme. El hilo que siempre había estado ahí.

Fui de un lado a otro sin rumbo, como un corderito sin madre, caminando sin sentido, alargando la mano ante mí como si fuese una especie de brújula rota. Eso me parecía. Un instrumento que me

había fallado.

—¿Tamsyn? ¿Qué pasa? ¿Estás…?

Conteniendo un sollozo, me volví hacia ella de golpe y le enseñé la mano como si fuese una antorcha que se hubiera apagado.

—¡No lo siento! ¡Ha desaparecido!

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con «desaparecido»?

—Pues que hace un momento lo sentía, como siempre, ¡y ahora ya no! —Me llevé la mano al pecho, donde había empezado a propagarse un fuerte dolor. Un daño hueco. Una sima en el punto donde había estado el corazón de Fell, acurrucado contra el mío—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está?

Su expresión se tornó severa, su mirada se llenó de amabilidad y de tristeza y… de compasión.

—Oh, Tamsyn… Lo siento. —Me cogió de la mano, cuya palma tendría que haber estado viva y palpitante.

—¿Adónde ha ido? —pregunté con voz ronca.

—Si el vínculo ya no está…, él tampoco.

El pánico se adueñó de mí, el mismo pánico que había sentido el día que un Vetr ensangrentado y destrozado había llegado a casa trastabillándose con la noticia de que Fell estaba muerto. Dolor. Desesperación. Sentía todo eso otra vez.

Solo que esta vez era cierto. Era real.

—No. Es imposible. Estaba conmigo, no es posible que…

—Sin espacio para moverse, para respirar. Sin comida, ni agua, ni compañía durante tanto tiempo… —Kerstin negó con la cabeza mientras enumeraba todas aquellas cosas—. La magia necesita espacio para florecer. Si no tiene adónde ir, puede… hacerte ciertas cosas. Puede romperte tanto que ni siquiera el svefn sea capaz de seguir protegiéndote. Al final, tienes que liberarte o… —Se

interrumpió y me miró a los ojos.

—¿O qué? —pregunté con voz apremiante—. ¿Te mueres? Pensaba que un dragón no podía morir así.

—Bueno…, no. —Hizo una mueca—. No es una muerte tradicional.

—¿Una muerte tradicional? —Me reí con amargura—. ¿Qué significa eso?

—El svefn puede ahondarte y arrastrarte a un lugar más oscuro, más profundo…, imposible de alcanzar. —Me miraba con los ojos de color ocre muy abiertos, rebosantes de compasión. Vi mi propia pena reflejada en ellos—. Un lugar donde ni siquiera tú podrías encontrarlo. —Movió con suavidad la cabeza a un lado y al otro—. Y él no te puede encontrar a ti.

—Entonces… ¿es demasiado tarde?

Ante su silencio, retrocedí, alejándome de ella. Al ver que no respondía con una negativa a mi pregunta, me di la vuelta y oteé las fauces de lo salvaje. Los fuertes vientos soplaban y silbaban, azotándome el rostro. Miré a mi alrededor, a la vasta inmensidad de nieve y rocas y árboles cubiertos de blanco.

De nuevo, eché a andar hacia un lado, y luego hacia otro… Hasta que, abrumada por la imposible vastedad del terreno que se extendía ante mí, ante el número ilimitado de lugares donde podía estar, me detuve. Me desplomé sobre las rodillas. Todo era inútil. Mi mirada revoloteó de un lado al otro, salvaje, como un pájaro buscando refugio, un lugar adonde ir, un lugar donde aterrizar.

No había ninguno.

20

TAMSYN

Acampamos temprano. Kerstin se olvidó de sus pies cansados y tomó las riendas, guiándome ella a mí. Encontró una cueva. Tenía que admitir que se le daba mejor que a mí encontrarlas. Era un instinto que yo no parecía poseer, un conocimiento de los Riscos que no me era inherente, y, además…, mi fuerza de voluntad parecía haberme abandonado por completo. Al menos, por esa noche. Esa noche, dejaría que ella cogiese el timón.

Colocó un poco de musgo bajo mi catre, me indicó con un gesto que me metiera en la cama y fue a buscar ramitas para encender un fuego. Luego me trajo un trozo de madera para que lo encendiera, y yo obedecí, exhalando una llama de fuego que se rizaba en el aire. Poco después, la hoguera crepitaba ante nosotras, arrojando sombras que danzaban por toda la estancia.

—Te sentirás mejor después de una buena noche de descanso —me dijo mientras me pasaba una manzana y un pedazo de carne seca de venado que había sacado de su morral. La noche anterior habíamos asado un conejo al fuego, pero en ese momento no tenía muchas ganas de cazar. Y parecía que Kerstin tampoco.

Acepté la comida con los dedos entumecidos y la mirada perdida en las llamas danzantes.

—Ahora nunca podré encontrarlo.

Kerstin asintió con gesto sombrío.

—¿Quieres volver, entonces?

Alcé la mirada hacia ella con brusquedad. ¿Que volviera con Vetr y el peso de su mirada, el yugo de sus expectativas, su esperanza por nosotros? No. No podía hacerlo.

—Yo no puedo volver.

No podía volver a la manada y fingir que todo estaba bien. Que yo estaba bien.

—De acuerdo. —Kerstin lanzó el centro de su manzana a la hoguera—. Pues entonces no volvemos.

—Es muy amable de tu parte, pero tú tienes una vida esperándote en la manada, Kerstin. Es el lugar al que perteneces.

—¿Y a qué lugar perteneces tú?

Reflexioné unos instantes antes de responder.

—Estoy tratando de descubrirlo. —Me arrebujé bajo el manto de pelo.

—Bueno, pues yo no quiero volver. Así que ya pensaremos qué hacemos ahora. Juntas.

Me obligué a comer, dando un bocado a mi manzana, y me dije que quizá todavía podría encontrar a Fell. Si deambulaba lo suficiente y abarcaba el terreno suficiente, si por casualidad pasaba cerca de donde estaba enterrado…, quizá entonces se despertaría y se comunicaría conmigo. Por intentarlo no perdía nada.

Caminamos durante otra semana. Mi esperanza pendía de un hilo que estaba a punto de romperse.

Kerstin seguía a mi lado, apoyándome y animándome, pero notaba que a veces me miraba de reojo. No me pedía nada: me

seguía el ritmo y caminaba a mi lado a trompicones a través de la nieve y por los ásperos terrenos, sin interrogarme ni una sola vez sobre cuánto pensaba seguir antes de rendirme. Y, si nos rendíamos, entonces ¿qué? ¿Adónde iríamos? Era consciente de que estaba empezando a preguntárselo, pero yo no sabía la respuesta.

Solo sabía que no podía detenerme.

Todavía no.

—Hoy estás muy callada —comentó mientras acampábamos para pasar la noche.

—Solo estoy cansada.

No era mentira. El viaje era agotador, y mi cuerpo nunca dejaba de recordarme que no hacía mucho había estado destrozada, casi al borde de la muerte, con una vida tan frágil como la de la última hoja de otoño aferrada a la rama de un árbol. Pero no era solo eso.

Era también la energía que había gastado tratando de llegar hasta Fell. Me había lanzado al vacío, arrojando una red con la esperanza de encontrarlo en algún lugar de ese plano, de ese éter en el que nos habíamos reencontrado… Lo buscaba, estaba tratando desesperadamente de encontrarlo dondequiera que estuviese, y terminaba siempre con las manos vacías… Con nada.

No sé qué me despertó. Todavía no había amanecido. Parpadeé en el aire denso y me quedé quieta unos instantes, mientras fijaba la vista en las débiles llamas de la hoguera, permitiéndome sentir cada lamido abrasador como si fuese el aire que exhalaba de mí.

—¿Tamsyn? —me llamó Kerstin en voz baja. También estaba despierta.

Y entonces lo oí. Apoyé la mano sobre el suelo de la cueva, con los músculos tensos, preparados para pasar a la acción. Me coloqué

en posición sentada y miré a mi alrededor.

Por encima del sonido de mi nombre…, un aullido atravesó largamente el aire. Un aire que se me antojaba más denso que cuando nos habíamos ido a dormir, que era viscoso como una sopa. Una pálida bruma se deslizaba a nuestro alrededor, enroscándose en nuestros cuerpos.

Lobos.

Nos quedamos muy quietas, congeladas en el miasma, con las miradas fijas la una en la otra. Nos comunicábamos en silencio. No necesitábamos palabras para entendernos.

Otro siniestro aullido se alargó en el aire, cerniéndose sobre nosotras.

No podíamos quedarnos allí, donde pudieran atraparnos. Así era como los lobos cazaban a los dragones. Eran expertos en esa estrategia.

En los días de la Trilla, nos rastreaban por los túneles hasta rodearnos y acorralarnos en nuestras guaridas. Nunca nos atacaban en un espacio abierto. Solo en cuevas como aquella perecíamos.

Kerstin y yo nos pusimos de pie, cogimos nuestros morrales y apagamos el fuego. Nuestra visión se aclimató a la oscuridad; nuestras pupilas se agrandaron en la negrura. Nos cogimos de las manos; necesitábamos esa conexión por razones que nada tenían que ver con la oscuridad y mucho con el pánico repentino que se había adueñado de nosotras.

Salimos de la cueva para aventurarnos en la noche, en el mundo salvaje, preparadas para emprender el vuelo si era necesario: si una manada de lobos aparecía ante nosotras.

Se oyeron más aullidos.

Uno, otro y otro más, respondiendo a la llamada apremiante del primero.

Estaban cerca. No tardarían mucho en percibir nuestro olor y acorralarnos. Era lo que hacían. Se les había inculcado desde siempre. A los lobos de antaño los habían alimentado con sangre de dragón. A los primeros de todos, engendrados por el mismísimo Fenrir, los habían condicionado para ansiarla. El sabor de la sangre de dragón y el hambre que les despertaba se remontaba hasta más allá de la memoria, estaba incrustado en lo más profundo de su ser. Era una necesidad grabada en sus huesos.

Mi fuego era un arma útil según cuántos fuesen los adversarios a los que nos enfrentásemos, pero en una manada de lobos podían llegar a contarse hasta veinte e incluso treinta individuos. Para vencernos necesitaban que los números estuvieran de su parte. Para matar a un dragón, necesitaban una fuerza formidable… Así que la cosa no pintaba muy bien para Kerstin y para mí.

Más lobos dieron voz a la noche: sus aullidos solo se interrumpían con algunos gruñidos y gemidos de dolor, cuando se atacaban los unos a los otros como niños revoltosos.

Nos dirigimos hacia los árboles a toda prisa. Allí, entre los abetos, los pinos y las píceas, había un árbol que yo solo había visto en los Riscos, con un tronco anchísimo, casi cinco veces más ancho que yo, que se elevaba hasta el cielo con gran cantidad de hojas a las que no les había afectado el frío. La corteza oscura estaba salpicada de brotes perfectos para trepar, y sus ramas prometían ser un buen refugio.

Así que trepamos. No fue difícil; no tuvimos que transformarnos en dragonas. De haberlo hecho, solo habríamos conseguido destrozarnos la ropa, y únicamente habíamos metido una muda de recambio en nuestros morrales. No, lo mejor era trepar y encontrar un lugar seguro entre aquellas ramas, donde los lobos no pudieran alcanzarnos.

Nos acomodamos en las gruesas y robustas ramas, apoyando la espalda en el ancho tronco, mientras la cacofonía de aullidos continuaba bajo nosotras. Nos quedamos quietas, incapaces de hacer nada que no fuese escuchar aquellos lamentos y esperar.

Me desperté de repente bajo las motas de luz del sol.

Miré a mi alrededor asustada, tratando de orientarme, y cuando vi a Kerstin recordé lo ocurrido. Estábamos juntas en un árbol. Nos habíamos quedado dormidas en las ramas, esperando a que…

Los lobos.

Me incorporé y miré hacia el suelo por entre las ramas y las hojas, que crujían y se agitaban respectivamente, para asegurarme de que las bestias no nos hubiesen seguido. No había lobos a la vista. Al menos ese peligro había pasado. No había lobos, pero…

No estábamos solas. Me mantuve inmóvil, con los ojos muy abiertos.

Dragones.

No en forma de dragón, pero dragones de todos modos. Su aroma me llegó como una bofetada. Olían a viento y a niebla y a tierra y a bosque…, igual que los dragones que conocía, igual que yo, y a la vez no. Había algo distinto en ellos. Algo además de su almizcle terroso. Otra capa que rodeaba todos los aromas que me resultaban familiares. La peste a sudor y a sangre. A furia y a muerte.

Nunca los había visto, no a aquellos dragones, pero los reconocí igual que me reconocía a mí misma. Sabía quiénes eran.

Eran la otra cara de la moneda, la que todavía no había experimentado. La otra cara de mí. Eran lo que yo podía ser si me rendía a lo salvaje. Si dejaba que mi naturaleza feroz se apoderase

de mí.

Kerstin y yo intercambiamos una mirada. Tenía los ojos alerta, asustados, el cuerpo rígido. Alargó una mano hacia mí para estrechar la mía, y yo le apretujé los dedos con fuerza para tranquilizarla. Juntas, bajamos la vista para observar, para atisbarlos a través de los huecos y los espacios entre las hojas y las ramas, para vislumbrarlos bajo nosotras.

Vestían de forma parecida a nosotras, con pieles y prendas de lana gruesa. Su olor fétido me llegó a la nariz y hasta me empezaron a escocer los ojos: era agrio como cebollas podridas. O bien no se bañaban, o llevaban mucho tiempo viajando. Tenían un aspecto tan salvaje como cualquier animal que habitase los Riscos, con melenas largas que caían por su espalda, apelmazadas y enredadas.

Casi todos ellos tenían el pelo negro, con un lustre púrpura que indicaba que eran dragones de ónice. Los más fuertes, los más fornidos, y los más comunes, los soldados rasos de toda manada, gracias a su increíble tamaño y su gran fuerza.

A Kerstin le temblaba la mano. Que estuviera asustada me decía todo lo que necesitaba saber sobre ellos. Había una razón para tenerles miedo. Hubiera tregua o no.

El skelm.

Se me hizo un nudo en el estómago. Deseé que fuesen lobos. Los lobos eran simples: cazaban, mataban y se alimentaban. No torturaban. No maquinaban ni ideaban tormentos para infligírselos los unos a los otros. No, eso solo lo hacían los dragones. Y los humanos. Quizá también las brujas.

Observé al grupo de desaliñados individuos. Llevaban las pieles de varios lobos; dispuestos los pelajes en unos palés de madera que arrastraban. Al menos no estaban allí porque nos estuvieran dando caza a nosotras. Que se encontraran justo debajo de nuestros pies

no era más que una desafortunada coincidencia. Iban tras los lobos —los mismos que habíamos oído por la noche—, para obtener sus pieles y también para acabar con posibles depredadores. Así funcionaba el mundo de los Riscos: o cazabas o eras cazado.

Continuamos observándolos, y esperando, y deseando ser invisibles.

No había nada que pudiéramos hacer más que quedarnos lo más quietas posible hasta que pasaran de largo.

Sabía a ciencia cierta de qué serían capaces esos dragones si nos descubrían. Lo que le habían hecho a Fell era una severa advertencia.

Respiraba despacio, con cuidado de no hacer ningún ruido. Dejé de llenar y vaciar mis pulmones del todo. El viento había amainado, por fortuna. Lo último que nos faltaba era que llevase su aroma a los dragones que había bajo nosotras.

Se sentaron en unas rocas que sobresalían de la nieve y sacaron sus cantimploras, de las que daban largos tragos mientras hablaban entre ellos. Parecían cómodos, como si tuvieran pensado quedarse allí un buen rato. Alguno de ellos incluso sacó algo de comer.

Kerstin y yo nos miramos preocupadas. ¿Cuánto tiempo se quedarían allí?

Al cabo de un rato, me empezaron a temblar los músculos del esfuerzo de estar tan quieta, pero no había nada que hacer. Tendríamos que aguantar cuanto fuera necesario. A pesar del aire congelado, en el labio superior de Kerstin resplandecían unas gotitas de sudor. Me apretó la mano con fuerza cuando uno de los miembros del skelm, un hombre corpulento y gigantesco con tanto pelo negro en la cara como en la cabeza, arrastró a una figura delgada envuelta en una capa hasta la sombra del árbol en el que estábamos. No me había percatado hasta entonces de ese individuo

diminuto que llevaban con ellos.

El encapuchado era pequeño; era posible que fuese un niño. Una capucha bien calada le ocultaba el rostro. No se veía ni una pizca de piel por ningún sitio. Entorné los ojos para ver a través de los huecos que dejaban las hojas y las ramas, y fue entonces cuando atisbé las muñecas y los dedos enguantados, tan delicados como los tallos de unas copas de vino. Una cuerda ataba sus frágiles muñecas con saña, clavándosele en la tela azul de los guantes.

Me quedé sin aliento. Era una prisionera, que, además, no parecía tener fuerzas para resistirse. Cuando él la colocó al pie del árbol, para luego darse la vuelta y dejarla ahí, ella se dejó hacer, fláccida como una muñeca de trapo. Sin embargo, con la violencia del movimiento la capucha se le bajó lo suficiente para revelar un mechón de pelo dorado como el sol, y también una parte de su rostro. Piel pálida, mejillas hundidas, unas ojeras oscuras como moratones bajo los ojos. Alzó la barbilla, como si estuviera hambrienta por recibir la suave luz del sol que se colaba por entre las ramas. Sin embargo, no fue posible.

El bruto la miró y soltó un gruñido al ver que ella había levantado la vista. Se fue hacia la cautiva y le dio un tortazo con tanta violencia que me estremecí, aunque el grito de ella sofocó cualquier sonido que se me pudiera haber escapado. El tipo le agarró la capucha con las dos manos y se la volvió a bajar, reprendiéndola con una voz lo bastante alta para que llegase hasta nosotras.

—¡Te lo he dicho! ¡Esconde la cara de la luz!

Miré a Kerstin. Apretó los labios en una fina línea y negó con la cabeza una única vez pero con vehemencia, como si temiera que yo dijera o hiciera algo. Como si yo fuera tan estúpida como para emitir sonido alguno.

El bruto se reunió con sus hermanos haciendo caso omiso de la chica, sin ofrecerle comida o bebida. Supuse que los prisioneros del skelm no tenían derecho a esas atenciones tan básicas.

Contemplé la cabecita encapuchada, preguntándome quién sería y cómo habría acabado con ellos.

Se pusieron todos de pie. Se marchaban. Por fin.

Exhalé en silencio, llena de alivio.

El mismo bruto peludo de antes volvió, le gruñó a la chica algo ininteligible y la cogió de la cuerda. Le dio la espalda y tiró de ella para obligarla a seguirlo. No pude evitar preguntarme si sería el infame Kaldr. ¿O sería alguno de los otros?

La desgraciada muchacha lo siguió, dando un paso tras otro, pero, mientras lo hacía, alzó la cabeza y nos miró. Sus ojos entre dorado y avellana se clavaron en los míos, y vi en ellos un vacío que se me antojó interminable.

Kerstin también la vio: cogió aire con brusquedad a mi lado. El sonido fue un poco demasiado fuerte, demasiado audible, pero no fui capaz de lograr que en ese momento me importara. No con la mirada de la prisionera clavada en mí.

Kerstin me apretó la mano con fuerza, tanta que la presión hizo que me crujieran los dedos. Su advertencia estaba clara, pero no sabía qué quería de mí. No podía estar más quieta: congelada como una roca, inmóvil como el árbol en el que nos habíamos refugiado. No parpadeaba. No respiraba. El frío me envolvía, y el calor perpetuo que había dentro de mí se extinguía como un viento al calmarse mientras esos ojos penetrantes me observaban.

Había pensado que era una chica por su diminuto tamaño, pero, ahora que la miraba, ya no estaba tan segura. En sus ojos había un mundo de conocimiento, una riqueza de experiencias que podría haber dado para varias vidas, y recordé entonces que las brujas,

como los dragones, vivían vidas extremadamente largas.

Quizá la mirada que nos dirigió duró solo un momento, pero a mí, allí agachada, tensa como la cuerda de un arco y haciendo equilibrios sobre una rama, se me antojó eterna.

Pero entonces bajó la cabeza y miró hacia delante, ofreciéndome solo la vista de su cabeza encapuchada. Sin dar muestra alguna de haber advertido que estábamos escondidas en una rama, siguió a sus captores.

21

TAMSYN

Esperamos varios minutos para asegurarnos de que el skelm se hubiese alejado lo suficiente antes de bajar del árbol.

—Nos hemos librado por poco. —Kerstin se limpió las manos en los pantalones—. Creo que habría preferido enfrentarme a los lobos que al skelm.

Asentí sin decir nada mientras miraba en la dirección por la que se habían marchado. Todavía veía esos inquietantes ojos enmarcados por un rostro macilento clavados en mí.

—Nos ha visto —susurré, a pesar de que ya no había razón para ello.

—Hum… Sí. —A Kerstin no parecía importarle mucho—. Por suerte para nosotras se ha quedado calladita.

—No tenía razón para desearnos nada malo.

—¿Tú crees?

La miré sin comprender.

Kerstin ladeó la cabeza y me observó, pensativa.

—A veces olvido…

—¿Qué olvidas?

—Lo poco que sabes —terminó. Las palabras parecieron deslizarse de su lengua con la mayor naturalidad, como si nada,

como si nada en ellas pudiera ofenderme o afectarme—. Era una bruja.

Traté de ignorar la punzada de fastidio que me provocó su respuesta, aunque no se equivocaba. Me habían criado en un mundo en el que se había eliminado la magia, en el que incluso se proclamaba que estaba muerta. Nadie hablaba de ella, salvo en los cuentos que relataban los bardos, en los que se trataba como algo de ficción…, como un entretenimiento que no debía tomarse en serio.

—Las brujas se merecen todo lo malo que les pase —sentenció Kerstin, arrugando los labios en un gesto de desdén.

Sus palabras de odio resonaron en mí como el tañido de un martillo contra una roca.

Solo que… Yo no odiaba a las brujas. Sabía que se suponía que debía hacerlo. Era lo que me correspondía hacer, como dragona que era. La maldición de Vala lo había cambiado todo para nosotros, y no precisamente a mejor. Podíamos atribuirles a ellas directamente la aniquilación de miles de dragones.

Volví a mirar hacia la dirección en la que se había ido el skelm, como si fuesen a reaparecer en cualquier momento.

—¿Cómo sabes que era una bruja?

—Hace ya un tiempo que sabemos que en el skelm tienen una bruja. No sé de qué tipo. —Se encogió de hombros—. Y la verdad es que no importa. Es su sierva. La capturaron en una de sus incursiones a las Tierras Fronterizas o a Veturlandia, no lo sé. —Se volvió a encoger de hombros, como si aquel fuese un detalle irrelevante—. Vivía en un pueblo, fingiendo ser una humana entre los demás vecinos. Es lo que hacen, ¿sabes? Intentan mezclarse entre ellos.

Sí. Sí, lo sabía.

Me sentía identificada. Suponía que era lo mismo que había estado haciendo yo, al menos durante los primeros veintiún años de mi vida. Había vivido en palacio, jugando a ser humana, tratando de encajar.

—Es su sierva —murmuré. Las palabras me sabían amargas. Aquello explicaría lo huecas que tenía las mejillas, los hombros flacos y huesudos que se intuían bajo la capa, esos ojos que parecían tan vacíos como pozos.

—¿Te lo imaginas?

¿Si imaginaba lo que era estar bajo el yugo de otros? No era tan difícil. No, tras haber sido la muchacha de los azotes. No después de haber escapado de Stig y de su regimiento de mil hombres.

Recordé al bruto que la había abofeteado y me volví a estremecer, como si yo misma hubiese sentido el tortazo. Sabía demasiado bien lo que era sentir dolor a manos de otros. Ese recuerdo estaba bien fresco en mi mente. Y tal vez fuese extraño, pero, si podía ahorrárselo a ella, lo haría.

Kerstin señaló hacia delante y empezó a caminar en la dirección opuesta en la que se habían ido ellos, aplastando el suelo cubierto de nieve, que crujía bajo sus botas.

—Seguimos por aquí, supongo.

—No. —Me sorprendió el sonido de mi propia voz.

Kerstin me miró enarcando las cejas en un gesto interrogante.

—¿No?

Señalé el camino de huellas que había dejado el skelm a su paso.

—¿Quieres ir detrás de ellos? —Su expresión vaciló con incertidumbre, como si estuviera a punto de echarse a reír, pero algo en la mía la hubiese detenido. Me miró con el semblante grave—. ¿Lo dices en serio?

—Quiero seguirlos.

—Lo que quieres es evitarlos, no seguirlos. Deberías saberlo ya, después de lo que le hicieron a Fell.

Sí, lo sabía. Y precisamente por eso sentía una ferviente compulsión de ir tras ellos.

—Tampoco es que vaya a acercarme a ellos y saludarlos. Mantendremos las distancias. —Coloqué el pie derecho en una de las profundas huellas que habían dejado—. Son los que enterraron a Fell.

Kerstin relajó los hombros al comprenderlo por fin.

—¿Y qué tienes pensando? ¿Sacarles la información de la ubicación de…?

—No tengo ningún plan —la interrumpí. No quería que diese voz a lo poco probable que era que me revelaran dónde estaba enterrado Fell—. Solo sé que tengo que hacerlo.

Pasamos el día siguiéndolos, guardando las distancias y manteniéndonos bien alejadas de su vista. Empezó a nevar. No era una nevada al nivel de un temporal, pero era suficiente para esconder nuestro olor y para que el viento consumiera los ruidos que pudiéramos hacer mientras íbamos tras ellos.

Cuando se puso el sol, aprovechamos la oscuridad para acercarnos más, avanzando con cautela sobre una colina que daba a su campamento.

Curvé los dedos hacia dentro y acaricié de forma involuntaria mi palma silenciosa. Era un acto tan automático como el de respirar. Una tarea sin esperanza. Hacía días que no sentía a Fell. Él no podía decirme dónde estaba…, pero ellos sí. Lo habían encerrado bajo tierra en algún lugar que solo conocían ellos. Eran lo único que me

conectaba a él, ahora que lo que me unía a él en mi interior había enmudecido.

Nos arrastramos sobre la nieve para acercarnos más a ellos…, para ver mejor.

Desde lo alto, vimos cómo se preparaban para pasar la noche. Al cabo de un rato, sentí que Kerstin suspiraba a mi lado.

—¿Qué hacemos aquí, Tamsyn? Vámonos antes de que perciban nuestro olor.

Alcé la cara hacia el viento feroz.

—No nos va a pasar nada. Hace demasiado viento.

—Sí, pero ¿cuánto va a durar? ¿Y si deja de soplar por la noche, mientras dormimos, y no nos damos ni cuenta? Podrían venir a por nosotras cuando no estemos ni despiertas para defendernos. Larguémonos de aquí mientras podamos.

Tenía razón. Lo más razonable era irnos. Y, sin embargo, vacilé, observando a la delgada figura acurrucada entre ellos en busca de señales de vida, de algo que me hiciera compadecerla un poco menos para poder mentirme a mí misma, fingir que la situación en la que estaba no era tan terrible y marcharme con la conciencia limpia.

Se acercó a ella uno de sus captores, una masa de músculos gigantesca y oscura como una montaña, silueteada contra el aire púrpura. Mientras caminaba inestable, arrancó de un mordisco un pedazo de carne de un hueso del tamaño de un fémur, y me di cuenta de que iba bebido. Al parecer, en esas cantimploras que llevaban no había agua. Era probable que estuviera borracho de vino de bayas verda.

Le dijo algo a la bruja. Las palabras eran ininteligibles, pero el tono se entendía bien. Reconocí la burla. El odio inherente en ellas.

Ella no levantó la vista, pero no importaba. Él no necesitaba una respuesta.

Le lanzó el hueso, golpeándola tan fuerte que ella se encogió, y él soltó una carcajada que resonó en el aire. Luché contra la ira que estalló de repente en mi interior, llenándome con su calor.

—Vaya, es encantador —masculló Kerstin.

La montaña se dio la vuelta y vi que la chica diminuta se abalanzaba sobre el hueso en el suelo. Su carita pálida era como una pincelada entre las sombras. Cuando vi fugazmente sus dientes, arrancando con ansias la poca carne que quedaba sobre el hueso, exhalé. En fin. Nada de todo aquello me iba a hacer compadecerla menos.

Kerstin me tiró del brazo.

—Vámonos, Tamsyn. Es su sierva y una bruja. —Añadió lo último como si fuese la peor ofensa de todas, quizá incluso peor que ser humana—. No podemos hacer nada por ella. Las cosas son como son.

Una sierva. Vetr nunca había capturado ningún siervo para la manada, y, ciertamente, podría haberlo hecho. Para mí, era una más de las cosas que diferenciaban a la manada del skelm.

Una sierva. Pensé en lo que significaba. Una esclava. Alguien a quien utilizaban y manipulaban. Alguien que debía soportarlo todo, alguien que debía aceptar y aguantar el dolor. Sierva. Muchacha de los azotes. Comprendí que no era tan distinto, y me estremecí al pensarlo. A aquella chica la utilizaban, la maltrataban y la mantenían cautiva para satisfacer los caprichos de otros. Ni siquiera su magia era suya.

Mi vida había sido parecida a eso cuando vivía en palacio. Simplemente, iba mejor vestida y me permitían sentarme en la mesa de mis captores y cenar junto a ellos.

«Las cosas son como son». Pero no deberían ser así. Que se hiciesen así, que se aceptasen así, no significaba que fuesen

correctas.

—Ayudémosla —me oí susurrar de repente. Se me había prendido un fuego en las entrañas.

—¿Que la ayudemos? —La mirada bronce de Kerstin brillaba en la oscuridad—. Eso es una locura. Es una bruja. Las brujas no son amigas de los dragones.

Negué con la cabeza con suavidad. La imagen de Thora afloró en mi mente. Recordé que había sido amable conmigo. Ella sí había sido mi amiga cuando me había encontrado sola y asustada. Podría haberme abandonado, podría haberme echado de allí, pero me ayudó.

Humanos, dragones, brujas… ¿Por qué teníamos que estar enfrentados? ¿No nos habíamos matado suficiente? ¿No habíamos sembrado suficiente destrucción? ¿Acaso no podíamos, simplemente… coexistir?

Miré a Kerstin a los ojos.

—Yo la voy a ayudar.

Y, una vez que hube afirmado aquellas palabras, supe que eran ciertas. Que lo decía en serio. No tenía ni idea de cómo me las arreglaría, pero, de un modo u otro, lo haría.

La mirada de Kerstin osciló varias veces de mí a la desventurada figura.

—¿Y qué esperas que pase? Aunque consiguieras bajar ahí a hurtadillas sin que te pillaran, cosa que harán, ¿te crees que después te dará las gracias y un fuerte abrazo? No. Eres una dragona. Es lo único que verá. Una enemiga. En cuanto le des la espalda, en cuanto pueda, acabará contigo.

—Las brujas no pueden matar con hechizos —rebatí. Había muchas cosas que no sabía sobre las brujas, pero eso sí lo sabía.

Ella ladeó la cabeza.

—Eso es cierto, pero tienen otras formas de sembrar el caos y la destrucción. Podría convertirte en cabra, o algo así. —Soltó un ruidito que podría haber sido una risa, pero que enseguida se convirtió en una especie de sollozo—. Por favor, Tamsyn. Vámonos de aquí.

Hinché el pecho y exhalé con fuerza; mi aliento cálido formó una nubecilla en el aire frío.

—La voy a liberar. Puedes ayudarme o no. Entenderé que no puedas…, pero yo lo voy a hacer.

Kerstin volvió a mirar a la muchacha ovillada entre el grupo de dragones. «No es una muchacha», me recordé. Era una bruja, y haría bien en recordarlo. En eso, Kerstin no se equivocaba. Una vez que la hubiera liberado, tendría que mantenerme alejada de ella y decirle que se fuera por su camino. Una cosa era tratar de ayudarla y otra cometer una estupidez. Y yo no pensaba ser estúpida.

—¿Qué estamos haciendo, Tamsyn? —La frustración le hizo alzar la voz, y tuve que pedirle con gestos que no hiciera ruido. Continuó hablando con voz ronca—: Pensaba que estábamos intentando encontrar a Fell.

—¿Y cómo voy a encontrarlo si ya ni siquiera puedo sentirlo? —Negué con la cabeza con vehemencia y apreté los dientes, decidida.

No podía salvar a Fell, pero tal vez pudiera salvar a aquella chica.

Había perdido tanto… A Fell, el esposo que tanto había empezado a necesitar, al que ansiaba con cada bocanada de aire que respiraba. El hogar y la familia que pensaba que tendría para siempre. A Stig. Su traición y haberlo perdido eran una gruesa cicatriz, cuyo tejido deformado seguía causándome punzadas de dolor de vez en cuando. Y, por si eso fuera poco, Alise se había convertido en su esposa, una herida profunda que me haría sufrir durante el resto de mis días.

Extinguí de golpe esos dolorosos pensamientos. No me servían de nada. Nada de todo eso podía deshacerse.

En cambio, esa bruja y lo que le estaba ocurriendo… Eso sí.

Yo podía deshacerlo.

Fuera lo que fuese yo, fuera lo que fuese en lo que me había convertido… No era alguien capaz de quedarse de brazos cruzados mientras otro sufría, ya fuera humano, bruja o dragón.

Y, como si tuviera un asiento de primera fila a mis pensamientos más íntimos, Kerstin miró de nuevo a la bruja prisionera y dijo:

—Sabes que salvarla a ella no es lo mismo que salvar a Fell, ¿no? —¿Y qué significaba eso? ¿Que salvarla no era lo correcto, no era honroso o no merecía la pena?

Inhalé profundo, temblorosa.

—Sigue siendo alguien. Alguien que no merece lo que le ha ocurrido.

Kerstin negó con la cabeza.

—No deberías.

—He de intentarlo.

—Entonces tendrás que hacerlo sola —replicó—. Lo siento. —Su tono sombrío no me parecía de disculpa. Su sesgo contra las brujas estaba demasiado enraizado para que lo fuera.

Tras dirigirme una última mirada que me dolió como una espada arañándome la piel, se dio la vuelta hacia el atardecer y empezó a alejarse, agachada, por si acaso a alguno de los de abajo se le ocurría levantar la vista.

Yo volví a mirar a la bruja, que seguía encorvada en el suelo. Sus hombros flacos subían y bajaban como las esquinas gemelas de una pala mientras roía con desesperación el hueso que le habían tirado.

No me volví a mirar cómo Kerstin se alejaba. Me limité a escuchar los suaves sonidos de su partida hasta que dejé de oírla.

Hasta que se hubo marchado, engullida por la nieve y el viento.

22

TAMSYN

Me sentía terriblemente sola en lo alto de aquella cresta, con el viento azotándome desde todas partes.

Contemplé a los dragones que se habían llevado a Fell, y recordé la primera vez que los había visto, al menos a algunos de ellos, durante mi vuelo con Fell del Borg a los Riscos. Recordé el terror que había sentido al verlos aparecer a mi lado.

Recordé cómo nos habían atacado, abalanzándose sobre nosotros con una brutalidad pasmosa, tratando de derribarnos a pesar de no saber nada sobre nosotros. Era suficiente para que me entraran ganas de dar media vuelta, olvidar ese intento de rescate y poner tierra de por medio.

La tregua no me protegería de ellos. Vetr había acordado esa tregua para sí mismo y para la manada. Allí, sola, yo no formaba parte de la manada. Allí estaba sola, y esos otros dragones podían capturarme y reclamarme como suya, tal como habían hecho con la hermana de Brenna, poseerme como habían hecho con esa pobre criatura que roía un hueso como un animal famélico.

Y, sin embargo, seguía sin ser capaz de moverme de donde estaba.

La noche aullaba a mi alrededor. Me quité los guantes y seguí

soplando calor en las palmas de mis manos, con cuidado de que el resplandor rojo de mi aliento no escapara de su refugio.

Me recordé que había estado sola antes, perdida en el skog, justo después de transformarme, justo después de incinerar a Arkin hasta convertirlo en un montón ardiente de cenizas. Habían sido tiempos terroríficos. En ese momento, me pareció que nunca había estado tan sola, pero ahora estaba allí. Una clase distinta de soledad.

La desolación amenazaba con engullirme. Estaba allí, esperando en la oscuridad, sin saber qué paso daría a continuación, sin saber cómo me las iba a arreglar para liberar a esa bruja de sus captores. Observé y esperé alguna señal, que me sobreviniera alguna idea mientras ellos se acostaban, mientras los movimientos del campamento empezaban a apagarse.

Me quedé un poco adormilada sobre la cresta, en un saliente de dura piedra, expuesta a la nieve y a un viento afilado como un cuchillo.

Estaba medio dormida cuando la señal apareció por fin, pero bastó para que me despertara de golpe, alerta.

Justo cuando pensaba que el skelm ya había dado la noche por terminada, uno de ellos se volvió a poner de pie. Era la misma mole de antes. Se acercó a la bruja, que estaba encorvada en el suelo. La agarró de un codo y la obligó a levantarse para luego llevársela a cierta distancia del campamento, adentrándose en los árboles. Ella tenía que caminar el doble de rápido para seguirle el ritmo.

Me puse tensa y me incorporé un poco al darme cuenta de que se dirigían al mismo lugar donde los otros habían ido varias veces, presumiblemente a hacer sus necesidades lejos de donde dormían.

Aquella era mi oportunidad. Tal vez la única que se me presentaría.

Me di la vuelta, cogí el morral, me lo colgué y bajé por la pendiente del promontorio con el paso acelerado y resbalándome. Por suerte, el viento tempestuoso de la noche disimuló mi bajada, que fue todo menos sigilosa.

Aminoré la marcha al llegar abajo y me abrí paso con cautela en la oscuridad, casi sin respirar. Mi corazón era como un caballo desbocado dentro de mi pecho. Estaba a la altura del campamento, del que me separaban unas pocas decenas de metros. Las siluetas de sus cuerpos dormidos me llenaban de terror. Quería poner entre ellos y yo tanta distancia como me fuera posible.

Me mordí el labio reseco hasta notar el sabor de la sangre mientras seguía reptando como una sombra, deseando ser invisible, deseando ser un visiocriptor para poder desvanecerme en un segundo.

Me adentré entre los árboles y seguí abriéndome paso entre la maleza hasta que oí los ruidos del gigantesco ónice y la bruja: el crujido de las hojas, los pasos sobre la nieve compacta.

—Date prisa, ¿quieres? —le ladró él junto a una retahíla de maldiciones—. Me estás haciendo perder sueño. Ya me podrías haberme dicho antes que tenías que mear.

Me volví sigilosamente a mirar para asegurarme de haber dejado el campamento atrás. Podía dar buena cuenta de la mole. Solo era uno. Podía cogerlo desprevenido. Temblaba de miedo solamente de pensarlo, pero sobre todo porque todavía no sabía qué haría. ¿Me atrevería a… matarlo? ¿Sería capaz?

No sabía qué haría mi dragona. ¿Sería como lo que había ocurrido con Arkin? ¿Tomaría mi instinto las riendas? Fuera cual fuese el caso, iba a confiar en que ella —en que yo— supiera qué hacer.

Primero vi a la mole. Estaba cambiando el peso de su cuerpo de

un pie a otro, nervioso. Me daba la espalda, que era enorme, y veía su larga melena negra sobre su capa de piel. Ni siquiera se había molestado en darle a la bruja un poco de intimidad. Estaba acuclillada a unos metros de distancia, haciendo sus necesidades, y él seguía refunfuñando y maldiciendo. No estaba atento al suave crujido de mis pasos.

Pero yo tampoco estaba atenta.

No tanto como habría debido. Estaba demasiado confiada de haberme alejado lo suficiente de los demás.

Por supuesto, debería haber pensado que habrían puesto un vigilante, alguien apostado más allá del campamento, fuera de mi campo de visión, cuando estaba observándolos desde lo alto. O quizá uno de esos dragones que había creído dormido no lo estaba en realidad. Fuera como fuese, me habían visto, y cuando me di cuenta de mi error ya era demasiado tarde.

De repente, oí unos pasos que corrían tras de mí. Casi se me salió el corazón por la boca. No conseguí ni volverme del todo hacia la amenaza antes de que me embistiera y me lanzara bien lejos, derribándome sobre la nieve compacta.

Me recordó a todas esas veces que me habían hecho morder el polvo en la arena, solo que esta vez me habían embestido aún con más fuerza, con más brutalidad que en cualquier combate que hubiese soportado durante mis entrenamientos. Caí de lado y el dolor del impacto se propagó por mi hombro, tan fuerte que me castañetearon los dientes e hizo que mi costilla, que todavía no se había curado del todo, chillara de dolor.

—Vaya, vaya, un pajarito ha decidido hacernos una visita.

—Esto no es ningún pajarito.

Alcé la vista para ver quién me había derribado. Dos dragones de ónice se cernían sobre mí, el que yo había seguido y el que me

había derribado. Intercambiaron una mirada de satisfacción antes de volver sus despiadados ojos negros e iridiscentes hacia mí.

—¿Es eso…?

—Una piroexhaladora —lo interrumpió el otro, acercando su manaza hacia mí.

Maldito fuera mi pelo. Me delataba cada vez, al menos ante aquellos que sabían lo que tenían delante. Pero, por supuesto, no era eso lo único que me descubría. Mi piel se sonrojó de calor, se estiró y se estremeció, tensándose y vibrando de un modo que anunciaba que mi dragón se acercaba.

Me bastó un vistazo al dorso de mi mano para confirmarlo. Mi piel se emborronaba y centelleaba, resplandeciendo levemente, como ámbar atrapado en la luz del sol, aunque fuese de noche. Lo vi yo y lo vieron ellos también. Lo sabían.

—¿De dónde ha salido? —preguntó la mole, que parecía contrariado porque me hubiese acercado tanto sin que me hubiera descubierto y porque hubiese estado tan cerca de vencerlo.

—Da igual. Ahora es nuestra.

«Nuestra».

Como si yo no fuese más que un objeto que pudieran poseer. Aquellas palabras fueron suficientes para prender la mecha de mi furia. Un súbito impulso de supervivencia. No. Yo no sería propiedad de nadie.

En ese momento eran solo dos. El resto del grupo sería alertado de un momento a otro. Tenía que actuar.

Abrí la boca para expeler un torrente de fuego, pero ya se lo esperaban. Fueron rápidos, más rápidos que yo. Una mano me agarró del tobillo, me arrastró y me dio la vuelta.

Me aplastó la cara contra el suelo para que no pudiese escupir mi fuego hacia ninguna parte —ni hacia nadie— que importase,

hacia ninguna parte que me pudiera ser de ayuda. Se me llenó la boca de nieve. Me retorcí, atragantándome, tratando de liberarme, pero uno de ellos me puso la bota enorme sobre la espalda, clavándomela en la columna con un terrible crujido, y me inmovilizó. Mi costilla chillaba y palpitaba de dolor.

Ellos se rieron.

—Ve a despertar a los demás —ordenó la mole—. Enséñales lo que hemos atrapado.

El otro ónice obedeció. Torcí el cuello para mirarlo, para ver su rostro de satisfacción mientras se alejaba.

Pero no pude ver nada.

Porque el suelo se hinchó de repente, elevándose en una enorme ola bajo nosotros, como si una bestia inmensa hubiera despertado para sacudirse la piel de la tierra de la espalda y quitarse a ese dragón de encima.

La tierra se levantó por todas partes como un gran maremoto, cegándome ante todo lo que me rodeaba. Parpadeé rápidamente ante la avalancha, luchando por recuperar la visión y, a través del monzón de tierra y nieve, vi cómo el suelo agarraba al dragón de ónice que había empezado a alejarse.

Y aún hizo más. La tierra se abrió, partiéndose en una enorme grieta, y se lo tragó, lo engulló, para luego cubrirlo a toda prisa. Lo enterró tan de golpe que no le dio tiempo ni a gritar antes de que la boca se le llenara de nieve fangosa.

La presión de mi espalda desapareció. Rodé hacia un lado, libre, y miré hacia todas partes, tratando de entender lo que había ocurrido. El dragón ya no estaba. Había desaparecido. Estaba enterrado en las profundidades de la tierra. Ahora solo quedaba uno, la mole del principio, que se hallaba de pie sobre una tierra que de repente se había quedado quieta. La nieve y el barro se recolocaron

en su sitio, y el suelo dejó de doblarse y de cambiar.

Pero ¿cómo era posible?

Y entonces la vi. Era Kerstin.

Exhalé un fuerte suspiro de alivio. ¡Había vuelto! Al final, no me había abandonado.

Parecía a punto de desplomarse. Se estaba tambaleando, con las piernas abiertas y las manos suspendidas en el aire. Dio un paso torpe y tembloroso, y los brazos, que también temblaban, cayeron a los lados de su cuerpo como si de pronto pesaran demasiado.

—¡Kerstin! —grité.

El ónice reaccionó de inmediato y se abalanzó sobre ella. Era evidente que había llegado a la misma conclusión que yo.

Que aquello lo había hecho ella. Que había sido ella quien había arrastrado a su camarada a las profundidades de la tierra.

Lo vi todo como si ocurriera muy despacio, en una horrible sucesión.

Él fue a por Kerstin.

Y ella, debilitada tras haber usado su talento en un raro despliegue de fuerza, trató de alzar las manos para defenderse, pero no pudo hacerlo. Me di cuenta enseguida: no lo iba a lograr. Él ya casi había llegado hasta ella: tenía los brazos estirados, con las garras surgiendo de las puntas de sus dedos, preparado para despedazarla.

Cerré los ojos con fuerza, un solo instante. Y, cuando los abrí, el mundo era distinto. Mi visión había cambiado, se había aguzado. Lo veía todo con una claridad infinita, a todo color, incluso en mitad de la noche.

Y absorbí todo aquello en un instante, el mismo en el que el fuego brotaba de mí, llameando en el aire y devorando al ónice en un estruendoso incendio. Sentí el crujido y la tirantez de mis huesos,

el ardor crepitante de mi piel febril, mientras exhalaba ríos y ríos de fuego. Mi dragona trataba de surgir bajo la ropa, pero resistí. En esto había mejorado: se me daba mejor controlarme, gestionarme a mí misma. Ya era capaz de recurrir a partes de mi dragona sin transformarme por completo, a no ser que quisiera.

La mole se desplomó a los pies de Kerstin. No había logrado alcanzarla: el fuego ya lo estaba devorando. Ya no era más que un cuerpo, carne ennegrecida bajo las llamas ardientes que derretían la nieve y carbonizaban el suelo a su alrededor.

Volví a tragarme el fuego, guardándolo dentro de mí misma. Fui hacia Kerstin, no sin antes contemplar a mi paso el montón de carne y huesos carbonizados que yacía en el suelo. Un momento que ya había vivido. Quizá no fuese tan impactante como la primera vez, pero no por ello era menos terrible. Yo no quería matar a nadie. No quería ser una criatura capaz de extinguir una vida con tanta facilidad. No quería que esa fuera mi normalidad.

Kerstin seguía jadeando violentamente, agotada tras su esfuerzo. Yo nunca la había visto hacer algo como aquello. Cuando entrenábamos, apenas era capaz de mover la tierra de la arena, y mucho menos de hacer algo así.

—Has estado increíble —murmuré.

—Ya. Tú también. —Exhaló con el aliento tembloroso y se apoyó en mí, como si necesitase que la sujetara—. No sabía que era capaz de tanto. Es una pena que no hubiera aquí nadie de la manada para verlo.

—Supongo que nunca sabes de qué eres capaz de hacer hasta que te toca —murmuré, recordando cómo había logrado yo, por fin, controlar mi sangre cuando Stig me había azotado.

—Siento interrumpir este bonito momento de alabanzas mutuas, pero deberíamos largarnos de aquí.

Nos volvimos hacia la chica…, la mujer. La bruja.

Estaba de pie, observándonos con impaciencia.

Me había olvidado de que se encontraba allí. De que la mole la había llevado hasta ese lugar para que hiciera sus necesidades.

Nos miraba con aquellos ojos sabios rodeados de oscuras ojeras, solemnes, debajo de la capucha.

Seguíamos estando en peligro: el campamento del skelm estaba a metros de distancia.

—Sí, tenemos que irnos —coincidí.

La bruja asintió.

—Allí duerme un dragón térreo que no sería ni por asomo tan fácil de derrotar como estos dos. Podría derrumbar una montaña entera si quisiera. Lo he visto.

—Pues no creo que nos gustara mucho enfrentarnos a él. —Miré a Kerstin.

—En absoluto —respondió ella. Asintió con vehemencia mientras miraba a la bruja con desconfianza.

Escapamos las tres juntas, conscientes de que el tiempo de huir era precioso. No tardarían mucho en darse cuenta de que les habían atacado en mitad de la noche y les habían robado a la bruja en sus narices. Esperaba que ese momento no llegase hasta la mañana, pero, aun así, eso solo nos daría unas horas. Para entonces deberíamos estar muy lejos de allí.

23

TAMSYN

Por suerte, Kerstin no estaba del todo exhausta: aún le quedaba un poco de energía para ayudarnos a borrar nuestras huellas. Fue la bruja quien se lo sugirió, aunque Kerstin no la miró con mejores ojos porque demostrase ser útil. Seguía lanzándole miradas recelosas, plenamente convencida de que era nuestra enemiga. La bruja no lograría ganarse a Kerstin, por muy útil que resultara ser.

Borramos todas las huellas que dejamos durante la primera hora. Kerstin barría la nieve sobre la tierra moviendo los dedos en el aire, sin tener que tocar el suelo. Luego decidimos que con aquello ya era suficiente. Esperábamos habernos alejado lo suficiente del skelm para entonces, y todavía nos quedaban varias horas antes de que se despertaran y se dieran cuenta de que su bruja ya no estaba… y de que les faltaban dos ónices.

El que estaba enterrado podrían recuperarlo. Verían la tierra removida y lo encontrarían: al dragón térreo que la bruja había mencionado no le costaría mucho esfuerzo. Y, cuando lo hicieran, este les contaría que una piroexhaladora y una dragona térrea habían osado atacarlos y llevarse a su sierva.

Y vendrían a por nosotras.

Debíamos darnos prisa, alejarnos todo lo posible. Poner toda la

distancia que pudiéramos entre ellos y nosotras.

Mientras el alba pintaba el cielo de suaves colores, empecé a relajarme, pensando que quizá hubiéramos tenido éxito y hubiéramos logrado escapar. Yo habría preferido seguir avanzando de todos modos, pero Kerstin insistió en que parásemos a descansar. Seguía bastante agotada, y no me gustaba nada el color ceniciento de su piel.

Mientras se alejaba un poco para hacer sus necesidades en la intimidad, aproveché para rebuscar en mi morral y sacar algo de comida y bebida. No me acordaba de cuándo había sido la última vez que había comido, pero me moría de hambre. Le pasé la cantimplora a la bruja y le di un poco de pan.

La bruja. Caí en la cuenta de que no sabía cómo llamarla, así que le dije:

—Me llamo Tamsyn. ¿Y tú?

—Sylvi —respondió. Me devolvió la cantimplora tras dar un largo trago—. Eres la primera que me pregunta mi nombre en…, en mucho tiempo.

Estaba a punto de preguntarle cuánto tiempo era mucho tiempo cuando Kerstin volvió.

Miró a Sylvi de reojo mientras se sentaba a mi otro lado…, bien lejos de la bruja. Le pasé un poco de pan. Lo mordió con una ferocidad de la que el pan rancio de hacía una semana solo podía tener parte de culpa.

—La vamos a tratar como a una mascota, ¿no? —preguntó fríamente.

—¡Kerstin! —la regañé.

—No soy ninguna mascota —le espetó Sylvi, molesta.

—¿Ah, no? Pues allí lo parecías. El skelm te tenía atada con una correa.

El rostro de Sylvi se tiñó de furia. Alzó ambas muñecas, en las que todavía se veían las marcas de las cuerdas.

—Me tuvieron tanto tiempo atada que me olvidé de lo que se siente al moverse sin tener una cuerda alrededor de las muñecas. ¿Te imaginas lo que es eso? ¿No recordar qué se siente al ser libre?

Kerstin no reculó. Se limitó a fulminarla con la mirada, con los ojos de color bronce duros como el pedernal.

—Nada menos de lo que merecen las de tu especie.

—Kerstin —la reprendí—. Ya basta. No tenías por qué volver, ¿sabes?

—Ah, ¿en serio? —Me miró con el ceño fruncido y los ojos muy abiertos, dolida—. ¿Ese es el agradecimiento que merezco?

La nieve caía con suavidad, añadiendo cada vez más peso a las ramas, que ya crujían bajo él. El viento continuaba ululando a nuestro alrededor.

Incliné la cabeza una sola vez a modo de reconocimiento.

—Yo me alegro de que volvieras, y aprecio tu ayuda, pero si vas a seguir dirigiéndote a Sylvi con tanto odio será mejor que nos dejes y vuelvas a la manada.

Kerstin arrugó la nariz. Una expresión de dolor asomó a su rostro un instante, pero enseguida se recompuso.

—No quiero volver a casa todavía.

Asentí.

—Bien.

—No tienes de qué preocuparte —intervino Sylvi—. No tengo pensado quedarme con vosotras mucho tiempo.

—Es la mejor noticia que he oído en todo el día.

—¡Kerstin! —salté. Estaba harta de su mala educación. Me volví hacia Sylvi y, con voz más amable, le pregunté—: ¿Adónde irás?

—Hacia el sur. No creo que quede nada de mi pueblo. Los

dragones lo quemaron hasta sus cimientos y dudo que lo reconstruyan. No quedó nadie vivo para hacerlo. —Confesó aquella verdad con gran parquedad, como si no le afectara—. Pero hay otros pueblos. Encontraré un lugar en el que instalarme. Encontraré un nuevo esposo y empezaré una nueva familia. —Pronunció aquellas palabras con los rasgos firmes, como si haber perdido el anterior no le causara ningún pesar, pero yo sabía que eso no podía ser cierto. Me bastó mirarla una vez para ver la emoción que brillaba en sus ojos, que indicaba que sentía la pérdida en lo más profundo de su alma.

—¿Un nuevo esposo?

Asintió.

—Estaba casada. Era un hombre decente. Sencillo. No sabía lo que yo era. No lo habría comprendido, pocos humanos lo hacen. Pero era bueno conmigo y lo echo de menos.

—Claro que lo echas de menos. Lo siento —respondí con sinceridad… Sabía qué se sentía cuando se perdía a alguien—. Yo también perdí a mi marido —añadí, sorprendiéndome a mí misma con aquella confesión.

Ella me miró con curiosidad.

—Pero eres una dragona.

Y los dragones no nos casábamos. Nos uníamos. Entre nosotros no había ni esposos ni esposas. Aquello era una convención humana.

Negué con la cabeza suavemente; no pensaba contarle mi pasado.

—Bueno, y ¿qué clase de bruja eres? —preguntó Kerstin.

Al parecer, una capaz de mezclarse entre los humanos… Hasta que el skelm había aparecido por allí y había destrozado su vida y el pueblo entero.

Sylvi miró a Kerstin un largo momento, con ademán frío, evaluador, como si estuviese sopesando de qué era capaz.

—Eso no tiene por qué preocuparte. No tardaré en irme.

Sería lo mejor, y no solo por el odio que latía entre ambas. La bruja no estaba a salvo en los Riscos, no entre los dragones. En Penterra, al menos, podría volver a confundirse con los humanos. Allí nadie la identificaría como bruja, siempre que no volviera a cruzarse con el skelm.

Yo también lo sentía. Lo que el skelm había reconocido en Sylvi cuando la habían encontrado en el pueblo, fuera lo que fuese. Lo que Kerstin había sentido en cuanto la había visto, lo que le había alertado de que era una bruja… Yo también lo sentía. Lo sentía y lo reconocía.

Cuanto más tiempo pasaba con Sylvi, cuanto más la miraba…, con más facilidad lo veía. Era una especie de aura que vibraba débilmente, un fulgor pálido que irradiaba de ella. Aquella era la marca de una bruja, y yo podía verla.

Era muy sutil. Me pregunté si siempre habría estado allí, visible a mis ojos, y simplemente nunca antes me había percatado de que existía, igual que no me había percatado de que era una dragona. Cuando vivía en la Ciudad y me dedicaba a vivir mi vida en palacio, ¿habría habido también brujas a mi alrededor y yo, simplemente, no me había dado cuenta? ¿Si no las había visto era solo porque cuando me encontraba con una no sabía lo que tenía delante?

Qué clase de bruja era —y por qué no había sido capaz de usar su poder para escapar del skelm— era algo que no me sentía con derecho a preguntar. No sabía por qué, pero me parecía… maleducado. Entrometido.

—Vendrán a por vosotras dos —dijo Sylvi—. No será ni siquiera por mí, aunque eso también les enfadará. —Se encogió de hombros

con suavidad—. Kaldr, sobre todo, disfrutaba mucho atormentándome.

—Y, si no es por ti…, ¿por qué? —pregunté.

—Dos hembras. —Me miró como si con esa información bastara, pero luego añadió—: Están desesperados por aumentar el grupo. No cuentan con muchas hembras.

Tragué saliva con esfuerzo, recordando la conversación en la que Vetr me había explicado lo importante que era que la manada creciese. Aquello empezaba a convertirse en un cuento demasiado recurrente.

—Además, una de vosotras es una piroexhaladora —prosiguió. Negó con la cabeza, dejando la mirada fija sobre mí—. No tienen dragones como tú. Irán hasta el último rincón de los Riscos para darte caza.

—Estupendo —masculló Kerstin, dando una patada a la nieve con la punta de la bota.

No, no era estupendo. No era estupendo en absoluto. Sabían que estábamos por allí, en algún lugar de los Riscos. Jamás dejarían de buscarnos.

—Mejor será que volvamos a la manada y aceptemos su protección —gruñó Kerstin.

—No —respondí al instante, de forma automática.

Kerstin me miró frustrada.

—Prefiero verme obligada a unirme a uno de los nuestros que terminar atrapada con uno de esos brutos del skelm. ¿Los has olido? No creo que se hayan bañado en toda su vida.

—Yo no quiero verme obligada a hacer nada.

Vivir en la manada, no vivir en la manada. Unirme a un dragón, no unirme a un dragón. Criar o no criar. Vivir entre los humanos o no vivir entre los humanos. Aquellas eren mis opciones, lo entendía.

Pero la elección sería mía. Era yo quien iba a decidir.

Sylvi esbozó una pequeña sonrisa.

—Ni tú ni nadie —dijo.

Me sentí estúpida entonces. Como alguien quejándose del tiempo a pesar de no poder hacer nada por cambiarlo.

—En fin. —Kerstin suspiró y dio otra patada a la nieve—. Si no vamos a volver a la manada, tendremos que ir hacia el sur, igual que ella. —Resopló—. Quizá nos vaya mejor con los humanos. —Soltó las palabras como si nada; era evidente que no las decía en serio.

Pero yo ladeé la cabeza, pensativa, reflexionando sobre esa idea.

—Pues quizá deberíamos —me oí decir.

Me miró con incredulidad.

—¿Ir hacia el sur? No. —Negó ferozmente con la cabeza—. No, no, no, no. Los dragones no viven fuera de los Riscos.

Le dirigí una mirada penetrante.

—¿Y por qué no?

Se quedó en blanco unos instantes. No sabía qué decir. Abrió y cerró la boca varias veces y, por fin, respondió:

—Porque las cosas nunca se han hecho así.

—Bueno, pero las cosas están cambiando, ¿no? Y no es seguro que sigamos caminando por aquí, sin rumbo. —Señalé a nuestro alrededor.

Ella enarcó una ceja.

—¿Y qué hay de Fell?

La flecha dio en la diana. Kerstin había apuntado con astucia.

Me puse muy roja. Miré a Sylvi, pero luego aparté la vista, ocultándome de sus ojos demasiado perspicaces.

—¿Quién es Fell? —preguntó. Yo negué con la cabeza—. ¿Tu marido?

Me volví bruscamente hacia ella, molesta por su perspicacia.

¿Formaba parte de sus dones de bruja?

—Pero también es un dragón —añadió la bruja—. Como tú.

Kerstin respondió por mí:

—Sí. El skelm se lo llevó y lo sometió a un enterramiento. Pero dejaron libre a su hermano, a cambio de…

—De una mina —terminó Sylvi por ella.

—Ah, sabes lo que ocurrió. —Kerstin la miró con una desconfianza renovada, como si, de algún modo, la bruja fuese la responsable de los actos del skelm. Tras soltar un bufido desdeñoso, se volvió de nuevo hacia mí—. Entonces ¿quieres ir hacia el sur y olvidarte de Fell?

La fulminé con la mirada sin esconderme.

—Jamás podría olvidarme de Fell —le dije con la voz contenida.

Doblé los dedos hacia dentro para acariciarme un momento la palma enguantada, donde la piel se había quedado dormida. Seguía sin sentir nada. Y, cuando se trataba de Fell, esa ausencia de sensaciones iba acorde con lo que había ocurrido en mi interior. Estaba adormecida, insensibilizada, algo que me había esforzado mucho en conseguir.

Porque había decidido que insensibilizarme era, por mucho, preferible. Mucho mejor eso que el anhelo, la pena o la furia, que todas las emociones que había sufrido desde que lo había perdido, porque ninguna de ellas me había servido demasiado.

—Pensaba que querías hallar dónde lo había enterrado el skelm —insistió Kerstin.

Y me sobrevino entonces la misma impotencia que de costumbre.

—¿Y cómo quieres que lo haga? —Le hablé con más brusquedad de la que pretendía. Kerstin sabía que era imposible, y me parecía cruel que se comportara como si tuviéramos alguna oportunidad de

encontrarlo. Como si yo me estuviera rindiendo, cuando ella misma me había explicado lo absolutamente imposible que era conseguirlo.

—Yo puedo llevarte.

Las palabras cayeron en el aire como rocas, una tras otra.

Tardé unos instantes en comprenderlas. Me la quedé mirando. Parpadeé. Di vueltas a cada una de ellas, como si quisiera examinarlas una a una para encontrarles el sentido. Las reproduje de nuevo en mi mente, resistiendo al impulso de abandonarme a ellas…, de dejar que la esperanza volviera a apoderarse de mí.

Kerstin y yo cruzamos una mirada, y me pregunté si yo parecería igual de perpleja. Fue ella la primera en encontrar la voz.

—¿Cómo has dicho?

—Yo estaba allí cuando el skelm lo enterró. —Sylvi me miraba fijamente, con esos agudos ojos, casi de otro mundo, clavados en mí. Sus palabras se me antojaron como una mano metiéndose dentro de mí y sacando todo lo que tenía dentro, abriéndome de par en par y desnudándome hasta el alma—. Te puedo llevar.

Me mordí el labio unos instantes antes de responder:

—¿Y por qué harías eso? ¿Por qué querrías ayudarnos?

—Me habéis salvado. —Se encogió de hombros—. Mi madre siempre decía que no había que estar en deuda con nadie. Pagaré mi deuda y luego me marcharé.

Kerstin y yo intercambiamos una mirada.

—Muy bien —dije, alzando la barbilla. Por supuesto que iba a aceptar su oferta—. Llévanos hasta él.

—Tamsyn —me advirtió Kerstin con los dientes apretados, mirando a Sylvi con recelo—. No te puedes fiar. ¡No sabemos nada sobre ella! ¡A saber adónde nos lleva!

Estudié el pálido rostro de la bruja. Tenía la piel casi translúcida, sus delgadas venas azuladas se atisbaban bajo la superficie. Si era

de fiar o no, no importaba. No pensaba irme si existía la oportunidad, por remota que fuese, de liberal a Fell.

Alcé una mano para acallar a Kerstin. Con la mirada fija en Sylvi, respondí:

—Adelante, tú primero.

24

TAMSYN

Sylvi iba primero.

Su promesa de llevarnos hasta Fell se me antojaba demasiado amable, demasiado fácil. Y, no obstante, sentía que aquella posibilidad me había revitalizado, pues antes había estado vacía de optimismo y repleta solo de una sensación de desolación y fracaso. Ya libre de mi agotamiento, mi esperanza había revivido. Qué peligrosa era la esperanza. No era la primera vez que permitía que me embaucara. Vetr ya me la había servido antes en bandeja y yo la había devorado con gusto, cegada a lo que era él en realidad. No pensaba volver a sucumbir tan fácilmente.

Caminaba tras Sylvi, cautelosa y en guardia, con cuidado de dejar espacio suficiente entre las dos…, por si acaso. Para entonces, ya había vivido lo suficiente como para no confiar en ella plenamente. No era Kerstin ni su odio irracional a las brujas lo que me hacía recelar, sino mi propia experiencia. Ya nunca volvería a confiar tan fácilmente.

La posibilidad de que consiguiéramos desenterrarlo y todo terminase bien era una provocación que jugaba con mi mente, un susurro tentador en mi corazón. Demasiado bueno para ser cierto. No volvería a permitirme caer en ese seductor alivio.

Todavía no.

Caminábamos a paso ligero. Sylvi había dicho que no estaba lejos. Que él no estaba lejos. Llegaríamos al lugar donde yacía en ese mismo día, y me sentía agradecida por ello. Pasara lo que pasase…, pasaría pronto. Por fin. Por fin me estaba encaminando a un destino, a un final que ni siquiera sabía que estaba al alcance de mi mano.

Una vaga sensación de inquietud se retorcía bajo mi piel mientras caminábamos. Eso también desaparecería pronto. Cuando acabase ese día, o bien tendría a Fell conmigo, o bien no.

Pero todo terminaría. Por fin.

Sylvi se detuvo y señaló un punto en el suelo cubierto de nieve.

—¿Estás segura?

Parecía una zona común y corriente. Un paisaje estéril y nevado, interrumpido de vez en cuando por algún arbusto o alguna roca que sobresalía. Igual que gran parte de los Riscos.

Contemplé lo que tenía delante, examiné el lugar. La niebla era más densa allí, el aire brumoso me llegaba a las caderas. Me pregunté si sería una señal. Si sería él, aun en su estado durmiente, aun sepultado en la tierra profunda.

El viento me azotaba el rostro, me escocía en los ojos. La humedad salada tomaba forma de lágrimas que rodaban por mis mejillas. Me dolía el pecho al pensar en lo que había soportado, en lo que estaba soportando aún. Allí llevaba enterrado más de un año. En aquel lugar recóndito y desolador.

—Fell —susurré al aire viscoso, con la esperanza de sentir algún latido, alguna reacción de su parte. De sentirlo a él.

Nada.

—Aquí es donde lo metieron. —El viento azotaba los bordes de la capucha de Sylvi. Parecía cansada; las oscuras ojeras seguían

presentes en su rostro, y acusé una punzada de culpa por no haberle permitido ni un solo momento de descanso. Sin embargo, la culpa desapareció en cuanto volví a pensar en Fell.

—¿Cómo estás tan segura? —Kerstin señaló a nuestro alrededor con la mano y aire escéptico.

Sylvi señaló un árbol que asomaba en la distancia. Era lo único que interrumpía el horizonte liso.

—¿Eso? —pregunté—. ¿Esa es la referencia que recuerdas?

—Sí. De ese día lo recuerdo todo. Los he visto hacer cosas horribles, pero ese día… —Negó suavemente con la cabeza, como si lo ocurrido fuese demasiado espantoso para darle voz—. No lo olvidaré nunca. —Señaló otro punto cercano—. Yo estaba justo ahí. —Me sostuvo la mirada y se frotó las muñecas, que todavía lucían las atroces marcas rojas de sus ataduras—. Luchó con todas sus fuerzas. Eran demasiados. No tenía ninguna oportunidad, pero lo intentó.

Al imaginar ese momento, se me hizo un nudo en la garganta que no me dejaba respirar. Inhalé por la nariz. Pues claro que había luchado. La Bestia de las Tierras Fronterizas jamás se habría metido en un agujero de buen grado.

Miré a Kerstin. La necesitaba, era evidente. Desenterrar a Fell era una tarea adecuada para sus talentos.

Y ella lo entendió.

—Puedo intentarlo.

Asentí con firmeza. Si debía recurrir a mis propias manos para sacarlo de su sepultura, lo haría sin dudar, pero Kerstin era capaz de desenterrarlo con mucho menos esfuerzo del que me costaría a mí hacerlo.

Sylvi respiró hondo, alzando esos hombros huesudos.

—Bueno, ya he hecho lo que os he prometido.

La miré sin comprender.

—Pues sí —respondí, preguntándome si buscaría un reconocimiento—. Gracias.

—Te vas —anunció Kerstin con indiferencia.

Ah. Miré a Sylvi de arriba abajo. ¿Era eso lo que quería decir?

—¿Te vas?

Asintió.

—Llámame exagerada, pero no me siento del todo cómoda entre dragones. Sobre todo si uno de ellos ha pasado un año entero enterrado vivo. —Apretó los labios.

Tenía sentido. Yo no podía ni imaginarme lo que debía de haber sufrido durante su cautiverio. A juzgar por el breve tiempo que lo había observado, no había sido agradable.

—¿Estarás bien sola?

Se arrebujó la capa.

—No puede ser peor que cuando estuve en compañía de los de tu estirpe.

Hice una mueca.

—Esos no son de mi estirpe.

Me contempló con ojos astutos, y me pregunté si sería capaz de ver que yo era diferente. No solo distinta del skelm, sino de todos los dragones.

—Tal vez —concedió—. Al fin y al cabo, me has liberado. —Miró a Kerstin con desdén, dando a entender que tenía claro que ella no había apoyado mi plan. Se volvió de nuevo hacia mí y me sonrió—. Me has salvado la vida. No lo olvidaré.

Negué con la cabeza y señalé el suelo.

—Has saldado tu deuda.

Sus ojos adoptaron una expresión dubitativa, y vi algo en ella, en su mirada, en la inclinación de su cabeza. Percibí cierta

incertidumbre cuando se volvió hacia la tierra bajo la que yacía Fell.

—Eso espero.

La ambigüedad de su respuesta me inquietó. ¿Por qué debería dudarlo? Si había visto que era allí donde lo sepultaban…

La miré con los ojos entornados. El aire se oscureció tenuemente a su alrededor; su aura se movía como una sombra trémula.

—¿No quieres quedarte y asegurarte de que esté…?

—Creo que es mejor que yo no esté cuando lo desentierres.

Su expresión era inescrutable, pero la examiné de todos modos, preguntándome si estaba ansiosa por marcharse o era solo una impresión mía.

Metí la mano en mi morral y saqué lo que me quedaba de comida, un paquete de pan y cecina, para dárselo.

—Muy bien. Toma. Llévate esto para el viaje.

—No tenemos suficiente para compartir —protestó Kerstin, indignada.

—Nosotras podemos cazar —repliqué, fulminándola con la mirada.

Sylvi aceptó el paquete y se lo echó al hombro.

Yo volví a mirar al suelo. Y en ese momento, cuando por fin había llegado la hora de la final revelación…, me embargó una vacilación desconcertante.

Sentí la mirada de Kerstin mientras me arrodillaba. Se me mojaron los pantalones de inmediato, pero no me importó. Me quité los guantes, los tiré y, tras inclinarme, hundí las manos desnudas en la tierra gélida como si así pudiera llegar hasta él. Las hundí bien, hasta más allá de mis muñecas, doblando los dedos y arañando la nieve con ellos. El hielo se derretía en diminutas partículas contra mi piel cálida, convirtiéndose en agua.

Fruncí el ceño. Estaba convencida de que cuando lo tuviera tan

cerca, sabría, lo sentiría, pero la palma de mi mano seguía muda. Muerta.

—¿Kerstin? —Levanté la vista para mirarla.

Ella asintió, leyendo mi petición en mis ojos. Apretó los labios con determinación.

—Lo intentaré.

Volví a mirar hacia Sylvi, pero no vi más que su espalda mientras se retiraba a paso rápido, subiendo la colina, convertida en un puntito en la distancia. Al cabo de un instante, había desaparecido de nuestra vista.

Dirigí la vista a Kerstin.

Ella exhaló, como si estuviese aunando fuerzas con su aliento, me ayudó a ponerme de pie y me apartó.

—Dame un momento.

Asentí, luchando por ser paciente. Mientras esperaba, la miré a ella, al suelo y luego de nuevo a ella.

Kerstin alargó las manos con las palmas hacia abajo. Le brillaban los ojos, y las pupilas temblorosas se alargaron hasta convertirse en dos rayas verticales. El suelo empezó a cambiar. Se formó una grieta serrada cada vez más profunda; la nieve se apartaba, deslizándose hacia los lados. Kerstin gruñía del esfuerzo; su piel refulgía con destellos de color bronce que se mezclaban con la piel iridiscente de su dragona.

Retrocedí varios pasos para alejarme de la grieta, que era cada vez más ancha.

—¡Lo estás consiguiendo!

Se le veía el rostro cada vez más rojo del esfuerzo por debajo del brillo bronce de su piel de dragón, pero no apartó las manos, que movía como si estuviese despedazando algo, como si estuviese abriendo algo de par en par: las costuras de la tierra misma.

Se le dilataron los agujeros de la nariz, que se le ensanchaba a medida que brotaban las crestas protuberantes, lo que le permitía respirar más rápido, más fuerte, inhalar más aire. Le temblaban los brazos, que trataban de resistir contra la intensidad de sus esfuerzos.

Bajé la vista y contemplé cómo la tierra seguía abriendo sus fauces y la grieta se hacía cada vez más y más y más profunda…

Cerré las manos en puños. Me temblaban, como si por fin el frío hubiese empezado a afectarme, pero por supuesto que no era frío. Era expectación, que vibraba en mi interior como electricidad.

A pesar del aire gélido, Kerstin tenía el rostro cubierto de perlas de sudor.

Me asomé a las oscuras profundidades de ese abismo cada vez más profundo, con la esperanza de ver a…

—¡Ahí! —grité.

Las nubes de tierra cenicienta y nieve se asentaron y la tierra reveló una caja. Un rudimentario ataúd de hueso de dragón.

No sabía qué esperarme, pero no me sorprendió en absoluto que lo hubiesen metido ahí. Los humanos no eran los únicos que fabricaban armas e instrumentos con el cuerpo de los dragones. Fell jamás habría logrado romper ese ataúd para abrirse paso hasta la libertad.

Kerstin se detuvo, jadeante. Los sonidos que exhalaba parecían casi sollozos.

Le puse una mano en el hombro, conteniendo el aliento, y con la voz temblorosa de emoción le dije:

—¡Lo has conseguido!

Ella asintió y tragó saliva con dificultad.

Juntas, contemplamos el interminable abismo que descendía desde los bordes de la grieta que había formado, esperando a que

ocurriese algo.

—¡Fell! —grité.

Nada.

Kerstin y yo intercambiamos una mirada. No sabíamos qué hacer. El viento hacía ondear las pieles de su manto, le agitaba la capa. Se encogió de hombros.

—No creo que vaya a abrir la caja él mismo si todavía está… dormido.

—Ah. Claro. Por supuesto. —Asentí como si tuviera sentido. Como si algo de todo aquello lo tuviese—. Voy a bajar —anuncié, como si descender sesenta metros bajo tierra no fuese una idea aterradora. Pero, en realidad, ¿qué era eso comparado con que me azotaran hasta casi matarme? Al fin y al cabo, ¿había algo que yo no pudiera soportar?

Por Fell, era capaz de hacerlo.

Kerstin asintió como si fuese una excelente idea.

—Seguro que cuando abras la caja y note el aire y la luz sobre la piel… y te vea… —Se interrumpió.

Eran conjeturas, pero su lógica me tentó a aferrarme a la esperanza. Solo necesitaba despertarse, darse cuenta de que era libre, y entonces volvería a ser él mismo. Volvería a mí.

Eché un vistazo rápido a la grieta para evaluar los bordes de tierra que se desprendía y ver cuál sería la mejor manera de proceder. Pero resultó que al final no tuve que preocuparme por nada de eso.

Porque nos atacaron en una andanada de gritos, irrumpiendo desde el horizonte. La tierra empezó a temblar, sacudida por los repentinos golpes de los cascos de los caballos.

Kerstin se abrazó a mí.

Miramos a nuestro alrededor con los ojos como platos, agarradas

la una de la otra, mientras montones de guerreros a caballo descendían sobre nosotras por todos los lados. El estómago se me puso del revés.

Nos habían encontrado.

Nos habían rastreado.

Aquel pensamiento tan disparatado se mezclaba con el horror, con el miedo. Con la certeza de que, aun estando tan cerca de Fell, no podría hacer nada por ayudarlo. Ni siquiera sabía si podría ayudarme a mí misma.

El ruido era ensordecedor. Nos rodearon blandiendo las armas sobre sus cabezas, triunfales, mientras sus voces congestionaban el aire.

Parpadeé a toda prisa y, al fijarme mejor en ellos, me di cuenta de que…

No era el skelm.

Ni siquiera eran dragones.

Me habría dado cuenta enseguida de no haber estado tan conmocionada, tan desprevenida, por tener todos mis pensamientos concentrados en Fell, que estaba al fondo de ese agujero.

Sus cascos alados los delataban: eran guerreros de Veturlandia. Quizá estuvieran allí para saquear los Riscos, o quizá estuviesen explorando el terreno antes de la llegada del ejército que los seguía. No importaba. Fuera cual fuese el caso, estaban allí, por alguna cruel broma del destino o de la providencia. Eran al menos dos docenas de guerreros, que se habían aventurado al sur, aunque normalmente se refugiaban en sus casas durante los meses más álgidos del invierno. Leí la muerte en sus ojos, la sed de sangre en sus rasgos enrojecidos y castigados por el viento.

—Son humanos —dijo Kerstin con los dientes apretados mientras nos rodeaban junto a sus estruendosos cascos y sus gritos de

alegría. Se hablaban a voces con unos acentos marcados que nunca había oído. Sin embargo, no necesitaba entender lo que decían para comprender la amenaza que representaban. El brillo de sus miradas lo decía todo.

Para ellos no éramos más que dos humanas, dos mujeres solitarias y vulnerables…, dos presas. Pero que fuera eso lo que veían al mirarnos iba en nuestro favor. Era nuestra mayor defensa. Kerstin y yo intercambiamos una elocuente mirada. Ella asintió, y supe que estábamos pensando lo mismo.

Sabíamos lo que teníamos que hacer.

Varios de los guerreros desmontaron de sus sillas de montar con pasmosa facilidad. Mientras con sus toscas manos tiraban de nosotras y nos empujaban como si fuésemos boyas tiradas en el mar, me preparé, pensando en cuál sería la mejor forma de acabar con ellos. Tendríamos que invocar a nuestras dragonas, por supuesto, pero, aun haciéndolo, ¿seríamos capaces de eliminar a un grupo tan numeroso de soldados? No podíamos dejar supervivientes. No podían quedar testigos. Debíamos asegurarnos de ello.

Oí entonces la voz de Vetr. «Eres una piroexhaladora. Utiliza tu poder».

Tenían una actitud jovial y relajada. Era evidente que no les preocupábamos mucho. No representábamos ninguna amenaza para ellos, solo una promesa de diversión. Varios de ellos señalaron la enorme grieta que dividía la tierra, señalándola con curiosidad.

De repente, arrancaron a Kerstin de mi lado.

—¡Tamsyn! —gritó, pataleando.

Luché por llegar hasta ella. Cerré la mano en un puño y golpeé a uno de los hombres que me sujetaban, con cuidado de no darle en el casco de metal, y la sangre manó a chorros bajo mis nudillos. Sabía cómo hacer que cada golpe contase, sabía cómo atacar a un

oponente. Estaba entrenada para hacerlo.

Él soltó un gruñido y me apartó de él al tiempo que soltaba una maldición, furioso. Se llevó la mano al labio que le había partido con el puñetazo.

Caí al suelo, soltando también un gruñido.

Él escupió un diente ensangrentado en la nieve y volvió su mirada asesina hacia mí. Varios de sus camaradas se echaron a reír, algunos con tantas ganas que se doblaban por la cintura; otros agarrándose del abdomen, encantados con el espectáculo. Ver el agujero donde antes había estado el diente les llenaba los ojos de lágrimas de risa.

—¿Qué pasa, Clyde, no puedes con una mujer?

Aquello solo sirvió para enfurecerlo más.

Clyde se abalanzó sobre mí, que seguía encorvada en el suelo. Cogió impulso con un pie y me pateó varias veces. Pronto se le unieron otros a los que eso debió de parecerles un pasatiempo divertido, y me golpeó una lluvia de pesadas botas. Los golpes eran rápidos y seguidos, una andanada violenta. Me ovillé para protegerme, pero no pude evitar chillar cuando uno me dio en la costilla que no había curado del todo.

Me rodeé la cabeza con los brazos y sentí que el calor familiar que había dentro de mí estallaba, prendiendo fuego a cada nervio y cada fibra, hasta convertirse en un verdadero incendio en mi interior.

Por entre mis brazos, atisbé a Kerstin, que se resistía contra sus captores para tratar de llegar hasta mí. De repente, sus ojos se clavaron en los míos. Sus ojos de color bronce brillaban como monedas bajo la luz del sol. Asintió en un gesto de ánimo: estaba preparada. Llevaba preparándose para esto desde que había aprendido a andar. El brillo de sus ojos me indicaba que tal vez incluso hubiese estado deseando que llegase un momento como

ese.

Mi interior hervía, echaba humo.

Le respondí imitando su gesto. Mi mensaje estaba claro. «Adelante. Muéstrales lo que eres».

Abrí la boca con un grito que resonó en el aire, forzando la voz. Mis cuerdas vocales cambiantes crepitaban mientras el fuego crecía y se acumulaba en mi garganta, preparado para salir.

Preparado para quemarlo todo.



PARTE 5

EL DESENTERRAMIENTO

25

TAMSYN

El mundo explotó a mi alrededor, pero no por nada que yo hiciera.

No hubo fuego. Ni siquiera tuve la oportunidad de exhalarlo. Las llamas chisporroteantes no llegaron a pasar de mis labios.

El mundo se convirtió en un caos.

Quedé libre de los furiosos golpes de las botas. Temblorosa, bajé los brazos y parpadeé, inmersa en una nube opaca de nieve y de tierra y de pedacitos de roca que caían del cielo. El aire olía y sabía a marga y a piedras.

Alcé la cabeza del cobijo de mis brazos, busqué a Kerstin, que yacía abrazada a la tierra, y acudí corriendo junto a ella.

Los gritos de los soldados llenaron el aire, tan gruesos como el viento salvaje y asfixiante.

Y un estruendoso silbido me llenó los oídos, sacudiéndome de tanta que era su fuerza, a pesar de estar agachada… Era más fuerte incluso que los gritos de los guerreros. Me atreví a incorporarme un poco, con cuidado, buscando, tratando de entender qué estaba ocurriendo, de identificar el peligro… La amenaza a la que habría de enfrentarme.

El viento soplaba con violencia; la fuerza de un rugido echó hacia atrás mi manto de pieles y mi capa, separándolos de mi cuerpo, y

me azotó el pelo desde las raíces y los ojos hasta que brotaron lágrimas saladas de las comisuras.

Se oyeron varios estruendosos rugidos.

La sangre permeaba el aire; su olor metálico me inundaba la nariz, me cubría la lengua.

Entre el repiqueteo de las armas, una tormenta de rocas y guijarros nos asediaba. Uno me golpeó en la mejilla, y me apretujé contra el suelo igual que Kerstin, notando la humedad de la sangre en mi rostro.

Ahogando un grito, me puse de espaldas y contemplé el torbellino de aire lleno de escombros que arreciaba sobre mí. Vi que un cuerpo era arrojado, seguido de otro, y de otro. Cruzaban mi campo de visión como flechas, disparados de un lado a otro, dejando tras ellos un rastro de sangre, salpicaduras de lluvia roja contra la niebla cada vez más densa.

Y allí…, detrás de la tempestad…, en lo alto del cielo…

Unas gigantescas alas plateadas batían y batían en el aire con violencia, nadando en un cielo que ya era más que solo nieve y tierra. Era niebla. Niebla de dragón. Una bruma espesa que se arremolinaba como el humo.

La niebla de un ocultador.

El aliento abandonaba mis labios a sacudidas mientras contemplaba el cielo. Tenía el cuerpo cada vez más caliente; la nieve se derretía y formaba un charco a mi alrededor.

Cuando seguí con la mirada la curva de esas alas hasta el cuerpo del dragón, creí que se me iba a salir el corazón por la boca. Me quedé contemplando sus ojos del color del hielo, de escarcha pálida con un aro de un azul oscuro, conocidos y desconocidos al mismo tiempo.

Conocidos, porque lo conocía.

De la vida. De los recuerdos. De los sueños.

Mi cuerpo reaccionó, elevándose como respuesta, como si tirasen de un hilo invisible. Arqueé la espalda como si me sintiera compelida a alcanzarlo, a tocarlo, a fundirme con él.

Y a la vez desconocidos, porque eran unos ojos salvajes y feroces y miraban a través de mí sin reconocerme, como si yo no existiera. Como si ni siquiera estuviese allí.

—¡Fell! —Su nombre fluyó de mis labios como una bandera ondeando al viento, sacudiéndose con una energía violenta que se liberaba de mí para llegar a él.

Me oyó. Me miró. De nuevo, sin verme.

Yo le devolví la mirada, pero era como mirar la vacía inmensidad de la tundra blanca como el hielo. Allí no había nada. No me reconocía, no reaccionaba. No había ninguna emoción; no había corazón.

Siguió a lo suyo sin mirarme.

Y lo suyo era la sangre y el caos. La muerte y la devastación.

Los soldados chillaban. Sus armaduras y sus cascos no les brindaban protección alguna. Unos trataban de huir a caballo, otros intentaban atacarlo fútilmente con sus flechas y sus espadas. Pero no tenían flechas con punta de escama de dragón, ni ninguna otra arma de ese material. Era evidente que la influencia de Stig no había llegado a Veturlandia.

Aparté cualquier posible remordimiento que pudiera sentir por ellos, consciente de que solo querían hacernos daño a Kerstin y a mí, consciente de la destrucción que habrían sembrado en las vidas inocentes de Penterra. Y, aun así, era una escena terrible, aterradora.

Y en el centro del tumulto estaba Fell. Fell estaba por todas partes; fluía como el viento. Su enorme cuerpo alado acababa con

ellos con facilidad; elevaba a los soldados a decenas de metros sobre el suelo y los despedazaba, para luego dejarlos caer como juguetes rotos. Los lanzaba contra la tierra como si no fuesen nada. Meros muñecos para un dios invencible.

Kerstin me clavó los dedos en la mano y, bien abrazadas la una a la otra, observamos la masacre casi sin pestañear.

—¿Cómo es posible? —pregunté con la voz entrecortada.

Ella negó con la cabeza sin apartar la vista del espectáculo.

—Debe de haber oído algo…, a nosotras, a ellos… A ti.

Estábamos rodeadas de cadáveres, pero Fell aún no había terminado. No pararía mientras uno solo de ellos siguiera respirando. Adelantó a un par de jinetes que casi habían subido una colina, los arrancó de sus monturas valiéndose de sus garras, ascendió cientos de metros en el cielo, hasta que se convirtieron en unos puntitos en la distancia…, y los dejó caer.

Contemplé boquiabierta cómo los cuerpos de los guerreros se precipitaban desde el aire convertidos en un torbellino de gritos y se estampaban contra la tierra en una nube de nieve ensangrentada.

—Es increíble —dijo Kerstin, sin aliento.

Asentí con movimientos bruscos; tenía los dedos entumecidos de lo fuerte que le cogía la mano, y mi corazón se había convertido en una cosa salvaje y desbocada dentro de mi pecho.

Entonces todo terminó tan repentinamente como había empezado.

Las alas dejaron de batir: Fell aterrizó sobre la carnicería con un golpe sordo que hizo temblar la tierra, que provocó que me vibrara todo el cuerpo y que resonara hasta el último de mis huesos.

No hubo más gritos.

Un sepulcral silencio cayó sobre la tierra ensangrentada.

Era magnífico. Una criatura que resollaba y resoplaba, de piel

perlada y plateada, tirante y resplandeciente sobre brutales músculos y tendones.

Su nombre se me escapó en un suspiro de asombro.

—Fell…

Me oyó. Giró la cabeza hacia nosotras con brusquedad y clavó en mí su mirada penetrante, como si yo fuese su próximo almuerzo.

Y quizá lo fuese.

Me sobresalté, y Kerstin me estrechó la mano.

—Es tuyo —susurró, y no supe si me estaba tranquilizando o advirtiendo.

Nos quedamos muy quietas, agarradas la una de la otra, mientras el gigantesco dragón se acercaba a nosotras.

—Tranquila —dije enseguida, aunque no sabía a quién iban dirigidas esas palabras. ¿A mí o a Kerstin?

Se acercaba despacio; la piel llena de escamas ondeaba sobre su poderoso cuerpo y sus enormes garras hacían crujir la nieve bajo su peso. Sus ojos de dragón se deslizaron sobre Kerstin para luego clavarse en mí.

—Tamsyn… —dijo Kerstin con suavidad, con la voz temblorosa—. Sabe que somos nosotras, ¿verdad?

—Pues claro que lo sabe.

Flexioné los dedos y sacudí un poco la mano para despertar nuestra conexión, para despertarlo a él y sentir el consuelo de sus latidos dentro de mí. Así me sentiría tan segura sobre mi respuesta como fingía estarlo.

Lo miré a los ojos, sumergiéndome en sus profundidades de escarcha. Alargué los dedos todo lo que pude, buscando su pulso, desesperada por revivirlo, por revivir nuestra unión.

Estaba allí, delante de mí. La desesperación se propagó por mi cuerpo como una enfermedad, una fiebre. ¿Por qué no lo sentía?

¿Por qué no estábamos unidos? ¿Dónde estaba nuestro vínculo?

—¿Fell? —lo llamé, estudiando el rostro del dragón que había ante mí. Buscando al hombre que conocía.

Él se detuvo, mirándome con los ojos fríos e implacables de un asesino.

Siempre lo habían llamado la Bestia de las Tierras Fronterizas. En ese momento, mientras miraba a ese dragón, encontré muy pocas señales del hombre que se había casado conmigo y me había llevado con él al norte, y el sobrenombre me pareció más cierto que nunca.

Solté a Kerstin y me puse de pie, aunque me temblaban las piernas como si estuviesen hechas de gelatina. El único miedo que sentía era el de no volver a encontrarlo en el interior de aquella criatura, que no dejaba de resoplar y de dilatar los agujeros de la nariz.

El dragón dio un golpe en el suelo, un gesto que se me antojó muy parecido a una advertencia.

Kerstin susurró mi nombre, pero la ignoré. Tenía que intentarlo. Si ya no era Fell…, ¿quién —qué— era?

Nos miramos. Nuestros ojos se quedaron prendidos el uno del otro durante un momento interminable.

—¿Estás ahí? —susurré, con palabras apenas audibles, pero no hacía falta que las oyese. No si estaba ahí. Había distintos modos de oír: debería haberme sentido y saberlo.

Sin embargo, con aquellos ojos muertos clavados en mí con avidez, me daba la sensación de que no era nada mío. Me parecía un extraño. Peor: un enemigo. Un animal. Estaba más lejos de mí de lo que lo había estado nunca, y eso me destrozaba.

—¿Tamsyn? —Kerstin trató de cogerme de la mano, pero se la aparté. Di un paso al frente sin mirarla, caminando hacia él con decisión, a pesar de lo que me temblaban las piernas.

Él se quedó quieto, amenazante, mientras yo avanzaba. Ladeó la cabeza y me observó con la mirada intensa de un depredador. Las fosas nasales eran lo único que se le movía, dilatándose con sus fuertes resuellos.

—Soy yo. Tamsyn. —Le tendí la mano con la palma hacia fuera, como habría hecho para acercarme a un animal salvaje…, pero también para que viese la marca, como si así lograse empujar a su memoria a recordar que éramos compañeros, que nos habíamos unido por sangre—. Soy Tamsyn. ¿Te acuerdas de mí? —«¿Te acuerdas de ti?»—. Soy tu esposa —le dije, sorprendida de la facilidad con la que se me escapó esa palabra. Para los dragones no significaba nada, pero para mí sí. Para mí sí tenía un significado, y casi me quedé sin aliento al darme cuenta de que quería que también lo tuviera para él—. ¿Te acuerdas? —insistí, con la voz rota y suplicante.

Pero no.

No se acordaba. Me di cuenta demasiado tarde, cuando vi un brillo feroz en sus ojos que debería haber bastado para retroceder y escapar de él.

No me conocía.

No se conocía a sí mismo.

Se abalanzó sobre mí, y Kerstin, con un grito, me agarró del brazo y tiró de mí para obligarme a retroceder.

Pero yo resistí. Estúpida, Esperanzada.

—No me va a hacer daño —dije, manteniéndome firme. No me permitía pensar en lo que podría significar equivocarme.

Resistí al impulso de estremecerme cuando se detuvo justo delante de mí. Agachó la cabeza y los pinchos letales de su gola quedaron a meros centímetros de mi cuello. Le resultaría muy fácil acabar conmigo, si era eso lo que deseaba. En varios de esos

pinchos resplandecía la sangre del combate cuerpo a cuerpo de hacía unos instantes. Tragué una oleada de bilis que me trepó por la garganta. ¿Me mataría con la misma frialdad con la que había matado a todos esos guerreros?

Me exhaló en la cara y su aliento caliente me acarició el pelo.

—Me conoces —repetí con la voz rota—. Somos iguales. Tú y yo somos lo mismo. —Luché contra el nudo que me atoraba la garganta.

Pero en aquellos ojos fieros no había ninguna chispa que indicara que me hubiese reconocido. Resopló contra mi cara y abrió la boca, revelando el largo implacable de sus colmillos. Estaban tan cerca…

—Te echaba de menos incluso cuando no me permitía pensar en ti —confesé en un susurro. Mi voz era una súplica. Sabía que estaba ahí, en alguna parte… Solo tenía que llegar hasta él.

Él exhaló de nuevo y yo giré la cara hacia un lado y cerré los ojos con fuerza, esperando, preparada para que me hincara esos colmillos, para que me despedazara. Para que terminase conmigo igual que había hecho con los guerreros cuyos cuerpos estaban desperdigados a nuestro alrededor.

El viento susurró sobre mí.

Abrí los ojos.

Se había ido.

26

FELL

Volé libre, disfrutando de la caricia del viento en mi cuerpo, de las dulces vibraciones de mis alas en el aire, del glorioso tira y afloja de mis músculos. Unos músculos que habían pasado demasiado tiempo agarrotados e inertes.

Ya no estaba atrapado en la oscuridad, ya no estaba perdido en el abismo. Ya no me rodeaba esa niebla que invadía mi mente y me devoraba, que me consumía con sus monstruosas fauces.

Atravesé las nubes moviendo la cabeza hacia la izquierda y la derecha, deleitándome con la libertad. Aunque mis pensamientos seguían nublados, brumosos y difusos, mis emociones eran intensas y mis instintos tan afilados como las garras que sobresalían de mis zarpas.

La neblina enfriaba la fiebre de la batalla sobre mi piel.

Por fin mi niebla tenía adónde ir. Por fin irradiaba de mí, en lugar de invadirme.

Mi estómago se contraía de hambre. Estudié el paisaje desde las alturas, en busca de cualquier movimiento, de algo que llevarme a la boca. Entre otras cosas.

Mis necesidades eran muchas. Sentía impulsos abrumadores y vertiginosos que me llenaban de un delicioso anhelo.

Cazaba al tiempo que me sentía cazado.

Miré atrás; no lograba desembarazarme de un extraño malestar, como si hubiese olvidado algo. La sensación me perseguía, me reconcomía, como un susurro constante en los oídos, y me llenaba de una energía inquieta. Unos ojos de fuego dorado afloraron en mi mente y sacudí la cabeza, librándome de la imagen como si no fuese más que una telaraña empeñada en quedarse adherida a mi piel.

Batí mis alas y volé más rápido, con más afán, para que el viento se llevase sus hilos de seda.

27

TAMSYN

Estaba perdido. Y, sin embargo, no lo estaba.

Ya no estaba perdido de igual modo que antes, cuando mi esperanza era una cosa muerta que se pudría dentro de mí.

Fell estaba vivo y volaba suelto por los Riscos, tan bravo como cualquier criatura indomable que vagara por aquellas tierras salvajes. Solo que no se trataba de cualquier criatura indomable: era Fell. Y era mío. Aunque me hubiese rechazado. Aunque se hubiese marchado volando sin mirar atrás como si yo no fuese nadie para él.

Aquello me había causado un dolor profundo, como si una esquirla de hielo se hubiera clavado en el centro de lava ardiente de mi ser. Solo que…

No me había matado.

Y aquello era algo. Si yo no era nada para él, me podría haber matado en ese preciso instante, cuando habíamos estado cara a cara. Al fin y al cabo, había matado a todo el que se le había puesto por delante, presa de una ira desbocada y feroz. Pero a mí me había dejado viva. Me lo tomé como una señal positiva. Debía de haber algún pedacito de él que todavía me recordaba, que me conocía. Era suficiente para darme esperanza.

Lo contemplé alejarse por el cielo, batiendo las alas de plata

perlada en el aire.

Estaba perdido, pero no muerto. No era inalcanzable. Una distinción importante a la que yo me aferraba con desesperación.

—En fin. —Kerstin suspiró y se volvió a poner la capucha, cubriendo su salvaje melena—. Eso no ha ido como yo me imaginaba. ¡Para nada! —Hizo un gesto para darle un efecto dramático a sus palabras. Luego ladeó la cabeza, pensativa, y me preguntó—: ¿Crees que la bruja sabía que iba a salir de ese ataúd desbocado como un jabalí de guerra? —Señaló con el pulgar el lugar por el que se había ido Sylvi—. Porque se ha largado muy deprisa.

—No lo sé. Puede —contesté, aunque estaba negando con la cabeza. Todavía oteaba el cielo, y el aire salía tembloroso de mis labios. ¿Qué más daba eso?

—Malditas brujas… —refunfuñó—. Ni siquiera se le ha ocurrido avisarnos de que tu compañero iba a salir de ahí convertido en un asesino sediento de sangre.

Salté como un resorte para defender a Fell y sus actos.

—No les ha hecho a esos soldados nada que no pensáramos hacerles nosotras mismas.

Ella miró a nuestro alrededor.

—Ya, lo que pasa es que él lo ha hecho muy muy bien y en menos de un minuto. Y ni siquiera se ha entrenado nunca con la manada. —Abrió mucho los ojos en una expresión a medio camino entre el horror y el asombro.

—Se ha pasado la vida entera entrenando —rebatí.

—Pero no como dragón.

—No —admití—, pero tuvo formación de guerrero, lo criaron para ser un asesino, una herramienta para la guerra. —Su padre, Balor el Carnicero, el famoso asesino de dragones (y quien había matado a la madre de Fell y Vetr) se había encargado de ello. Lo

había educado para que fuese tan habilidoso y cruel como había sido él.

—Ah. —Se quedó pensativa—. Pues entonces no es muy distinto de nosotros —admitió despacio. De repente, le brillaron los ojos—. ¡Imagina lo que podría aportar a la manada!

Hice una mueca y volví a otear la carnicería.

—Cuando su hermano se lo entregó al skelm, destruyó toda oportunidad de que Fell se uniera a la manada —respondí con convicción.

No se me ocurriría ni preguntárselo. Ni siquiera yo quería seguir perteneciendo a la manada. No, quería una vida distinta a la que me ofrecía. Quería la clase de vida que me brindase la oportunidad de salvar a Penterra de Stig y proteger a los dragones al mismo tiempo. Ambas cosas no tenían por qué ser excluyentes.

Ese posible rumbo se me había ocurrido por primera vez durante la rekon, y seguirlo implicaba que tendría que abandonar los Riscos y volver a Penterra. Estaba dispuesta a hacerlo. Había momentos en la vida en la que una debía posicionarse…, aunque nadie se posicionara de tu lado.

Cogí aire con fuerza. Si era afortunada, tal vez no tuviera que hacerlo sola. Tal vez tuviese a Fell a mi lado.

—Tampoco es que Vetr lo hiciera a propósito —repuso Kerstin.

Apreté los labios y la miré.

—¿Estás completamente segura de eso?

Kerstin parecía ofendida.

—¡Claro que sí! Vetr es muchas cosas. Es duro, despiadado, terco…, pero jamás haría algo así.

No tenía ganas de discutir con ella por la integridad de Vetr —o la falta de esta—. Además, él ya me había contado lo que había hecho con sus propias palabras, y jamás podría volver a confiar en

él.

Oteé el cielo de nuevo y encontré a Fell, silueteado sobre el brillante azul. Pronto desaparecería de mi vista: lo engullirían las nubes cambiantes o, simplemente, se alejaría demasiado para ser visto. Sentí la urgencia de ir tras él, un apremio que latía con fuerza en mis venas.

—Volverá en sí. Se acordará —insistí, aunque ella no me hubiera preguntado, y no supe si se lo decía a ella o me lo decía a mí.

Ella siguió mi mirada. La vi negar con la cabeza, aunque por el rabillo del ojo, porque yo no apartaba la vista de Fell. Me pareció un gesto triste, de desconsuelo, como si creyera que Fell estaba perdido para siempre. Como si me compadeciera.

—¿Cómo sabes siquiera que sigue ahí dentro?

Estaba vivo. No pensaba rendirme por segunda vez.

—¡Porque no me ha matado! —le espeté, con una convicción profunda grabada en mis mismos huesos.

No me había despedazado, como había hecho con todo lo que se le había puesto por delante tras salir de su tumba. Que me hubiera dejado viva, libre de ir tras él, no me parecía un gesto que pudiera ser casual.

Quizá una parte de él sabía que yo lo seguiría. Necesitaba creer que era así. Kerstin soltó un gruñido que parecía indicar que no estaba muy convencida.

—Voy a buscarlo —anuncié mientras me quitaba el manto de pelo y la capa y los dejaba caer sobre la nieve.

—¿Qué? ¿Por qué? —Me miró perpleja—. Es evidente que no quiere…

—No sabe lo que quiere. No sabe quién es. —Me quité los guantes y los tiré también. Ya sentía el calor que se despertaba en mi interior, las chispas de mi cuerpo al prepararse.

Me miró con incredulidad mientras me quitaba la túnica y la dejaba caer.

—Es una mala idea. Nos ha dejado con vida, pero si lo persigues te verá como una amenaza. Te matará.

Exhalé un suspiro. Era posible.

—No lo hará —aseguré, contenta porque la firmeza de mi voz disimulase todos mis recelos, todas mis dudas.

—Ya lo creo que lo hará.

—Puede intentarlo, pero yo no soy como ellos. —Señalé los montones de cadáveres que nos rodeaban—. Soy capaz de enfrentarme a él. Me necesita más que nunca.

No sabía cómo, pero, de algún modo, encontraría la manera de lograr que volviera en sí. Le recordaría quién era él… y quién era yo.

Le recordaría que yo era alguien para él, alguien que debía importarle, porque ya le había importado una vez. Eso no podía haberse perdido, no después de tanto tiempo. Tenía que recordarme. A mí, a nosotros.

La esperanza cobró vida en mi interior. Un propósito se había formado dentro de mí, y se me antojaba irresistible, una marea cálida que me aliviaba y me calmaba y se llevaba consigo todo lo incómodo, todo lo malo: la sensación de estar atrapada en ropa que no era de mi talla mientras fingía que sí, la sensación de estar a medio camino entre dos mundos, de ser dos cosas, y no querer elegir ninguna de las dos en detrimento de la otra.

El deseo de pertenecer a los dos, de ayudar a salvar a ambos mundos, cobró vida dentro de mí, aunque eso significara —sobre todo si eso significaba— salvarlos al uno del otro.

Solo él podía entender eso, porque era como yo. Porque yo era como él.

Ya no era más que un puntito que volaba hacia las nubes.

—Es un mal plan —me advirtió Kerstin.

—Pero es mi plan. —Terminé de quitarme la ropa a toda prisa, con determinación—. Coge lo que quieras de mis cosas…

—¡¿Me vas a dejar aquí sola?! —preguntó con tono acusador.

La miré a los ojos.

—No te pasará nada. Has demostrado lo capaz que eres, Kerstin, pero ahora tienes que volver con la manada. La aventura termina aquí. Es hora de volver a casa.

—Sin ti —respondió casi con amargura.

—La manada nunca fue mi casa.

Cogió una de mis botas de pelo.

—Cuando te vuelvas a transformar estarás desnuda. ¿Qué harás entonces?

—Buscar algo de ropa —respondí encogiéndome de hombros.

—¿Dónde? ¿Creciendo en los árboles? —me espetó.

—Ya me las arreglaré.

Apretó los labios en un gesto de rebeldía.

—Te matará. —Le temblaba un poco la voz, y me miraba con una pena y un arrepentimiento enormes, como si ya estuviera muerta y me hubiera perdido para siempre.

Ya desnuda, me puse recta a pesar del frío viento y traté de no sentirme vulnerable mientras mis pechos se endurecían bajo la mano gélida de la niebla. Miré al cielo, angustiada, buscando a Fell. Ya casi no se le veía.

—He de confiar en que no lo haga. —Le di un fuerte abrazo—. Vete a casa, Kerstin —la apremié.

La solté sin molestarme en volver a mirarla. Di un paso atrás, alcé la cabeza hacia el cielo y le pedí a mi cuerpo que ocurriera, que el cambio acudiese a mí, con una larga y humeante exhalación.

La conocida sensación empezó en mi pecho: un cosquilleo en la

carne. Ya casi no me dolía que mi piel se abriera y se estirase, que la dragona que había en mí emergiera a la superficie como una erupción y mi cuerpo explotara en un cegador estallido de luz.

Y despegué. Volé. Me abrí paso a través del cielo, ladeando e inclinando el cuerpo a través de los fuertes vientos, surcando el aire húmedo a toda prisa, tras él. Batía las alas con furia para alcanzarlo.

Fell me había salvado en más de una ocasión. Había cogido mi espíritu quebrado y lo había reparado deseándome cuando no habría tenido por qué hacerlo, pues yo era la novia equivocada, la mujer que le habían impuesto. Me había salvado en el Borg, cuando Stig me había traicionado. Fell le había dado la espalda a todo lo que le habían enseñado a creer. Por mí. Me había elegido a mí.

Y ahora me tocaba a mí elegirlo a él. Salvarlo a él, aunque el enemigo fuera él mismo.

¡Allí estaba!

Lo vislumbré a través de un hueco en las nubes: sus alas perladas resplandecían en el aire vaporoso.

Debió de verme, o de sentir que iba tras él, porque se volvió para mirarme y sus ojos de dragón se clavaron en mí. Las pupilas verticales temblaron peligrosamente una fracción de segundo, tras la que miró de nuevo al frente. Batió las alas con más fuerza y se adelantó, sumergiéndose bajo la protección de las nubes.

Me había visto, no me cabía duda, pero desapareció de mi vista de todos modos.

De repente, las nubes se hicieron más densas, se hincharon y se intensificaron alrededor de él y también de mí, de un modo que, decididamente, no era obra de la naturaleza.

Lo estaba haciendo él. Estaba usando su talento de ocultador.

Quizá hubiese estado enterrado en un agujero y no hubiese podido entrenar como había hecho yo, ni perfeccionar sus

habilidades, pero había nacido para hacerlo, aunque hubiese pasado una vida entera ajeno a la verdad. Quizá se hubiera olvidado de sí mismo, quizá se hubiera olvidado de mí, pero, al parecer, no había olvidado a su dragón. Aquello era innato, más fuerte que todo lo demás.

Su dragón estaba del todo consciente, despierto, alerta. Tenía el control.

Había perdido su conexión conmigo, pero no eso. No ese instinto. No ese poder animal y crudo que vibraba en sus venas igual que la sangre.

La niebla estaba ya por todas partes. Ralenticé el vuelo, engullida por las nubes y cegada por la neblina densa y fría: no veía nada más allá de mis zarpas. Él estaba desaparecido entre la niebla.

—¿Fell? —Me detuve y me quedé flotando en el aire grueso y blanco como leche fría.

Giré en círculos, tratando de ver algo mientras mis alas seguían moviéndose en el aire denso para mantenerme a flote, con la esperanza de atisbar alguna grieta en la neblina, algún movimiento, algún destello de él en algún lugar del miasma. No veía nada más allá de…

Vi un destello borroso y fugaz a mi derecha y, de repente, algo me embistió. El golpe me echó la cabeza salvajemente hacia atrás y salí despedida dando vueltas por los aires. Mi cuerpo giraba con violencia por culpa del impacto, como un torbellino, fuera de control.

Y de repente me detuve porque algo me agarró. Se me pegaron las alas a los lados al rodearme el cuerpo unos brazos duros y unas garras afiladas.

Con un rugido, me resistí, pataleé y arañé.

Pero los brazos siguieron apretujándome, estrujándome, aplastándome con tanta fuerza que sentí cómo se me rompía uno de

los tendones del ala.

Bajé la cabeza de forma automática para morderlo y le hundí los colmillos en su dura piel de dragón. Su aullido resonó en mis oídos, mezclándose con el estridente silbido del viento, y el sabor metálico de su sangre me cubrió los dientes. Sin embargo, no me soltó, seguía inmovilizándome…, así que yo tampoco aflojé. Apreté la mandíbula, clavándole más los colmillos en la carne de su hombro.

Entonces me dio un cabezazo para conseguir que lo soltase, y uno de los afilados pinchos de su gola me arañó la cara. Chillé, sobresaltada, cuando el dolor abrasador del corte se propagó por mi piel y la sangre me goteó en los ojos. No me lo había clavado en la sien por apenas un par de centímetros. La herida habría sido mortal.

Fell y yo estábamos atrapados en una vorágine de viento ululante y violenta lucha, pegados, enredados, dando vueltas en el aire. Ya no estábamos volando.

Caíamos.

Nos desplomábamos.

Bajábamos en picado hacia la tierra, atrapando el uno las alas del otro.

Descendimos dando vueltas hacia las frondosas copas de los árboles, verdes con motas blancas de nieve, luchando el uno contra el otro. Luchando contra la vida. A él le daba igual. No me soltaba.

Chillé, pero el estruendoso viento se tragó el sonido. Chillé, chillé y chillé.

Chillé hasta dejarme la garganta en carne viva. Allí terminaba todo. Kerstin ya me lo había advertido. Ya me había dicho que me mataría.

Me enfrenté a esa mirada gélida como la muerte, desesperada y con el corazón sangrando, y traté de llegar hasta él mediante la conexión que antes había habido entre nosotros, pero que ahora nos

había fallado. Sin embargo, quien me devolvía la mirada era una bestia.

No era Fell. Fell no estaba allí.

Moví la cabeza para mirar los árboles, que se acercaban a una velocidad vertiginosa.

«No. No. ¡No!».

Si no hacía algo, nos estrellaríamos. Tenía que hacerlo. Tenía que hacer lo que sabía hacer.

El fuego se me acumuló en el pecho y trepó por mi garganta convertido en un remolino de chispas y ascuas y ceniza. Con un aullido de angustia, abrí la boca y lo dejé ir.

Estalló de mis labios en un torrente de llamas que, alimentadas por el viento y la desesperación, devoraron su carne. Y, con un grito, me soltó.

Desplegué las alas de golpe, luchando contra el tendón roto de una de ellas. Ignoré el dolor y la obligué a moverse, a funcionar. Como las enormes velas de un barco, me suspendieron en el aire, izándome un instante antes de que me estampara contra el suelo.

Aterricé entre resuellos y sollozos. No fue un buen aterrizaje, pero tampoco nada que pudiera romperme.

Clavé las garras en la tierra cubierta de nieve y miré a mi alrededor. Lo descubrí no muy lejos de mí, en el suelo, hecho un ovillo roto del que ascendían nubes de humo que se mezclaban con la niebla, que campaba a sus anchas por el aire.

Me acerqué a él y alargué un brazo, dudando solo un instante antes de acariciar el suyo. Lo puse boca arriba para evaluar los daños, con el estómago en un puño de terror, temerosa de lo que encontraría… De lo que le habría hecho.

Tenía los ojos casi fuera de sus órbitas del dolor, y miraba hacia todas partes. Sufría graves quemaduras en el hombro y el pecho; la

carne se le desprendía hecha pedazos, carbonizada.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Contuve un sollozo y, negando con la cabeza, exclamé:

—¡No, Fell! ¡No! Lo siento, lo siento mucho, lo…

Pero se abalanzó contra mí. Me embistió y salí despedida hacia atrás.

Me estampé contra un árbol, y su tronco me detuvo con una fuerza brutal. El aturdimiento me impidió moverme durante unos instantes; tenía la vista nublada y la cabeza fláccida, caída.

Aquello no era como los ataques que había sufrido en la arena. Comparado con esto, aquellos entrenamientos habían sido un juego de niños. La realidad de una batalla era mucho peor.

Cuando mi visión se volvió a centrar, lo descubrí encima de mí con las garras preparadas para asestarme un zarpazo letal. Me aparté justo a tiempo, esquivando el brutal golpe por los pelos, y le di una fuerte patada en el estómago.

Él se dobló hacia delante del impacto, pero enseguida levantó la cabeza y rugió, enseñándome los colmillos. Volvió a tratar de embestirme, pero yo me elevé y me valí de mis alas para apartarme de su camino. Lo esquivé y lo rodeé, apenas rozando el suelo con las garras traseras.

Y, sin embargo, enseguida me atrapó y me arrastró contra el suelo.

—Fell —jadeé, suplicante, mientras apartaba la cabeza para evitar su mordisco—. ¡Fell, por favor!

Nos estábamos matando.

Solo uno de nosotros sobreviviría a aquella batalla.

Exhausta, dolorida, rodé por el suelo y me forcé a levantarme, clavando las garras en una mezcla de barro y nieve. Mis alas colgaban fláccidas a mi lado; me hacían de escudo, pero no me

ofrecían ninguna protección real.

Nada tenía sentido. Kerstin tenía razón y yo era una estúpida. Fell me iba a matar.

Jadeando, lanzó su cuerpo gigantesco hacia mí, arañando la tierra a su paso de forma lenta y amenazante en su empeño en acabar conmigo. No se detendría. No se detendría nunca.

28

FELL

No conocía a esa criatura.

Estaba tratando de acabar con ella, pero esa cosa no era fácil de matar.

La niebla me decía que lo hiciera: la neblina que me había acompañado en la oscuridad, la que me había abrazado cuando no había nada más. Esa bruma que me rodeaba, mi defensora constante, mi única compañera en el vacío. Una amiga en la oscuridad. La voz en mis oídos.

Había hablado con ella, me había aferrado a ella, y ella me había contestado. La había escuchado mientras me hablaba en susurros sobre castigo y venganza. Justicia para mis agravios. Un bálsamo para mis heridas eternas.

Y ahora esa criatura me seguía, me daba caza…, me había obligado a bajar al suelo y me atacaba con fuego en los ojos.

Tenía que destruirla antes de que me destruyera a mí. Lo sabía.

Alcé una garra sobre ella, preparado para matarla…

Y entonces la boca de la criatura —la boca de ella— se movió, y esos labios formaron sonidos, palabras… y algo cedió, algo se desmoronó en mi interior como caen los guijarros por la ladera de una montaña. Giré el cuello y contemplé los Riscos vigilantes que se

erigían a ambos lados.

No era una cosa.

Era ella.

Y su boca hermosa.

Sacudí la cabeza con fuerza, luchando contra aquel destello de conciencia, resistiéndome al hilo de ternura y a la pujante sensación de que algo no andaba bien…

Bajé la guardia y miré el cuerpo roto que había tirado en el suelo. A ella. Y unos ojos de fuego me miraron. Era el mismo fuego que me había quemado. El que me había derretido la piel y la carne de los huesos.

Entonces lo vi —lo oí—: el eco de un recuerdo, el sonido de la tierra al caer encima de la caja. Encima del ataúd.

La miré con los ojos entornados. Aparté ese recuerdo y asocié a ella ese viejo terror. Asocié a ella todo mi dolor. Lo vertí sobre ella.

La neblina oscura me rodeó y susurró: «Hazle daño o ella te lo hará a ti».

Era libre, pero no lo sería del todo mientras quienes me habían encarcelado siguieran vivos. Unos ojos plateados asomaron a mi mente, unos ojos conocidos y desleales. Noté el sabor de la traición en la lengua, agrio, podrido.

Ella volvió a mover los labios. Sus palabras tomaron forma y resonaron en el aire.

«Fell, por favor…».

Me estremecí. Era un truco. Ella era un truco.

Un movimiento, un destello en su cuello. Bajé la vista hacia la piel de fuego dorado… y la detuve en la gema que tenía allí colgada, una miríada de colores frente a una noche negra. La miré a los ojos y algo se rompió dentro de mí.

Solté un rugido, bajé la cabeza y acerqué mis colmillos a su

cuello.

29

TAMSYN

Se abalanzó sobre mí como una tempestad, salvaje y rugiente.

Sus garras se cernían sobre mí, y sus jadeos entrecortados colmaban el espacio que había entre nosotros.

Abrí la boca, a sabiendas de que lanzarle mi fuego siempre era una opción.

Podía dejar que mis llamas lo conquistaran todo, podía quemarlo hasta que de él no quedaran más que un montón de escombros carbonizados. Hasta que fuera imposible que se recuperase.

Solo que no era capaz de hacerlo.

Un acto así me mataría a mí tanto como lo mataría a él.

Ya había llegado hasta mí. Exhalé, rindiéndome ante él, y mi cuerpo se derrumbó y se tornó fláccido. Alcé la vista para mirarlo.

Y él agachó el rostro, preparando la boca para acercarla a mi cuello expuesto; enseñó los dientes al ver esa carne vulnerable y rugió, preparado para acabar conmigo.

Todo había terminado.

No me había reconocido.

—Adelante —susurré.

Algo centelleó en sus ojos. Era una chispa de furia, de frustración…, un cambio sombrío en las profundidades gélidas de su

mirada. Gruñó y me empujó, instándome a reaccionar, a moverme.

Pero yo no reaccioné. Me empujó con saña de nuevo, perplejo ante mi negativa a luchar, ante mi rendición.

—Hazlo —le pedí, con la voz rota e inexpresiva, frágil como un hilo.

Ladeó la cabeza bruscamente al oír mi voz. Su dragón no sabía qué hacer con eso. Conmigo. Era un oponente a su altura, quizá mejor, incluso, con mis habilidades, pero en ese momento ya no era capaz de resistirme, ya no era capaz de luchar. No exhalaría mi fuego. Estaba derrotada en todos los sentidos: me había vencido.

Exhalé, temblorosa.

—Tú ganas.

Dudó solo un instante más antes de bajar hacia mí su enorme cabeza, golpeándome la barbilla con el filo de su gola de pinchos. Su aliento cálido acarició mi cuello expuesto. Mi ofrenda.

Cerré los ojos y respiré. Inhalé. Exhalé. Inhalé. Exhalé. Estaba preparada. Esperaba que no me doliera, porque todo mi cuerpo era un gran hematoma palpitante. Al menos eso detendría el dolor. Pronto, el sufrimiento habría terminado. Ya no habría nada.

Él inhaló y me olisqueó la piel.

—¿A qué esperas? ¡Hazlo de una vez! —le pedí con voz ronca. Las palabras me hicieron daño en la garganta en carne viva.

La siguiente exhalación temblorosa fue suya…, seguida de un largo gemido que se retorció hasta convertirse en algo nuevo, diferente, algo que no había oído de él desde su desenterramiento.

Todos los sonidos que había emitido desde que había salido de su tumba habían nacido de la brutalidad. De la agresividad. Aquello era distinto… Era suave, tierno. Roto.

Humano.

Un peso cayó sobre mí; sentí una presión sobre mi cuello. Tardé

unos instantes en darme cuenta de que no era la muerte clavándome sus dientes, no eran unos colmillos que despedazaban mi garganta.

Busqué en mi interior y comprendí que no sentía ningún dolor más allá del que me había causado nuestro furioso combate.

Abrí los ojos, bajé la vista… y ahogué un grito.

La muerte no había llegado a mi garganta. No había colmillos que quisieran clavarse en mi cuello, no había ningún dragón.

No había ningún dragón.

Su descomunal cuerpo plateado había desaparecido. El Fell humano estaba tirado sobre mí, y me agarraba con manos temblorosas, flexionando los largos dedos sobre mi piel de dragón, como si no supiese si acercarme a él o apartarme.

Exhalé y me permití ir, dejando que mi cuerpo se deshiciera, se relajara, se destensara y volviera…

A mí.

Alcé una mano y observé los dedos que tan bien conocía. La palma de mi mano volvía a vibrar, a palpitar. La «x» había cobrado vida.

Nuestro vínculo había vuelto con toda su fuerza.

—¡Fell! —lo llamé con la voz entrecortada, deslizando la mano entre sus mechones de pelo plateado. Tal vez el color fuese otro, tal vez ya no tuviese aquella melena tan negra como las plumas de un cuervo, pero la sensación al acariciarla era la misma. Mechones gruesos y sedosos que se derramaban sobre mi piel. Le arañé el cuero cabelludo, arrancándole un maravilloso suspiro gutural.

Se apartó y me miró con el rostro que conocía, y en él vi todas las diferencias que amaba, todos los matices que lo distinguían de su hermano: los grabados de tinta que bajaban por su cuello, la nariz recta y afilada como una hoja, los labios injustamente jugosos,

anchos y con un labio inferior carnoso que recordaba íntimamente, esa mirada invernal que me dejaba sin respiración y que era como ese fuego que ardía perpetuamente, sin cesar, dentro de mí. Solo que el fuego gélido de esos ojos ardía por mí.

—Eres tú —dije, aunque no fuese necesario, mientras lo devoraba con la mirada.

Él me contemplaba con la conciencia de sí mismo, y de mí, escrita en los ojos, más ardientes aún que el calor que burbujeaba en mi interior.

La esperanza repentina que se había henchido en mi pecho me pareció peligrosa.

Quizá, en realidad, estaba muerta. Quizá sí me había desgarrado la garganta, al final, quizá me había matado, y aquello era una especie de vida después de la muerte en la que estaba viviendo un sueño hermoso, una fantasía donde yo era yo y él era él y estábamos juntos, sin ninguna de todas esas amenazas que habían pendido siempre sobre nuestras cabezas, sin los horribles engaños y los secretos terribles y lo desconocido y aterrador que marchaba hacia nosotros, implacable y constante.

Me cogió la mano, la apartó de su pelo y la examinó un instante, deteniéndose en cada dedo, en cada nudillo, en la muñeca, como si fuese algo precioso que despertaba su curiosidad, y luego la reclamó para sí y entrelazó sus largos dedos con los míos. Juntó nuestras palmas y nuestros corazones latieron al mismo ritmo, no como uno solo, sino como dos, al unísono, presionando contra nuestra piel, brincando y saltando, ansiosos por fundirse el uno en el otro.

Fue un momento fugaz que, sin embargo, se alargó y se alargó. Las barreras habían desaparecido, todo lo que nos había separado en el pasado, en Penterra, había quedado olvidado. Esas cosas tan pequeñas e insignificantes ya no existían allí.

Moví la otra mano enseguida, buscando su rostro, y la presioné contra su mejilla.

Hacía tanto tiempo que no nos tocábamos… Desde…

Él cerró los ojos y se volvió hacia mi mano para besarla con fervor. Sacó la lengua para lamerla, y luego me mordió la palma.

Se me puso la carne de gallina. Me estremecí y contuve un sollozo al abandonarme a él, aunque solo fuese un sueño.

—Tamsyn… —Susurró mi nombre como si de una bendición se tratase, y sentí que un trueno me atravesaba. Su voz, por fin, después de tanto tiempo. Mi nombre vivo en sus labios. Ya no era un recuerdo. Ya no era solo la comunión de nuestro vínculo. No era un sueño. Éramos nosotros dos y estábamos juntos, carne contra carne.

Levantó la cabeza para abalanzarse sobre mi boca y yo acudí a su encuentro. Nuestros labios colisionaron con fuerza, apareándose, fusionándose. Pero no era suficiente. Era un mero preámbulo.

Ya estábamos desnudos. Ya no sentía ni el dolor de las heridas de mi cuerpo magullado, de cuando habíamos intentado matarnos hacía escasos momentos. Si él sentía las suyas, tampoco daba muestras de ello mientras se arrastraba sobre mi cuerpo, hacia mi boca.

Nos besamos hasta hartarnos, con besos furiosos de bocas abiertas en los que entrelazábamos nuestras lenguas, en los que chocábamos los dientes.

Le enredé los dedos en el pelo y tiré fuerte de los mechones plateados, arqueando la espalda y retorciéndome bajo su peso.

Él se deslizó por mi cuerpo besándome el cuello, e hizo una pausa al ver mis dos collares: el suyo y el mío. Acercó una mano temblorosa al ópalo y lo acarició para asegurarse de que fuese real. Tan real como lo era yo.

Me lo quité a toda prisa y se lo puse a él.

—Ya está. Ahí es donde tiene que estar.

Él bajó la vista para mirarlo y acarició el ópalo negro casi con reverencia. Luego me miró a mí, mis ojos, mis labios, y la intensidad de sus iris me paró el corazón.

—Y tú… —gruñó. Deslizó las manos bajo mis muslos, los agarró y me los abrió para colocarse entre ellos. Bajó una mano, me la puso detrás de la rodilla y se rodeó con mi pierna para dejarme abierta, blanda y vulnerable contra el duro roce de su polla—. Aquí es donde tienes que estar.

Gimoteé complacida, emocionada, y me froté contra él, sin aliento, anhelante y completamente preparada para recibirlo.

Llevaba semanas, meses, preparada.

Y, sin embargo, esperó.

Me recorrió el cuerpo con los dedos, acariciando la piel sensible entre mis pechos, siguiendo sus curvas por abajo y por los lados y luego moviéndose en círculos hacia dentro, cada vez más y más cerca, hasta que me rozó el pezón.

Gemí con los dientes apretados y arqueé la espalda. Él me recompensó pellizcándomelo, acariciándome la punta con dos dedos. Llevé una mano a su hombro y le clavé los dedos, aferrándome a él.

Pero pegué un grito al notar la piel quemada y pegajosa, y aparté la mano a toda prisa.

—¡La piel! Fell…, ¡te he quemado!

Pero él acercó los labios a mi pecho y enterró mi pezón en la cálida cueva de su boca, devorándome, concentrado en mí. A pesar de lo preocupada que estaba por él, ahogué un grito al recibir el calor de su boca, al abandonarme al ardiente placer.

—Ni lo siento —respondió, casi sin despegar la boca del pezón engrosado, y luego continuó chupándomelo como si fuera una cuestión de vida o muerte.

Enredé las manos en su pelo; me estaba dando tanto placer que se me retorcían las entrañas y se me nublaba la vista.

—¿Será porque te he quemado hasta el hueso y has perdido la capacidad de sentir? —conseguí decir entre jadeos. Mi preocupación por él competía con las sensaciones maravillosas y abrumadoras que me estaba regalando su boca. Arqueé la espalda y grité cuando me arañó el pezón con los dientes, provocando que las sensaciones me atravesaran como un rayo.

—Me corrijo…, siento muchísimas cosas. —Rotó las caderas para frotar la polla contra mi sexo anhelante—. Pero ninguna es dolor.

Me cogió de la mano y la bajó para ponerla en nuestros cuerpos y que así pudiera comprobar lo dura que la tenía, las ganas que tenía. Su miembro saltó hacia mis dedos, que lo acogieron con entusiasmo. Agachó la cabeza de nuevo hacia mis pechos y volvió a devorarlos con labios hambrientos, y yo… me olvidé de todo lo demás.

Todo mi mundo era su boca y sus manos y su polla.

Soltó un gemido y embistió entre mis dedos dispuestos; qué sensación tan enriquecedora, tan deliciosa. Lo apreté y acaricié mientras él seguía lamiendo, besando y mordisqueando mi carne, y me deleité con sus jadeos. Con él. Con Fell, que estaba allí, conmigo.

—Tamsyn… —consiguió decir con voz entrecortada.

Ya no podía soportarlo más.

Había esperado suficiente.

Solté su miembro para agarrarlo del pelo con ambas manos y subirlo hacia mí, y así adueñarme de sus labios otra vez.

Aquello no eran besos. Era un festín. Una furia. Un frenesí. Una celebración para nuestros labios.

—Fell —gruñí en su boca mientras le tiraba del pelo. Una

exigencia.

Y él respondió a ella empujándome con las caderas y penetrando mi húmedo calor de una sola embestida.

Dejé caer la cabeza con un grito, perdiéndome en la maravillosa sensación de tenerlo dentro, de que su miembro palpitante me dilatara, me llenara por completo. Él me rodeó con los brazos y me atrajo hacia sí, y nos quedamos así unos instantes, abrazados, disfrutando simplemente de la gloriosa cercanía, de nuestra unión, de su polla enterrada bien dentro de mí.

Hasta que ya no fuimos capaces de seguir quietos. Hasta que tuvimos que movernos.

Él balanceó las caderas, moviéndose en mi interior, cada vez más rápido. La fricción iba aumentando y calentándonos. Yo gemía y balbuceaba palabras sin sentido.

Desatada, me aparté para empujarlo y ponerlo debajo de mí. Apoyé las manos en su pecho y, montándome en él a horcajadas, descendí sobre su cuerpo para meterme su largo miembro con un gemido exultante.

Mi pelo caía sobre él como una cortina mientras lo cabalgaba a un ritmo furioso, colocando las caderas de un modo concreto para que el impacto de sus embestidas acertara en un punto exacto dentro de mí, un punto invisible que me hacía temblar, gimotear y convulsionar.

Él me apartó el pelo de la cara; me miraba intensamente a los ojos entre sus largos y ardientes besos.

—Muy bien —me animó, acariciándome los labios con el aliento caliente y mirándome con deseo—. Así, cariño. Déjate ir.

Y entonces estallé, gritando en su boca. Él se tragó mis gemidos, se los bebió, los engulló. Me derrumbé sobre él mientras mi cuerpo sufría las sacudidas posteriores al placer, agotada. Pero él no había

terminado: a pesar de estar debajo de mí, seguía alzando las caderas y embistiéndome, una vez tras otra, hasta que un áspero grito indicó que había llegado al clímax. Luego se quedó fláccido, blando.

Yo tampoco podía moverme, tirada sobre él tan floja como si no tuviera huesos. Disfrutaba del calor de su cuerpo, de la firme presión de su pecho bajo mi mejilla, de escuchar, por fin, los latidos de su corazón junto a mi oído.

Al cabo de un buen rato, aún disfrutando de los ecos de nuestra unión, empecé a moverme.

—Soñaba con esto en la oscuridad. Contigo. Cuando el mundo se desvanecía y me perdía a mí mismo, era a ti a quien me aferraba… —Su voz se suavizó, convirtiéndose en algo oscuro y doliente, y me di cuenta de que jamás comprendería del todo lo mucho que había sufrido.

Me apoyó una mano en la nuca en una caricia con la que me atrajo más hacia sí, y lo sentí entonces: el brinco de la palma de su mano, que reaccionaba a encontrarse con mi piel; hasta lo más profundo de sus huesos trataba de alcanzarme—. En esos primeros días, o semanas… —Se encogió de hombros—. No sé cuánto tiempo pasó. Solo podía pensar en que tú estabas allí, con Vetr y los demás. Me aterrorizaba lo que pudieran hacerte. Fantaseaba con salir de ese agujero y volver a verte… y con matarlo.

No me hizo falta preguntarle a quién se refería.

Cerré los ojos con fuerza mientras lo pensaba: Fell, enterrado bajo tierra sin nada más que el tormento de sus pensamientos, su preocupación por mí, su sed de venganza.

—Lo siento —susurré, presionando mi palma cantarina contra su piel. Necesitaba el contacto, la afirmación física de que estaba conmigo.

—¿Cuánto tiempo he estado ahí abajo?

Cerré los ojos, desolada al saber que la respuesta no mejoraría nada. Lo ignoraba totalmente, no tenía ni idea de cuánto tiempo había permanecido encerrado. Había perdido la conciencia del tiempo…, junto la de todo lo demás.

—Un poco más de un año —confesé. Era incapaz de mentirle.

No contestó. Me arriesgué a mirarlo. Estaba mirando al frente, con la vista perdida en la inmensidad del cielo. Y había sombras en sus ojos…, espectros que danzaban sobre sus iris de hielo. Ya no estaba solo él. Era como si se hubiese traído algo más de ese lugar en el que había estado, de ese abismo oscuro y profundo al que había ido cuando el svefn lo había expulsado. Una verdadera bestia campaba bajo su piel.

Ya no era el mismo de hacía un año. Era aún más brutal si era posible, había un hambre despiadada que daba vueltas en su interior y que yo sentía.

Era comprensible. Aquello dejaría cicatrices, de las que se forman bajo la superficie, de las que no son visibles, pero igual de eternas.

—¿Fell? —susurré. Él parpadeó para mirarme, despertando del ensoñamiento oscuro que lo tenía preso—. Perdóname —le dije con dolorosa sinceridad.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Por no haberte encontrado antes.

—Pero me has encontrado. —Me acarició la cabeza y yo exhalé un suspiro que sentía que llevaba demasiado tiempo atrapado en mi interior—. Podría haber perdido mucho más que un año. Podría haberme perdido para siempre, pero viniste tú y ahora soy libre. —Unas duras líneas aparecieron a los lados de su boca—. Libre para

acabar con quien se lo merece.

Me estremecí. Se refería a su hermano, por supuesto. Se me encogió el estómago de pensarlo.

Me confundía. Vetr no había obrado bien, pero yo no quería verlo muerto. Seguía siendo el mismo que había estado a mi lado durante semanas, cuando estuve en cama, en la enfermería. No quería ver a los dos hermanos tratando de arrancarse la yugular. No quería que solo quedara uno de los dos. Ambos debían vivir. Ambos traían cosas buenas a un mundo que lo necesitaba mucho.

Lo besé en el pecho, justo debajo de la quemadura, como si pudiera hacer que mi ternura se filtrase en su piel. Luego llevé la mano al mismo punto donde lo había besado; la cálida vibración del centro de la palma de mi mano era un consuelo que necesitaba tanto como respirar.

—Un año… —repitió con voz grave—. Tenemos muchas cosas que contarnos. Quiero saberlo todo… sobre mi hermano y sobre la manada. Quiero saber cuánto tiempo pasaste allí y cómo escapaste. ¿Qué noticias tienes de nuestra casa?

Pues claro que le preocupaba Penterra. Para él, seguía siendo su hogar. Sabía que le importaría lo que hubiera ocurrido, porque a mí también me importaba.

Asentí. Me abrumaba pensar en todo lo que tenía que contarle. Las noticias de Penterra, de Stig, del Borg… Más cosas que removerían los espectros que nadaban en su mirada, que alimentarían a la bestia que habitaba en él.

—Te lo contaré todo. —No me quedaba otra elección. Tenía que saberlo, por mucho que yo temiera que llegase ese momento.

—Deberíamos buscar cobijo. No tardará en hacerse noche.

—Y ropa, quizá —sugerí.

Él asintió y me ayudó a ponerme de pie. Nos miramos de arriba

abajo, evaluándonos.

—Debo de estar espantosa —comenté, mientras me tocaba con manos temblorosas el pelo enredado y la cara, donde tenía sangre seca en la frente. Necesitábamos encontrar cobijo, comida y ropa limpia. Necesitábamos tiempo para que se curasen nuestras heridas.

Me rodeó la cintura con un brazo y me empujó contra él.

—Si con espantosa te refieres a espantosamente bella, entonces sí.

Me sonrojé y le acaricié la mejilla.

—Todavía no me puedo creer que seas real. ¡Y estás aquí, conmigo! —El alivio y la felicidad se mezclaban con cierto recelo, con una inquietud que me decía que aquello no podía durar, no en esta vida, que tan empeñada estaba en arrebatármelo todo.

Me cogió de la mano y me la besó.

—Ya te acostumbrarás.

Dudaba que me acostumbrase nunca, pero no quise ser la voz que explotase la pequeña burbuja de placer de nuestro reencuentro, así que dije:

—Vamos.

Mi tiempo en los Riscos me había enseñado que en aquellas montañas había mucho que temer… Y que no todos sus peligros se podían vencer tan fácilmente como un grupo de guerreros desprevenidos de Veturlandia. Y esos peligros —criaturas que eran mágicas, que estaban preparadas para enfrentarse a la amenaza de los dragones— preferían el manto que la noche les ofrecía para ocultarse.

Cogiéndome con fuerza de la mano, Fell emprendió la marcha.

30

FELL

Me pregunté si seguía soñando, si aún estaba atrapado en ese lugar nebuloso a medio camino entre los dos mundos. A medio camino entre la vida y la muerte. A medio camino entre el humano y el dragón. A medio camino entre la realidad… y lo que no lo era.

¿Se había vuelto a retorcer mi existencia hasta adoptar una nueva forma? ¿Un nuevo aspecto lleno de sabores, texturas y colores? ¿Era real la dicha embriagadora y primaria que había sentido al hundir mi cuerpo en el de ella? ¿El delicioso tira y afloja de nuestros dos cuerpos? De Tamsyn… ¿De verdad era real?

¿Me había perdido todavía más? ¿Seguía enterrado? ¿Seguía atrapado en un ataúd? ¿En las profundidades de la tierra, sumido en mi desgracia?

Pero el vacío nunca había sido tan amable. Nunca me había regalado tanta dicha. Nunca había sido tan dulce como tener a Tamsyn entre mis brazos bajo un cielo púrpura que se apagaba. Allí nunca había sentido la esperanza que sentía con ella, con su mano canturreando en la mía mientras caminábamos por los Riscos, buscando un lugar donde pasar la noche.

Era eso: la dulzura, el placer embriagador, la absoluta felicidad. Eso era lo que me decía que aquello no era ningún sueño, que todo

era real.

Nos cobijamos en una cueva a la que nos guio al suave olor a azufre de un arroyo de agua caliente escondido dentro de la montaña.

Y quizá también nos guio el instinto. Los dragones que habitaban en nosotros respondían a nuestro instinto inherente de supervivencia.

Seguimos un túnel que terminaba en una cueva poco profunda. El arroyo la ocupaba casi por completo, pero en la orilla había un pequeño saliente de musgo en el que podíamos sentarnos.

Sin embargo, Tamsyn no se molestó en hacerlo. Se sumergió en las aguas cálidas con un suspiro y apoyó la cabeza en el borde, mientras el agua oscura y seductora le lamía los hombros y las curvas de la parte alta de sus pechos. De la superficie ascendían hilos de vapor, ondulantes como humo, que danzaban ante su rostro.

Fijó esos ojos entre ámbar y dorado en mí.

—¿No quieres meterte conmigo? —Me tendió la mano—. El agua te calmará el dolor. —Bajó la mirada hacia mi torso y mi piel, que todavía no estaba del todo bien, que todavía no se había curado completamente. Estaba ya menos quemada, claro, pero tenía una mancha roja y brillante como la cera desde el hombro hasta la parte superior del pecho. La piel se iba reparando poco a poco.

Una chispa de culpa asomó a su mirada, a pesar de que no tenía nada por lo que sentirse culpable. Me había quemado para salvarse, para evitar que yo la destruyera. No se lo reprochaba. Es más…, su demostración de fuerza me llenaba de orgullo, de una emoción caliente y primaria. Era fuerte, bella y poderosa. Y era mía.

—Sí, pero, si me meto en el agua, no haré ninguna de esas cosas de las que hemos hablado.

Ladeó la cabeza.

—¿Te vas a ir? —El temblor en su voz estaba claro. Era fuerte y poderosa, pero no estaba exenta de vulnerabilidad. No era indemne al miedo.

Me arrodillé al borde de la poza e, inclinándome hacia ella, la besé firmemente en los labios.

—Volveré. No te preocupes por eso. No pienso perderte ahora que te he encontrado de nuevo.

Se le ensombreció el rostro.

—Tengo que contarte una cosa. No voy a encontrar el momento adecuado para hacerlo, pero no puedo dejar que salgas al mundo… —Se detuvo para respirar hondo— sin saber lo que hay ahí fuera. Lo mucho que han cambiado las cosas. Sobre todo en Penterra. Tienes que prepararte. Las cosas no están como las dejamos.

Apoyé mi peso en los talones. Pues claro que habrían cambiado las cosas, y sobre todo en Penterra. Aun así, me preparé para escuchar lo que me fuese a contar.

—¿Qué ha pasado?

«¿Qué ha sido de mi hogar? ¿De mi pueblo?».

Pronunció las palabras al tiempo que exhalaba un aliento tembloroso.

—Stig no está muerto.

Tardé unos instantes en entenderlo. Pensé en la última vez que había visto a ese bastardo, sangrando por lo que sin duda parecía una herida mortal.

—Lo han nombrado tu sustituto —prosiguió—. Ahora es el señor de las Tierras Fronterizas.

Inhalé con brusquedad y me puse de pie.

¿Le habían dado mis tierras? ¿Mi pueblo debía responder ante él?

Apreté las manos en dos puños. Mis garras habían reaccionado,

y estaban tratando de salir.

Tamsyn negó con la cabeza y me miró con los ojos anegados en lágrimas. Con voz gruesa, llena de emoción, añadió:

—Las cosas están muy mal, Fell.

Di un paso atrás, como si pudiera poner distancia de por medio, escapar de aquella terrible verdad y de todo lo que significaba.

Tragó saliva y se esforzó por seguir hablándome.

—Lo llaman el Terror de las Tierras Fronterizas. Lo vi, Fell. Está… distinto. Está obsesionado con los dragones. Conmigo. Está decidido a que todo el mundo sepa lo que soy.

—No —repliqué con brusquedad—. Siempre fue así. —Siempre fue el Terror. Solo que ella no se había dado cuenta.

Ella asintió despacio.

—Se ha casado con Alise, mi hermana…

—Y eso le deja el camino despejado hacia la Corona —respondí con aire sombrío. El puto Terror de las Tierras Fronterizas, casado con una princesa. No. Eso no podía quedar así. Acabaría con él.

Ella asintió, observándome con atención.

—El señor de las Tierras Fronterizas sigo siendo yo.

—Fell… —Alargó una mano hacia mí.

Me alejé del agua —de ella— y frunció el ceño. Pero en ese momento no quería que me tocase. No mientras la furia resonaba por todo mi cuerpo.

—Lo mataré. Recuperaré mis tierras. Esta vez no me pararás.

Hizo una mueca y supe que la había herido, que sentía que la culpaba a ella. Pero no podía detenerme a consolarla. Estaba demasiado lleno de una ira que asolaba mi interior como un torbellino. Necesitaba dirigirla hacia otra parte.

—Volveré —gruñí.

Di media vuelta y me fui, sin hacerle caso cuando me llamó.

Intenté no sentirme como si estuviera dejando atrás una parte de mí…, una parte de mí que apenas acababa de recuperar.

Eché a correr, dejando que la furia me guiase, que mis piernas se trabajasen con ahínco, y me lancé desde la entrada de la cueva, moviendo velozmente los brazos y las piernas.

Mi cuerpo humano saltó hacia el cielo y me transformé mientras surcaba los aires.

Me elevé en el cielo, atrapado entre el viento y la neblina fresca. Me volví y atravesé el cielo nocturno batiendo las alas con rapidez, con una urgencia que me alimentaba, que me daba un nuevo propósito.

Debía recuperar mi hogar. Debía arrancarlo de las garras del enemigo. La sed de sangre fluía en mi interior, me hacía incapaz de ver nada más allá de eso.

Cuando no hacía ni media hora que me había ido, me di cuenta de que dejar a Tamsyn me había causado un dolor físico real. Era demasiado pronto. La «x» en el centro de la palma de mi mano crepitaba y sufría pequeños estallidos, me dolía como una herida nueva, anhelante por sentir el alivio que había hallado al reencontrarse con ella. Tiraba de mí hacia la dirección de la que había venido, pero resistí contra sus exigencias y continué.

Admití a regañadientes que debería habérmela llevado conmigo.

Pero ahora ya no podía cambiarlo, así que me di prisa, aceleré y giré en el cielo vaporoso hasta llegar de nuevo al sitio en el que había tenido lugar mi desentierro.

Aterricé. Los cuerpos de los muertos seguían allí, pudriéndose en la nieve. Los cadáveres no tardarían en quedar enterrados bajo el impoluto blanco, y entonces no habría pruebas de la masacre que yo había cometido.

Lo recordaba borroso. Atisbos de recuerdos. Gritos y sangre y el

ruido de los cuerpos al romperse. Y todo lo había hecho yo.

Aquello me despertaba un conflicto interno. Había cometido una brutalidad, pero había sido era necesaria. La vida de Tamsyn había dependido de ello. Además, eran soldados de Veturlandia. En mi vieja vida había luchado múltiples veces contra muchos de ellos. Si ahora eran mis garras las que hacían que la muerte cayera sobre ellos, ¿qué diferencia había? En cualquier caso, eran mis enemigos. Habían sido enemigos en mi antigua vida y también lo eran en esta.

Sus caballos se habían marchado. Probablemente, habrían vuelto hacia el hogar que conocían, en el norte, pero varios de los morrales que cargaban en las monturas habían caído en el combate y estaban desperdigados por el suelo.

Cogí todo lo que pudiera resultarnos útil. Ropa, armas, comida y algunas otras provisiones, pero sobre todo ropa. No podíamos ir por ahí desnudos.

Sujetando los morrales por las cuerdas, me lancé al aire de la noche, ansioso por volver a verla, por posar de nuevo mis ojos sobre ella y cerciorarme de que estuviera a salvo. A salvo y conmigo.

La oscuridad no me presentaba dificultad alguna. Aunque veía más nítido cuando mi dragón tenía las riendas, podría haber encontrado el camino de vuelta con los ojos cerrados, guiándome solo por el instinto si era preciso. La marca palpitante de mi mano aumentaba su temperatura, latía más rápido y vibraba con una energía casi eléctrica. Era como un rayo sobre mi piel, más poderoso cuanto más cerca estaba de ella.

Para cuando llegué a la cueva, ya estaba encendido, abrumado, tembloroso de tanta necesidad, de tanta avidez. Incluso me dolía el cuerpo, que se castigaba a sí mismo por haberse atrevido a abandonarla. Mi compañera.

Mía.

Cualquiera habría pensado que era yo el piroexhalador por cómo ardía por ella, en lugar de una criatura que generaba fría niebla.

Cuando llegué, seguía en el agua. Mi pecho subía y bajaba, jadeante; me sentía como el animal que había sido hasta hacía apenas unos instantes. El animal que sería siempre.

Estaba consumido y sin aliento, pero nada tenía que ver con el cansancio, sino con la necesidad, con mi urgencia por volver a verla, sentirla, tocarla, saborearla…, por enterrarme en ella.

Yo nunca había sido de esta manera antes. Nunca había sido esa cosa hecha de deseo y necesidad, ya fuera hombre o dragón. Nunca había sentido esa clase de hambre y desesperación por nada. Por nadie. Iba más allá de la obligación, el afecto o la lujuria; era algo mucho más profundo. Algo que existía en mi tuétano palpitante. Una cicatriz en el hueso. Cuando yo ya no estuviera en esta tierra, cuando ya no existiera mi carne, esto perduraría. Para siempre.

Solté las cosas que había traído mientras la devoraba con los ojos. El alivio le iluminó el rostro, aunque aún veía la preocupación en su mirada. Le preocupaba que siguiera furioso tras haberme enterado de que Stig me había arrebatado mi antigua vida, y tenía razón. La rabia todavía no me había abandonado, seguía burbujeando bajo mi piel, ardiente…, pero se había mezclado con las ansias con las que quería poseerla a ella.

—¡Has vuelto! —Una de esas frases innecesarias que dice la gente, pero qué satisfacción sentí al oírsela pronunciar a ella, al ver cómo le brillaban los ojos al verme. Qué satisfacción sentí al notar que Tamsyn me deseaba tanto como yo a ella. ¿Me habría mirado alguien alguna vez así?

Se apartó de la pared de rocas y se deslizó por el agua hacia mí, sin dejar de mirarme, sin que nada se le pasase por alto, sobre todo mi polla. Los ojos entre ámbar y dorado se le pusieron como platos;

los iris se le derritieron al ver cómo engordaba mi miembro bajo su ardiente mirada.

Me metí en el agua sin apenas provocar ni un chapoteo y la estreché entre mis brazos. Esto. Esto era estar en casa, y así me sentiría cuando recuperase mi lugar en las Tierras Fronterizas, cuando volviese a dormir en mi alcoba, en mi cama, en el Borg, con Tamsyn a mi lado. Era la antítesis de la vida que había tenido el último año. En sus brazos me sentía… rescatado. Entero.

—Te he dicho que volvería.

—¿Puedes culparme por dudarlo? —Su sonrisa se desvaneció un poco y esta vez me tocó a mí fruncir el ceño—. Parecías tan enfadado… Enfadado conmigo.

—Estaba enfadado… Y lo estoy —admití, deslizando una mano sobre su mejilla, dejándola ahí—. Pero no contigo. —Noté una punzada de culpa por haberla hecho sentir así.

Vivía lleno de arrepentimiento. Los remordimientos me habían perseguido durante todo ese año, al menos en los momentos de vigilia, antes de descender a ese vacío y que la niebla se hubiese vuelto hacia mí. Antes de que mi magia, al no tener adónde ir, se hubiese vuelto hacia dentro y hubiese empezado a devorarme.

En la ausencia de aire, había devorado el sabor agrio y repugnante del arrepentimiento junto a mi sed de venganza.

Jamás debí haber confiado en el hermano con el que me había reencontrado. Pensaba que sabía lo que hacía, que como guerrero estaría a la altura, que mi experiencia como la Bestia de las Tierras Fronterizas me había dado las herramientas necesarias para enfrentarme a cualquier cosa, y que podría gestionar mi llegada a los Riscos y a la manada con tanta facilidad como cualquier otra situación peligrosa y precaria. Si hubiera sido más sabio y astuto, las Tierras Fronterizas no habrían caído en las garras del Terror. Tendría

que vivir con eso. La culpa era mía y solo mía.

—Me equivoqué —admití.

Parpadeó con las pestañas frondosas y húmedas mientras me rodeaba los hombros, mientras sus manos me acariciaban, me rozaban y calmaban la piel, como si no pudiera evitar tocarme. Como si necesitase sentirme, rozarme, acariciarme como a algo que atesoraba.

—No podías saberlo.

—Te dejé allí… y… —Solté una maldición y me adueñé de sus labios, como si besándola pudiese arreglarlo todo.

Flotó en el agua y me rodeó el cuerpo con las piernas. Nos movíamos trazando círculos lentos y lánguidos por el agua.

No me resultó difícil sumergir los dedos entre los dos y encontrarla dispuesta y deseosa, acariciarla, deslizarme en el interior de su carne resbaladiza. Me apretó los dedos con fuerza con los músculos internos, tensando los muslos alrededor de mi mano.

Hundió la cabeza en mi cuello, abrazándose a mí; gemía y jadeaba mientras la follaba con mi mano. Primero un dedo. Luego, dos. Los enrosqué en su interior, llegando bien hondo y marcando un ritmo implacable, y, mientras tanto, observé su rostro conquistado por el placer.

Se frotaba contra mis dedos, recibiendo sus embestidas. Bajó la cabeza y me chupó el cuello, donde latía mi pulso, mientras perseguía su propio placer y se adueñaba de él, apretándose y contrayéndose a mi alrededor. Solo cuando se desmoronó por fin y un temblor sincopado se apoderó de su cuerpo, que se estremecía contra mi piel, saqué los dedos y los sustituí por mi polla.

Ya acomodado gloriosamente en su interior, empecé a moverme, penetrándola una y otra vez hasta que volvió a ser presa del placer, hasta que su cuerpo empezó de nuevo a arquearse y retorcerse…

Nos movíamos como si fuéramos uno, juntos, envueltos en el tira y afloja de nuestra carne, que trataba de alcanzar la más dulce liberación. El agua se revolvía a nuestro alrededor mientras yo me dejaba ir, mientras canalizaba mi ira en el acto carnal.

Su cuerpo canturreaba y vibraba contra el mío; su sexo caliente y exigente se contraía contra mí. Nos corrimos a la vez y con violencia. La cogí de los hombros y la sujeté bien mientras ambos disfrutábamos de un estallido simultáneo de placer, unidos, fundidos el uno en el otro. Su liberación era la mía, y viceversa.

Jadeante, la apoyé en el borde de la poza. Ambos nos quedamos relajados, con los miembros fláccidos. Me di la vuelta y, sin dejar de abrazarla con fuerza contra mi costado, apoyé un brazo en el borde de la poza y otro alrededor de su cintura, para que no se alejase de mí.

Pasamos unos instantes en silencio, saciados y satisfechos tras el clímax. No se oía más que el sonido de nuestros jadeos y el dulce golpeteo del agua. Cuando mi respiración se hubo acompasado, le dije:

—Dime que te trataron bien. —Tracé pequeños círculos sobre su hombro de seda—. Dime que no te hicieron daño.

Algunas veces, en los primeros días, antes de que me sumiera en el abismo, había sentido su sufrimiento, lo que no había hecho sino empeorar el mío. Su dolor, el mío… Sensaciones muy confusas y enredadas, a menudo indistinguibles. Pero lo peor de todo, lo que me destrozaba, incluso teniéndola ya entre mis brazos, era que no había podido estar a su lado. No solo era impotente e incapaz de salvarme a mí mismo, sino que tampoco había podido ayudar a Tamsyn. Cargaría con el peso de ese fracaso como una herida profunda… y eterna.

Protegerla había sido lo único que le había jurado tras nuestra

boda y la consumación, durante la travesía, cuando ambos éramos personas muy distintas, que se miraban con recelo como lo hacen los desconocidos… Obligados a estar juntos, presos de una atracción mutua, pero sin saber aún en qué nos convertiríamos el uno para el otro.

Se quedó quieta, casi sin respirar, antes de asentir.

—No tengo ninguna queja. Me trataron… bien. Me adoctrinaron, me enseñaron todo lo relacionado con los dragones. Fue… útil. Me dieron ropa y comida, y me entrenaron como si fuese una más.

«Bien».

Asentí despacio mientras reflexionaba sobre esa palabra. Apoyé la cabeza en el borde de la poza para contemplarla a través de las nubes de vapor.

—Eso está bien —respondí, cauto—. Ahora puedes enseñarme todo lo que has aprendido. —Le sonreí, a pesar de que sentía la sombra de las dudas.

Tal vez mi hermano me hubiera traicionado, pero parecía que con él había estado segura y bien cuidada. Por mucho que me doliera admitirlo, quizá la manada había sido el mejor lugar para ella durante mi ausencia. Era evidente que Penterra no habría sido precisamente una buena opción, con el puto Terror al mando.

Un pensamiento incómodo afloró en mi mente.

Quizá no era justo para ella que me la llevase, que la llevase conmigo al lugar sobre el que gobernaba el mismo hombre que estaba decidido a destruirla. ¿Quería venir conmigo siquiera, o lo había dado yo por hecho?

¿A quién pretendía engañar? La contemplé, fascinado con las gotitas de agua que resbalaban por su clavícula y danzaban por su pecho antes de reencontrarse con el agua caliente. No pensaba soltarla jamás. Y Stig no seguiría mucho tiempo en este mundo.

Tamsyn estaría a salvo, porque yo iba a acabar con el puto Terror.

Se me hizo un nudo de inquietud en la garganta al ser golpeado de repente por un vago recuerdo que interrumpió mis fantasías de venganza. Un eco suave, un susurro de una emoción, una sensación de algo que había sentido en ella cuando estaba atrapado bajo tierra. Tamsyn… con otro. Tamsyn deseando a otro. Tamsyn formando un vínculo con otro.

Por mucho que me repeliera la idea, lo comprendía: ella pensaba que me había perdido para siempre. No podía pedirle que me esperase. No después de tanto tiempo.

Asintió con entusiasmo.

—Bueno, pues ¿qué te parece si comparto contigo ahora mismo una de las cosas que he aprendido? Quizá la más importante de todas las que he descubierto. Si te apetece oírla.

—Por supuesto. —Le ofrecí una sonrisa—. Ilumíname.

Inhaló con fuerza.

—La manada no es para mí. No puedo pasar el resto de mi vida viviendo entre ellos. Mi hogar es Penterra, mi cometido es ayudar a sus habitantes. Ayudar a los humanos, lo que resulta que es un grave crimen para los dragones. Y eso no significa que rechace a mi dragona, o que no quiera también ayudar a los dragones… Simplemente, creo que podré ayudar mejor a ambas especies desde Penterra.

Asentí despacio, reflexionando sobre su idea, dándole vueltas.

—Pues eso es lo que haremos. Está decidido. Te vuelves conmigo. —Esa era mi esperanza desde el principio—. Expulsaremos a Stig y recuperaremos juntos nuestro hogar. —Le acaricié un hombro de forma distraída, dejando que la caricia siguiera descendiendo ociosamente por su espalda. Y entonces… toqué una carne nudosa y protuberante. Eso era distinto. Nuevo.

Tamsyn se quedó muy quieta.

Y yo también. Poco a poco, el horror se fue propagando por mi cuerpo.

—¿Tamsyn? —susurré. Y entonces reaccioné, le di la vuelta entre mis brazos para mirar, para verlo con mis propios ojos.

Su espalda era una pesadilla. Un paisaje de dolor en el que el sufrimiento estaba escrito en cada cicatriz entrecruzada. Alguien la había azotado hasta dejarle la piel completamente irreconocible, hasta convertírsela en un mar de crestas y valles rosados. Debía de haber habido mucha sangre. Me impactó que hubiera sobrevivido a una agresión como aquella.

Moví los labios, tratando de dar con palabras que comunicaran el horror y la angustia que sentía al enfrentarme a las pruebas de su dolor.

—¿Quién te hizo esto?

Ella temblaba bajo las caricias, también temblorosas, de mis dedos. Trató de apartarse de mí, de encogerse.

—Fell, no… Ya sé que son feas.

Le di la vuelta para que me mirase a los ojos, para mirarla, sujetándola con fuerza de los hombros, y, con una voz que era un áspero tormento, dije:

—No hay nada en ti que sea feo. ¿Me has entendido? Jamás podrías ser fea. Eres fuego y luz y todo eso es belleza. Y yo soy tuyo y tú eres mía. —Asintió con brusquedad y con los ojos muy abiertos —. Y ahora dime: ¿quién te hizo esto? —Insistí. Quería saber el nombre de ese al que disfrutaría asesinando de una forma lenta y agónica. No le daría una muerte rápida. No la merecía.

Me destruía ver su dolor. Me destrozaba saber que ella también había sufrido mientras había estado sufriendo yo.

«Me trataron bien». Pues parecía que, al final, no había estado

tan «bien» bajo los cuidados de la manada. «Bien» era un eufemismo de mierda, a juzgar por las condiciones en las que estaba su espalda.

—¿Fue Vetr? ¿Fue mi hermano quien te lo hizo?

Puso unos ojos como platos y negó con la cabeza con vehemencia.

—No. ¡No! ¡Vetr nunca me haría daño! Nunca haría algo así. No sería propio de él.

Y en su voz, en su entusiasta insistencia en defender a Vetr…, oí otra cosa. Algo que me hizo detenerme, que provocó que un sudor frío me bajara por la espalda.

Bajó la voz y, con más calma, explicó:

—Recordarás que antes te he dicho que vi a Stig…

Me puse tenso de repente. Asentí.

—Fue él. Quería que confesara. Quería que surgiera mi dragón, para que todo el mundo le creyera.

Aún tenso, y con los puños apretados, escuché el relato sobre la rekon y sobre todo lo que había ocurrido cuando habían partido hacia el sur.

—Así que no —concluyó—. No fue tu hermano quien me hizo esto.

—¿Estás segura? —la desafié—. Porque fue él quien dejó que se te llevaran. Él permitió que ocurriera.

Negó con la cabeza.

—No fue así.

La miré de hito en hito. El destello de un recuerdo me mostró el rostro de mi hermano. Mi rostro. ¿Habría utilizado nuestro parecido para ganársela, para engatusarla? ¿O solo quería pensar eso porque sería mucho peor pensar que la hubiera conseguido seducir por sí mismo, que la hubiese persuadido de que era bueno y merecía la

pena?

—Solo estoy seguro de una cosa —dije—. Voy a matar a Stig. Y si algún día vuelvo a encontrarme con mi hermano… A él también lo mataré.

Tamsyn empalideció.

—No —pidió en voz baja—. Es lo único que te queda. Es tu única familia.

—No —gruñí, acunando su rostro con ambas manos—. Mi familia eres tú.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No quiero que mates a tu propio hermano por mí. No lo soportaría.

Le acaricié las mejillas con los pulgares para tranquilizarla.

—Aunque no hubiera permitido que Stig te hiciera daño… Lo que me hizo a mí es suficiente. Me entregó al skelm en bandeja de plata, y pareció alegrarse de hacerlo. Se alegró de librarse de mí. —Aún veía su gélida mirada de escarcha. No había ni una chispa de culpa o arrepentimiento en ella.

Tamsyn puso unos ojos como platos.

—Me mintió… —Negó con la cabeza, como si no pudiese ni imaginárselo, y tomó impulso para salir de la poza. Empezó a pasearse de un lado al otro por el borde, en pasos cortos y agitados, mientras se le llenaba el rostro de color—. ¡Me mintió! —repitió en voz baja, casi para sí misma—. Qué estúpida he sido… —Siguió paseándose, indiferente a su desnudez, a sus movimientos bruscos —. Estuve viviendo con ellos. Con él. Yo… le respetaba. Dejé que… —Se interrumpió. De repente, los ojos le brillaban con una emoción a la que yo no sabía ponerle nombre. Me miró y apartó la vista de golpe… con una expresión culpable.

Dejó que… ¿qué?

—¿Tamsyn? —la llamé con calma, aunque no sentía que hubiera ninguna suavidad en mi calma. Todo lo contrario—. ¿Qué le dejaste hacer?

Al cabo de unos instantes, cogió aire y se volvió hacia mí, con la espalda recta, a pesar de que tenía que bajar la mirada hacia el agua para mirarme.

—Casi me convenció de que pasara página…, de que te dejase atrás.

«Casi».

—No me sorprende. —Una emoción desagradable se enrollaba en mí como una serpiente. No eran celos, sino algo más oscuro… Porque estos celos me llenaban de fantasías en las que mis garras estaban cubiertas con la sangre de Vetr—. ¿Y cómo te recomendó que lo hicieras, exactamente?

Guardó silencio unos instantes y parpadeó despacio.

—Formando un nuevo vínculo. —Evitaba mirarme a los ojos. Se miraba las manos como si fueran lo más fascinante que había visto nunca—. Quería que formase un vínculo, que aceptase un nuevo compañero y contribuyese a aumentar la población de dragones. Es importante para la supervivencia de la manada.

Sentí que se me arrugaba el labio en una mueca de ira.

—¿Eso te dijo?

—Sí.

El muy cabrón. La quería a ella y había tratado de conquistarla… después de librarse de mí.

—Y deja que adivine —continué—. ¿Te sugirió que formases un vínculo con él? —Las palabras eran como piedras alojadas en mi garganta. Cerré las manos en dos fuertes puños. Tenía ganas de cargarme algo. De cargarme a Vetr.

Ella me miró a los ojos y asintió.

Pues claro que se lo había propuesto. Tamsyn era mía. Era una piroexhaladora. Era hermosa. Tres razones que bastarían para que la quisiera para él.

Me deslicé hacia el borde de la poza y la miré.

—¿Y en qué consistieron exactamente esos intentos de mi hermano por convencerte de pasar página y formar un vínculo con él?

—Oh…, esto… —Parpadeó y se puso recta de nuevo—. Solo muchas… conversaciones.

Estaba tartamudeando otra vez.

—¿Muchas conversaciones? —repetí.

Ella cogió aire de forma audible; tenía un brillo febril en la mirada.

—¿Qué quieres que te diga, Fell? ¿Que me besó? ¿Que me tocó?

—No es necesario que me digas nada. Lo supe en cuanto te toqué. —Me encogí de hombros—. En cuanto dejamos de intentar matarnos mutuamente. Lo olí en tu piel.

Ella se apartó, inhalando de golpe.

Ladeé la cabeza y enarqué una ceja.

—¿Te sorprende? Estamos conectados. Tenemos un vínculo.

Sí que la sorprendía, lo veía con claridad en sus ojos, que parpadeaban como la luz del fuego. Yo, en cambio, no estaba sorprendido. No sabía los detalles… No sabía con quién había estado, pero lo había detectado, había sentido que otro la había tocado, abrazado, besado. Que otro la había deseado igual que yo.

Y ahora sabía que ese otro era Vetr. Mi propio hermano. «Cabrón».

Ella estaba horrorizada. Negaba con la cabeza con ferocidad; los mechones rojos y mojados de su cuello salpicaban de gotas de agua la pared que había tras ella. Con una urgencia febril, dijo:

—Creo que voy a vomitar.

Salí del agua con un ágil movimiento y acudí junto a ella. Retrocedió hasta que se chocó con la pared de roca, hasta que no pudo alejarse más.

—Tamsyn… —la llamé con ternura, con amabilidad.

—Yo… No lo sabía. Pensaba que estabas muerto. Perdóname, Fell.

Era la viva imagen del arrepentimiento. Su hermoso rostro seguía pálido, tenso, como si estuviera luchando contra las lágrimas.

Se lo acuné con ambas manos para hablarle con sinceridad, para decirle unas palabras que salían de un lugar muy profundo dentro de mí.

—No hace falta que me pidas perdón. Te dejé sola. Y por eso te lo pido yo. Lo comprendo, y no te reprocho que hicieras lo que necesitases hacer para seguir adelante, para sobrevivir, para que tus días no fueran una mierda. Para que ahora puedas estar aquí, viva.

Me miró con una expresión de incredulidad.

—¿Lo… entiendes?

Asentí con una sonrisa mientras le acariciaba la mejilla con el pulgar.

—Pues claro que lo entiendo.

—Pero ¿cómo…?

—Porque que estés bien y a salvo me importa más que cualquier otra cosa. Porque odiarte sería como odiarme a mí mismo. Somos parte el uno del otro. Cuidarnos también significa aceptar y comprender. Significa que siempre querré que hagas lo que necesites hacer para tener una vida mejor, porque eso es lo que mereces.

Me incliné y la besé.

Ella me apoyó las manos en el pecho y me apartó.

—¿De verdad? —preguntó sin aliento—. ¿Dices todo eso y luego me besas para que yo no pueda decir nada?

Me puse tenso, todos mis músculos se pusieron tensos. Di un paso atrás, poniendo algo de espacio entre los dos.

—Perdona. Habla, por favor. Di lo que tengas que decir.

Quizá tuviera razón.

Quizá hubiera querido besarla porque tenía miedo de lo que fuese a decir. O de lo que no dijera.

Presionó los dedos contra mi piel desnuda, como un gato sacando las uñas, y luego me sonrió como si guardara un doloroso secreto.

—Cuando te perdí… —empezó en voz baja—. Se me rompió el corazón. Se me rompió el espíritu. —Se encogió de hombros con indefensión—. Y entonces es cuando supe que puedes seguir viviendo aunque estés rota y…

Contuve el aliento, expectante.

—No quiero volver a perderte nunca —aseveró.

—Y nunca lo harás —le juré.

Se sonrojó y se acercó a mí para apoyar la cara en la curva de mi cuello, como si de repente se sintiera avergonzada.

—¿Y ahora qué? —murmuró con la boca pegada a mi piel. Su aliento cálido me erizaba la piel.

—Pues… supongo que deberíamos volver a casa.

—A casa —repitió con solemnidad, acariciándome de nuevo con la punta de los dedos—. ¿Y cuál es nuestra casa, Fell?

—¿Estamos de acuerdo, entonces? —pregunté, como si hubiéramos respondido a su pregunta en voz alta.

Asintió, escuchando lo que no nos habíamos dicho.

—Mañana volvemos a Penterra.

Asentí. A casa. A Penterra. Al Borg.

Tras tomar la decisión, nos quedamos en la cueva durante el día siguiente para recuperarnos de nuestras heridas, descansar, comer y estar juntos. Para disfrutar el uno del otro y recuperar el tiempo perdido. No podíamos recuperarlo todo en un solo día, pero sí podíamos intentarlo.

Podíamos empezar.

Empezar de nuevo.

Parecía que lo único que habíamos tenido ella y yo eran principios. Principios seguidos de interrupciones bruscas y desconcertantes.

Pero esta vez me juré que no habría más interrupciones. Esta vez sería distinta.

Cuando cayó la noche, ya estábamos preparados.

Nos detuvimos en la entrada de la cueva, con los pies desnudos sobre la tierra y las rocas, y alzamos los rostros hacia el beso de la profunda noche. Y entonces, con un estallido de luz, con una explosión de huesos y de piel, partimos.

31

TAMSYN

Volamos toda la noche. No nos detuvimos hasta el alba, cuando unas tenues vetas rosas y naranjas empezaban a teñir el cielo de un intenso púrpura, anunciando la llegada de un nuevo día.

Aterrizamos en una meseta repleta de árboles, entre una colina y una montaña…, una de las primeras estribaciones que descendían hacia el Borg.

Ya casi habíamos llegado a casa: había más montañas a nuestras espaldas que ante nosotros. Delante se extendían las tierras altas, unas colinas de elevación suave, ya cubiertas con más verde que nieve. Unas tierras más amables, mucho menos serradas. Y más allá de esos cerros, por supuesto, se encontraba el Borg.

Todavía no lo veíamos, pero sabíamos que estaba allí. Una fortaleza gigantesca de madera y un foso de aguas oscuras que rodeaba la enorme ciudadela del norte. Una bestia durmiente entre la niebla. Solo que no… Ya no había niebla. Yo misma lo había comprobado durante la rekon.

Me pregunté cuánto tiempo tardaría la niebla en regresar al norte ahora que Fell había vuelto.

Levanté el rostro hacia el cielo, exhalé y me liberé de mi piel de dragón, desmoronándome, desmadejándome y deshaciéndome,

para rehacerme de nuevo como humana.

Fell estaba a mi lado. Sus pálidas escamas plateadas de dragón se desvanecieron con un estallido de luz cuando volvió a sí mismo. Su enorme cuerpo de guerrero era toda una belleza. Lo admiré por unos instantes, contemplando su anchura y altura increíbles, su piel bronceada, besada por un sol invisible, llena de tatuajes que se extendían sobre sus fuertes músculos y tendones.

Encendí un fuego y ambos nos vestimos junto a su resplandor pálido. Luego nos sentamos ante las llamas, que se elevaban, retorcidas.

Tendí las manos, como si necesitara el calor…, como si no hubiera ya un fuego perpetuo crepitando en mi interior, una magia que residía dentro de mí. Y, aun así, hacerlo me reconfortaba por la simpleza del acto, por lo normal que era sentarse ante una hoguera con tu amante bien pegadito a tu lado.

Comimos mientras contemplábamos cómo salía el sol por el horizonte. Sus rayos se filtraban a través de los árboles, deslizándose por entre las ramas cubiertas de nieve. Ahora que estábamos tan cerca, empezaba a sentir un cosquilleo de emoción.

—¿Qué crees que dirán cuando nos vean cruzar esas puertas?

«¿Qué diremos nosotros?».

Se le dibujó una sonrisa en los labios.

—¿Bienvenidos a casa?

Se me escapó una carcajada. Me encantaba estar con él. ¿Había sido siempre tan maravilloso? ¿Tan divertido? ¿O había estado demasiado atormentada con mi matrimonio forzado y el subsiguiente descubrimiento de mi dragona? ¿Había sido incapaz de fijarme en él, de apreciarlo? ¿Había sido incapaz de ver más allá de la tristemente famosa Bestia de las Tierras Fronterizas, que mantenía el reino unido contra el hambre y la penuria, contra los

invasores del norte y los saqueadores y los peligros de…, en fin, de todas partes? Siempre había sido más grande y mejor que cualquier otro hombre. Más mito que realidad. Y ahora, mirándolo en su conjunto, todo encajaba.

—¿Eso crees?

Masticó con ademán pensativo.

—Supongo que después de todo este tiempo me dan por muerto. —Ambos nos quedamos en silencio, pensativos—. Aunque, después de encontrarte a ti con vida…, quizá lo hayan empezado a dudar.

La antigua muchacha de los azotes convertida en señora de las Tierras Fronterizas solo le importaba a Stig. Las gentes del norte no sabían de mí lo suficiente como para que les importase si estaba viva o muerta. Sin embargo, perder a su estimado señor… Eso debía de haber puesto su mundo patas arriba, debía de haber sacudido a todo el reino.

Quizá por eso aquella partida de guerreros de Veturlandia se había atrevido a invadir nuestro territorio en pleno invierno. No me cabía duda de que tenían espías en nuestros dominios. Y, si eran conscientes de que Fell ya no estaba…, quizá habían pensado que, sin el señor Bestia al mando, atacar no entrañaría tantos riesgos.

Era Fell quien había mantenido Penterra en pie, quien garantizaba que el norte fuese un lugar seguro. Y, si el norte era seguro, todo el reino lo era. Su regreso lo cambiaría todo.

Aquella reflexión empezó a asentarse en mis pensamientos. Albergaba la esperanza de que a Fell no le costase mucho desafiar a Stig, despacharlo y recuperar su antiguo título.

—Mis guerreros son leales —dijo, como si pudiera leerme el pensamiento. O quizá necesitaba tranquilizarse a sí mismo, decirse que su transición al poder no encontraría grandes resistencias.

Asentí.

—Por supuesto.

A nuestro alrededor zumbaban montones de insectos, y caí en la cuenta de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que los había oído. En los Riscos no había insectos… En aquellas montañas solo prosperaban las criaturas mágicas. Y, por encima de todo lo demás, eso es lo que yo era.

Lo que éramos los dos.

Me pregunté entonces si tal vez debía tener eso en cuenta.

Por mucho que hubiéramos decidido volver al Borg, ¿cómo encajaríamos nosotros, unas criaturas mágicas, en un mundo que no nos quería? Nos costaría un poco acostumbrarnos, de eso estaba segura.

Deslicé la mirada hacia Fell. Él estaba convencido de que nuestro lugar estaba en el Borg. Esperaba que tuviera razón. Sin duda, comparado con cualquier otro sitio de Penterra, parecía un refugio. No era la Ciudad, ni el palacio en el que yo me había criado, donde la intolerancia estaba profundamente arraigada.

El Borg había acogido a Fell cuando era niño…, un huérfano de orígenes desconocidos. Yo era lo mismo —huérfana también—, solo que la familia real me había convertido en una muchacha de los azotes mientras que el Borg había estado dispuesto a aceptarlo a él como heredero natural y lo había nombrado señor de las Tierras Fronterizas. Sin duda, ambos eran lugares muy distintos.

Aquel era la clase de lugar al que podría considerar un hogar. Sí, era el mejor lugar para nosotros. Al menos hasta que se demostrara lo contrario.

Aunque nadie que residiera en el Borg podría descubrir nunca la verdad sobre nosotros. No, el secreto de los dragones debía permanecer así: secreto.

Sería nuestro secreto para siempre.

Mastiqué un pedazo de carne desecada que había sacado de uno de los paquetes que Fell había recuperado de las posesiones de los guerreros veturlandeses, tratando de no pensar en qué clase de carne sería.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—A pie, desde aquí, tardaremos casi todo el día en llegar a las puertas. Si salimos ahora.

Asentí. Lo que por aire solo nos costaría minutos, nos llevaría varias horas a pie. Pero era necesario. Había vigías apostados por todo el límite norte del Borg, y eso no habría cambiado. No podíamos arriesgarnos a que nos vieran en el cielo. Nuestros dragones no podían ir más lejos.

Me dio un suave golpecito con el hombro.

—¿Estás nerviosa?

—¿Después de todo lo que hemos superado? —Negué con la cabeza—. No. —Y era cierto, pero no por todo lo que habíamos pasado, sino porque él estaba conmigo. Estábamos juntos, así que todo, cualquier cosa, me parecía posible.

—Bien. Porque hoy, al final del día, volveremos a estar en nuestra cama.

«Nuestra cama».

Me sobresalté al pensarlo. Recordé los tiempos en los que compartíamos lecho y todas las noches que desperdiciamos, manteniendo tanto espacio entre los dos. No podría haberse evitado; ahora lo sabía. Y no me lo reprochaba. En esos momentos, me había comportado de acuerdo con los conocimientos que tenía: que yo era un dragón y él no.

Quería creer que podríamos volver al Borg y a la cama que habíamos compartido —esta vez, sin dejar en medio un abismo que

nos separase— y que todo se arreglaría. Que podríamos tener una buena vida juntos.

Terminamos de comer y emprendimos la marcha. Caminábamos por entre los gruesos árboles mientras charlábamos. Algunas partes eran tan frondosas que Fell tenía que usar la espada que había confiscado para abrirnos paso a golpes entre los matorrales.

No habíamos avanzado mucho cuando Fell se detuvo en seco y ladeó la cabeza, con un movimiento que me pareció más animal que humano. También lo veía en sus ojos, en la mirada aguda, atenta y sin parpadeos que dirigía a sus alrededores, como si estuviera disponiendo una red para atrapar a su presa.

Lo miré con curiosidad.

—¿Qué ocurre?

Levantó una mano para indicarme que guardara silencio.

Esperé.

Esperé y presté atención, pero no oí nada salvo la nieve que caía sobre las ramas que crujían y el silbido del aire.

—¿El viento? —sugerí, con la voz esperanzada.

Él negó con la cabeza despacio. Se aferró bien a la espada y la sostuvo ante él.

—Eso no es el viento.

Sabía que tenía razón. Sin embargo, no había querido creerlo. No quería pensar en la posibilidad de que, después de llegar tan lejos, no lo lográramos estando ya tan cerca.

Que fuera de día, y que estuviéramos tan cerca del Borg no nos eximía del peligro que representaban los depredadores. No significaba que nosotros, que también lo éramos, estuviéramos a salvo.

Hasta los depredadores tenían sus depredadores.

Y a la magia no siempre le gustaba otra magia.

Nos quedamos muy quietos, escuchando con atención. Fell movió un brazo y deslizó la mano por mi antebrazo para entrelazar los dedos con los míos. Me dio un apretón para infundirme ánimos.

—¿Oyes eso? —Mientras lo preguntaba, se volvió para mirar al cielo, buscando con ahínco.

Seguí su mirada y busqué, temerosa, esperando ver unos dragones que se lanzaban a por nosotros a través de los árboles, como flechas mortales.

—No veo nada.

Porque no había nada. Solo estaba el cielo azul, con los penachos blancos de las nubes, que cuando volábamos eran como un beso sobre la piel.

Oí una ramita al partirse.

—Eso sí que lo he oído —susurré con una voz que de repente se había tornado ronca, seca como las brasas.

Miré a nuestro alrededor.

De repente, se oyeron más ramitas, el ruido de los arbustos al rozarse contra los cuerpos, el crujido de las hojas. El calor que habitaba en mí despertó, burbujeando y crepitando en mi pecho, y empezó a trepar por mi garganta para ser expulsado, para defenderme.

Fell me soltó la mano, me rodeó con el brazo y me puso tras él, protegiéndome con su enorme cuerpo. Colocó la espada ante nosotros.

Nos giramos en un círculo, vigilantes. Las pupilas verticales de sus ojos vibraban como los árboles a los que sacude una tormenta.

—Aguanta —me dijo con voz ronca, y entendí al instante a qué se refería. Me estaba avisando para que no me transformase, para que mi dragona no se manifestase. Todavía no. No hasta que supiéramos qué era lo que nos acechaba.

No tuvimos que esperar mucho para descubrirlo.

Cargaron contra nosotros con las espadas desenvainadas. Nos habían oído cortando y abriéndonos paso entre los árboles, igual que nosotros los habíamos oído a ellos. No nos estábamos desplazando con suficiente sigilo. Tan cerca del Borg, que ambos percibíamos como un santuario, habíamos bajado la guardia, y había sido un error. Todavía estábamos en los Riscos, aunque aquella zona fuera una versión mucho más dócil y tranquila de estos.

Nos preparamos, tensos.

Eran tres. Los miré de arriba abajo. Guerreros, vestidos con las ropas habituales de las Tierras Fronterizas. Pelo largo peinado en trenzas laterales pegadas al cuero cabelludo, armadura de cuero con pelo en los hombros. Guardabrazos, las fundas de las espadas a la espalda, aunque vacías. Blandieron las armas, apuntándonos con sus puntas afiladas.

Eran guerreros de las Tierras Fronterizas, no los soldados de Stig. Eso ya era algo. Sin duda, un alivio.

Parpadeé al reconocer a uno de ellos.

—¡Magnus! —grité.

Era uno de los guerreros que había acompañado a Fell al skog. Yo misma lo había rescatado de la huldra, junto con Fell, Mari y Vidar. Después de aquel episodio, había sido amable conmigo, y se había dedicado a cantar mis alabanzas en cuanto habíamos llegado al Borg. Yo era una heroína a sus ojos, unos ojos que me recorrieron antes de detenerse en Fell.

—Magnus. —Fell suspiró de alivio, rebajando un poco la tensión de su cuerpo.

—¡Mi señor! —gritó bajando la espada—. ¡Estás vivo! —Lo miró boquiabierto durante unos segundos, y entonces sacudió la cabeza a toda prisa e hincó una rodilla en el suelo en señal de deferencia.

Dirigió la vista a los otros dos guerreros, que estaban igual de perplejos, y le dio un golpe a uno de ellos. Los dos lo imitaron entonces, arrodillándose con poca gracia.

—Levantaos. Poneos en pie —ordenó Fell a toda prisa.

Alargó una mano hacia Magnus y tiró de él para darle un fuerte abrazo. Magnus se sonrojó complacido, pero había algo más en su rostro. Una tensión esquiva en su mirada que se contradecía con su aparente buen humor.

Luego me miró a mí, y los ojos se le abrieron aún más si cabía.

—Mi señora —dijo, como si verme a mí fuese aún más impactante que haberse reencontrado con su señor—. Me alegro de verte. —No apartó la vista de mí, y empecé a sentir que una inquietud me invadía poco a poco, consciente de que la historia de mi encuentro con Stig debía de haber llegado a sus oídos. Que debía de haberse enterado de mi sangrienta flagelación. De mi huida—. Es maravilloso volver a veros a los dos —añadió a toda prisa, exhalando con fuerza. Volvió a mirar a Fell—. Pensábamos que estabas… Todo el mundo decía… —Se interrumpió, ruborizándose, como si se sintiera culpable por haber creído la noticia de la muerte de Fell.

—¿Muerto? —terminó Fell, al ver que a Magnus parecía costarle pronunciar la palabra.

El hombre hizo una mueca y asintió.

—Te buscamos por todas partes, mi señor. —Sacudió la cabeza, como si quisiera aclararse las ideas—. ¿Dónde estabas?

Fell y yo intercambiamos una mirada.

—Es una historia muy larga.

Uno de los otros guerreros se rio.

—Imagino… —dijo.

Magnus fulminó con la mirada a su compañero.

—Estoy seguro de que nuestro señor nos lo explicará a su

debido tiempo. De momento, escoltémoslos hasta casa. —Magnus me miró de nuevo con preocupación. Era evidente que le ponía nervioso llevarme al Borg, teniendo en cuenta lo sediento que Stig estaba de mi sangre.

Fell me había sugerido que esperase, que me escondiera en el Borg hasta que todo se hubiera arreglado y él hubiese recuperado su posición. «Estás loco si te crees que voy a perderte de vista… ¿Y para qué? ¿Para que entres en el Borg y desafíes a Stig sin tenerme a mí para cubrirte las espaldas? —le había dicho, y luego había dado un pisotón y había negado con la cabeza con decisión—. Ni hablar».

—¿Estáis en una misión de reconocimiento? —preguntó Fell, devolviéndome al presente—. ¿Tan lejos del Borg?

Los tres guerreros se miraron como si responder a aquella pregunta fuese complicado. Me resultó extraño. Había algo raro en todo aquello. Se me puso el pelo de punta, se me tensó la piel.

Fell también lo notaba. Movía la cabeza de nuevo con ese ademán animalesco, para mirarme primero a mí y luego a los hombres que tan fielmente le habían servido. No estaban allí solo para explorar el terreno, pero no parecían dispuestos a explicarse.

—¿Vamos? —Magnus nos invitó a continuar con un gesto.

Fell asintió y me cogió del brazo. Cuando echamos a andar de nuevo, me mantuvo muy cerca de él, guiándome, mientras la nieve crujía bajo nuestros pasos. Yo miraba a mi alrededor, al cielo y a la tierra, mientras la inquietud seguía extendiéndose por debajo de mi piel. Encontrar a aquellos guerreros no la había calmado.

—Te buscamos por todas partes, mi señor. De hecho, todavía lo estábamos haciendo. —Volvió a dirigirme otra mirada extraña y apartó la vista a toda prisa.

A Fell se le iluminó la cara. Sabía lo que estaba pensando: le parecía una buena cosa que no hubieran abandonado la búsqueda,

que no se hubiesen rendido. Al menos, no sus guerreros. Estaba segura de que no podía decirse lo mismo de los soldados que Stig se había llevado al norte con él. Sin embargo, a los guerreros del ejército de Fell todavía les importaba suficiente para organizar partidas de búsqueda. No se habían rendido, y se alegrarían de su —de nuestro— regreso.

Entonces ¿por qué sentía esa inquietud? ¿Por qué no desaparecía esa sensación de que había un peligro que nos acechaba? Nos encontrábamos muy cerca del Borg… Pero no habíamos llegado aún. Todavía no estábamos a salvo: seguíamos estando en los Riscos.

Quizá así sería yo a partir de entonces. Para siempre. Una criatura herida y perseguida que jamás podría relajarse, que jamás podría sentirse en casa dentro de su propia piel. Tal vez pasaría el resto de mi vida guardándome las espaldas, dando un brinco asustada con cada ruido inesperado.

O quizá fuese algo más concreto.

Porque habría jurado… que podía sentirlos.

Fueran quienes fuesen. Percibía su presencia, sabía que nos vigilaban, que tenían las miradas clavadas en nosotros, como halcones acechando a su presa.

Y no me equivocaba.

Salieron de la nada, todas a la vez, y nos rodearon. No podíamos defendernos contra ellas. No tal y como estábamos. No tal y como estaban. Tres de ellas contra cinco de nosotros. Cinco humanos, al menos en apariencia, contra una bandada de…

—¡Tamsyn! ¡Al suelo!

Me quedé paralizada, conmocionada, cuando las harpías nos atacaron en masa, un chillido estridente de cuerpos correosos que volaban por entre los árboles y bajaban en picado a atacarnos. No

eran ni por asomo tan grandes como los dragones, pero tenían unas garras enormes, largas, y los dientes… Los dientes eran incontables.

Abrían las bocas enormes para revelar varias hileras de dientes afilados como cuchillas. Aparte de eso, tenían rostros de apariencia muy humana, solo que más angulosos, de líneas afiladas que denotaban que eran depredadores. Tenían largas melenas de aspecto sucio y grasiento que nacían en sus cueros cabelludos. Eran aterradoras.

Sentí que el fuego empezaba a avivarse dentro de mí, que subía por mi tráquea y me expandía la garganta. Me salía humo de la nariz y se reunía ante mi rostro en grandes columnas de vapor.

Eché un vistazo a Fell. Negó con la cabeza con fuerza y, solo moviendo los labios, me dijo: «No lo hagas».

Y lo entendía.

No podía transformarme. No podía revelar mi dragona, mi secreto. Nuestro secreto. No delante de Magnus y los demás.

Así que me tragué mi calor, lo contuve, apretujé mi ceniza y mis ascuas en lo más hondo de mi vientre.

Luchamos con armas. Sin embargo, ni la fuerza bruza ni las espadas tenían nada que hacer contra aquellas criaturas infernales. Eran muy habilidosas esquivando nuestros ataques, retorciéndose como serpientes en el aire. Esquivaban las acometidas de nuestras espadas con grandes bocas abiertas por las que emitían chillidos estridentes mientras nos asestaban zarpazos con sus largas uñas, que hacían jirones de la carne humana.

Fell consiguió acertarles varias veces. Chorros de sangre negra salían despedidos por los aires, pero las harpías seguían chillando, seguían atacándonos. La única forma de vencerlas sería transformarnos en algo igual de formidable…, pero no podíamos hacerlo.

Fell y Magnus me flanquearon para protegerme. Los otros dos guerreros estaban en el suelo y la nieve se había teñido de rojo.

Seguimos luchando. Fell y Magnus blandían sus espadas sin cesar.

Magnus enarboló su enorme espada con ambas manos y logró clavarla en el grueso cráneo de una harpía. La espada se le quedó enganchada en la cabeza, y él cayó hacia delante cuando la bestia se desplomó, llevándoselo con ella, mientras atravesaba el aire con el chillido de su muerte.

Así que no eran invencibles.

Sin embargo, ahora que Magnus ya no me cubría, estaba expuesta.

Una de las harpías vio la oportunidad y se abalanzó sobre mí.

Me preparé para el golpe, para la embestida, para sentir cómo se me clavaban las uñas y los dientes, pero Fell apareció de repente, me apartó de un empujón del camino de la criatura y le cortó el abdomen con la espada. La bestia soltó un aullido y se apartó bruscamente hacia un lado, tratando de aferrarse a sus tripas resbaladizas, que se le salían por la herida.

—¡Vete! —me gritó Fell—. ¡Corre!

Lo miré boquiabierta negando con la cabeza. No pensaba abandonarlo así. Con esos monstruos.

—¡Vete! —insistió—. ¡Ya te alcanzaré! ¡Pero ahora vete! ¡Ve hacia el Borg! —Se dio la vuelta y cargó contra otra de las harpías, que estaba inclinada sobre uno de los guerreros para acabar de matarlo en una tormenta salvaje de uñas afiladas como espadas.

Volvió a girarse y cortó limpiamente una de las alas de la harpía que acababa de destripar. De la herida manaba sangre negra como la brea.

—¡Vete ya! —rugió Fell, mirándome solo un instante.

Me di la vuelta y eché a correr, con la esperanza de que una o más de esas criaturas me siguieran para poder mostrarles mi verdadero yo, para poder transformarme sin que ninguno de los guerreros de Fell estuviera delante para atestiguarlo.

La sangre me palpitaba en los oídos mientras corría a través de los árboles, sin molestarme en no hacer ruido. Esperaba que me oyeran. Que me siguieran.

«Vamos, venid a por mí».

No parecía que me siguiera nadie, pero no paré. Seguí corriendo, seguí alejándome, levantando las rodillas, moviendo los brazos con fuerza. Unos extraños sonidos animalescos llegaban a mis oídos, y solo comprendí vagamente que salían de mí. Era yo. Yo era el animal.

Por fin me detuve, jadeante. Me lancé contra un árbol y me abracé a él, apretujando la mejilla contra la corteza áspera y fría. Clavé los dedos en su robusta superficie hasta que sentí que mis uñas cedían y se agrietaban. Tenía la boca llena de saliva del esfuerzo de correr, e intenté tragármela.

No me había perseguido ninguna harpía. No había nadie. No estaba Fell.

Estaba sola.

No estaba Fell.

Lo necesitaba como el aire…, como el fuego que había en mí.

No soportaría volver a perderlo.

Agucé el oído, tratando de captar sonidos que indicasen la presencia de Fell o de Magnus. Esperaba que los otros soldados estuvieran solo heridos y no muertos.

Me volví en la dirección por la que había venido. No podía hacer lo que me había pedido. No podía dejarlo.

Algo crujió tras de mí.

Me di la vuelta de golpe, preparada para enfrentarme a la harpía, preparada para presentarle mi monstruo a otro monstruo.

Todo ocurrió muy rápido. Me rodearon en un abrir y cerrar de ojos. Eran muchísimos, muchísimos rostros. Demasiados.

Guerreros montados a caballo que olían a cebolla y a sudor y a muerte.

Ojos que me miraban bajo los visores de acero de unos cascos que reconocía bien. Aquellos hombres no eran norteños.

Reconocí las armaduras brillantes y las barbas bien recortadas en un instante. Eran soldados de la Ciudad, de mi hogar de juventud, del lugar donde comía dolor y abuso junto con mis gachas del desayuno.

Me miraron con ojos entornados y supe que ellos también me habían reconocido a mí.

Antes de que me diera tiempo a moverme o a hablar, un hombre montado a caballo cargó contra mí profiriendo un grito de guerra. Los cascos del caballo resonaban al mismo ritmo que la sangre que palpitaba en mis oídos. Chillé y retrocedí cuando el animal alzó los cascos sobre mi cabeza. Aterrizaron justo delante de mí, salpicando nieve por todas partes, como una nube de finas partículas de hielo. Oí el golpeteo de unas botas al tocar el suelo, y vi el destello de una espada a través del miasma de nieve cuando se alzó sobre mí y cayó, cayó, cayó, a toda velocidad, hacia mi rostro, antes de que yo pudiera reaccionar, moverme, proferir un solo sonido.

Atisbé el color tiza del hueso de dragón y un frío peso me golpeó en la cabeza, causándome un estallido de gélido dolor.

Me cedieron las piernas como ramitas quebradizas. Me derrumbé, hecha un ovillo, mientras la negrura me arrastraba, mientras tiraba de mí para hundirme en la nada, en un vacío que me succionaba.

Un hombre con un casco puesto, con una armadura reluciente, se erguía ante mí, silueteado ante la luz de la mañana, y me miraba mientras mi mundo se oscurecía poco a poco.

Tenía la espada que me había robado el sentido en las manos enguantadas. Que casi me había robado el sentido. Porque seguía luchando por no sucumbir y, mientras me aferraba desesperadamente a la conciencia, mi mirada nublada se detuvo en el rostro borroso de mi atacante.

No. No podía ser. Allí no.

Otra vez no.

Abrí la boca y traté de formar las palabras. Traté de pronunciar su nombre.

No supe si algún sonido brotó de mis labios, pero vibró a través de mí de igual modo mientras terminaba de caer en la oscuridad.

Stig.

32

TAMSYN

Recuperé la conciencia poco a poco. Fui nadando hacia la superficie del sentido, buceando en aguas densas, viscosas como la niebla que rodeaba los Riscos. Pero no, no estaba bajo el agua. Y tampoco sentía el abrazo de la neblina sobre la piel. No allí. Dondequiera que fuese allí.

Me llevé una mano de plomo a la cabeza como si así pudiera evaluar el dolor sordo que la asolaba, como sí así pudiera palparlo, medirlo. Sin embargo, no estaba en condiciones para evaluar nada, y supuse que eso ya me daba la respuesta que estaba buscando.

Estaba mal. Muy mal.

Oía voces rebotando a mi alrededor. Traté de distinguir lo que decían, de atrapar cada palabra para comprender su significado y luego ordenarlas, como cuentas en un hilo, en frases que tuvieran sentido.

—Está volviendo en sí —gritó alguien.

—Cualquiera diría que después de un golpe así tendría que estar muerta… —Se oyeron varios murmullos como respuesta. Parecía que estaban de acuerdo, incluso que desaprobaban que siguiera con vida, aunque mi estado me impedía comprender lo que decían.

El mundo cambió y se recolocó a mi alrededor, desconcertante e

incómodo. Algo se me clavaba en el estómago. No sabía qué era, pero bastaba para indicarme que me encontraba boca abajo… y cabeza abajo, porque sentía toda la sangre en la cabeza. Tenía ganas de vomitar. Me llevé la mano a los labios y contuve una arcada. Abrí los ojos para ver un mundo de nieve borrosa y… caballos. Soldados a caballo.

Yo… en un caballo. Pero no sentada. Me habían echado sobre el animal como un saco de patatas.

Y, de repente, ya no estaba allí.

Alguien me agarró del pelo y me lanzó violentamente del caballo, estampándome contra el suelo. Solté todo el aire que contenía de golpe. Parpadeé y levanté la vista hacia la multitud de rostros que me contemplaban. Me detuve en uno de ellos.

Stig.

Me parecía imposible. No había sido una aparición, ni tampoco un cruel truco de mi mente. Estaba allí. Otra vez. ¿Qué clase de maldición había caído sobre mí?

Tras nuestro último encuentro, sabía que debía tenerle miedo. Me había destrozado el cuerpo, infligiéndome un dolor inimaginable, y la hostilidad con la que me miraba en ese momento me advertía de que seguía decidido a destruirme.

Inhalé con cuidado y conseguí apoyarme en un codo mientras me frotaba la nuca, donde me había tirado del pelo con crueldad.

—Stig, cómo me alegro de volver a verte.

—En eso estamos de acuerdo. —Arrugó la nariz—. La última vez lograste escapar, pero eso no volverá a ocurrir. Esta vez, Alise no está aquí para salvarte.

—¿Cómo está mi hermana? —pregunté, tratando de ganar tiempo; cualquier cosa me valía con tal de posponer el momento en el que me hiciera daño, porque sabía de lo que era capaz. Y no era

una pregunta vacía: quería saber cómo estaba Alise. La última vez que la había visto distaba mucho de encontrarse bien.

—No es tu hermana —replicó.

Me encogí de hombros mientras me ponía de pie.

—Sabes perfectamente que nos criaron como hermanas. Para mí no es tan fácil apagar los sentimientos y olvidar mis antiguas relaciones. —Lo miré con los ojos entornados—. A diferencia de ti, yo sí soy leal.

—Tú no sabes lo que es la lealtad, zorra dragona.

Me encogí de hombros otra vez y pregunté:

—¿Qué haces aquí?

Él sonrió entonces, con un gesto ladino y cruel que surcaba la línea de su barba pulcramente recortada.

—Buscarte, por supuesto. Aunque no esperaba que fuera tan fácil. Hemos peinado los Riscos incontables veces, pero no esperaba que cayeras en nuestras manos de forma tan sencilla. Después de la última vez que te capturamos, daba por hecho que te habrías escondido bajo tierra. ¿Tanto te gustaron los azotes? ¿Te apetece repetir?

Mi fanfarronería titubeó un poco al recordar el pisk que me había despedazado la carne.

—Eso, ¿dónde estabas? —preguntó otro soldado. Era Havard, un oficial que recordaba de la Ciudad y también uno de los mejores amigos de Stig. Negaba con la cabeza, como si estuviera de verdad maravillado por mi repentina aparición.

—Con mi esposo —respondí—. ¿Dónde si no?

El rostro de Stig empalideció sobre los bordes de su barba.

—¿Dryhten?

Asentí.

—Y creo que quiere decirte cuatro cosas. No está muy contento

contigo.

Los soldados que había tras Stig empezaron a murmurar.

—¡Callaos! —Stig se volvió y los fulminó con la mirada—. ¡Miente! ¡Dryhten está muerto!

Havard me miraba con sincera curiosidad.

—¿Y dónde ha estado todo este tiempo?

—Vuestro señor —enfaticé la mención a su título— fue capturado por unos saqueadores. Justo acabo de procurar su regreso. —Era la historia que Fell y yo habíamos inventado para explicar su larga ausencia. Era mucho más plausible que la verdad. No me había preocupado mucho por los detalles, ya que sabía que sería Fell quien diera el grueso de las explicaciones. Al fin y al cabo, sería su gente quien querría respuestas, y estarían tan felices de tenerlo de vuelta que lo más probable era que no se pararan a analizar el relato de los acontecimientos.

Y lo que Stig pensara daba igual, ya que Fell estaba decidido a darle muerte.

No esperaba encontrarme allí sin Fell, ni tampoco ser a quien tratarían de sonsacar información, pero allí estaba.

Havard señaló a su alrededor.

—¿Y dónde está?

—Maldito seas —maldijo Stig, fulminando a Havard con la mirada —. ¡Está mintiendo! Esos saqueadores no existen. Y Dryhten tampoco.

Parpadeé y busqué en mi interior la capacidad de mostrarme ecuánime frente a su furia. Resistí el impulso de dar un paso atrás, me negué a mostrar debilidad. Aquellos intensos ojos marrones que antaño rebosaban afecto por mí no contenían ya más que amargura y reproches.

—¡Transfórmate, maldita sea! ¡Muéstrales lo que eres!

Me sobrevino una abrumadora sensación de haber estado allí antes, de haber hecho eso mismo, de haber vivido ese mismo instante, y luché contra los temblores, contra el amargo zarpazo del miedo.

Apreté los dientes y alcé la voz lo suficiente para que me oyeran todos.

—No puedo ser lo que no soy.

Stig reaccionó. Alzó una mano y me cruzó la cara de una sonora bofetada. Fue tan inesperada que perdí el equilibrio de la violencia con que mi cabeza salió despedida hacia atrás, y caí al suelo. Quizá había sido estúpido de mi parte que el golpe me pillara desprevenida. Sabiendo lo que sabía sobre él, debería haber estado preparada.

Levanté la vista hacia Stig, hacia su mirada implacable y su expresión de furia. Me faltaba el aliento; sentía que me arrancaba la piel con los ojos, que me desnudaba, que me exponía. Que me veía. Lo sabía. Y lo odiaba.

Me señaló con un dedo acusador.

—No hagas eso. No me mientas, Tamsyn. ¡Te vi tal y como eres! ¡Un dragón! ¡Admítelo!

—¿Cómo voy a admitir algo así? ¡Es absurdo!

Tenía el rostro lleno de manchas rojas de furia. Negó con la cabeza lenta y peligrosamente.

—Han sido todo mentiras desde el principio. Ahora lo veo claro, y no pienso tolerar ni una sola más.

¿Mentiras desde el principio? ¿El principio de mi vida en palacio? ¿Era eso lo que pensaba, por eso tanta amargura? ¿Por eso había… cambiado tanto?

Pensé en la versión de mí misma que había dejado atrás al casarme con Fell. En ese momento, cara a cara con Stig, veía

claramente lo que había sido. La muchacha de los azotes real, perdida y triste, que buscaba su lugar en el mundo. La chica que no sabía cuál era su valor, que aceptaba los castigos que no merecía.

Lo veía todo tal y como era. Antes no podía, pero ahora sí.

Ahora me sentía cómoda en mi propia piel, siempre cambiante.

Ahora me sentía cómoda mirando a Stig a la cara y mintiendo. Mintiendo para protegerme a mí, y a Fell, y a todos los dragones. Me levanté y, con los dientes apretados, le dije:

—No sé de qué me hablas.

—Sigues haciéndome quedar como un estúpido.

«Sigues haciéndome quedar como un estúpido».

Me acaricié con suavidad la mejilla, donde sentía el dolor y la huella de su mano, mientras pensaba en lo que acababa de decir.

—Para eso no me necesitas a mí, Stig.

Volvió a levantar la mano, pero Havard dio un paso al frente y se interpuso antes de que volviera a abofetearme. ¿Dónde estaba Havard la noche que me había azotado? Habría sido agradable tenerlo por ahí.

Stig abrió unos ojos como platos y miró a sus soldados, enloquecido.

—¡No sabéis lo que es! —Bajó la voz y, con un gruñido, le dijo a Havard—: Es un monstruo. Se convirtió en dragón delante de mis narices. Tienes que creerme. Dryhten también estaba. ¡Él también lo vio!

—Pues cuando llegue se lo preguntaremos —respondió Havard con voz calmada.

—¡Idiota! ¡No va a venir! —Stig volvió a clavar su mirada en mí —. Seguro que lo mató, ¡es un monstruo! ¿Lo mataste? —me gritó —. ¿Mataste tu marido, Tamsyn?

Negué con la cabeza.

—¡No! ¡Claro que no!

Havard miraba a su viejo amigo con los ojos colmados de tristeza, y no pude más que pensar que todo aquello no hacía sino ayudar en mi defensa a ojos de aquellos soldados. Cuanto más desquiciado se mostrara Stig, mejor. El regreso de Fell por sí solo ya haría mucho por socavar su poder, y, cuando Fell lo desafiara, parecería lógico. Al fin y al cabo, era la opción más honorable después de que Stig me hubiese agredido como lo había hecho. Fell estaría, simplemente, protegiendo a su esposa.

—Stig —murmuró Havard. Se limitó a pronunciar su nombre con suavidad, nada más. Como si eso bastara para que recuperara la cordura. Y ojalá hubiera bastado.

Ojalá solo con decir su nombre hubiera bastado para romper el horrible hechizo que lo había apresado, para devolverme a mi amigo de la infancia, al hombre que había asegurado amarme…, el hombre al que, hacía un tiempo, había pensado en amar yo también.

Stig alzó de nuevo la mano para pegarme, con la mirada enloquecida y los ojos inyectados en sangre.

Me mantuve firme, me obligué a no acobardarme.

Y, al cabo de un instante, Stig bajó la mano, dejando el brazo fláccido a un lado de su cuerpo. Me miró con unos ojos que me parecieron más oscuros de lo que recordaba, como si la luz que había en ellos hubiese desaparecido. Por fin se apartó. Carraspeó y asintió una única vez, como diciéndole a Havard que había recuperado la compostura.

Dio un paso para rodear a su amigo, me agarró del brazo y tiró de mí. Y yo fui. No tenía sentido resistirme, y Fell no tardaría en llegar. Sabía que estaba vivo, sabía que había sobrevivido a las harpías. Todavía lo sentía vivo, respirando dentro de mí. Estuviera donde estuviese yo, me encontraría.

Miré hacia atrás, hacia la dirección por la que había venido, como si esperase que Magnus y Fell aparecieran de un momento a otro y pusieran fin a todo esto. Eché otro vistazo por entre los árboles.

—Entra. —Stig me empujó con saña hacia un carromato en el que no había reparado antes, pero esta vez sí me fijé en él… y también en la enorme caja que lo ocupaba entero.

—¿Ahí? —pregunté. Se me hizo un nudo en la garganta al ver la jaula de barrotes blanco tiza. Observé el extraño artilugio y me fijé en que los barrotes no eran uniformes, en que no había dos iguales. Casi parecían…—. Huesos de dragón —musité, mientras el terror me helaba la sangre.

Una jaula de huesos de dragón. No habría forma de escaparme bajo el manto de la noche.

Esta vez no podría huir.

¿Y si Fell no venía? ¿Y si le había ocurrido algo? No estaba muerto, pero quizá hubiera algo que le impidiera llegar hasta mí.

Me resistí contra Stig, tratando de liberarme. Retrocedí con recelo. Mirando esa caja, sentía que me congelaba, que el fuego que había en mi interior se extinguía y el corazón se me agrietaba como un gran bloque de hielo.

—Por favor —murmuré—. No me metas ahí.

Una caja de la que nunca podría escapar, parecida a la prisión de Fell. Podría tenerme allí dentro para siempre si quería, y eso era justo lo que querría el monstruo en que se había convertido.

Me llevé una mano al pecho dolorido, al corazón desbocado.

Apretándome el brazo con brutalidad, me zarandeó tan fuerte que hasta me castañetearon los dientes.

—No te gusta, ¿eh? —Los ojos le brillaban de satisfacción. Sonrió torciendo la boca en una mueca de crueldad y acercó la boca

caliente a mi oído—. Eso es porque eres un dragón. —Me maravillaba que me hubiera besado con esos labios. Que hubiera querido, y que yo se lo hubiese permitido, que incluso me hubiese gustado—. La mandé hacer especialmente para ti. Para cuando te encontrara. Sabía que te encontraría, sabía que no estabas muerta. —Con el ceño ligeramente fruncido, se acercó de nuevo a mi oído y siseó—: ¿Quemaste a Dryhten con tu fuego o te lo comiste?

Ahogué un grito. ¿Hablaba en serio? ¿Acaso no recordaba que ese día, en el bosque, Fell me había salvado de él? ¿Por qué habría querido matarlo? ¿Se pensaba que, por dragón que fuera, no tenía ninguna conciencia o sentido de la lealtad?

—¿Por qué habría de matar a mi esposo? —Le lancé la réplica con furia; mi miedo se canalizó en un impulso por contrariarlo. Así que luego, consciente de lo mucho que lo enfurecería con aquello, añadí—: Lo amo. El señor de las Tierras Fronterizas es el mejor hombre que conozco.

Stig arrugó la nariz con rabia.

—El señor de las Tierras Fronterizas soy yo —gruñó, enseñando los dientes blancos entre su barba bien recortada—. Ahora, el norte es mío. El Borg es mío, tu dulce Alise es mía y tú, tú… —Me miró de arriba abajo, y por un instante vi algo profundo y necesitado en las profundidades castañas, una sombra de cómo me había mirado una vez. Era como una ventana a un pasado que añorabas, al que llorabas, y que jamás podrías recuperar. Un truco de la luz. Pero ya no estaba. En un parpadeo, desapareció. Sus ojos volvieron a convertirse en dos pozos ciegos de odio—. Y tú… confesarás.

«Confesarás». Qué palabra tan sucia en esos labios, en ese contexto. Como si yo fuese culpable de algún crimen. Una abominación. Como si ya ni siquiera tuviese alma.

Me metió a la fuerza en la jaula. Era pequeña, me resulta

imposible ponerme de pie o estirar el cuerpo. Varios soldados me miraron con compasión.

Cuando el vagón empezó a rodar por el suelo desigual, alcé la barbilla y traté de aferrarme a los pedacitos de dignidad que me quedaban. Me agarré a los barrotes, los huesos de mis hermanos. Los ecos de su fuerza palpitaban a través de mí. Contemplé los árboles que me rodeaban. El bosque estaba vivo y respiraba, y yo comprendía mejor que aquellos soldados lo vivo que estaba, sabía que tenía dientes preparados para desgarrar y devorar.

Mientras avanzábamos a paso firme, las lejanas montañas de los Riscos se elevaban sobre un lado del bosque, llamándome, a la vez lugar seguro y amenaza. Tal era la naturaleza dual de los Riscos. Un lugar hermosamente peligroso, lleno de cosas salvajes y letales. El corazón me latía con fuerza en el pecho dolorido.

Me froté la «x» de la palma de la mano, sintiendo el susurro de Fell, y fue un consuelo. Seguía ahí fuera. No estaba muerto, estaba cerca.

Quizá incluso más cerca de lo que pensaba.

Los árboles de nuestra derecha se movieron; las hojas delataron unos repentinos movimientos.

Los soldados también oyeron el ruido. Gritaron y se volvieron, tomando posición frente a la línea de árboles y aquella posible amenaza, desenvainando sus estoques en una canción sibilante.

Me aferré a los barrotes de hueso con todas mis fuerzas y traté de ver.

Nadie respiraba. Nadie se movía. Incluso los árboles dejaron de mecerse. Todos los presentes miraban hacia el frente sin pestañear.

Solté una gran exhalación al ver a Fell salir de entre los árboles.

33

FELL

—¡Soltadla!

Un escalofrío recorrió a los soldados al verme aparecer de forma tan repentina. Pensaban que había vuelto de entre los muertos. Que era un fantasma.

Tamsyn me observaba con los ojos muy abiertos, atrapada tras unos barrotes de hueso de dragón. Sus enormes esferas de fuego eran la única luz en su rostro, pálido como el de una muerta.

Ver a Tamsyn en una jaula me puso furioso, más de lo que jamás pensé que podría sentirme, y eso que yo conocía bien la ira. Llegados a ese punto, éramos ya viejas amigas. La señalé y ordené:

—Saca a mi mujer de esa jaula.

Magnus, que estaba detrás de mí, murmuró algo que debía de ser una advertencia, un consejo para que fuera más cauto, pero no tenía forma de enfrentarme a esa situación con cautela, no con la sangre bombeando por mis venas de ese modo, con una furia que me exigía que mi compañera quedase libre.

Stig avanzó sin molestarse en bajar del caballo, mirándome por encima del hombro.

—Dryhten —anunció—. Supongo que debería decir que me alegro de verte. Lo cierto es que me alegro de que estés vivo, y de

que esta endemoniada no te haya matado. —Hizo una mueca de desdén que indicaba que no se alegraba en absoluto. Miró a sus soldados con una sonrisa ladina—. Aunque debo decir que no se ha notado mucho tu ausencia. Las cosas han ido bastante bien sin ti. Resulta que no eras tan indispensable como creíamos… Las Tierras Fronterizas están en un momento de gran prosperidad. Es evidente que lo único que necesitaba tu pueblo era mano dura.

Me resistí a morder el anzuelo con la referencia a mi pueblo. Sabía que no gozaban de ninguna prosperidad, que estaban sufriendo. Por culpa de ese hombre.

Enarqué una ceja.

—No te equivoques. Te aseguro que mi regreso sí se va a notar.

Stig se removió incómodo en su montura; su expresión se tornó tensa. Se oyeron unos murmullos entre sus filas como respuesta a mi declaración, pero yo estaba demasiado concentrado en el hombre que se enfrentaba a mí desde su caballo para distinguir si eran murmullos de aprobación o de desdén.

Aquellos soldados siempre habían servido al capitán de la guardia, hijo del señor regente. Lo más lógico era pensar que no encontraría aliados entre esa chusma. Más razón para acabar cuanto antes con ese bastardo, con el hombre que había traicionado a Tamsyn. Había acudido a él en busca de ayuda y, a la primera señal de que era diferente, de que era una dragona, había blandido su espada contra ella.

Me quedé helado al pensar en lo que podría haberle ocurrido ese día.

—No lo volveré a repetir —dije, señalando a Tamsyn con la cabeza.

—Y yo lo diré una sola vez —replicó Stig—. No va a salir de esa jaula. Sabes perfectamente lo que es. Tú también estabas presente

ese día. No te atrevas a plantarte ante mí y fingir lo contrario, cerdo amante de dragones. Eres un traidor a la Corona.

Miré a Tamsyn. Negó fugazmente con la cabeza y eso me bastó para saber que no se había revelado. Que no se había delatado. Nadie salvo Stig sabía que podía transformarse en un dragón. Me fijé en las miradas que intercambiaban los soldados al oír hablar de dragones. No estaban convencidos de que existieran. Solo seguían órdenes.

Tamsyn me clavó una mirada penetrante. Comprendía lo que trataba de comunicarme: que debía tener mucho cuidado de no hacer nada que nos delatara. Asentí una sola vez, solo que sabía que aquella promesa tenía sus limitaciones. Haría lo que me pidiera… mientras fuera capaz de hacerlo. Tragué saliva con esfuerzo.

No me quedaría de brazos cruzados si su vida estaba en peligro. Lucharía con uñas y dientes si era necesario.

—No sé de qué me estás hablando. —Me di unos golpecitos en la cabeza—. Estás mal de la azotea, amigo.

A Stig se le deformó el rostro de furia.

—¡Yo no soy tu amigo!

Lo ignoré. Me fui directo hacia ella con paso seguro, decidido a sacarla yo mismo de la jaula.

Stig alzó una mano y gritó una orden, y los soldados me rodearon de inmediato. Entre cuatro hombres, nada menos, me tiraron al suelo. Yo luché, me resistí, asesté más golpes de los que recibía. Las maldiciones resonaban en el aire, y de repente los hombres que luchaban contra mí se multiplicaron. El peso de sus cuerpos me aplastaba contra la nieve.

Oí que Tamsyn gritaba mi nombre mientras me daban un golpe tras otro, una patada tras otra. Oí la voz de Magnus, que me rogaba

que dejase de luchar, que dejase de resistirme.

Una bota se estampó contra mi cara y el dolor de mi mandíbula rota reverberó por toda mi cabeza, dejándome aturdido.

Me pitaban los oídos. Me quedé quieto mientras trataba de recuperarme lo suficiente para seguir luchando. Gruñía; la bestia que había en mi interior se revolvía, empujaba, aporreando las paredes, deseosa de liberarse. No sabía cómo, pero no había sangrado. Me bastó un vistazo para confirmarlo. Mi piel era demasiado gruesa; era piel de dragón en su misma esencia. Una bendición. Al menos mi sangre de dragón no había quedado expuesta, una anomalía que no había sido revelada.

—¡Ya basta! —gritó Stig.

Mis atacantes se detuvieron.

—¡Prendedlo! ¡Quiero que lo vea! —Oí la voz de Stig a través del rugido de mis oídos. Me agarraron de los brazos, obligándome a mirar. A pesar de que veía borroso, vi cómo Stig desmontaba del caballo e iba directo hacia la jaula en la que estaba encerrada mi vida entera.

—Tamsyn —dije, sin aliento.

No sabía qué pretendía hacer Stig, pero me puse tenso de pies a cabeza. Aquello no pintaba bien. Observé horrorizado cómo Stig abría la puerta y la sacaba a la fuerza.

Y entonces desenvainó su espada de hueso de dragón. La reconocí al instante: había visto muchas de esas armas en mis tiempos. La mayoría estaban guardadas, pero en la fortaleza, en casa, teníamos varias de ellas expuestas.

Nos miró con los ojos enloquecidos.

—Voy a demostrar lo que es. —Alzó la espalda—. La última vez no funcionó. Quizá esta vez el resultado sea distinto.

—¡La última vez no funcionó porque no soy ningún dragón! —

insistió ella.

Fruncí el ceño, tratando de comprender la conversación, de darle sentido.

—Ahora lo veremos.

Alzó más la espada.

Y yo me zafé de las manos que me sujetaban sin esfuerzo y me abalancé contra ellos justo cuando Stig cargaba con la espada, sujeta con las dos manos, contra el rostro de Tamsyn.

Ella miró con unos ojos como platos cómo yo saltaba para interponerme. Para que la estocada no llegase a ella.

—¡No! ¡Fell, no! —gritó—. ¡Déjalo!

Sentí cómo la hoja cortaba mi ropa, cortaba mi piel, partiendo la parte superior de mi hombro en dos.

Mi sangre salió disparada.

Sangre púrpura.

Me puse una mano sobre la herida para taparla.

Tamsyn chilló y se tapó la boca, horrorizada.

Todo se ralentizó hasta detenerse.

Sentí que todas las miradas se detenían en mí. Todos contemplaban cómo la sangre de un intenso púrpura fluía como un río por entre mis dedos, goteando y acumulándose en un charco en la nieve.

La multitud ahogó un grito, con los ojos fijos en las pruebas, en la sangre púrpura que me delataba, y entonces comprendí que eso era lo que Stig buscaba desde el principio.

Los soldados volvieron a por mí y me sujetaron de nuevo, apartándome la mano de la herida.

Había caído en la trampa de Stig sin pensar ni un segundo en las consecuencias. Aunque no me arrepentía: si la espada de hueso le hubiera dado en la cara, la habría matado.

Pero mi secreto había quedado al descubierto.

No había vuelta atrás.

Solté un rugido que hizo temblar hasta las ramas de los árboles y me quité de encima a mis atacantes, lanzándolos a varios metros de mí. Me puse de pie con las piernas separadas y los brazos extendidos, vibrando a los lados de mi cuerpo. Y, sin dejar de rugir, estallé en una explosión de luz. Mi cuerpo desapareció, hecho pedazos, en aquella luz cegadora… y en su lugar apareció mi dragón.

El rostro de Stig se quedó paralizado de terror cuando vio que volaba hacia él y le hundía las garras en los hombros. Lo levanté como si no pesara nada, y lo llevé más y más arriba. Una vez en el cielo, le arranqué la cabeza del cuerpo y lancé los pedazos que quedaban de él contra el suelo, entre sus guerreros, con una fuerza despiadada.

Y entonces se desató el caos. El infierno. Los soldados chillaban y huían. Algunos de ellos lograron echar mano de las armas de dragón que llevaban encima, y de coger las otras que almacenaban en el carromato.

Algunos cargaron contra mí con lanzas de hueso, pero las esquivé, volando. Enormes ráfagas de niebla emanaban de todos los poros de mi cuerpo, añadiendo confusión a la escena, mientras yo seguía esquivando golpe tras golpe, sin dejar de atacar a todo el que se atreviera a intentar atacarme a mí.

Vi otro estallido de luz en el aire, a través de la niebla, y ahí estaba Tamsyn, en toda su gloria roja y dorada, a mi lado.

Trabajamos juntos, atacando a quienes nos atacaban hasta que quedamos solo nosotros dos, flotando sobre la hierba, batiendo nuestras enormes alas en el cielo cubierto de niebla. Varios soldados, algunos heridos y otros simplemente encogidos de terror,

se empequeñecían contra el suelo, bajo nosotros. Magnus era uno de ellos. Nos miraba entre asombrado y aterrorizado, con una mano sobre los ojos, como si la imagen de nosotros dos en el cielo fuese demasiado brillante, demasiado aterradora.

Tamsyn y yo nos miramos y descendimos poco a poco.

Habíamos terminado. No acabaríamos con las vidas de los que habían sobrevivido. No eran una amenaza inmediata, aunque, por supuesto, sí lo fueran a largo plazo. Intercambiamos una mirada cómplice y muda. No teníamos ni la voluntad ni el deseo de matar a nadie más…, aunque eso fuese lo que debíamos hacer si queríamos mantener nuestro secreto, el secreto de todos los dragones, a salvo. No éramos asesinos. No matábamos porque sí. No éramos los monstruos de las leyendas.

—Ah. Mierda.

Ambos levantamos la vista al oír la exclamación. Junto a la carnicería había varios recién llegados.

Vetr y otros miembros de la manada contemplaban la masacre con desdén.

Eran humanos a simple vista, pero yo detecté lo salvaje en los agujeros dilatados de la nariz de mi hermano, los ojos de dragón que se aguzaban, las pupilas verticales que temblaban con violencia al mirarme. Me costó horrores no abalanzarme contra él, pero el guerrero que había en mí me pedía contención. No tenía las de ganar.

Chasqueó la lengua y, mientras contemplaba nuestra obra, negó con la cabeza en un gesto de censura, como si estuviese mirando un lío armado por unos críos.

—¿Sabes lo que es la discreción? —preguntó en tono de burla.

Uno de los soldados heridos se dirigió a él con un grito de súplica:

—¡Ayuda! ¡Ayúdanos!

Era evidente que no se había percatado de que no eran aliados a los que rogarles. Vetr me miró con una ceja oscura enarcada. Todavía me resultaba extraño ver mi propio rostro ante mí.

—¿Qué me dices, hermano? ¿Los ayudo? ¿O hago lo que hay que hacer y termino con lo que has empezado?

Tamsyn soltó una exclamación de angustia, se elevó en el aire, voló hacia Vetr y aterrizó frente a él con un gruñido, como si ella misma se dispusiese a proteger a los supervivientes. Un extraño giro de los acontecimientos, teniendo en cuenta la cantidad de sangre que le cubría las garras.

Vetr la miró largamente. No parecía muy impresionado… ni tampoco intimidado.

—Parece que ya has elegido, Llamita —le dijo.

Se produjo un estallido de luz tras el que apareció la Tamsyn humana, desnuda en toda su gloria. No se encogió ni pareció cohibirse lo más mínimo, a pesar de la vulnerabilidad que le confería su desnudez.

Alzó una mano y le dio a mi hermano una bofetada en la cara.

—Mi nombre es Tamsyn —gruñó—. Úsalo.

Salté a su lado y rugí, enseñando los colmillos, dispuesto a protegerla si él se atrevía a contraatacar.

Sin embargo, Vetr no parecía inclinado a reaccionar. Se limitó a tocarse la mejilla y dijo:

—Qué dramática eres. —Me miró—. Supongo que es lo que pasa cuando te crías entre humanos. En fin…, hacéis buena pareja.

Lo fulminé con la mirada, preguntándome si esa sería su forma de renunciar a las intenciones que pudiera tener con Tamsyn.

Mi hermano miró a uno de los miembros de su manada y le hizo un gesto para que se acercase. Se desvistió rápidamente y le dio su

ropa.

—En fin, es hora de arreglar este desaguisado. Mira y aprende, hermano.

Sin dar más explicaciones, se transformó, convirtiéndose en un dragón plateado como yo.

Los soldados tirados en el suelo empezaron a chillar y a gritar.

Me planté delante de él, impidiéndole llegar a ninguno de los humanos que seguían vivos tras nosotros. No toleraría más muertes.

Él ladeó su enorme cabeza llena de pinchos y me sostuvo la mirada varios instantes. En silencio, y a la vez no, porque intercambiamos palabras mudas.

«Mira y aprende, hermano».

Y entonces lo comprendí.

Me hice a un lado y le permití avanzar, observándolo con atención. Tamsyn hizo ademán de detenerlo, pero yo alargué un ala para impedírselo y negué con la cabeza, transmitiéndole que todo iría bien. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía.

Vetr agachó su enorme cabeza hasta casi rozar el suelo con el morro. Cerró los ojos y exhaló una enorme bocanada de aire. Una niebla densa, del blanco más puro que había visto nunca, casi brillante e iridiscente, brotó de su boca y de sus orificios nasales. Se propagó en oleadas por encima de todo lo que había ante él, cubriendo a todos en un grueso manto.

Poco después se hizo un silencio. Dejaron de oírse los gritos y las súplicas. No se oía ni el más leve gemido.

La niebla era tan densa que era imposible ver a través de ella, pero di un paso al frente para acercarme, y vi que los soldados se habían quedado dormidos.

En un estallido de luz, Vetr recuperó su forma humana. Volvió a vestirse con movimientos bruscos y eficientes.

—Cuando se despierten, no se acordarán de nada. —Se echó la capa sobre los hombros y me miró—. Te sugiero que te transformes y te pongas algo de ropa antes de que lo hagan. Seguro que se te ocurre una historia plausible. En esta zona abundan los bandidos, según me dicen. —Esbozó una media sonrisa.

Exhalé y me transformé.

Y desnudo, ante él, nos miramos a los ojos. Habíamos llegado al mundo juntos, y me había llevado a los Riscos, pero nuestra historia no pasaría de allí.

—Debería matarte —gruñí, pensando en el tiempo que había perdido, enterrado por su culpa. Pensé en la desolación, en aquella soledad tan profunda e intensa que había estado a punto de romperme hasta un punto de no retorno. Esa desolación por culpa de la que había estado a punto de matar a Tamsyn.

—Adelante. Inténtalo.

Y aquello fue la gota que colmó el vaso.

Me abalancé contra él, dispuesto a despedazarlo, y él se movió para enfrentarse a mí, pero, de repente, Tamsyn se interpuso entre los dos, poniéndonos a ambos una mano en el pecho para detenernos.

—¡Basta! ¡Parad! Hoy ya se ha derramado bastante sangre, idiotas. ¡Se acabó! —Se le rompió la voz, y supe que lo decía en serio. Ya no lo soportaba más—. Puede que os odiéis, pero sois hermanos, ¡dragones! Deberíamos ser aliados y no seguir tratando de arrancarnos la yugular. No permitiré que os matéis. —Los ojos de fuego dorado resplandecían con autoridad. Dio un pisotón en el suelo, harta—. No lo voy a permitir. ¿Entendido?

Al cabo de unos segundos, di un paso atrás. Tenía razón.

No confiaba en Vetr, pero eso no significaba que debiera matarlo. Eso no significaba que debiera arrebatárselo a los demás dragones

de la manada, que lo necesitaban para que los guiase hacia el futuro.

Vetr hizo lo propio. Dio un paso atrás y dejó de sostenerme la mirada para mirarla a ella. Fue una mirada larga, lenta, que no me gustó ni un pelo.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Llam…? —Se interrumpió al ver que ella lo fulminaba con la mirada y se corrigió—. Tamsyn.

Se refería a mí.

Le estaba preguntando si estaba segura de que me quería a mí. Otro rugido empezó a vibrar en lo más profundo de mi garganta.

Pero Tamsyn acudió a mi lado y me puso una mano en el brazo para tranquilizarme.

—No lo he dudado nunca. Siempre he querido a Fell.

—Pues claro que lo eliges él —replicó con desdén—. Te crees que él puede…

—No —replicó con brusquedad, interrumpiéndolo—. Me elijo a mí. —Se dio una palmada en el pecho—. ¡A mí! Y eso significa que, por primera vez en mi vida… —hizo una pausa, casi como si le faltara el aire—, puedo elegir e ir donde me plazca, y estar con quien a mí me dé la gana. Por fin soy libre. ¿No es eso por lo que luchamos todos?

Me quedé sin aliento, mirándola, cautivado por su belleza, por sus palabras, por el honor de ser elegido por ella. Por ser su elección.

Vetr asintió con brusquedad.

—¿Y qué hay de ti, hermano? —Esos ojos tan parecidos a los míos se detuvieron sobre mí, profundos, desafiantes—. ¿Piensas vivir en el mundo humano siendo lo que eres? ¿Creéis que podéis hacer eso? ¿Ser libres y felices y comer perdices… con ellos? —Señaló al

Borg con una mueca de disgusto.

Cogí la mano de Tamsyn y entrelacé nuestros dedos, sin molestarme en recordarle que él nunca me había dado esa posibilidad, que nunca me había dado la opción de pertenecer a la manada. Me había condenado a un agujero.

—Mientras estemos los dos juntos, sí.

Vetr esbozó una ancha sonrisa.

—Qué románticos. Espero que tengáis razón y que no seáis el par de insensatos que creo que sois.

—Somos iguales —le contestó Tamsyn—. Y queremos las mismas cosas. Pero eso no significa que rechacemos a nuestros dragones.

Esbozó otra sonrisilla, y volví a preguntarme si ese era el aspecto que yo tenía cuando ponía esa cara. Si era así, alguien tenía que darme un puñetazo cuanto antes.

—Ah, os pensáis que podéis tener las dos cosas…, ¿ser las dos cosas?

—Ya somos las dos cosas —repliqué.

Soltó un gruñido que expresaba su desaprobación. Sin embargo, en lugar de discutir, cogió aire y dijo:

—Pues muy bien. Buena suerte. —Y, con un azote de su capa, se marchó.

Se marcharon todos. Se volvieron y desaparecieron entre los árboles, envueltos en una nube de niebla.

Miré a Tamsyn y le acaricié las mejillas.

—Juntos —dije.

—Juntos —repitió ella.

34

TAMSYN

Ninguno de los supervivientes se acordaba de nada.

Ante la ausencia de recuerdos, aceptaron de buen grado la historia que nos inventamos, según la cual unos saqueadores nos habían atacado y habían matado a Stig. Varios de ellos incluso aseguraban recordar el ataque y la lucha por su vida del valeroso Stig, lo que demostraba lo sugestionable que podía llegar a ser una mente fracturada.

Dejamos allí la jaula de huesos de dragón y utilizamos el carromato para llevar a los heridos. Enviaríamos una comitiva a recoger a los muertos.

Ya montada en un caballo, miré atrás para contemplar la jaula solitaria, con unos huesos casi tan blancos como la nieve que nos rodeaba. Esa jaula que me tanto me había debilitado yacía en mitad de la sangre, la muerte y las tripas. Esperaba no volver a verla nunca. Esperaba no tener que volver a transformarme y matar jamás. Mi mirada se detuvo sobre los ojos sin vida de Stig, que me miraban desde la nieve.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentía lo bastante libre para tener esperanza… y era maravilloso.

Pero no había olvidado que el mundo era un lugar injusto y

peligroso, más peligroso de lo que podía llegar a imaginar, incluso para alguien que había sido obligada a sufrir los castigos de otros.

A veces, la única forma de sobrevivir era enseñar los dientes.

Mientras la nieve arreciaba, nos arrebujamos bajo nuestras capas y nuestras pieles y seguimos adelante. Estábamos decididos a llegar al Borg cuanto antes, aunque eso implicara seguir viajando durante la noche.

—¿Estás bien? —me preguntó Fell, que montaba a mi lado.

Sonreí y asentí. Luego eché un vistazo a su hombro. Habíamos quitado todos los restos de sangre púrpura, pero tendría que aprender a controlar su sangre cuanto antes. Sería una de las primeras lecciones que le enseñara, junto a todas las demás que había aprendido durante el tiempo que había vivido con la manada.

—¿Y tú?

—Ah, ¿lo dices por esto? —Miró su hombro con aire despreocupado—. No es nada.

Puse los ojos en blanco y arreé a mi caballo.

Seguimos montando en plena noche hasta que subimos la última montaña y, al bajar la vista, por fin vimos el Borg. Cientos de luces salpicaban la oscuridad, iluminando la caótica red de cabañas y edificios que se acurrucaban en las colinas y los valles que marcaban el final —o el principio— de los Riscos.

Comprobé que no había niebla. No había ningún manto de protección. Se había desvanecido con la marcha de Fell hacía meses. Lo miré de reojo. Él traería la niebla de vuelta…, junto con otras cosas. Prosperidad. El futuro que se había esforzado en construir para su pueblo.

Allí, sobre nuestros caballos, el uno al lado del otro, contemplamos el lugar en el que construiríamos nuestro hogar, donde tallaríamos un lugar para todas las cosas, mágicas o no.

Nos quedamos allí un buen rato, mientras los demás seguían descendiendo, a paso más rápido ahora que ya estaban tan cerca de su destino.

Yo alargué una mano hacia él y Fell me la cogió, rodeándomela con su enorme manaza. A pesar de los guantes, las palmas de nuestras manos reaccionaron como siempre, saltando a través de la tela para unirse.

—¿Estás preparada? —La escarcha invernal de su mirada me llenaba de calidez—. No se me ha olvidado que te he prometido una cama… —Su voz grave me asaltó de pronto, envuelta en una nube rizada de niebla fresca. Sonreí.

El mundo era un lugar inmenso y lleno de peligros, algunos humanos y otros mágicos. Allí sería donde echásemos raíces… Nuestras vidas se extendían, alargadas y serpenteantes, ante nosotros, un hilo que podía cortarse demasiado pronto en cualquier momento, en esa vida que siempre era capaz de enseñarnos de repente sus garras y sus colmillos.

Pero, de momento, allí estábamos… Juntos. Formando nuestra propia manada.

Arreé a mi caballo.

—A ver quién llega antes.

Epílogo

Un año después…

El Borg

El señor y la señora de las Tierras Fronterizas dormían perdidos en sus sueños, enredados en los brazos del otro, con los cuerpos iluminados por la luz de las llamas que crepitaban en la chimenea. Todavía sentían un cosquilleo en los brazos y las piernas, agotados tras sus actos amatorios y su vuelo clandestino de unas horas antes. Tenían las plantas de los pies manchadas de barro tras haber corrido desnudos y emocionados por los bosques.

Era una escapada que hacían a menudo en un bosque que conocían bien, tras las puertas del Borg, justo bajo los ojos vigilantes de los Riscos.

Una escapada que solía terminar siempre del mismo modo: con un vertiginoso y eufórico vuelo a través del viento y el cielo nocturnos, y con las suaves caricias de las nubes sobre su piel, superadas únicamente por las caricias que se prodigaban el uno al otro.

Los Riscos

El alfa estaba sentado en su butaca, solo, con la mirada perdida en las llamas de su chimenea y los rasgos tan duros e implacables como las paredes de roca que lo rodeaban. Tenía las manos

flexionadas en los reposabrazos del sillón y sus garras amenazaban con salir, libres, pues lo asediaba un fuerte anhelo por unos ojos de fuego dorado.

La Ciudad

El señor regente estaba en sus aposentos, oteando las brillantes luces de la Ciudad desde su ventana. Una chica con el pelo rojo que le recordaba a otra lloraba en el suelo, tras él. Mas él la ignoraba, pues ya había terminado con ella. En lugar de prestarle atención, miraba al norte, hacia el horizonte lejano, más allá de la Ciudad, y pensaba en su hijo muerto… y en lo que debía hacerse para que el mundo volviera a ser como debería.

Veturlandia

Un rey contemplaba su mapa a altas horas de la noche, planeando su estrategia. Con un dedo dibujaba una línea invisible que descendía hacia el sur a través de los Riscos, a través del Borg, a través de las Tierras Fronterizas…, directa al corazón de Penterra.

Las Tierras Fronterizas

Una bruja echó a correr hacia el bosque cegada por las lágrimas, dejando su pueblo atrás. Corrió y corrió hasta que su cuerpo no pudo más: se desplomó en el suelo, exhausta y temblorosa, desde donde alzó la vista a la noche empapada de magia.

Y lanzó su hechizo.

Agradecimientos

Pues ¡aquí estamos! Hace ya más de dos años que vivo con estos personajes, y no me puedo creer que haya llegado el momento de cerrar su historia… literalmente. Muchas gracias, lector, por haberme acompañado en este viaje, por haber elegido *Fuego en el cielo* y haber esperado pacientemente *La cicatriz en el hueso*, por haber pasado tanto tiempo junto a Tamsyn y Fell. Como escritora, mi objetivo es regalarles un buen rato a mis lectores, unas horas en las que puedan escapar de la realidad de este mundo e introducirse en otro lleno de magia, esperanza, amor y finales felices. Con un poco de suerte, habré tenido éxito y todavía brillará en vosotros un algo de fuego de dragón.

La buena noticia de crear un mundo inmenso y épico como este es que hay muchos personajes y muchas subtramas que piden a gritos una historia propia. Puede que Tamsyn y Fell ya tengan su final feliz, pero —como se desprende del epílogo— ¡aún hay más! No veo la hora de que leáis lo que tengo planeado. Os reencontraréis con algunos rostros familiares y también conoceréis personajes nuevos.

Este libro, igual que todos mis otros libros, jamás habría existido sin el apoyo de muchas personas maravillosas.

Jared, mi compañero constante, mi amor: tú has estado conmigo desde el principio. Soy increíblemente afortunada de tenerte a mi

lado en esta aventura continua. Gracias por entender que no baje porque «¡estoy a punto!».

Catherine y Luke: gracias por ser unos hijos fantásticos y por actuar como si tener una «madre escritora» fuese lo más normal del mundo. Me ayudáis a mantener los pies en la tierra.

Tengo la suerte de contar con esa clase de padres que siempre han estado empeñados en creer en mí, y que me dieron espacio para volar —o caer—. He hecho ambas cosas, y siempre me habéis hecho sentir vuestro orgullo y vuestro amor.

A Maura Kye-Casella, una compañera estupenda en todas mis decisiones profesionales: gracias por escucharme y apoyarme con cada idea. Gracias a mi equipo de edición de Avon: May Chen, Emily Dansky, DJ DeSmyter, Lara Baez y Allie Roche. Es mucho lo que hacéis entre bambalinas, pero lo veo y os veo, y tenéis mi inmensa gratitud. Y gracias al brillante Andrés Aguirre Jurado por darle color a mi mundo ficticio con tu maravilloso mapa. Gracias también a mis equipos de edición en el extranjero, en el Reino Unido, Australia, Nueva Zelanda, India, España, Italia y Alemania, por vuestro entusiasmo y por poner *Fuego en el cielo* y *La cicatriz en el hueso* en las manos de tantos lectores en todo el mundo.

A Sarah MacLean, Louisa Darling, Diana Quincy, Ally Carter, Melissa Marr, Jennifer Ryan, Angelina M. Lopez, Kresley Cole, Ali Hazelwood, Ava Morgyn, Joanna Shupe y Shana Galen, gracias por ser las amigas escritoras y almas afines que responden a mis correos, mensajes y llamadas para animarme. Sois un ancla en mares revueltos.

Un abrazo para mi gente, Jane, Laura, Brandy Katie y Carlye: gracias por ser esa clase de amigas que vienen a cenar o a tomar una copa siempre que llamo o escribo. Todo el mundo necesita amigas como vosotras.

Y a los bibliotecarios y libreros: no tengo palabras para agradeceros TODO LO QUE HACÉIS. Por este libro, por todos mis otros libros… y por todos los libros. El mundo sería un lugar muy apagado sin vosotros.

La magia despierta.
La oscuridad crece.
Y surge un héroe.



Ha pasado un año desde que Tamsyn pasó de ser la enemiga de Fell a la esposa por la que él se sacrificó. De ser una chica normal a convertirse en la mejor esperanza de Penterra para evitar que la magia desaparezca para siempre.

Con Fell arrancado de su lado en las peligrosas y turbulentas nieblas de los Crags, Tamsyn se encuentra sola entre la manada de dragones. Como una forastera que aprende a sobrevivir en su nuevo hogar, entrena hasta que sus músculos arden y su sangre se derrama. Y poco a poco, surge una guerrera.

Pero, ¿está Fell realmente fuera del alcance de Tamsyn? Su vínculo

la atrae, al igual que el feroz impulso de proteger tanto a los humanos como a los dragones de un enemigo implacable decidido a destruirla a ella y a toda la magia.

La magia se agita en la oscuridad, fortaleciendo a todos los que creen en ella. Pero, ¿será suficiente para salvar a la manada, al reino y a un amor destinado a perdurar durante siglos?

Sophie Jordan creció en una granja en Texas, Estados Unidos, imaginando historias de dragones, guerreros y princesas. Fue profesora de lengua inglesa y es autora de novelas románticas con temas históricos y paranormales, estas últimas bajo el seudónimo de Sharie Kohler. Actualmente vive con su familia en la ciudad de Houston.



Título original: *A Scar in the Bone*

Primera edición: junio de 2026

© 2025, Sharie Kohler
Todos los derechos reservados
Publicado originalmente por acuerdo con Avon, un sello de HarperCollins Publishers
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Raquel Westphal Márquez, por las ilustraciones de los interiores
© 2026, Elena Macian Masip, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación a partir del original de Damonza por HarperCollins Publishers
Imágenes de portada: © Shutterstock
Lettering de portada: Randy Perez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de

lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87973-86-5

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La cicatriz en el hueso
Parte 1. La manada
Prólogo. Ashild
1. Tamsyn
2. Tamsyn
3. Tamsyn
4. Tamsyn
5. Tamsyn
Parte 2. La rekon
6. Tamsyn
7. Tamsyn
8. Tamsyn
9. Tamsyn
10. Tamsyn
11. Tamsyn
Parte 3. El despertar
12. Tamsyn
13. Tamsyn
14. Tamsyn

15. Tamsyn
16. Tamsyn
17. Tamsyn
Parte 4. Los riscos
18. Tamsyn
19. Tamsyn
20. Tamsyn
21. Tamsyn
22. Tamsyn
23. Tamsyn
24. Tamsyn
Parte 5. El desenterramiento
25. Tamsyn
26. Fell
27. Tamsyn
28. Fell
29. Tamsyn
30. Fell
31. Tamsyn
32. Tamsyn
33. Fell
34. Tamsyn
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Sophie Jordan
Créditos